

J. Kenner

ABRÁZAME



Grijalbo

J. KENNER

Abrázame

Traducción de
Nieves Calvino Gutiérrez

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@adictosalcrimen



@adictosalcrimen



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Isabella

Miro por la ventana los cuidados jardines que bordean la ancha calle. Viajo en un suntuoso y lujoso clásico Rolls Royce Phantom, un coche tan elegante y mágico que no puedo evitar sentirme una princesa en un carruaje real.

La carretera está sombreada por hileras paralelas de enormes robles, cuyas ramas se alargan hacia los árboles de la acera contraria para formar un frondoso toldo arqueado. La luz de la mañana se abre paso entre las hojas, arrojando dorados haces en los que el polvo brilla y danza, como si lo hiciera al ritmo de una melodía festiva, sumándose a la ilusión de que nos movemos en un mundo de cuento de hadas.

En definitiva, es un momento perfecto.

Salvo que no lo es. En realidad, no. O cuando menos no para mí.

Porque en cuanto a mí respecta, esta no es una historia para niños.

Esto es Dallas. Este es el barrio en el que crecí. Y eso significa que no es un cuento de hadas. Es una pesadilla.

Las ramas no son imponentes; son amenazantes. Tratan de cogermme. De retenerme por la fuerza. De atraparme.

El toldo no señala un regio pasaje que conduce a un castillo. Lleva a una celda. Y no es la *Danza del hada de azúcar* lo que se oye de fondo, sino un réquiem fúnebre.

El mundo al otro lado del coche está sembrado de trampas, y si no me ando con cuidado, me tragarán. Destruída por la oscuridad que se oculta tras las falsas fachadas de estas casas señoriales. Rodeada no por un luminoso cuento infantil, sino por una película de terror, atraída por la promesa de la belleza y atrapada después para siempre, destruida poco a poco, desgarrada en pedazos por los monstruos que acechan en la oscuridad.

«Respira —me digo—. Puedes hacerlo. Solo tienes que acordarte de respirar.»

—Nikki. Nikki.

La voz de Damien me devuelve a la realidad con un sobresalto y me yergo de golpe, recurriendo a la postura perfecta para espantar a los fantasmas de mis recuerdos.

Su tono de voz es suave, muy dulce, pero al mirarlo veo que sus ojos se han clavado en mi regazo.

Me siento confusa durante un momento, pero luego me doy cuenta de que me he subido la falda y con la yema del dedo estoy recorriendo despacio la violenta cicatriz que tengo en el interior del muslo. Un recuerdo de la profunda y desagradable herida que yo misma me infligí hace una década, cuando estaba desesperada por encontrar una manera de liberar toda la ira y el miedo acumulados que se arremolinaban dentro de mí como una falange de demonios.

Aparto la mano de golpe y me vuelvo para mirar por la ventana, sintiéndome extraña y estúpidamente avergonzada.

Él no dice nada, pero el coche se aproxima a la acera y se detiene. Al instante, los dedos de Damien se entrelazan con los míos. Aprieto, sacando fuerza, y cuando cambio de posición para mirarlo mejor veo la preocupación impresa en los duros ángulos de su rostro perfecto y reflejado en sus excepcionales ojos de dos colores.

Preocupación, sí. Pero el resto de lo que veo es lo que me quita el aliento. Comprensión. Apoyo. Respeto.

Sobre todo veo un amor tan feroz que tiene la capacidad de derretirme, así que me deleito con su poder para tranquilizarme.

Damien es el mayor milagro de mi vida, y hay momentos en los que sigo sin poder creerme que sea mío.

«Damien Stark.» Mi marido, mi amante, mi mejor amigo. Un hombre que dirige un imperio con mano firme y dominante. Que no acepta órdenes de nadie y que sin embargo hoy está haciendo de chófer para poder darme su apoyo mientras me enfrento a mi pasado.

Durante un momento me limito a empaparme de él. De su fuerza, visible en su postura dominante y las líneas largas y fibrosas de su atlético cuerpo. Su apoyo se refleja en esos ojos que me ven a un nivel tan íntimo que con los años han descubierto todos mis secretos.

Damien conoce hasta la última cicatriz de mi cuerpo, así como la historia que hay detrás de cada una de ellas. Conoce la profundidad de mi dolor y sabe lo lejos que he llegado. Lo lejos que su amor me ha ayudado a llegar.

Sobre todo, sabe cuánto me ha costado regresar a Texas. Recorrer estas calles. Contemplar este barrio tan lleno de dolor y oscuros recuerdos.

Con un leve estremecimiento, libero mi mano para poder rodearme con ella.

—Oh, cielo. —La preocupación que trasluce su voz es tan grande que casi puedo tocarla—. Nikki, no tienes por qué hacer esto.

—Sí, he de hacerlo. —Mis palabras suenan entrecortadas, ya que las lágrimas no derramadas me anegan la garganta hasta el punto de impedirme hablar con normalidad.

—Cariño...

Espero a que él continúe, pero Damien guarda silencio. Veo la tensión en

su rostro, como si no supiera qué decir ni cómo decirlo, pero Damien Stark nunca duda. Ni en los negocios. Ni acerca de sí mismo. Ni sobre mí.

Y sin embargo, ahora mismo está dudando. Me está tratando como si fuera algo frágil que puede romperse con facilidad.

Una inesperada oleada de ira me atraviesa. No está dirigida a él, sino contra mí misma. Porque tiene razón, maldita sea. En este momento soy más frágil que nunca y no es agradable ser consciente de ello. He luchado mucho para ser fuerte, y con Damien a mi lado lo he logrado.

—Tú crees que venir aquí es un error —afirmo con amargura, pero no estoy irritada con Damien, sino que lo estoy conmigo misma.

—No. —No vacila, y me reconfortan la rapidez y la firmeza de su respuesta—. Pero me pregunto si este es el momento más adecuado. Puede que sea mejor venir mañana. Después de tus reuniones.

No hemos venido a Texas para que yo pueda torturarme atravesando en coche mi viejo barrio con el objetivo de visitar a mi madre, que es una extraña para mí, sino porque estoy compitiendo para conseguir un contrato con una de las mejores empresas de desarrollo de páginas web del país. El propósito es lanzar una serie de aplicaciones de uso interno entre sus empleados y externo para sus clientes.

Presenté una propuesta y ahora soy una de las cinco únicas empresas invitadas a venir a Dallas para presentarla, y la mía es de lejos la más pequeña y la más nueva. Claro que sospecho que la razón de que recibiera la invitación se debe en parte a que estoy casada con Damien Stark y que mi pequeño emporio ya ha concedido la licencia para la utilización del software a Stark International.

Hace un año eso me habría molestado.

Hoy no. Soy muy buena en lo que hago, y si mi apellido me abre las puertas, que así sea. Me da igual cómo se presente la oportunidad, porque sé

que mi trabajo es de primera, y si consigo el contrato el mérito será de mi propuesta y de mi presentación.

Es una grandísima oportunidad y no quiero fastidiarla, sobre todo porque mi objetivo para los próximos dieciocho meses es aumentar mis ingresos, contratar a cinco empleados y adueñarme de la planta entera del edificio en el que se encuentra mi oficina.

Dediqué meses a diseñar mi plan de negocios, y la noche que se lo entregué al amo del universo y brillante empresario que tengo por marido para que lo revisase era un manojo de nervios. Cuando este le puso el sello de aprobación de Damien Stark casi me desmayé de alivio. Mi plan para expandir el negocio no depende de que consiga este trabajo, pero lograrlo significará que puedo ampliar todas las fechas límite en seis meses. Más importante todavía: ganar este contrato hará que mi empresa plante con firmeza los pies en el mapa de la competitividad.

Encorvo un poco los hombros cuando lo miro a los ojos.

—Temes que ver a mi madre me distraiga de mi objetivo. Que meta la pata en las reuniones de mañana y eche a perder mis posibilidades de conseguir el contrato.

—Te quiero concentrada al cien por cien.

—Sabes que lo estoy —respondo con sinceridad, porque Damien ha sido siempre comprensivo—. ¿Es que no lo entiendes? Estoy aquí por eso. Es como un ataque preventivo. —Él frunce el ceño, pero antes de que pueda preguntar a qué me refiero, me apresuro a aclarárselo—: Los dos sabemos que el solo hecho de estar en Dallas me distrae. Ella vive en esta ciudad. Y que estés aquí conmigo ahora hace que sea mucho mejor. Pero no puedes estar siempre a mi lado, y antes de hacer mi presentación necesito estar segura de que puedo viajar entre Los Ángeles y Dallas sin temer encontrármela al doblar cada esquina.

La patética verdad es que últimamente he visto a mi madre a la vuelta de cualquier esquina. He creído verla en centros comerciales de Beverly Hills. En las playas de Malibú. En calles abarrotadas. En eventos benéficos. No tengo ni idea de por qué esa mujer que tanto me he esforzado en expulsar de mi mente está de repente tan presente en mi imaginación, pero lo está.

Y de ningún modo la quiero ahí.

Tomo aire y espero que él lo entienda.

—Necesito dejar atrás todos estos demonios y hacer mi trabajo. Por favor —añado con tono implorante—. Por favor, dime que lo entiendes.

—Lo entiendo —me asegura.

Luego me toma la mano y me besa con delicadeza la yema de los dedos. Mientras lo hace suena su teléfono móvil. Está sobre el salpicadero y puedo ver que quien lo llama es su abogado, Charles Maynard.

—¿No tienes que cogerlo? —pregunto al ver que Damien pone gesto serio y rechaza la llamada.

—Puede esperar.

Su voz tiene un tono severo y me pregunto qué es lo que me está ocultando. No es que Damien me mantenga informada de todos los aspectos de sus negocios —teniendo en cuenta que posee y dirige el planeta entero y algunos sistemas solares lejanos, requeriría demasiada documentación—, pero suele contarme las cosas que lo preocupan.

Frunzo el ceño. Está claro que no me lo dice porque ya tengo mucho en qué pensar. Y aunque agradezco su consideración, no me gusta que, una vez más, mi madre se haya interpuesto entre mi marido y yo.

—Deberías llamarlo —insisto—. Si te llama en domingo debe de ser importante...

Dejo que mi voz se vaya apagando, con la esperanza de darle pie para que conteste, pero él se limita a menear la cabeza.

—No te preocupes —responde al mismo tiempo que su móvil lo avisa de la llegada de un mensaje de texto.

Coge el aparato, pero no antes de que vea el nombre de Charles aparecer de nuevo en la pantalla, esta vez con una sola palabra: «Urgente».

Damien me mira a los ojos y durante un solo instante su frustración resulta casi cómica. Entonces agarra el móvil y presiona el botón para llamar a Charles.

—Maldita sea, te dije que no me molestaras con eso ahora mismo —dice al cabo de un segundo.

Escucha la respuesta y su ceño se marca todavía más. Por último, exhala un suspiro y su cara denota más frustración de la que había sentido en mucho tiempo.

Un aciago presentimiento me aborda. Damien no es la clase de hombre que se frustra por asuntos de negocios. Todo lo contrario; cuanto más exigente es el negocio, más se crece.

Lo que significa que esto es algo personal.

—Te oigo, Charles, pero no te pago para que me aconsejes sobre esto, sino por esos recursos sobre los que tanto pregonas. Pues utilízalos, joder. Emplea todos los medios y consígueme algunas respuestas para cuando regrese a Los Ángeles. Vale, llámame si tienes algo definitivo —añade tras otra pausa—. De lo contrario, te veré en un par de días.

Pone fin a la llamada y tira el teléfono de mala manera. Abro la boca con la intención de preguntarle qué sucede, pero antes de que pueda hacerlo, me atrae con brusquedad contra él y se apodera de mi boca. El beso es duro, brutal, y me pego a él aún más, perdiéndome en el frenesí. Y durante un instante al menos me olvido de mi aprensión y de sus problemas. Nada existe salvo nosotros, nuestra pasión es un virulento incendio que despeja todos los

escombros de nuestra vida, despojándonos de todo hasta que no queda nada más que nosotros dos.

Me cuesta respirar cuando nos separamos, tengo los labios doloridos y me cosquillean, y siento el cuerpo en llamas. Quiero dar media vuelta y regresar al hotel. Quiero desnudarme y sentir sus manos en mí, su polla en mi interior. Quiero que sea salvaje. Descarnado. Quiero un dolor y un placer tan intensos que me pierda en ellos. Una pasión tan violenta que me quiebre. Y Damien..., siempre Damien..., justo ahí para recomponerme de nuevo.

Lo deseo, pero no puedo tenerlo. Todavía no. Porque sea lo que sea lo que esté pasando, he venido a este barrio con un propósito y puede que si me marcho ahora no tenga fuerzas para volver.

De modo que apoyo la mejilla en su hombro mientras me abraza y suspiro, dejando que el momento se prolongue. Después levanto la cabeza para verle la cara. Damien no tiene secretos conmigo, ya no, y espero que me diga de qué iba la llamada telefónica. Pero sigue callado y se me encoge el estómago. Entiendo a Damien lo bastante bien para saber que la única razón de que me oculte algo es porque pretende protegerme. Y ahora mismo está haciendo todo lo que puede para mantenerme a salvo del infierno emocional de este viaje.

—¿Damien?

Él entrelaza su mano con la mía y besa nuestros dedos unidos.

—Lo siento. Este es nuestro momento. Tu momento. No habría devuelto la llamada, pero...

—Lo entiendo. De verdad. —Y así es. Entiendo por qué ha llamado. Y comprendo que su disculpa es su manera de decirme que no va a articular una sola palabra sobre ello. Ahora no. No hasta que hayamos visto a mi madre—. Deberíamos ponernos en marcha.

Damien me sostiene la mirada durante un momento, tratando de valorar si

de verdad estoy lista. A continuación asiente y dirige una mirada al teléfono.

—¿Estás segura de que no quieres llamarla antes?

—No. Vamos y ya está. —Lo que no digo, aunque estoy segura de que Damien lo sabe, es que el elemento sorpresa tiene cierto atractivo. Por una vez, puede que sea yo quien tenga la ventaja. Y el hecho de que Damien esté conmigo en su puerta es un extra. Esbozo una sonrisa leve, aunque sincera—. Creo que la intimidas —aduzco.

—¿Yo? —En sus labios se dibuja una sonrisa amplia y aniñada—. No me imagino por qué.

—Mmm —murmuro—. Vale, vamos.

Hago un gesto regio, indicando que debería reincorporarse a la carretera. Ha parado frente a una de las mansiones que se alzan a solo unas manzanas de Highland Park Village, una de las zonas comerciales más lujosas del país y un lugar que conozco muy bien. Estoy segurísima de que mi madre lo compraba todo para mi hermana Ashley y para mí en las boutiques del centro, desde pañales de diseño hasta vestidos de baile.

Pero a pesar del aspecto de página de sociedad de este enclave de Dallas, el Phantom destaca. Es una belleza completamente restaurada.

—Las vecinas tienen celos. —Señalo con la cabeza a las dos mujeres que miran embobadas el coche deportivo mientras corren—. Se preguntan quién se muda al barrio con más dinero que ellas.

Damien resta importancia al comentario.

—No es el precio lo que las intriga —responde—. Es la belleza. La artesanía. La restauración. Este barrio vive de las apariencias —añade, y señala a la derecha, hacia la hilera de elegantes casas que pasamos de largo. Luego mira a su izquierda, recorriéndome despacio con los ojos—. Y este coche y la mujer que va en él son pura belleza.

Me ruborizo.

—Te doy la razón en lo del coche —replico con modestia, aunque no puedo negar que el cumplido me encanta—. Pero creo que lo que más las fascina es el hombre que va al volante... y que esté en el lado derecho.

Por lo general, cuando vamos en limusina es Edward, el chófer personal de Damien, quien conduce. Pero esta vez no nos acompaña en el viaje y, aunque lo hiciera, sé que Damien insistiría en conducir su nuevo juguete.

Resulta extraño ver a un pasajero en el lado del conductor, pero este Phantom V Limo de 1967 es lo más británico que se puede llegar a ser, ya que en otra época fue la limusina oficial de la familia real.

No es raro que me sienta como una princesa de cuento de hadas.

Hemos venido a Dallas por mi trabajo, pero cuando Damien se enteró del viaje concertó una cita con un ingeniero aeroespacial jubilado al que conoció en una muestra de coches clásicos, cuyo hobby convertido ahora en profesión es restaurar vehículos Bentley y Rolls Royce. Fuimos directos a su casa en el norte de Dallas nada más llegar y Damien pasó dos horas en estado de éxtasis hablando sobre este Phantom.

—¿Cuánto? —preguntó Damien después de inspeccionar la limusina de forma meticulosa, comentando el inteligente diseño y la potencia mecánica con ese embeleso con el que la mayoría de la gente habla de las estrellas de cine.

No puedo negar que tenía razón sobre la belleza y la singularidad del vehículo. Está pintado del típico color negro, pero brilla tanto que cada ángulo y cada curva resaltan al máximo. Y el interior es tan elegante como un palacio, la madera tallada y pulida a la perfección; los asientos de piel suave y flexible. El coche es además una rareza. Al parecer se fabricaron solo quinientos dieciséis de este modelo en concreto.

El ingeniero citó un precio de seis cifras y Damien sacó su chequera sin vacilar lo más mínimo. Menos de una hora después recorriamos la autopista

de peaje del norte de Dallas con la última incorporación a la colección de vehículos de Damien. Su expresión de embeleso me recordó a la de un niño la mañana de Navidad.

En estos momentos conduce la limusina por Highland Park, el adinerado barrio en el que crecí. Si bien el patrimonio de mi familia no se acerca ni por asomo al de Damien, tampoco nos moríamos de hambre. Mi abuelo amasó una fortuna con el petróleo, y aunque se perdió gran parte en la recesión y más tarde con la mala gestión de mi madre, no se puede negar que fui una niña privilegiada, como cualquier niña que viva en estas enormes y elegantes mansiones.

Me aparté de todo eso cuando me mudé a Los Ángeles con la intención de escapar de mi pasado. Quería una vida nueva, ser una Nikki distinta. Y estaba decidida a conseguirlo sin que el bagaje de mi madre me retuviera.

Ahora no puedo evitar sonreír mientras miro a Damien y este coche que cuesta más de lo que la mayoría de la gente gana en un año. Es curioso cómo cambian las cosas. En Dallas era rica pero desgraciada. Ahora, soy asquerosamente rica en Los Ángeles y más feliz de lo que jamás habría podido imaginar. No por la cuenta bancaria, sino por el hombre.

—Estás sonriendo —dice con cara de satisfacción.

Una vez más me doy cuenta de que, al igual que yo, tiene el alma en vilo. Pero a Damien no le preocupa ver a mi madre. A él le preocupo yo.

—Tan solo pensaba en lo feliz que soy —reconozco, y le explico por qué.

—Porque el dinero no es la base de lo que somos el uno para el otro —ratifica—. Me amarías aunque fuera un indigente.

—Lo haría —admito, y esbozo una sonrisa traviesa—. Pero no puedo negar que me gustan los beneficios. —Acaricio el salpicadero con la mano—. Como es natural, este beneficio en particular me gustaría más si Edward estuviera aquí.

—¿No se conforma con cogermme de la mano sin más, señora Stark?

—Me conformo con cogernos de la mano por ahora —respondo con malicia—. Pero más tarde quiero más. Después quiero tus manos por todo mi cuerpo.

La mirada que me lanza rebosa calor y promesas.

—Me parece que eso se puede arreglar.

—La vista en la carretera, chófer. Y gira aquí. —Damien lo hace y mi ánimo cae en picado de inmediato. Hemos llegado a mi calle. Estamos a unas manzanas de la casa en la que crecí. Así que tomo aire—. Casi hemos llegado. Y estoy bien —añado antes de que él pueda preguntarme.

No estoy bien, no del todo, pero al decirlo espero desterrar el espantoso dolor en el estómago y las náuseas que empiezo a sentir.

—Tú solo dime cuándo.

Asiento con la cabeza y durante un instante nos imagino pasando de largo, siguiendo si parar, hasta que salimos del barrio, volvemos a Dallas, al centro de la ciudad, y nos alejamos de los recuerdos que ahora me invaden como olas que rompen sin cesar contra la orilla. Yo, encerrada en una habitación a oscuras porque las niñas pequeñas necesitan su sueño reparador, y Ashley susurrándome a través de la puerta cerrada, prometiéndome que nada acecha en la oscuridad para hacerme daño. Un estilista tironeando de mi largo cabello dorado, haciendo caso omiso de mis lágrimas y gritos de dolor mientras mi madre está ahí, de pie, ordenándome que me controle. Que la estoy avergonzando. Mi madre agarrándome del brazo mientras tira de mí por la pasarela peatonal para inscribirme en mi primer concurso, mis ojos todavía enrojecidos por el azote de su mano en mi trasero infantil, un recordatorio de que las reinas de la belleza no se quejan ni lloriquean.

Recuerdo un plato de comida con una porción diminuta de pollo a la plancha y verduras al vapor mientras mi madre y mi hermana comen lasaña

con queso y mamá me dice que si quiero ser una reina de la belleza he de vigilar cada caloría y pensar en los hidratos de carbono como si del demonio se tratara. La veo hacer un mohín de desaprobación cuando insisto en que me da igual ser reina de la belleza. Que solo quiero no tener hambre.

Nunca era lo bastante buena. Demasiado rechoncha, demasiado encorvada, demasiado inexpresiva. Ni siquiera con un montón de coronas y títulos diversos cumplí con sus expectativas, y no recuerdo ni una sola vez en que se comportara como una madre o una amiga. Sin embargo, era la estricta institutriz de los cuentos. La malvada madrastra. La bruja de la casita de chocolate.

Ashley, mi hermana mayor, escapó de sus garras solo con no ganar los certámenes en los que concursó. Tras varios fracasos, mi madre se rindió. Y aunque yo también intenté fracasar, fui maldecida con coronas y títulos.

Durante años creí que Ashley se había llevado la mejor parte. Solo cuando más tarde se quitó la vida después de que su marido la abandonara entendí lo hondas que eran sus heridas. Las mías eran físicas, las cicatrices autoinfligidas de una chica que se autolesiona con una cuchilla, primero para aliviar la presión y conseguir cierto control y más tarde para dañar esas perfectas piernas de concurso y poner fin a tan espantosa locura.

Las heridas de Ashley estaban bajo la superficie, pero eran profundas. Y, en el fondo, tanto mis marcas como las de mi hermana fueron provocadas por nuestra madre.

Se me dispara el corazón y me obligo a respirar con calma para tranquilizarme. Casi hemos llegado, y si voy a ver a mi madre necesito tener el control. Si muestro la más mínima debilidad, la aprovechará.

Y, sí, ya he ganado la partida con anterioridad —la mandé de regreso a Texas después de que intentara encargarse de planear mi boda, haciendo caso

omiso de lo que yo deseaba en favor de su distorsionada visión de las cosas —, pero sin duda en Dallas juega en casa.

—¿El novecientos treinta y siete? —pregunta Damien, refiriéndose a la dirección.

Asiento.

—La primera casa a la izquierda al doblar la curva —respondo, y me siento orgullosa de lo normal que suena mi voz.

Puedo hacerlo. Más que eso; quiero hacerlo. Quiero aclarar las cosas. Limpiar las telarañas.

Básicamente, estoy haciendo el equivalente parental de quemar salvia en una casa contaminada por los malos recuerdos.

La idea me hace gracia y estoy a punto de contárselo a Damien, pero entonces el coche dobla la esquina y mi buen humor se esfuma.

Al cabo de unos momentos, la casa de mi infancia aparece ante mis ojos. Pero no es el Cadillac de mi madre el que está aparcado en el camino de entrada. En vez de eso, veo dos Land Rover desconocidos, un Mercedes descapotable y un camión de mudanzas.

Así pues, ¿dónde diablos está mi madre?

Me recorre un escalofrío y un sudor frío envuelve todo mi cuerpo mientras Damien aparca la limusina detrás del camión de mudanzas y apaga el motor.

Me vuelvo hacia él. Busco en su rostro las respuestas que necesito, pero Damien no las tiene, claro. Y durante un veloz y espantoso momento, me arrolla la sensación de ser arrastrada por el mar, que me aleja de todo lo que es cálido y seguro, hasta que tengo frío, me siento sola y vago sin nada que me sujete.

Fuera del coche, un niño pequeño de unos cuatro años cruza corriendo el jardín hacia nosotros, con los ojos como platos. Una mujer, unos cinco o seis años mayor que yo, corre tras él, diciéndole a voces que se aparte del coche.

Observo al niño, tan fascinada por él como él por el Phantom. Entonces su madre lo alcanza y hace que se dé la vuelta, consiguiendo que ría antes de apoyárselo contra la cadera, y se acurruca contra ella metiéndose el pulgar en la boca.

Exhalo una bocanada de aire al darme cuenta de que he estado conteniendo el aliento.

—Vamos —me anima Damien con delicadeza, con el tirador de su puerta en la mano.

—Pero ella no está aquí.

Damien me aparta un mechón de pelo de la mejilla, con una delicadeza tan tranquilizadora como su voz.

—Pero la casa sí.

Está en lo cierto. Me he centrado tanto en mi plan para ver a mi madre que no había pensado en los demás recuerdos que la rodeaban. Imágenes forjadas dentro de los muros de esta casa. Pienso en Ashley, que ahora tendría la misma edad que esa joven madre, y de repente lo único que deseo es ver la habitación que una vez le perteneció.

—Tienes razón. —Mi voz suena gutural por culpa de unas lágrimas que estoy decidida a no derramar—. ¿Crees que podemos entrar?

—Vamos a entrar —me asegura con el tono firme y confiado que he oído tanto en el dormitorio como en la sala de juntas.

Me relajo de inmediato, porque da igual qué más salga mal hoy; estoy segura de que de alguna forma, de algún modo, Damien conseguirá que entre en esa casa.

Se baja del coche y lo rodea para abrirme la puerta. Estamos a principios del verano y una bofetada del calor propio de Texas me golpea, imponiéndose al frescor del aire acondicionado que todavía conserva el interior. Damien me ayuda a bajar, y cuando cierra la puerta la madre y su hijo han llegado hasta nosotros.

—¿Puedo ayudarles? —Su voz tiene el tono entrecortado y refinado de alguien criado en el nordeste.

—Yo... Me llamo Nikki Fairchild —me presento. Imagino que, dadas las circunstancias, reconocerá mi apellido de soltera—. Estaba buscando a mi madre —añado sin convicción cuando ella se queda ahí, con cara de no saber de qué le estoy hablando.

—¿Su madre? —Arruga la nariz, confusa.

—Elizabeth Fairchild —explica Damien—. Es la dueña..., o era la dueña,

de esta casa.

—Cerramos la venta ayer mismo.

El niño apoyado en su cadera se retuerce y ella deja que se deslice por su pierna, a la que sigue aferrado como si fuera el mejor refugio del mundo.

—¿Sabe cuánto tiempo llevaba en venta la casa? —pregunta Damien mientras el niño se acerca poco a poco al Phantom.

La mujer frunce el ceño y estudia a Damien.

—Un momento. Yo le conozco. Usted es ese tenista...

—¿Nikki?

La voz de otra mujer la interrumpe y me sobresalto un poco. Tanto por oír mi nombre como por lo familiar que resulta la voz. Miro hacia la casa y lo que veo hace que el corazón me dé un vuelco. Las sombras envuelven a la mujer del porche, pero la reconozco en el acto.

—¿Señora McKee?

Sé que me tiembla la voz, pero me da igual. Salgo disparada y cuando cruzo el jardín, ella ha bajado del porche y se apresura a mi encuentro. Me arrojo a sus brazos y dejo que me estreche en un fuerte y amoroso abrazo. Me inunda el afecto y el apoyo de esta mujer a la que conozco de toda la vida y que durante muchos años fingí que era mi verdadera madre. Soñaba que tarde o temprano averiguaría la verdad y que Ashley y yo nos iríamos a vivir con su familia. Porque, en realidad, ¿cómo podía ser Elizabeth Fairchild la madre de alguien?

Cuando por fin nos separamos, tengo las mejillas húmedas por las lágrimas. Damien está de nuevo a mi lado y trato de agarrarle la mano. Él me la coge de inmediato y luego saluda a la señora McKee.

—Usted debe de ser la madre de Ollie —dice, refiriéndose a mi vecino de la infancia y uno de mis mejores amigos.

—Por favor, llámame Caroline. Y tú eres Damien, claro.

—¡Oh! ¡Eso es! ¡Eres Damien Stark!

—Esta es Misty —añade Caroline señalando a la emocionada joven madre—. Ella y su marido acaban de mudarse desde New Hampshire. Hace años que conozco a su padre.

—Es un placer conoceros a ambas. —Damien sonríe mientras Misty sigue boquiabierta.

—Ni te imaginas lo contenta que estoy de conocerte por fin —dice Caroline a mi marido—. Y hace muchísimo que no te veía, jovencita. —Me sonríe con ese afecto sincero que nunca he visto en los ojos de mi propia madre—. No tenía ni idea de que estuvieras en la ciudad.

—No se me ocurrió decírtelo —reconozco—. Ni siquiera le he dicho a Ollie que venía a Texas. Estoy aquí por negocios. Mañana tengo una reunión y... —Me interrumpo frunciendo el ceño—. La verdad es que he venido aquí para ver a mi madre. ¿Sabes adónde se ha mudado?

Caroline niega con la cabeza.

—No mantuvimos el contacto cuando Arthur y yo nos mudamos a nuestro apartamento en University Park. Está a solo unos kilómetros, pero parece el Gran Cañón. Aunque un pajarito me dijo que ella también quería algo más pequeño, y cuando me enteré de que la casa estaba en venta se lo comenté a Misty y a su marido. Eso fue hace unos dos meses, ¿no?

Misty asiente a su lado.

—Pero nosotros solo hemos tratado con nuestra agente inmobiliaria. Y la casa ya estaba desocupada cuando la vimos por primera vez.

—¡Mamá! ¡Mamá! —El niño tira de la mano de su madre—. ¡Coche! ¡Por favor! ¡Quiero ver el coche grande!

—Calla, Andy —La voz de Misty es tan delicada como su sonrisa, pero cuando me mira, lo que veo en su rostro es confusión—. ¿Tu madre no te ha dicho adónde se ha mudado?

—Lo más probable es que esté en uno de esos apartamentos de empresa, esperando a que su nueva casa esté lista, y no querría molestarte con una dirección temporal.

La explicación improvisada de Caroline sale con naturalidad, pero la tensión alrededor de sus ojos refleja comprensión y compasión. Porque lo cierto es que ella conoce más detalles que la mayoría sobre la espinosa relación entre mi madre y yo. No porque se lo haya contado alguna vez ni porque ella me haya dicho una sola palabra al respecto, pero estoy segura de que Ollie le ha contado parte de lo que le confesé. Y estaré por siempre agradecida por las veces que Caroline dejó que me quedara hasta tarde en su casa simulando que hacía los deberes, o cuando me daba de comer una barrita Hershey y hacía que le prometiera guardarlo en secreto porque, si se sabía, todos los chicos de todo el barrio querrían una.

En otras palabras, estoy segura de que Caroline sabe muy bien que a mi madre jamás se le pasó por la cabeza la idea de mantenerme al corriente de sus andanzas. Por lo que a Elizabeth Fairchild respecta, soy un accesorio, no una hija. Si me necesita, se pondrá en contacto conmigo. De lo contrario, ojos que no ven, corazón que no siente.

Sé que no debería importarme. A fin de cuentas no quiero a esa mujer en mi vida. Y sin embargo, mientras miro la expresión de ternura en el rostro de Misty al besar la frente de su hijito, no puedo negar la abrumadora sensación de pérdida que me invade.

Pero ¿cómo demonios se puede perder lo que jamás se ha tenido?

—Siempre podemos llamar a Elizabeth para averiguar su nueva dirección —sugiere Damien con desdén, como si llamáramos a mi madre a todas horas—. Para ser sincero, hemos venido sobre todo por la casa. No he visto el lugar en el que se crio Nikki —añade.

Me siento absurdamente agradecida porque no les haya dicho a estas

mujeres la verdad; que soy yo y no él quien va a los mandos de este tren. Que quiero..., no, que necesito ver el interior de la casa en la que crecí. Una casa que nunca fue un hogar. Y quizá, solo quizá, si la recorro una última vez, pueda por fin dejarla atrás de verdad.

Damien dedica a Misty esa sonrisa que siempre hace que se me doblen las rodillas.

—Ya que estamos aquí, me pregunto si podríamos entrar. —Al ver que ella duda, señala el Phantom con la cabeza—. Mientras nosotros estamos dentro, puedes dejar que ese chavalín eche un vistazo al Rolls.

—¡Oh! —Abre los ojos desmesuradamente y a continuación sonrío y mira al niño, que se ha dejado caer de golpe en el césped y está jugando con un palo.

Damien se pone de cuclillas para situarse casi a la altura del pequeño.

—¿Tú qué dices, Andy? ¿Quieres ir a ver el coche grande por dentro?

El niño, boquiabierto, mira a su madre y luego a Damien. Después asiente despacio, al parecer temiendo que si muestra demasiado entusiasmo todos nos riamos y le digamos que solo es una broma.

—Es adorable —digo, y sonrío cuando Damien se levanta de nuevo—. Y parece una buena pieza.

Misty se echa a reír.

—Ni te lo imaginas. ¿O puede que sí? —Pasea la mirada entre los dos con curiosidad—. ¿Tenéis hijos?

—Todavía no. —Esbozo mi sonrisa sociable—. Pero tenemos una sobrina más o menos de su edad y un sobrino que va a cumplir dos años.

Caroline apoya la mano en su cadera.

—Bueno, pues deberíais poner os manos a la obra —dice—. Me encantaría ser la tía Caroline. Bien sabe Dios que Ollie no está poniendo nada de su parte para darme nietos.

—Algún día lo haremos —le asegura Damien mientras me rodea la cintura con el brazo.

—¡Eso espero! —La mujer nos sonríe con afecto—. Tendr eis unos bebés preciosos.

—Eso no te lo puedo discutir —apostilla Damien mientras me acerca más a él y me da un beso en la sien—. Nikki va a ser una madre increíble.

Me pongo tensa, mi semblante pasa de amistoso a g elidamente educado. Esta no es una conversación que desee mantener en este momento. No con una desconocida. No con Caroline. Ni siquiera con Damien. Y me frustra que haya adoptado con tanta naturalidad el papel de entusiasmado padre. Hemos hablado de esto una y otra vez y creía que estábamos de acuerdo. S , algún día quiero tener en brazos un hijo nuestro, pero ninguno de los dos est  preparado aún para la paternidad. Hay demasiados obstáculos, demasiados retos. Y que ahora él está hablando con tanta despreocupación de algo tan importante hace que se me retuerzan las entrañas. Sobre todo porque no puedo reprenderlo mientras estamos en un jardín de Dallas y yo me siento tan vulnerable.

«¡Mierda!»

Me deshago de su abrazo y Damien me mira a los ojos. Veo la disculpa en su rostro, pero no estoy de humor. Ya me siento demasiado mal, así que meto las manos en los bolsillos de mi vestido veraniego. Por un momento creo que va a añadir algo, pero entonces desvía la atención de nuevo hacia Misty y le dice que el coche no est  cerrado con llave.

Mientras hablan, me dirijo a la casa con Caroline a mi lado. A cada paso que doy mis pies parecen más pesados y se me acelera el pulso. S  que es una bobada; no es que vaya a encontrarme a mi madre esperando, pero hace años que no he estado aquí y ahora que voy a entrar estoy de los nervios. Quiero a Damien a mi lado. Quiero que me coja de la mano. Y me enfurece, me hiere

y me cabrea que solo unas pocas palabras hayan erigido un muro entre nosotros. Estoy furiosa con él. Y, sí, también estoy furiosa conmigo misma.

Oigo a Misty hablar con Damien detrás de nosotras.

—Voy a lavarle las manos antes de que se suba al coche. Y podéis mirar todo lo que queráis. Aunque es como un laberinto. Todavía no hemos desempaquetado nada.

Caroline y yo nos detenemos, y veo a Misty llevándose a toda prisa a Andy, que corre tan rápido como sus piernas le permiten hacia el Rolls Royce. Damien se vuelve, pero vacila antes de encaminarse hacia nosotras con una expresión indescifrable. Entonces ladea la cabeza solo un poco, y cuando enarca las cejas de manera inquisitiva veo todo cuanto no dice en voz alta. «Lo siento. ¿Estamos bien?»

La tenaza en torno a mi corazón se afloja y tomo aire, espero un instante y después le tiendo la mano. El alivio aletea en sus ojos durante un momento. Después su expresión se despeja y se reúne con nosotras, tomándome de la mano.

Caroline pasea la mirada entre los dos y acto seguido esboza una sonrisa tan deslumbrante que he de plantearme si se ha percatado de la tensión. Aunque no voy a preguntar. En vez de eso, continuamos hacia la casa.

—¿Cuántas veces te he acompañado a casa cuando Ollie y tú erais pequeños? —pregunta cuando subimos al porche—. ¿O he venido aquí para llevarme a Ollie a rastras a casa cuando pasabais el día en tu piscina?

—Un montón —respondo, dejando que los recuerdos me distraigan.

La verdad es que Ollie no solía venir aquí. Cuando nos dejaban jugar juntos, preferíamos su casa. Solo en pleno verano nos quedábamos aquí para disfrutar de la piscina y únicamente después de que mi madre se asegurara de que estaba embadurnada de la cabeza a los pies de protector solar. Dios no quisiera que la reina de la belleza se quemara o le salieran pecas.

—Adelante, cielo —me anima Caroline—. Yo os esperaré aquí fuera.

Asiento, y cuando Damien me aprieta la mano para darme su apoyo en silencio, me doy cuenta de que tengo las manos sudorosas. La puerta ya está entreabierta, así que la empujo con el pie para abrirla. Trago saliva y después, antes de perder el valor, cruzo el umbral.

Vacilo, porque no sé qué esperar. ¿Fantasmas fruto de los recuerdos descendiendo desde el techo? ¿El rostro de mi madre mirándome desde el espejo del vestíbulo? ¿Su voz ordenándome que me vaya a mi habitación a descansar porque son casi las nueve y necesito dormir antes del concurso de belleza del fin de semana?

Sin embargo, no hay nada. Solo paredes. Solo baldosas y madera, pintura y papel pintado. Noto que mi cuerpo se relaja, y cuando miro a Damien a los ojos, la comisura de su boca se eleva en una sonrisa comprensiva.

—¿Dónde estaba tu cuarto? —pregunta mientras atravesamos el vestíbulo hasta una diáfana sala de estar.

—Por ahí. —Señalo el largo pasillo que se abre a la derecha—. Mi madre ocupaba el dormitorio principal, al final del otro extremo de la casa, pero Ashley y yo estábamos aquí abajo.

—Enséñame.

—Dudo que esté como cuando vivía aquí —comento, pero me dirijo ya en esa dirección.

Tengo razón, por supuesto. Las paredes, en otro tiempo de color rosa claro, son ahora blancas. Yo quería verde lima. Algo vibrante, divertido y un poco discordante. Un contrapunto a los modales adulescentes y a la ropa perfecta y apropiada que me habían impuesto toda mi vida.

Mi madre, por supuesto, había vetado el plan porque a las niñas pequeñas que ganan concursos de belleza les gusta el rosa. Las niñas que cumplen las reglas. Que no alborotan ni causan problemas.

Las niñas que no tienen opinión propia.

Al menos eso era lo que parecía dar por hecho cada palabra que salía de su boca. He abierto los ojos desde entonces y conozco a varias mujeres que respeto que también han hecho el circuito de los concursos de belleza. Pero por entonces mi madre llenaba mi cabeza. Y cada vez que ganaba un concurso tenía que preguntarme qué decía eso de mí. ¿De verdad era yo tan aburrida y cabeza hueca? ¿De verdad eso era lo único para lo que valía?

Recuerdo que acudía a Ashley, me acurrucaba entre el montón de almohadas de la cama de mi hermana y le susurraba que odiaba a nuestra madre. Que detestaba el color rosa. Que mamá era mala; que quería que mis paredes fueran más y que no era justo; que por qué nunca podía hacer lo que me apetecía, etcétera, etcétera.

—¿Sabes lo que hizo mi hermana? —le digo a Damien después haberle contado todo eso—. Al día siguiente vino a casa después de clase con un bote de pintura verde lima que había robado del departamento de arte del instituto. —Parpadeo para contener las lágrimas que el recuerdo me ha provocado—. Me dijo que necesitaba un poco de verde en mi vida y pintamos un minúsculo cuadrado de ese color justo detrás de la mesilla; luego cogimos una goma de borrar y escribimos nuestras iniciales en la pintura. Estaba justo aquí. —Lo guío al fondo de la habitación y señalo un montón de cajas.

Él se agacha, aparta un par de cajas y luego me indica con el dedo que me acerque. Lo hago y tomo aire al ver lo que ha encontrado. Lo han tapado, pero aún puedo distinguir con claridad la forma de un cuadrado verde debajo de la pintura blanca. Y en medio, más una textura que una imagen, se aprecian las iniciales N. F. y A. F.

Se me doblan las rodillas y me dejo caer al suelo, aunque los brazos de Damien a mi alrededor amortiguan la caída.

—Gracias a Dios que estás aquí —murmuro, con la espalda contra su

pecho.

—No estaría en ninguna otra parte.

Asiento, reconociendo la verdad de que es el mayor milagro de mi vida mientras me apoyo contra él, agradecida por su calor y su fuerza.

—No quiero recordar —admito—. Y sin embargo, solo con estar aquí, todo vuelve. Lo bueno. Lo malo. Me asalta todo. Tantos recuerdos, y no tengo fuerzas para impedirlo.

—Pues no lo hagas —sugiere—. Déjate llevar, cielo. Deja que te asalte. Yo seré tu cabo. Siempre tiraré para traerte de vuelta a casa.

Cierro los ojos con fuerza, perdida en la magia de sus palabras. De la promesa de que siempre me protegerá. Que siempre me amará.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. No está causado por el frío ni por el miedo, sino por el hecho de comprender que debería haber conocido esa clase de amor universal e incondicional de una madre. Pero tuve que buscarlo en mi hermana. En mis amigos.

En Damien.

—Mi madre no tenía ni idea —susurro—. No sabía nada de cómo ser madre.

Las lágrimas brotan con libertad mientras recuerdo el día en que recibí una llamada diciéndome que Ashley había muerto. La voz monótona de mi madre explicándome que se había suicidado. Y no monótona por el arrepentimiento o el pesar, sino por la desaprobación. Como si Ashley no hubiera estado a la altura de sus expectativas.

Como es natural, lo irónico es que fueron las expectativas e inseguridades lo que mató a mi hermana. Su enraizada certeza de que no sabía ser esposa. Que el hecho de que su marido la dejara por otra mujer era la prueba de su fracaso, tal como siempre había asegurado mi madre.

Se mató porque creyó que no era nada. Pero para mí, Ashley lo había sido

todo.

—Estábamos sentadas aquí cuando me anunció que iba a casarse. En el suelo, junto a mi cama. Y que iba a tener una buena vida y a ser mejor madre que la nuestra. —Mis palabras brotan con la misma rapidez que mis lágrimas. Quiero a Ronnie y a Jeffery, mi sobrina y mi sobrino, pero el hijo de Ashley debería haber llegado antes. Deseaba con desesperación ser la tía Nikki. Ser la mejor tía del mundo, como había augurado Ashley—. Nunca tuvo ocasión.

De repente, la pérdida de mi hermana es como un dolor físico en mi pecho. Me vuelvo entre los brazos de Damien, sepulto el rostro contra su pecho y sollozo.

He venido a esta casa con el deseo de exorcizar mis demonios, pero parece que ahora hay fantasmas por todas partes.

Trago aire e intento conseguir que las palabras salgan a través de mi garganta cerrada por el llanto.

—Por favor —suplico—. Por favor, ¿podemos salir de aquí?

—Ya mismo.

Me besa con delicadeza y acto seguido me agarra del codo para sacarme de la habitación. Pero me quedó ahí, a su lado durante un momento, detestando lo débil y frágil que me siento. Procuro recobrar la compostura, decidida a salir de esta casa sin que Caroline ni Misty vean las pruebas de mi dolor impresas en mi rostro.

No lo consigo. Me tiemblan las rodillas. Tengo la piel húmeda y pegajosa. Me encamino hacia la puerta, pero el mundo parece volverse del revés y llevarme a mí con él.

Solo me da tiempo a mirar a Damien, a ver la preocupación grabada en su rostro, antes de que la negrura se apodere de mí y me derrumbe en los brazos de mi marido.

Nikki! —La voz de Damien, tensa y asustada, parece envolverme. Algo tangible a lo que, tal vez, pueda aferrarme y utilizar para volver—. ¿Cariño? ¿Cielo? Vamos. Eso es. Puedes hacerlo.

Siento la tibieza de su cuerpo rodeándome. Acunándome. Sus suaves palabras rebosan ánimo, pero esa ternura solo oculta un miedo subyacente. Imagino su cara delante de mí, emergiendo y sumiéndose en sombras.

Entonces me percató de que no se trata de mi imaginación. Mis párpados se están abriendo poco a poco, mi cuerpo intenta volver a la normalidad, aunque mi mente continúa perdida en este extraño inframundo en el que el tiempo parece transcurrir demasiado despacio y los brazos de Damien son deliciosamente cálidos.

—Eso es, cielo. Te vas a poner bien. —La preocupación tensa las líneas que enmarcan su boca, acentúa el tono ámbar de uno de sus ojos y transforma las profundidades de color ónice del otro en un abismo imposible. A continuación, se vuelve para hablar con alguien en voz baja y tirante—. ¿Dónde coño está la puñetera ambulancia?

—De camino. Me parece que ya se oye la sirena.

Caroline está de pie detrás de él. Tiene el ceño fruncido y se retuerce las

manos. Más atrás, Misty aferra a su hijo con cara pálida y me pregunto si le preocupo yo o lo que pensarán sus nuevos vecinos.

También oigo las sirenas que se aproximan. A pesar del calor del verano, siento un hormigueo en la piel a causa del agua gélida que de repente fluye por mis venas, el frío que me devuelve la consciencia. Con una vaga sensación de sorpresa, me doy cuenta de que estamos de nuevo en el jardín delantero, pero no tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí.

—¿Qué ha pasado? —Mi voz suena ronca, pero basta para que los tres rostros que me rodean se sientan aliviados.

Caroline se acerca y posa la mano en el hombro de Damien, aunque sus ojos están fijos en mí.

—Nikki, cielito, no pasa nada. Lo más probable es que sea solo el calor. No hay de qué preocuparse.

Intento incorporarme un poco más. Resulta más duro de lo que debería, pues me siento mareada y temblorosa, y cuando veo la preocupación de nuevo en el rostro de Damien desisto y dejo que él me sostenga.

—¿Me he desmayado?

Por supuesto que sí, pero la idea es tan sorprendente que no puedo evitar señalar lo obvio en forma de pregunta.

—Me has dado un susto de muerte —susurra.

—Ya estoy bien —declaro con firmeza, como si pronunciar las palabras hiciera que fueran ciertas.

Luego intento ponerme de rodillas para poder levantarme, pero Damien me lo impide.

—No, de eso nada. —Me sujeta con firmeza—. Siéntate y descansa hasta que llegue la ambulancia.

Hago una mueca ante la idea de que me examinen aquí, en el jardín paisajístico delantero de Misty.

—En serio, que no me ha mordido una serpiente de cascabel ni he contraído el ébola de repente. Solo me he mareado. No es para tanto.

—Para mí sí lo es —insiste, y con esas simples palabras mi argumento muere en mi lengua.

Estoy bien, sé que estoy bien, pero Damien necesita que se lo aseguren, y haré lo que haga falta para disipar el miedo de sus ojos.

Por desgracia, después de que un par de eficientes paramédicos me manoseen y me examinen, no tenemos una explicación definitiva para mi desfallecimiento y la preocupación persiste en el rostro de Damien.

Lo único bueno es que no insisten en que vaya al hospital, pero quieren que acuda a la consulta de mi propio médico cuanto antes, ya que mi presión sanguínea es lo bastante baja para ser preocupante.

Damien les da las gracias y después empieza a escribir algo en su móvil mientras los veo recoger y volver a la ambulancia. Pasan por delante de Misty, que se ha apartado al camino de entrada y está hablando con tres vecinas curiosas y, con toda probabilidad, maldiciendo el momento en que Damien y yo nos presentamos en su casa.

—¿Quieres un poco de zumo? —pregunta Caroline—. Seguro que Misty tiene en la nevera. O puedo ir al supermercado en un momento.

—No, en serio que estoy bien. Pero gracias. Creo que tienes razón. Ya no estoy acostumbrada al calor. —Esta vez, Damien me ayuda cuando me dispongo a incorporarme, después de guardar el teléfono en el bolsillo—. Iré a ver a mi médico cuando volvamos a casa para estar segura —añado, convencida de que Damien acaba de enviar un mensaje a su asistente para pedirle que concierte esa cita para el mismo momento en que regresemos a Los Ángeles.

—De hecho, nos vamos ahora —dice Damien—. Hay una clínica abierta a solo unos kilómetros de aquí.

Pero ya estoy harta de ser Nikki la inválida.

—Y un cuerno. Estoy de pie. Y puedo caminar. ¿Lo ves? —Lo rodeo para demostrarlo mientras Caroline se acerca a Misty de manera cortés, sin duda porque no desea verse atrapada en una lucha de poder marital—. Lo que necesito es comida y aire acondicionado. Así que vamos a comer algo y luego regresemos al hotel para que pueda trabajar en la presentación de mañana.

—Después de ir a la clínica. No... —prosigue, interrumpiendo mi protesta—. Quiero asegurarme de que estás bien.

—Joder, lo estoy. Solo estaba un poco mareada. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—Has estado inconsciente un minuto entero, cielo. Ni siquiera te has movido cuando te he sacado en brazos hasta aquí.

—Pero ya estoy despierta.

Me obligo a dar un paso atrás mentalmente. A respirar. No me gustan los médicos. Nunca me han gustado. Mis recuerdos de ellos están ligados a las estratagemas de mi madre para que me recetaran inhibidores del apetito con la excusa de que «es una niña muy guapa, pero sus caderas y sus muslos tienen tendencia a engordar» o a mis propios esfuerzos para ocultar mis cicatrices autoinfligidas, temiendo siempre que algún médico se fijara e insistiera en que viera a un loquero.

—¿Y si llegamos a un acuerdo? —sugiero—. Nos vamos ya al hotel, y si empiezo a sentirme mareada de nuevo, vamos a la clínica.

Damien no dice nada durante un momento e imagino el debate que se está librando dentro de su cabeza. Su deseo de complacerme contra su preocupación y su necesidad de respuestas. Pero al final asiente.

—De acuerdo, señora Fairchild —accede, empleando mi apellido de soltera como apodo cariñoso—. Tenemos un trato.

Le devuelvo la sonrisa con aire petulante. Después me acerco a Caroline y a Misty para despedirme. Y entonces desaparece mi petulancia.

Me asaltan las náuseas, me doblo en dos de repente y vomito en el perfecto jardín de Misty.

Teniendo en cuenta que no estoy enferma, me estás malcriando.

Hemos vuelto de la clínica a la que Damien me ha arrastrado y ahora estoy acurrucada en el mullido sofá de la suite del hotel, con los pies en su regazo. Apenas pasan unos minutos del mediodía, pero las cortinas están echadas, las lámparas arrojan una luz tenue y el ambiente me está dando sueño.

Él ríe entre dientes y luego me aprieta el dedo gordo del pie.

—¿Estás diciendo que no debería mimar a mi esposa?

—En realidad era más bien un comentario en la línea del «ya te lo dije». — Esbozo una sonrisa triunfal—. Los mimos son mi recompensa por llevar razón.

Presiona con los pulgares la base de mi pie de un modo que hace que arquee la espalda y gima de placer.

—Me encanta recompensarte —asegura—. Pero tu diagnóstico sigue en el aire.

—Estoy bien —insisto, porque me niego a creer que algo vaya mal—. El médico ha dicho lo mismo que yo; que todo el mundo se mareará a veces.

—Y yo me preocupo a veces.

Se pone de pie y me coloca los pies sobre el cojín. Luego se sienta de nuevo en el borde del sofá, justo a mi lado, y ahueca la palma de su mano

sobre mi mejilla. Se acerca muy despacio y me da un tierno beso en los labios.

Un débil temblor me recorre y le acaricio la nuca, dispuesta a acercarlo para darle un beso más profundo y entusiasta.

—No tienes de qué preocuparte —susurro.

—Prometo dejar de hacerlo cuando el médico llame con los resultados de los análisis de sangre.

Vacilo. Mi creciente deseo lucha contra una persistente frustración y aparto los dedos mientras exhalo con brusquedad.

Damien se incorpora, con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

—Nada —respondo de forma automática. Pero mi buen humor se ha desintegrado y prosigo—: No me gusta estar bajo el microscopio. Pero sigues insistiendo. —Cambio de posición para incorporarme y al hacerlo le doy un pequeño empujón. Él me mira con preocupación y el ceño fruncido, lo que aviva mi mal humor—. Solo quiero incorporarme —espeto.

Damien se pone en pie.

—Por supuesto, siéntate como te plazca.

Sé que estoy siendo una arpía, así que abro la boca para disculparme, pero no es eso lo que sale de ella.

—¿Estás cabreada por cómo me siento?

Se me retuerce el estómago. Nos peleamos —estamos casados, es normal que nos peleemos—, pero suele haber un motivo. Esta vez la responsable soy yo solita. Soy un desastre y lo sé. Mis emociones han estado hoy a flor de piel, y ahora algo duro y ardiente surge dentro de mí y parece que no puedo controlar mi temperamento, y menos aún mis palabras.

Damien se pasa los dedos por el pelo; su expresión es una mezcla de compasión y frustración.

—Lo siento, cielo. Esta ciudad. Tu madre. El que te hayas puesto enferma. Tienes todo el derecho a sentirte mal.

—No estoy enferma, es decir, venga ya, Damien, ¿es que no me escuchas?

Ahora me toca a mí ponerme en pie. Me digo que debería marcharme, porque en mi interior todo es agitación. Estoy susceptible y sensible, y sé que diga lo que diga no va a ser lo correcto, y no es así como me siento con Damien. Lo que significa que él tiene razón, claro. Esto es por mi madre. Por Dallas.

Y porque me he desmayado y luego he vomitado en el jardín de una perfecta desconocida.

El recuerdo basta para que me entren ganas de hacerme un ovillo y esconderme.

—Me has puesto en evidencia —lo acuso—. ¿Llamar a una ambulancia por un simple desfallecimiento? El barrio entero ha salido a mirar.

—Joder, Nikki. Te has desmayado. Estaba aterrizado. No me preocupaba ser discreto.

—No has sido discreto en absoluto. —Me atraganto un poco y parpadeo con furia para contener las lágrimas—. ¿Qué coño ha pasado con el Damien Stark que guarda su vida privada con tanto celo?

Ladea la cabeza y entrecierra los ojos mientras me estudia. Lo miro a los ojos, pero me rodeo con los brazos a fin de prepararme para la arremetida de acusaciones. Que estoy demasiado sensible. Que estoy cansada. Que estoy estresada. Que tengo las emociones a flor de piel por culpa de esta ciudad y que tal vez debería pensar solo en competir para conseguir contratos que me lleven a ciudades que no sean Dallas. Mejor aún, que no estén en Texas.

No dice nada de eso. En cambio, se acerca más. Pero no me toca, y mientras estamos ahí, separados solo por unos centímetros, me doy cuenta de que eso es lo que anhelo. Quiero que me estreche entre sus brazos. Quiero

aferrarme a él hasta que el mundo se enderece de nuevo. Hasta que yo me enderece de nuevo.

Pero lo único que hace es observarme. Y después dice:

—Esto no es por el desmayo. No es porque estés indispuesta.

—¿No? Bueno, pues te ruego que me digas qué es lo que me afecta, ya que me conoces mucho mejor que yo misma.

—Es por lo que le he dicho a Caroline. Sobre tener hijos algún día.

Doy un paso atrás de forma involuntaria. Porque tiene razón. No me había dado cuenta hasta que lo ha dicho, pero tienen toda la razón. Últimamente hemos hablado mucho sobre el tema de los hijos. Tuvimos una conversación antes de casarnos, claro, y de nuevo hace poco. Y siempre hemos estado de acuerdo en que queremos esperar. Que él está demasiado ocupado siendo el amo del universo y yo trabajo muchas horas para levantar mi negocio. Y además de eso, ninguno tiene buenos ejemplos de cómo ser padres. Habíamos acordado que necesitábamos tiempo. Para nosotros. Para poner en orden nuestras vidas. Para conseguir que mi negocio prospere.

Pero en los últimos meses no puedo evitar preguntarme si en la expresión de alegría que veo en el rostro de Damien cuando juega con nuestros sobrinos no hay también cierto anhelo. Si se arrepiente de esperar y quiere formar una familia propia, igual que han hecho Sylvia y Jackson.

—Algún día —repite Damien, al parecer siguiendo el curso de mis pensamientos—. Es todo lo que le he dicho a Caroline. No hoy. Ni la semana que viene. Pero sí algún día. —Me toma las manos—. Eso es verdad, ¿no es así?

Trago saliva, deseando poder leerle el pensamiento tan bien como él parece poder leer el mío.

—Que sea verdad no significa que sea público.

En sus ojos aparece un destello severo y por un instante creo que lo he

cabreado. Pero luego maldice en voz baja y menea la cabeza, con la expresión más cálida que jamás he visto.

—Tienes razón —aduce, y me doy cuenta de que no está enfadado conmigo, sino consigo mismo—. Maldita sea, tienes toda la razón. Lo siento, cariño.

—No pasa nada. —Sus disculpas son como una escalera por la que asciendo desde mi profundo y oscuro agujero—. De verdad. —Tomo aire al ser consciente de que ya no tengo ganas de pelear. De algún modo, ha conseguido tranquilizarme—. Lo que pasa es que... es que no me lo esperaba. Es decir, no conocemos a Misty. Y aunque la madre de Ollie sea como de la familia...

—Lo entiendo —me asegura llevándome de nuevo al sofá—. Tienes razón. Y te quiero. Lo siento.

Se sienta de nuevo y tira de mí para que me acomode a su lado. Suspiro y disfruto de la naturalidad con la que su brazo me rodea. De la cómoda cadencia de estar acurrucada contra él.

—Yo también lo siento —susurro—. Tienes razón en lo de mi madre y en todo lo demás. Me ha puesto de muy mal humor.

—Me sorprendería que no fuera así. De modo que esta es mi pregunta. — Su voz es tan seria que me muevo entre sus brazos para poder mirarlo de frente—: ¿Comedia o drama, película o televisión?

Meneo la cabeza, divertida.

—¿No tienes que revisar algunos documentos antes de tu conferencia acerca de esa fábrica? —Damien no tenía pensado trabajar este fin de semana, pero el jefe de obra de una de sus empresas en el extranjero llamó justo antes de salir de Los Ángeles. Hay una especie de crisis de la que tiene que ocuparse a primera hora del lunes, hora local. Con la diferencia horaria,

eso significa el domingo por la tarde en Texas—. Y ¿no se suponía que yo tenía que estar preparándome para mi presentación de mañana?

—Mi conferencia no es hasta dentro de dos horas —responde—. Y si te preparas más, te va a explotar la cabeza. —Abro la boca para protestar, pero él continúa—: Tómate un descanso. Relájate con tu marido. Tomaremos un almuerzo tardío y puedes pasarte la noche entera repasando tus notas. ¿Te parece bien el plan?

—Siempre que no tenga que elegir yo lo que vamos a ver.

Bostezo mientras que acerco más, segura de que él escogerá algo alucinante, como siempre, pero en realidad disfruto de la primera hora de las correrías de Audrey Hepburn y Cary Grant en *Charada*. No puedo hablar del resto de la película, porque de repente me encuentro tumbada en el sofá, desorientada al despertar de una inesperada siesta.

La voz de Damien llega desde el dormitorio y el televisor está apagado. Trato de coger mi teléfono para ver qué hora es y me fijo en que las notas de Damien ya no están en la mesa del salón, lo que explica por qué lo oigo hablar con alguien; debe de estar en su conferencia.

Me incorporo y me desperezo, luchando con la frustración y la preocupación. Es demasiado pronto para que esté tan cansada, pero hace ya una semana que me encuentro así. Incluso antes de que nos marcháramos de Los Ángeles me costaba concentrarme en la pantalla del ordenador y ponerme a trabajar era como vadear un pantano lleno de pudín. Me atiborraba de café, pero creo que al final sufrí una sobredosis de mi bebida tonificante favorita, porque últimamente hasta la idea de tomarme una taza hace que me sienta un poco indispuesta.

En otras palabras, no estoy en forma y resulta frustrante y un poco estresante. Casi nunca me pongo enferma, pero ¿y si esta vez me pasa algo de verdad? Le he dicho a Damien que estaba bien, pero ha sido porque quería

que fuera cierto, no porque lo fuera. Una clínica de atención primaria no me haría esperar si se tratara de algo como un cáncer. Dejarían que me fuera a casa, llamarían para comunicarme la mala noticia y me dirían que concertara una cita lo antes posible con un médico en Los Ángeles.

Me levanto del sofá por pura fuerza de voluntad. Una parte de mí me dice que deje de preocuparme, que lo que le he dicho a Damien sobre que estaba bien es cierto. Otra parte me recuerda que hace semanas que me encuentro rara y que, como es evidente, algo no anda bien, y por eso mismo no debería haber sido brusca con él, ya que tiene razón.

Miro el teléfono con el ceño fruncido; no estoy segura de si quiero que suene para conocer la mala noticia o que se mantenga en silencio para poder aferrarme un poco más a la fantasía de que todo va bien.

Aunque quizá debería arrojar el maldito chisme por la terraza, porque está claro que me estoy convirtiendo en una hipocondríaca de narices y eso no puede ser bueno.

Como ninguna de las opciones me resulta atractiva, estoy a punto de dirigirme a la cocina para asaltar el minibar. En casa guardo un alijo de barritas de chocolate heladas, pero en este momento me conformo incluso con una derretida.

Ni siquiera doy un paso antes de que mi móvil vibre sobre la mesa, anunciando una llamada entrante. Lo cojo y me dejo caer en el sillón al oír la voz del doctor Cray preguntando por mí.

—Soy Nikki —digo—. ¿Me..., es decir..., me pasa algo? ¿Estoy enferma?

—En realidad está muy sana, señora Stark.

Inspiro hondo, agradecida, pero frunzo el ceño de inmediato.

—¿Está seguro? Los mareos. Y últimamente me siento cansada. También tengo náuseas.

—Los mareos están provocados por la rápida caída de la presión

sanguínea, como le...

—Lo sé —lo interrumpo—. Pero ¿por qué me baja la presión sanguínea? Por favor. Si algo no va bien, dígamelo y acabemos con ello.

—Más despacio. Todos los síntomas que ha descrito son normales.

Meneo la cabeza.

—No. No lo son. Créame, doctor Cray, sé cómo me siento normalmente y no estoy bien. No soy de las que se quedan dormidas mirando la tele antes de las nueve, y mucho menos pasado el mediodía. ¿Y los mareos? Eso es muy raro. Créame, esto no es normal. Nunca me había sentido así.

—Imagino que se debe a que no ha estado embarazada antes. —Puedo captar la sonrisa en su voz—. Enhorabuena, señora Stark. Va a tener un bebé.

Va a tener un bebé.»

Las palabras del doctor Cray resuenan en mi cabeza, como sonidos aleatorios que soy incapaz de asimilar y que hacen que me sienta débil y confusa. Me agarro al brazo del sillón e intento tranquilizarme.

—¿Un bebé? —Siento el peso de la palabra en mi lengua, tan poco familiar—. Pero eso no puede estar bien. No puedo estar embarazada. Tomo la píldora.

Lo llevo haciendo desde que tenía catorce años y sufría calambres abdominales debilitantes.

—Estoy seguro de que sabe que ningún método anticonceptivo es eficaz al cien por cien. Usted es la prueba de eso, ya que le aseguro que, tomando o no la píldora, está embarazada, señora Stark.

—¿De cuánto estoy?

—De nueve, tal vez de diez semanas, según el nivel de HCG en sangre.

—HC... ¿qué?

—Es una hormona. Después de una ecografía, su obstetra podrá decirle con más certeza de cuánto está. Puesto que me dio permiso, he hablado con su médico de cabecera y ha concertado una cita en obstetricia para el próximo lunes.

Parpadeo y asiento, tratando de asimilar esa información. Estoy segurísima de que las cosas no suelen funcionar así y por eso asumo que la influencia de Damien está detrás de este elevado nivel de atención médica.

—Bien. De acuerdo. ¿Quién...?

—Su enfermera le enviará un mensaje con toda la información. Entretanto...

Continúa hablando, pero solo oigo ruido. ¿Embarazada? ¿Cómo puedo estar embarazada? Trato de recordar cuándo tuve la última regla, pero lo cierto es que nunca he prestado demasiada atención a eso. Simplemente me ocupé de ello cuando me viene.

Ahora me gustaría haber llevado la cuenta de los días de manera rigurosa.

«Embarazada.»

La palabra resuena en mi cabeza un poco más.

¿De verdad voy a tener un bebé? ¿Cómo es posible? No puedo ser madre. Es decir, no tengo ni la más remota idea de cómo ser madre.

—¿Señora Stark? —La voz del doctor Cray interrumpe la chachara de mi cabeza—. Entiendo que esto suponga una sorpresa para usted. ¿Quiere hacerme alguna otra pregunta?

—Yo... —Me paso la lengua por los labios, que de repente están secos—. No. No, gracias.

Arrojo el móvil al sillón después de dar por terminada la llamada y me quedé ahí, de pie, contemplando el cojín mientras inspiro hondo e intento asimilar esta nueva realidad, tan difícil de manejar.

—Nikki.

La voz de Damien llega baja, apenas perceptible, pero es fuerte y me aferro a ella mientras levanto la cabeza y me vuelvo hacia él.

Está en la puerta entre la sala de estar y el pasillo que conduce a la suite de

tres habitaciones. Su rostro carece de toda expresión y no tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí ni de cuánto ha oído.

—¿Qué ocurre? ¿Era de la clínica? —Da un paso hacia mí y veo la preocupación abriéndose paso en su máscara de control—. ¿Estás bien?

«¿Lo estoy?» Sinceramente no lo sé.

—Estoy embarazada —es cuanto digo.

Él se queda inmóvil durante un momento, con expresión inescrutable. Después la dicha absoluta tiñe su rostro mientras da otro paso hacia mí.

—Un bebé —dice con la voz impregnada de sobrecogimiento y asombro.

Espero que me estreche entre sus brazos. Que me bese en la cara, en la boca. Que me abrace con tanta fuerza que no haya espacio para el temor ni las dudas.

Pero no hace nada de eso, sino que se hinca de rodillas delante de mí y me besa en el vientre. Sus hombros se alzan y desciende con cada profundo aliento, sin duda tratando de controlarse.

Se mantiene aferrado a mí durante un instante. Luego inclina la cabeza para mirarme.

—¿Un bebé? ¿De veras? —Su voz rezuma tanta emoción que poco a poco pone fin al entumecimiento que se ha apoderado de mí—. ¿De verdad vamos a tener un bebé?

En mis labios se dibuja una sonrisa.

—Eso parece.

Me felicito porque mi voz suena normal, pues lo cierto es que no me siento nada normal. Estoy nerviosa, estresada e inquieta, y lo detesto. Porque debería estar disfrutando. Debería estar perdida en sus brazos, paladeando este momento único en la vida.

Sin embargo, no siento nada.

Estoy aterrada.

—¿Nikki?

—No pasa nada. —Las lágrimas me anegan los ojos—. En serio, estoy...

Es cuanto consigo decir antes de que un sollozo escape de mi garganta y las lágrimas rueden por mis mejillas. Ni siquiera estoy atada a la tierra ahora mismo. Soy tan solo un embarullado manojo de emociones que se retuerce tan rápido que ni siquiera puedo asimilarlas. Conmoción. Dicha. Miedo. Entusiasmo. Sorpresa. Terror. Felicidad. Todo ello me golpea, haciendo que me sienta abrumada, insensible y nada segura de que esto pueda estar pasando de verdad.

—Cariño. Oh, Nikki, cariño mío. —Damien se levanta al instante y me aprieta contra él al tiempo que me acaricia el cabello—. Oye, oye, habla conmigo.

Quiero hacerlo —Dios bendito, deseo hacerlo—, pero mis palabras están atrapadas por las lágrimas. Jadeo, tratando de relajarme mientras Damien me acaricia la espalda y me murmura palabras tranquilizadoras.

—Yo... lo siento —consigo decir—. Lo que pasa es que..., no lo sé. Puede que sean las hormonas. Soy un desastre.

—Cariño.

Interrumpe sus palabras con un beso. Tan tierno y delicado que creo que me voy a derretir. Y cuando por fin se aparta, su expresión rebosa tanta ternura que está a punto de hacerme llorar de nuevo.

Se sienta en el sillón y me acomoda sobre su regazo. Yo me acurruco sobre él, ansiando su fortaleza y la seguridad de sus brazos. Quiero que me abrace con fuerza. Quiero que me desnude. Que me toque y me provoque.

Quiero que me haga el amor. Más que nada, quiero sepultar el revoltijo de pensamientos y temores que danzan en mi cabeza bajo el manto de la pasión.

—Te quiero —susurra, y cuando me enjuga una lágrima con la yema del pulgar me doy cuenta de que he empezado a llorar otra vez.

—Estoy bien —asevero sorbiendo por la nariz—. Puñeteras hormonas.

Todavía llevo la falda que me he puesto esta mañana y él desliza con suavidad las yemas de los dedos por mi pierna desnuda, acariciándome el hombro con los labios. Me estremezco, anhelando un contacto mucho más íntimo y el olvido que sé que me traerá la rendición.

Salvo que en realidad no deseo olvidar. No deseo esconderme. De Damien no; de Damien jamás.

Y sin embargo, no se puede negar que eso es justo lo que hago. Me estoy cerrando. Me estoy retrayendo.

No deseo celebrarlo, sino escapar, y detesto que mis traicioneras emociones estén destruyendo lo que debería ser un momento lleno de romanticismo y de dicha.

Trago saliva y me levanto de su regazo.

—Voy al baño —digo, y cruzo la suite a toda prisa hacia el baño principal.

Cierro la puerta, me siento en el borde de la bañera del tamaño de una piscina olímpica y tomo aire.

Al cabo de un momento, Damien entra. Levanto la cabeza, parpadeando mientras lo miro con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento mucho —digo.

Él no responde. Lo que hace es arrodillarse en la gruesa alfombra extendida delante de la bañera. Apoya una mano en mi muslo y ahueca la otra sobre mi mejilla. Durante un instante nos limitamos a mirarnos; ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre. Ojalá no tuviéramos que hablar ni pensar.

—Estás agobiada —aduce—. Tus emociones son visibles. Estás feliz. Estás asustada. Confusa —dice, y yo asiento, parpadeando con fuerza para, tal vez, conseguir no ponerme a llorar de nuevo—. Sobre todo estás dolida. Y

quizá un poco cabreada conmigo. Pero, cariño, llevas dentro a mi hijo..., a nuestro hijo..., así que ¿cómo no voy a sentirme dichoso?

—No. No, no es eso.

Pero incluso mientras hablo sé que las palabras son mentira. Tiene razón, maldita sea. Tiene toda la razón. Quería que él se sintiera igual de perdido que yo. Que se sintiera confuso y agobiado.

Lo quería porque no soporto saber que, incluso con Damien a mi lado, estoy completamente sola.

—Es justo eso —replica con firmeza—. ¿Crees que no lo veo? Nikki, cariño, has sido parte de mí desde el momento que nos conocimos. ¿Cómo no voy a ver el abismo que se ha abierto entre nosotros?

Esas malditas lágrimas empiezan a manar de nuevo y me levanto, apartándome de su tacto mientras me las limpio con brusquedad.

—Hemos hablado de esto —susurro, de espaldas a Damien—. Teníamos un plan. Un camino. —Tomo aire y me limpio la nariz, que me gotea. Después me vuelvo hacia él, esperando ver el reproche en sus ojos. Pero solo veo amor. Así que aprieto los labios e intento contener otro aluvión de lágrimas—. Coincidíamos en que no estábamos preparados —continúo—. Ninguno de los dos. Y hemos hablado de lo importante que era para mí conseguir más estabilidad en mi negocio. Contratar más empleados para que la empresa pueda crecer si me tomo un tiempo libre. Tiempo —recalco—. Más tiempo para... —Yergo los hombros y lo miro a los ojos—. No soy lo bastante fuerte, y ambos lo sabemos.

—Sí que lo eres —se limita a decir.

—Y un cuerno.

Me levanto la falda para dejar a la vista las cicatrices que surcan mis caderas y muslos. La evidencia de mi debilidad. De todo lo que hay roto y frágil en mí.

—Joder, Nikki, no apuntes a tu pasado solo porque tengas miedo de tu futuro.

—Pero es que tengo miedo. —Doy un paso hacia él, sacando fuerza de mi creciente ira—. Es una de las razones por las que íbamos a esperar, ¿te acuerdas? ¿O es que todas esas conversaciones eran chorradas? ¿Me has estado tratando con indulgencia? Peor aún, ¿me has estado mintiendo? ¿Fingiendo que te parecía bien esperar cuando lo que deseabas era formar una familia?

—Nikki, no...

—Te he visto con Ronnie y con Jeffery. Sé que los adoras.

Damien se pasa la mano por el pelo, con una expresión tan desdichada como yo me siento.

—Los adoro. Y adoraré a nuestros hijos. Pero nunca te he mentado. Cielo, te juro que estaba completamente de acuerdo con nuestro plan. Pero la vida nunca va como uno se espera. Tú y yo lo sabemos mejor que nadie.

Me quedo rígida, tan abrumada por las emociones que temo que voy a estallar por dentro.

—Algunas veces es una tragedia cuando un plan se tuerce. Pero otras es maravilloso. —Despacio, con el mismo cuidado con el que se acercaría a un animal salvaje, se aproxima a mí y posa la mano en mi vientre—. Esto es maravilloso —afirma muy serio.

Trago saliva, tratando de asimilar sus palabras. Su atención está fija en mí, como si intentara leer nuestro futuro en las líneas de mi cara. Al cabo de un momento, frunce el ceño y veo un mínimo atisbo de inseguridad en sus ojos.

—¿Estás...? Nikki, entiendo que estés asustada. Que te haya pillado por sorpresa. Pero ¿hay algo más? ¿Estás pensando en...? Es decir, ¿es que no quieres esto?

Al principio no entiendo lo que me pregunta. Después, el sentido de sus

palabras, tan horrible y errado, me asalta con la fuerza de una bofetada.

—¿Que no quiero esto? ¿Que no deseo a tu hijo? No, Damien, no. ¿Cómo se te ocurre preguntarlo siquiera? Tienes que saber que yo... —Cierro los ojos con fuerza y me presiono las sienes con los dedos porque cómo no va a pensar eso después de todo lo que he dicho—. No. No. Es solo que...

—¿Qué? —me insta.

—No sé cómo explicarlo, pero tener un bebé contigo, formar una familia a tu lado... No hay nada que desee más.

—Te creo.

Encorvo los hombros de alivio por la pura simplicidad y el amor que impregnan sus palabras.

—Pero me siento paralizada y no sé por qué —confieso mientras me apoyo en el borde de la bañera.

Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas y Damien se sienta conmigo.

—Claro que sabes por qué. Porque estás sorprendida. No estás preparada. Y porque no estás segura de que puedas con ello —añade mientras me rodea con el brazo—. Pero sí que puedes, cielo. Te prometo que puedes. —Me coge la mano y me besa con suavidad en la palma—. Cariño, tú no eres como tu madre.

Se me forma un nudo en el estómago; Damien ha ido directo al quid de la cuestión.

—¿Cómo lo sabes? —Mi voz suena tan pequeña y tan frágil como yo me siento.

—Simplemente lo sé. Y soy brillante, ¿recuerdas? Todos los artículos lo dicen.

Me echo a reír y la tensión dentro de mí se afloja un poco.

—No cabe duda de que tienes tus momentos —reconozco antes de que se acerque para besarme con suavidad.

Un momento después, se levanta y me tiende la mano. La acepto, me conduce de nuevo a la sala de estar y me indica que me siente en el sillón. Así lo hago y él se sienta a mi lado, luego se inclina hacia delante y abre el cajón de la mesa de centro.

—Iba a enseñarte esto en la cena. —Sus palabras parecen un total sinsentido—. Lo cogí de mis archivos antes de que saliéramos de Los Ángeles.

Me pasa una foto y la cojo sin pensar, pero se me escapa un pequeño «¡Oh!» cuando veo la imagen: soy yo, en bañador, sobre el escenario del Centro de Convenciones de Dallas.

—¿De verdad guardabas esto?

—¿Cómo puede ser que te sorprenda?

Damien tiene razón. Hubo una época en que me habría parecido raro. Ahora sé que atesora hasta los recuerdos más aleatorios de nosotros dos juntos.

Paso los dedos por la fotografía. Nos conocimos cuando yo competía en el certamen de Miss Tri-County Texas y el jugador de tenis profesional Damien Stark era una de las celebridades que conformaban el jurado. Entonces no me di cuenta, pero aquel día cambió mi vida para siempre.

—Me dabas miedo —reconozco.

Él enarca las cejas.

—¿En serio?

—Por cómo me hacías sentir. No te conocía... Joder, casi no hablé contigo, pero esos minutos a tu lado en la sala de espera fueron tan intensos que incluso entonces supe que se me quedarían grabados a fuego en la memoria.

—Yo sentí lo mismo.

Esbozo una sonrisa. Ahora lo sé, claro, pero en aquel momento no tenía ni

idea de que Damien me viera como otra cosa que no fuera una aspirante más.

—Tu intensidad me abrumaba. Me cautivaste. Y te juro que si me lo hubieras pedido, me habría ido contigo, como aquella chica al final de la película *El graduado*.

—Te aseguro que estuve muy tentado de hacerlo. —Me acaricia el labio inferior con el pulgar—. ¿Tienes idea de lo que quería hacerte entonces? ¿De cuánto deseaba sacarte de aquella recepción, buscar un cuarto a oscuras y tocar cada centímetro de tu cuerpo? Quería llevarte al límite, Nikki. Quería sentirte estallar en mis brazos. Y mientras estaba allí, junto a aquellas puñeteras y minúsculas porciones cuadradas de tarta de queso, solo podía pensar en cómo sonarías gritando mi nombre cuando te corrieras entre mis brazos.

—Oh, sí. —Me estremezco de pensarlo—. Yo también lo deseaba. Pero jamás habría pasado. Me habría marchado, incluso te habría abofeteado. Mi madre me tenía completamente bajo su control. Estaba empeñada en verme como ella me veía y no tenía valor para liberarme.

Ya no estoy hablando de huir de Damien aquella noche y él lo sabe. Hablo de escapar de la vida en la que estaba atrapada. Del mundo en el que yo era una Barbie viviente, y mi madre, la chica que juega con su preciosa y boba muñeca.

—Pero encontraste el valor —afirma con suavidad.

Trago saliva, pensando en las cicatrices que recorren mi cuerpo.

—Una cuchilla no es valor.

—No, no lo es. Era una herramienta; la fortaleza siempre estuvo ahí. Y ahora tampoco necesitas ya la herramienta. Eres fuerte, cielo. Estoy convencido de ello.

Sorbo por la nariz y asiento. Es cierto. Damien me mira y ve fuerza. Cree en mí incluso cuando yo no creo en mí misma.

—Tengo fuerza gracias a ti.

Él niega con la cabeza.

—Eso no es verdad. Pero aunque lo fuera, ¿qué pasa? Yo estoy a tu lado y te prometo que no me voy a ir a ninguna parte, cariño.

Eres tan hermosa... —le susurro al bebé en la cuna.

Intento cogerla, tomándola con delicadeza en mis brazos, y ella me mira con sus grandes ojos azules y una expresión de amor absoluto como la de su padre, que hace que mi corazón cante de alegría.

Quiero apretarla contra mí y no soltarla jamás.

Quiero aplaudir sus primeros pasos, oír sus primeras palabras.

Sobre todo, quiero mantenerla a salvo.

Ella es lo más valioso del mundo entero; nuestra hija. De Damien y mía.

Lágrimas de felicidad ruedan por mis mejillas. Porque al fin está aquí con nosotros y es verdad, es lo correcto y es perfecto.

No sé cómo pude dudarlo alguna vez. Cómo pude tener miedo.

—No puedes hacer esto.

La voz áspera y familiar desvía mi atención de mi hija y se me hiela la sangre al levantar la vista y ver a la mujer en medio de la habitación infantil, con los brazos cruzados y una expresión seria grabada en las profundas arrugas de su rostro, normalmente atractivo.

—¿Madre?

—No puedes hacer esto —repite, y sus ojos descienden hasta mi hija, a la que acuno en mis brazos.

Cuando bajo la mirada, el bebé ya no está. Sigo teniendo el brazo doblado, pero hay una profunda herida abierta que me recorre la cara interna del antebrazo y la sangre supura de la muñeca al codo.

Aterrada, levanto la vista de nuevo y veo a mi madre chascar la lengua.

—¡No! —grito—. Yo no he hecho esto.

—¿Estás segura? —pregunta. Y me doy cuenta de que no. No estoy en absoluto segura.

Miro a mi alrededor de manera frenética; quiero respuestas. Necesito ayuda.

Pero ya no estamos en la habitación infantil, sino en la cocina. Y en la otra mano sostengo la tapa de una lata de aluminio, cuyo dentado borde está manchado de sangre.

—¿Lo ves? —dice mi madre.

No puedo hablar. Solo soy capaz de menear la cabeza mientras reviso la habitación e intento recordar qué es lo que he perdido.

—¡El bebé! —chillo al fin mientras rojos goterones de mi sangre caen en el prístino suelo blanco—. ¿Dónde está el bebé?

Estoy junto al fregadero y miro por la ventana, solo que ya no es una ventana y ya no estamos en la cocina. Ahora estoy en un balcón, apoyada contra una barandilla metálica, y estamos a tanta altura que el mundo ahí abajo parece un dibujo y no tengo ni idea de dónde estamos, porque la tierra está demasiado lejos y es demasiado desconocida para reconocerla.

Pero entonces veo al bebé precipitándose hacia la tierra.

—¡Ashley! —grito, tratando en vano de coger a mi hija.

—Te lo dije —replica mi madre—. Va a caer. Y tú no puedes salvarla.

—¡No!

Me arrojo desde el balcón tras el bebé, pero estoy demasiado lejos de ella. Y mi hija cae sin cesar, va a estrellarse contra el duro y espantoso mundo y

no hay nada que yo pueda hacer. No puedo llegar hasta ella. No puedo salvarla.

Pero entonces veo a Damien en la tierra, más abajo. Levanta los brazos en alto. La coge y la aprieta contra sí.

Él la salva y yo empiezo a temblar cuando el alivio se apodera de mí.

Entonces me percató de la dura realidad; Damien no puede cogerme. No mientras tiene en brazos al bebé.

La he cagado. He perdido a nuestro bebé.

Gracias a Dios que Damien estaba ahí para cogerla, pero no puede salvarme también a mí.

Y mientras el suelo se acerca cada vez más, grito una y otra vez sin parar.

—¡Nikki! ¡Nikki, despierta, cielo!

Parpadeo y sollozo mientras recobro la consciencia poco a poco en brazos de mi marido.

—Damien.

Se me quiebra la voz al pronunciar su nombre, entrecortada por el peso de mis emociones.

—¿Quieres contármelo?

No quiero. Ni siquiera deseo pensar en ello. Pero me limpio la nariz con el dorso de la mano y luego inspiro hondo.

—Ella estaba ahí —susurro—. Mi madre. Y yo tenía al bebé en brazos y... Oh, Damien. Era perfecta.

Es una tontería porque sé que no era más que un sueño, pero me cuesta respirar mientras le cuento el resto. Le explico que el bebé estaba cayendo. El terror que me atenazaba la garganta es tan descarnado que aún puedo sentir el grito que se desgarró de mi boca en esos últimos momentos. Y luego el alivio

que sentí cuando Damien cogió a nuestra hija, aunque yo me precipitara contra el suelo.

—Solo era una pesadilla —susurra al tiempo que me aprieta contra sí.

Asiento, porque sé que es verdad, pero a la vez parecía incluso más real que la noticia de mi embarazo.

Me acerco más a él, con el ceño fruncido. Estamos en la cama y lo último que alcanzo a recordar es que estaba tumbada a su lado mientras veíamos otra película de espías que Damien ha alquilado en el hotel. Recuerdo el principio y una persecución en coche, pero nada después de eso, y me doy cuenta de que debo de haberme quedado dormida, absorbida de nuevo por la vorágine del embarazo, y he empezado a soñar.

Ahora, en el televisor sin sonido hay un programa de noticias. O bien la película ha acabado o bien Damien se ha aburrido. Pero todavía lleva puestos los vaqueros y la camiseta azul, así que no creo que haya pasado demasiado tiempo. Desde luego, no es por la mañana aún.

Las cabezadas no me sientan bien; siempre me despierto desorientada, y ahora mismo todavía estoy tratando de ubicarme. Dirijo la mirada hacia la ventana y veo las luces de la ciudad brillando en la oscuridad.

—¿Es tarde?

Damien menea la cabeza.

—No mucho. Te has quedado dormida durante la película, pero te prometo que no te has perdido gran cosa.

Un atisbo de sonrisa asoma en mis labios.

—Lo siento. No pretendía hacerlo. —Me incorporo, luego me muevo hacia atrás para apoyarme contra el cabecero tapizado. Quiero desprenderme de él, pero el sueño persiste aún, y agarro la sábana sobre mi regazo, retorciéndola en mis manos—. Parecía muy real.

—Pero no lo era, cielo. Solo eran pensamientos. Tu mente revisándolo

todo. —Cambia de posición para mirarme, me coge por la barbilla y me inclina la cabeza para que no tenga más alternativa que mirarlo a él—. Pero tú no eres como tu madre. Y yo siempre, siempre, te cogeré.

Tomo aire y me las arreglo para esbozar una sonrisa trémula.

—Lo sé —respondo de corazón—. Imagino que me he despertado demasiado pronto.

—O justo a tiempo. Estoy aquí, ¿no? Y te has despertado entre mis brazos.

Me echo a reír y asiento mientras las lágrimas me anegan los ojos una vez más. Parpadeo con furia para contenerlas y después enrosco un mechón de su cabello entre mis dedos y lo atraigo hacia mí, apoderándome con fuerza de su boca. El beso es apasionado y profundo, pero deseo que lo sea aún más. Quiero la conexión física y emocional. Y quiero su fuerza.

Sobre todo, quiero sentirme siempre como me siento en brazos de Damien. Segura de mí misma. Amada. Lo bastante fuerte para enfrentarme al mundo.

—Podemos hacerlo —digo mientras interrumpo el beso con suavidad—. Puede que no sea el momento más oportuno, pero tienes razón. Este es nuestro bebe y podemos hacer que funcione. ¿O no?

—Joder, sí —responde, y a continuación me besa con fuerza y rapidez y una expresión triunfal en el rostro—. Sabes que podemos. ¿Qué no podemos hacer cuando estamos juntos?

Ahora lloro sin tapujos. Esta vez no es por miedo, sino de puro alivio. Y, sí, de felicidad.

—Te quiero —susurro.

—Eso está bien. —Su sonrisa le ilumina los ojos—. Porque vamos a tener un bebé.

—Ashley. —Inclino la cabeza para mirarlo—. En mi sueño se llamaba Ashley.

Él posa la mano sobre mi vientre muy despacio.

—Ashley —repite—. Es perfecto. —Clava su mirada en la mía—. Aunque podría ser niño.

—Cierto —reconozco, y esbozo una sonrisa—. Un niño como Damien Stark. Será una buena pieza.

Damien ríe y me besa.

—Desde luego que lo sería.

En cuanto volvimos al hotel me puse una camiseta de tirantes y unos pantalones de yoga. En este momento sus manos se deslizan bajo la camiseta y la sensación de su palma contra mi piel desnuda me provoca escalofríos. Su mano asciende despacio por mi cuerpo, dibujando la curva de mi cintura y acariciándome el costado antes de detenerse en mi pecho. Busca el pezón con el pulgar e inicia una delicada y rítmica caricia que hace que me muerda el labio inferior mientras el calor del deseo se propaga por todo mi cuerpo, encendiendo mis sentidos y haciéndome gemir de anhelo.

—Nikki.

Sus ojos se clavan en los míos y veo tensión en ellos. Una incertidumbre desconocida que no entiendo. ¿Cuándo ha vacilado Damien en lo que a mí se refiere? Siempre se ha mostrado audaz, ha tomado lo que desea... y que yo le doy con mucho gusto.

Frunzo el ceño. Quiero preguntarle qué es lo que sucede, pero antes de que pueda hacerlo, su mano abandona mi pecho para descender y descansar justo debajo de mi ombligo.

—¿Esto está bien?

Al principio no comprendo sus palabras, pronunciadas con tanta dulzura y ternura. Luego me doy cuenta de que habla del bebé y sonrío, encantada. Apoyo la mano en la suya y empiezo a deslizarla bajo la cinturilla elástica de mis pantalones de yoga.

—Sí, por favor —digo con sinceridad mientras una feroz necesidad surge

dentro de mí—. Está más que bien.

—¿Estás segura?

No sabría decir si me toma el pelo o si de verdad tiene dudas.

—Muy segura —le prometo—. Tú. Las hormonas. Ni siquiera lo sé. Ni siquiera me importa. Pero, por favor, Damien. Por favor. Necesito sentirte dentro de mí. Ahora mismo. Lo necesito tanto como respirar.

—¿De veras? —dice con una chispa deliciosamente traviesa en los ojos—. Me parece que algo podemos hacer al respecto.

Gimoteo un poco porque lo que hace a continuación es sacar la mano de mis pantalones, que es el sentido contrario de donde quiero que la dirija. Pero luego cambia de posición en la cama, hasta que se coloca a horcajadas sobre mí e introduce la mano debajo de mi camiseta, posando su cálida palma en mi cintura.

Me acaricia la piel con perversa lentitud; la fricción y el calor me están volviendo loca. Arqueo la espalda, mis pezones se tensan contra la fina tela de mi ligera camiseta.

—Por favor —suplico.

—¿Por favor? Por favor, ¿qué?

Me acaricia bajo los pechos con la palma, hasta que llega a ellos. Gimo. Mi piel está tan sensible que hasta el soplo más leve causaría estragos en mi sexo y haría que me retorciera de necesidad.

—Por favor, sí —insisto—. Por favor, deprisa.

Damien enarca las cejas.

—¿Deprisa? ¿Estás segura? —Su pulgar juguetea de manera perezosa con mi pezón mientras con la otra mano me sube la camiseta, hasta dejar mis pechos a la vista—. Ir despacio tiene sus ventajas.

Acerca la boca y tiente mi areola con la lengua. Es una sensación increíble y me muerdo el labio para no gemir. Pero Damien está empeñado en

volverme loca, y mientras su boca causa estragos por encima de mi cintura sus dedos descienden y se introducen en mis pantalones para tomar mi sexo.

Estoy muy mojada y me acaricia de manera pausada y delicada, sin penetrarme en ningún momento, sin tocar mi clítoris. Tan solo excitándome. Provocando mi anhelo. Haciéndome desearlo.

Quiere que pierda la cabeza. Arqueo la espalda todavía más y contoneo las caderas, exigiendo en silencio que haga algo más aparte de jugar con mi pecho y con mi coño. Quiero sentir sus dientes en mi pezón, su dedo en mi clítoris. Sobre todo quiero su polla dentro de mí.

—Por favor —suplico cuando ya no puedo soportarlo más. Mi cuerpo entero está en llamas, y si no me folla pronto, voy a quedar reducida a cenizas—. Por favor —suplico de nuevo.

Sin embargo, esta vez bajo la mano y forcejeo con el botón de sus vaqueros. Consigo desabrocharlo y deslizo la mano dentro. Lleva calzoncillo y lo acaricio a través del algodón, satisfecha con su grave gruñido y al sentir sus dedos entrando en mí lo suficiente para excitarme. Para avivar todavía más mi deseo.

Lo encuentro duro y caliente. Damien menea las caderas y su movimiento facilita mis esfuerzos por liberarlo de los calzoncillos y los vaqueros. Y mientras acaricio su polla despacio toma mi pecho en su boca y lo succiona, tirando con tanta fuerza que siento la correspondiente punzada en el coño y mis músculos se contraen de deseo.

—Dilo, cielo —murmura—. Dime que quieres que te folle.

—Sí —respondo—. Por favor, Damien. Por favor, fóllame. Con fuerza —suplico—. Deprisa —imploro.

Él no me hace esperar. Con un movimiento brusco, me da la vuelta tan rápido que me hace jadear.

—De rodillas —ordena mientras me baja los pantalones, dejando mi

trasero al descubierto.

Tengo la cabeza inclinada, la camiseta arrugada por encima de mis pechos, ahora apretados contra la sábana de algodón. Mi trasero está suspendido en el aire y Damien me acaricia las nalgas. Separo las piernas, limitada por los pantalones, todavía subidos hasta la mitad de mis muslos. Estoy muy mojada, y cuando introduce dos dedos en mi interior aprieto la cara contra el colchón y deajo escapar un gemido.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta inclinándose de forma que siento su peso en la espalda y su erección me provoca mientras me susurra al oído.

—Sí. —Mi voz suena tensa; mis pensamientos no van más allá de la necesidad y el deseo—. Por favor —suplico—. Por favor, Damien.

Su lengua me roza la oreja y gimo cuando me susurra.

—Sí, cielo. Dios mío, sí.

Todavía lleva puestos los pantalones cuando me penetra, primero con embates poco profundos y provocativos, pensados para hacerme perder la cordura, y después más y más, hasta que se hunde en mí con fuerza; la tela vaquera me resulta erótica cuando me roza mientras me toma con pasión, llenándome tanto que jadeo y me aferro a las sábanas, perdida en la sensación de estar en absoluta conexión con él.

Me penetra una y otra vez, y mis sensibles pezones se frotan contra la sábana, lo que aumenta la sensación de que mi cuerpo está en llamas, inmerso en un incendio provocado por Damien.

Su respiración cambia y puedo notar que está cerca cuando una de sus manos abandona mis caderas para rodearlas y excitar mi clítoris.

—Ahora, cielo —me ordena mientras una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo, hasta culminar en mis entrañas.

Me deajo llevar, me entrego a él, porque confiaría en Damien para que me llevara a cualquier parte, y mientras lo hago, la sensación aumenta hasta que

él repite: «Ahora». Todo se hace añicos en una explosión de luz y de color, y su fuerza me estremece antes de derrumbarme entre sus brazos, que me sujetan con fuerza y me guían a tierra de nuevo.

—Te quiero —murmura, y luego me besa en la sien mientras me acurruco a su lado, jadeando y con la ropa revuelta.

Nos quedamos así durante lo que parece una eternidad; se me empiezan a cerrar los ojos, cuando su teléfono suena a nuestro lado.

—Ignóralo —digo pegándome a él.

Tengo la mejilla apoyada sobre la camiseta que todavía lleva puesta y puedo sentir la tensión mientras alarga el brazo hacia la mesilla.

—Lo siento —se disculpa, y exhala un suspiro—. Si no me estuviera ocupando de unas cuantas crisis, silenciaría el puñetero trasto. Mejor aún, lo tiraría a la basura.

Consigo reír con pereza, pero no tarda en teñirse de preocupación cuando se desliza con cuidado de debajo de mí y se levanta de la cama. Se abrocha los vaqueros.

—Vale, Charles. Dime qué has averiguado.

Se vuelve hacia mí y sonrío, pero su expresión es poco entusiasta, y cuando sale de la habitación me incorporo con el ceño fruncido mientras recuerdo la anterior llamada de Charles. Parece que ha pasado una eternidad desde entonces, pero en realidad fue hace solo unas horas.

Me levanto de la cama, me pongo mi albornoz y sigo a Damien hasta la sala de estar. Él está junto a la barra de desayuno, de espaldas a mí. Tiene el codo apoyado en la encimera, la cabeza en la mano y el teléfono a su lado. Desde atrás parece frágil y se me encoje el corazón. «Frágil» no es un término que suela figurar en el léxico de Damien Stark.

—¿Qué sucede? —pregunto con suavidad.

Se da la vuelta, pero su rostro no revela nada.

—Solo estoy solucionando problemas en el trabajo —responde.

Me acerco a él y le tiendo la mano, como si lo saludara. Damien frunce el ceño, pero la acepta de manera automática. Y se la estrecho.

—Soy Nikki Stark —digo, como si me presentara—. Ya nos conocemos. Soy la mujer que te conoce lo bastante bien para saber cuándo me ocultas algo.

—Nikki...

—No. —Dejo caer la mano y retrocedo con los brazos cruzados—. Sea lo que sea, es personal. Y estás intentando protegerme. Primero por mi madre. Ahora puede que por el bebé. Pero ¿es que no lo entiendes, Damien? Siempre hay algo. Y esa no es tu decisión. Eres mi marido, y quiero apoyarte, maldita sea. Joder, necesito estar a tu lado. —Él observa mi rostro y su expresión es una mezcla de frustración, dolor y amor tan intensos que resultaría divertido si no fuera tan real—. Damien —insisto—. Por favor.

Al final, asiente.

—Es Sofía —dice, y es como si me hubiera propinado un puñetazo en el pecho. Doy un paso atrás y me llevo la mano al corazón, como si con eso bastara para protegerme de esa mujer.

—¿Qué pasa con ella?

Consigo que mi voz suene normal y me siento muy orgullosa de mí misma. Sofía Richter es la amiga más antigua de Damien... y me odia con todas sus fuerzas, aunque ella tampoco me entusiasma. Bueno, eso es quedarme corta. En cuanto oigo su nombre, me rodeo con fuerza con los brazos para protegerme.

—He recibido noticias sobre su última evaluación. —Pronuncia las palabras con sumo cuidado, atento a mi reacción, pero estoy decidida a mostrarme comprensiva.

—Ah.

Poco antes de que Damien y yo nos casáramos, Sofia perdió la cabeza. Su locura tenía un detonante, yo, pero también tenía una causa. Damien y ella habían sufrido abusos por parte del entrenador de tenis de mi marido, un hombre llamado Merle Richter, que además era el padre de ella. La fuerza de Damien hizo que pudiera sobrellevarlo, pero Sofia cayó en picado y la enfermedad mental que siempre estuvo en su interior la arrastró hasta las profundidades del abismo.

Damien ha cuidado de ella desde que Richter murió cuando eran adolescentes. Y ahora mismo se encuentra en una institución a las afueras de Londres, recibiendo el mejor tratamiento mental que su dinero puede comprar.

Me aclaro la garganta.

—Bueno... ¿cómo está?

—Está bien —responde—. Excepcionalmente bien, de hecho.

—Oh. Eso es estupendo. Pero ¿qué tiene que ver Charles con todo eso? Ese es el motivo por el que llamé antes, ¿verdad? —Damien asiente, pero lo hace despacio, y me doy cuenta de que esta es una conversación difícil. Pero no me echo atrás; quiero saberlo todo—. ¿Y bien? —insisto.

—Quería más información de la que la institución nos daba. Algo más que las evaluaciones oficiales. Así que Charles ha coordinado una investigación para mí. Ha utilizado sus recursos para hablar con el personal y con la gente que ha tenido relación con ella en la ciudad durante sus días libres. Incluso han hablado con los otros pacientes.

—¿Y?

—Y todo respalda los informes. Está muy bien.

Sus palabras transmiten un pesar que me sorprende.

—¿Y eso te molesta? —pregunto.

Damien menea la cabeza.

—No. No, claro que no. Lo que ocurre es que... —Se interrumpe y clava la mirada en mi cara antes de darse la vuelta mientras se masajea las sienes con los dedos, como si luchara con una enorme jaqueca.

—Ella es como una hermana para ti —sigo yo por él en voz baja—. Pero intentó hacerme daño. Así que te alegras por ella, pero estás confuso.

Decir que Sofia intentó hacerme daño es como decir que el océano Pacífico es un lago grande. Fue mucho más que eso. Fingió ser otra persona para hacerse mi amiga. Se acercó y luego me desafió, todo con el único propósito de que me autolesionase... o algo peor.

Quería a Damien para ella, yo estorbaba.

Todo aquello fue una pesadilla, y aunque él ha seguido pagando sus cuidados después de que la internaran, cortó todo contacto con ella. Pero sé que nunca ha dejado de preocuparse.

Una sonrisa irónica se dibuja en sus labios.

—Sí —reconoce—. Eso lo resume todo.

—No pasa nada —le aseguro—. Sé que la quieres. Es lógico que te alegres de que esté mejorando.

Damien cierra los ojos y asiente, con el cuerpo todavía en tensión.

Me acerco más y lo rodeo con los brazos. Me aprieta contra su cuerpo, me abraza con tanta fuerza que casi no puedo respirar. Me suelta al cabo de un momento.

—Gracias —dice sin más.

Doy un paso atrás para poder estudiar su rostro, pero toda vulnerabilidad ha desaparecido. Lo único que veo ahora es al ejecutivo. Un hombre acostumbrado a ocultar sus emociones. A no revelar nada.

Frunzo el ceño.

—¿Hay algo más? Parece que no me lo has contado todo.

—No. No, cielo, claro que no.

Asiento, pero se me encoge el estómago, porque lo cierto es que no le creo.
Y eso me molesta. Más aún; me asusta.

Eso crea un abismo entre nosotros. Tal vez pequeño, pero ahí está. Y no sé cómo cruzarlo, aunque tengo que hacerlo.

«Puedo hacerlo», pienso posando la mano sobre mi vientre. Sé que puedo.

Pero solo con Damien a mi lado.

Me despierto antes que el sol, pero no antes que Damien. No estoy segura de que alguna vez me haya despertado antes que él un día laborable, y mientras me levanto de la cama me pregunto si eso cambiará cuando el bebé esté en nuestra vida, cuando tenga que levantarme a las cuatro para cambiar pañales y dar el pecho y mi horario esté invertido por completo.

Me siento en el borde de la cama y poso con suavidad la mano en mi vientre; me siento un poco indispuesta. Sigo nerviosa por el bebé, pero el temor ha desaparecido y ha dejado paso a la clase de incertidumbre y anticipación habituales cuando te enfrentas a lo desconocido. Hasta el miedo se ve mitigado por la certeza de que, sin importar adónde lleve este camino, lo recorro con Damien. Así que no es el bebé lo que me preocupa, sino el secreto que persiste. O, más bien, es mi miedo a que haya un secreto. Quizá Damien me contara de verdad todo acerca de Charles, de las llamadas y de Sofia. Quizá. Pero tengo la sensación de que está ocultando algo. Y espero que me lo cuente pronto, que solo esté intentando que tenga la cabeza despejada mientras estamos en Dallas.

Me levanto y me pongo el albornoz mientras me digo que tiene que ser eso; Damien sabe cuánto estrés me ha provocado el solo hecho de venir aquí. Lo nerviosa que estoy por la entrevista de hoy. Y ahora, con la noticia del

bebé y el enigma de la desaparición de mi madre, es normal que intente protegerme. Eso es todo. Por supuesto que eso es todo.

Y cuando Damien entra en la habitación con una taza de café en la mano y los ojos rebosantes de ternura, me convengo de que tengo razón.

—Buenos días, preciosa —dice y me da el café, seguido de un beso.

—Me gusta el beso, pero de esto no estoy tan segura. —Miro la taza con pesar.

—Es descafeinado —aduce Damien—. Todo el sabor y nada de agitación. Finjo poner morritos.

—Me gusta la agitación. —Levanto la taza, huelo el café y lo dejo en la mesilla con repugnancia—. Pues no. ¿Quién iba a pensar que llegaría al extremo de no querer café?

Damien me acerca a él y coloca su mano sobre mi trasero.

—Tendremos que asegurarnos de que estás estimulada en otros aspectos hasta que nazca el bebé —murmura, y acto seguido me muerde el lóbulo de la oreja y me hace dar un brinco.

—Cuidado. —Me río—. Vas a hacer que llegue tarde, y entonces te echaré la culpa si no consigo el contrato.

—Eso no puede ser. —Me besa en la nariz mientras se aparta—. ¿Cómo te encuentras? ¿Tienes náuseas matutinas?

—Nada. —Frunzo el ceño, porque ayer las hormonas y las náuseas se apoderaron de mí hasta el punto de desmayarme. Entonces ¿qué ha cambiado?—. No creerás que es mala señal, ¿verdad? Anoche leí un poco en internet y todos los artículos dicen que las náuseas matutinas son saludables y que...

—Estás bien —me interrumpe—. Y si hace que te sienta mejor, seguro que volverán. Las náuseas matutinas van y vienen, ¿no? Y no siempre se dan por

la mañana. Así que considera lo de hoy como un regalo y aprovéchalo para la entrevista.

Inspiro hondo. Damien tiene razón, claro. No necesito asustarme con cada pequeña molestia... ni con su ausencia.

—Hablando del tema, tu coche llegará en una hora. ¿Por qué no te vistes y yo pido el desayuno?

—Tortitas —exijo con firmeza.

—¿Huevos no?

Suelo darme el capricho de comer huevos fritos y beicon cuando estamos en un hotel, pero ahora niego con la cabeza y esbozo una sonrisa alegre.

—Lo he pensado, pero la idea me da náuseas.

Damien se echa a reír.

—¿Lo ves? Y ahora ve a vestirme.

Me dispongo a hacerlo, pero me detengo en la puerta y me vuelvo hacia él.

—¿Por qué no me acompañas? Podrías esperar en el vestíbulo y luego iríamos a tomar un helado, a celebrar mi éxito.

—No es mala idea, pero tengo llamadas programadas y será más fácil trabajar desde aquí. Además, prefiero celebrarlo con algo más interesante que un helado.

—¡Oh! —exclamo, y mis ya revolucionadas hormonas empiezan a revolverse de nuevo—. En ese caso, deséame suerte para lo de hoy. Porque estoy deseando festejarlo contigo. —Hago una pausa y ladeo la cabeza—. Aunque si estás pensando en pepinillos con helado, tienes que saber que aún no he cruzado esa línea y que me sentiré muy, pero muy decepcionada si eso es lo que tú entiendes por algo «más interesante».

—Tomo nota —dice tratando de contener una sonrisa—. Pero cuando cruces esa línea, has de saber que te concederé todos tus caprichos.

Sus palabras, tan apasionadas y sinceras, me alegran.

—Ya lo haces —susurro—. Siempre lo has hecho.

Sigo sonriendo una hora más tarde cuando, ya vestida y con el estómago lleno, reviso mis notas en la parte de atrás del coche que Damien ha alquilado para que me mueva durante el día. Tengo el ordenador portátil abierto en el asiento a mi lado, un cuaderno amarillo en el regazo y estoy repasando la solicitud original en busca de las demandas de la compañía para cerciorarme de que tengo respuestas para cada una.

Sé que mi discurso es certero; he invertido más de una semana en corregirlo y varias más antes de eso en hacer el trabajo de poner la propuesta en papel y asegurarme de que no prometo más de lo que puedo proporcionar para llevarlo a cabo, en términos de capacidad tecnológica y de personal.

Ahora mismo, Fairchild Development cuenta con un solo empleado: yo. Y si consigo este contrato, confío en poder ocuparme del trabajo. Pero Greystone-Branch es una consultoría internacional, y con su negocio asegurado no solo sacaría lo suficiente para contratar al menos a un par de programadores, sino que mi pequeña empresa empezaría a ocupar un lugar en el mapa. Lo que significaría más clientes. Lo cual entrañaría más empleados. Y más ingresos. Y así sucesivamente.

Planear la posibilidad de un crecimiento rápido me pone nerviosa, así que todas mis proyecciones en papel son conservadoras. Pero he revisado hasta el más mínimo detalle con Damien, y si un hombre como Damien Stark dice que mi plan general para el crecimiento de la empresa parece factible, sería imbécil si no sintiera al menos un cauteloso optimismo sobre las posibilidades de mi pequeña compañía.

Estoy anotando algunos puntos a tratar sobre posibles modificaciones en la interfaz de usuario que he diseñado cuando mi teléfono suena a todo volumen con el tema *Chapel of Love* de The Dixie Cups.

—Mira que eres bicho —le digo a mi mejor amiga, Jamie, después de

sacar el móvil de debajo del montón de papeles del asiento—. Te dije que me quitaras ese tono.

—¿Por qué iba a hacerlo? Funciona, ¿verdad? Sabías que era yo.

Pongo los ojos en blanco. Estaba muy borracha cuando me cogió el móvil y trasteó con los tonos de llamada, poco antes de que Ryan y ella se casaran.

—¿Qué pasa? —pregunto, y tomo nota de cambiar yo misma el tono de llamada.

—Nada de nada. —Su voz suena alegre. Demasiado alegre.

Me recuesto contra la tapicería de piel y cruzo los brazos.

—Ríndete, James —le ordeno, utilizando el apodo familiar—. Te conozco demasiado bien.

Ella exhala una bocanada de aire.

—Lo que pasa es que estás en Dallas. —Sus palabras son casi vacilantes—. Quería asegurarme de que estabas bien.

—Estoy bien. Gracias.

—Oh, venga ya —exclama—. Para eso están las amigas.

Pero hay algo extraño en su voz.

—¿Jamie?

Ella deja escapar un suspiro.

—Lo siento. Es que estoy teniendo uno de esos días. Pero ¿de verdad que estás bien? ¿No resulta extraño volver a casa? Llevas un tiempo bastante obsesionada con tu madre.

—No he estado obsesionada —la corrijo.

Jamie estaba conmigo al menos una vez cuando vi a mi madre en Los Ángeles. Aunque tuvo que ser mi imaginación. Porque no hay razón para que mi madre estuviera en Los Ángeles sin que quisiera algo de mí. Incluso cuando se presentó sin avisar para ayudar, supuestamente, con la boda, en

realidad andaba tras una parte del dinero de Damien. Así que sabía bien que no iría a Los Ángeles para observarme desde la distancia sin más.

Se lo conté a Damien cuando la vi por primera vez. Por entonces ya estaba trabajando en la propuesta para Greystone-Branch y Damien sugirió que quizá lo que me preocupaba era ir a Dallas si conseguía el contrato. Una teoría razonable, que consideré acertada cuando las semanas pasaron sin que volviera a verla.

Pero la vez siguiente ni siquiera tenía la propuesta en mente.

—En fin, es obvio —dijo Jamie cuando quedé con ella para tomar café y que me consolara—. Sé exactamente por qué la estás viendo.

Casi me atraganté con mi café con leche.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque tienes problemas con ser madre.

—No seas ridícula.

—Oh, venga ya. Damien y tú lleváis juntos más tiempo que Sylvia y Jackson. Ellos tienen dos hijos y Damien y tú tenéis un gato. Es evidente que adoras a Ronnie, pero cuando coges al pequeño Jeffery te iluminas como un faro. A Damien le pasa lo mismo. Parece que estáis listos para procrear.

—Es nuestro sobrino y es una monada —repliqué a la defensiva, porque no entraba en nuestros planes tener hijos. No entonces. Ni todavía.

Pero no se equivocaba demasiado. En casi nada, en realidad. Y ahora estoy aquí sentada, en el asiento trasero de un coche alquilado, con la mano en mi vientre, preguntándome si mi madre ha estado en Los Ángeles todo el tiempo y pensando en por qué me ponía tan nerviosa tener un bebé cuando no cabe duda de que Damien y yo estamos más que preparados para conseguir que esto salga bien.

—¿... Cómo fue eso?

Me enderezo al darme cuenta de que me he quedado ensimismada.

—Lo siento. ¿Qué?

—Tu madre —repite.

—Ah. —Exhalo con fuerza—. Creo que yo tenía razón.

—Has ido a verla, ¿no? ¿Cómo...? —Hablábamos a la vez, pero se interrumpe de golpe—. Espera. ¿Qué?

—Mi madre no está aquí. Ha vendido su casa. Se ha ido, Jamie.

—Así que ¿de verdad piensas que ha estado en Los Ángeles todo este tiempo?

Suspiro de nuevo.

—No lo sé. Pero al menos eso significaría que no me he estado imaginando cosas.

—Joder.

—Pues sí —digo, porque, con toda sinceridad, eso resume bien la situación.

—¿Estás bien?

Vacilo. No sé qué contarle. La noticia sobre mi madre ahora se mezcla con la del bebé, y aunque deseo con todas mis fuerzas compartir eso con Jamie, no quiero anunciárselo a más de dos mil kilómetros de distancia.

—¿Nicholas? —Su voz es firme, y utiliza mi apodo de manera enfática—. ¿Estás bien?

—Sí. Sí —repito con más contundencia—. De verdad, estoy genial, James. Damien está aquí y... Bueno, todo va bien. Es estupendo. Te hablaré del viaje cuando llegue a casa. Y, oye, ¿me has llamado por algún otro motivo? —pregunto con voz alegre, cambiando de tema.

—Yo... ¿Qué?

—Sonabas rara cuando has llamado. Como si tuvieras otra cosa en la cabeza.

—¡Oh! Bueno, en realidad sí. Aún vas a venir al estreno del viernes,

¿verdad?

Han llevado al cine el libro de nuestra amiga Jane y la *première* se celebrará en el teatro Chino.

—¿Estás de coña? Pues claro que sí. ¿Por qué no iba a asistir?

—Qué sé yo —dice distraída—. Solo quería asegurarme.

Frunzo el ceño.

—Todavía suenas rara. ¿Ocurre algo? ¿No tendréis algún problema Ryan y tú?

—¿Bromeas? Me ahogo en felicidad conyugal. Al parecer, un anillo de casado es un afrodisíaco para mi marido. Es decir, todo el mundo afirmaba que la fase de la luna de miel terminaría pronto, pero se equivocaban. En serio, creía que estaba bien follada antes de que nos casáramos, pero ahora...

—Entiendo. —Tengo que cortarla para evitar formarme una imagen visual que jamás pueda sacarme de la cabeza—. Ryan irá antes para supervisar la seguridad, ¿no? ¿Quieres compartir la limusina con nosotros?

—Normalmente diría que sí sin pensarlo. Pero esta vez la respuesta es un no rotundo.

—¿En serio? —No puedo evitar reír por su tono de voz—. ¿Por qué?

—Porque estaré en la alfombra roja entrevistando a las celebridades que vayan llegando al teatro. En directo y con un vestido impresionante.

—¡Jamie! ¡Es alucinante!

Mi amiga ha trabajado como presentadora de fin de semana para la filial de una cadena de noticias local, pero estaba empeñada en salir a hacer reportajes de entretenimiento. Estar en una alfombra roja entrevistando a famosos de primera es su sueño hecho realidad.

Jamie posee ese físico impresionante que la cámara adora. Si la industria no la hubiera masticado y escupido, creo que podría haber tenido éxito como actriz. Por fortuna se recuperó rápido del fiasco de la actuación y descubrió

que le encantaba el periodismo. Sobre todo si tenía que ver con informar sobre Hollywood. Pero que le encante significa que tiene algo que perder.

—Lo sé, sí. Es alucinante de verdad. Y ni siquiera lo he pedido. Supuse que no tenía ninguna posibilidad, porque vamos, ¿quién empieza en la alfombra roja? Pero me han sacado de la enorme montaña de desesperación, sueños y sudor.

Me echo a reír.

—Me parece que te han sacado de una montaña de talento.

—¡Bah! Solo lo dices porque eres mi mejor amiga.

—Por supuesto —digo con socarronería—. Tu trabajo es una mierda y te miento para apoyarte.

—Zorrón.

—Yo también te quiero. Y ¿James? Enhorabuena.

—Gracias —responde, y casi puedo percibir su sonrisa al otro lado de la línea—. Vale, debería dejar que te prepares. ¿Cuándo es la entrevista?

—Ahora mismo estoy en el coche, de camino.

—Ay, mierda. No quería interrumpirte. Buena suerte. ¿Estás animada? Porque puedo animarte. Allá voy: graduada con las mejores notas en el instituto. Doble licenciatura en Ingeniería electrónica e Ingeniería informática. Ganadora en cuatro ocasiones de la beca de investigación científica Stark Internacional. Consejera delegada de Fairchild Development. Diseñadora e ingeniera de más de dos docenas de páginas web y aplicaciones para teléfonos móviles. Fotógrafa aficionada, jugadora de póquer increíble y mejor amiga. —Ha hablado tan deprisa que tiene que parar para respirar—. ¡Uau! ¿Me he dejado algo?

Me río con tantas ganas que apenas puedo hablar.

—Bicho raro. ¿Tienes mi currículum delante de ti?

—No seas boba. —Su voz suena extrañamente aguda y doy por hecho que

continúa tomándome el pelo—. ¿Por qué iba a tener tu currículum delante? Eres mi mejor amiga —aduce con voz más normal—. Me sé tu currículum de memoria. Duermo con él en la mesilla y le rindo homenaje cada vez que me acuerdo de que tus notas de la universidad eran mucho mejores que las mías.

—Te quiero, James.

—Lo mismo digo, Nicholas. Buena suerte, ¿vale?

—Gracias. —Frunzo el ceño, pensando todavía en que hay algo raro en su tono de voz—. ¿James?

—¿Sí?

—¿Estás segura de que no pasa nada?

—Nada de nada. ¿Por qué? ¿Es que a ti te pasa alguna otra cosa?

Poso la mano en mi vientre. «Un montón», pienso. Pero nada que esté dispuesta a contarle por teléfono.

Después de dos horas de entrevistas y reuniones, estoy agotada, aunque eufórica. Agotada porque estoy convencida de que ahora ya conozco a todas y cada una de las personas que trabajan en Greystone-Branch, desde la oficina de clasificación de la correspondencia hacia arriba. Eufórica porque, gracias a la política del propio Damien, sé que solo a los candidatos a los que tienen seriamente en cuenta les enseñan todo y los invitan a comer. El tiempo es un artículo demasiado valioso para malgastar preciosos minutos de trabajo entrevistando a un candidato poco probable.

En mi caso, no me presento para un puesto de trabajo. Sería un trabajador independiente. Pero la naturaleza del proyecto —la creación de una página web propia y de software para móviles que conecte las comunicaciones y los recursos de la empresa a nivel global— exigirá acceso no solo a la red de la compañía, sino también a los empleados. Necesito entender cómo funcionan en la actualidad para asegurarme de mejorar su productividad, no de reducirla.

En otras palabras, si consigo este contrato, pasaré mucho tiempo aquí. En esta oficina. Y en Dallas.

El recuerdo de la casa de mi madre me distrae durante un momento y se

me pasa algo que el señor «Por favor, llámame John» Greystone está diciendo.

—¿Perdona? Mi mente estaba divagando. Pensaba en la arquitectura de tu página web.

—Solo te he preguntado si querías un café. He pensado que podíamos hablar unos minutos más en mi despacho y luego te acompañaremos afuera.

—Solo agua, por favor.

La asistente del señor Greystone no tarda en entrar con una botella de agua, seguida por el vicepresidente de operaciones, Bijan Kamali. Nos instalamos en la sala de estar, un rincón de la amplia oficina que dispone de un pequeño sillón, dos butacas de piel y una mesa baja de cromado y cristal. La zona me recuerda a un área similar de la oficina de Damien, y me permito relajarme un poco y que la esperanza florezca. A fin de cuentas, me han dedicado mucho tiempo y me han prestado mucha atención. Eso tiene que ser buena señal, ¿no?

—Seré sincero contigo, Nikki —dice John—. Bijan y yo estamos muy impresionados, como todas las personas con las que has hablado hoy.

—Me alegro mucho de oír eso. —Mantengo la voz firme, pero por dentro estoy más alegre que unas castañuelas—. Yo también estoy impresionada. Tiene un negocio increíble. Me encantaría participar en la optimización de sus procesos de comunicación.

No es una exageración. Trabajar con Greystone-Branch representaría una gran oportunidad para mí. No solo a la hora de formarme una reputación como empresa, sino también de aprender a organizar y dirigir una compañía importante. Sí, tengo Stark International como modelo, pero ni siquiera me imagino dirigiendo una empresa con tantas divisiones. Greystone-Branch es bastante más pequeña, y sin embargo es de ámbito internacional. En lo que a

estructura corporativa se refiere, podría aprender mucho trabajando con este equipo.

John mira a Bijan, quien asiente con sutileza. John se aclara la garganta y me brinda una sonrisa, pero esta vez su expresión parece un tanto tensa.

—Con franqueza, hemos reducido la lista a tres candidatos y todos estáis muy cualificados. Llegados a este punto, buscamos otros factores.

—Por supuesto —digo, aunque por dentro mi corazón late a toda prisa. ¿A qué se refiere con «otros factores»?

—Esperábamos que pudieras arrojar cierta luz sobre el tema de la proximidad. Sabemos que vives en Los Ángeles...

Deja la cuestión en el aire y me lanzo con entusiasmo. Si esta cuestión representa la naturaleza de sus preocupaciones, lo tengo hecho.

—Como sabrá, crecí en Dallas, así que no tengo ningún problema en venir con la frecuencia que sea necesario. —Eso, por supuesto, es una exageración, pero estoy decidida a exorcizar los fantasmas de mi pasado, y si consigo este contrato lo conseguiré—. Viajar tampoco es un problema. Tengo la suerte de poder acceder a la flota y al piloto de mi marido. Y puedo estar en Dallas en cuestión de pocas horas. Viajar a otros lugares se puede organizar con la misma facilidad. Por supuesto, si consigo este trabajo, compraré o alquilaré un apartamento cerca de aquí durante el tiempo que dure el proyecto.

No suelo alardear del dinero de Damien —nuestro dinero, según me recuerda a todas horas—, pero en este caso quiero que John y Bijan entiendan que mi presencia en sus distintas localizaciones no está sujeta a horarios de aerolíneas comerciales. Y aunque sin duda sería razonable que pidiera que me reembolsaran los costes de desplazamiento, aparte de mi licitación, debido a los beneficios para Fairchild Development si consigo este proyecto, ya he hablado con Damien sobre no hacer tal cosa, porque hace que mi propuesta resulte más atractiva.

—Es estupendo saberlo. Y no ignoras que estamos pensando en un plazo de tiempo relativamente corto. ¿Trabajarás con un equipo?

—Lo haré —respondo, y me esfuerzo para que mi sonrisa no desaparezca. He estado dudando si contratar ayuda extra hasta que me enteré de este trabajo. Por desgracia, ahora parece que necesito el equipo para asegurar mi posición—. Estoy considerando un equipo de tres, incluyéndome a mí. Espero que no me pidan los currículos de mis dos ayudantes. Aunque he realizado entrevistas preliminares y he encontrado unos cuantos candidatos prometedores, aún no he hecho una oferta a ninguno de ellos.

—Y ¿estás segura del plazo? ¿Las recientes noticias no cambian nada?

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Noticias?

John mira de nuevo a Bijan, que le pasa un sobre de papel manila. John lo abre, saca una única hoja de papel y me la entrega.

Es una copia impresa de una página web. Me quedo paralizada en cuanto veo el titular y la fotografía.

—Oh —digo como una tonta cuando vuelvo a ser capaz de hablar—. Esto es... —Trago saliva y lo intento otra vez, pero las palabras no salen. Lo que hay en el papel que estoy mirando acapara mi mente.

Si el titular es absurdo —«¡Pronto habrá un Starkito!»—, la fotografía es todavía peor. Soy yo, desmayada en el jardín de la casa de Misty, con la cabeza sobre el regazo de Damien.

De repente mi cuerpo se enciende, como si la vergüenza fuera una hoguera y me estuviera quemando viva.

Pero ¿de qué he de avergonzarme? Sé lo suficiente sobre fotografía para saber que alguien al otro lado de la calle tomó la imagen con un objetivo de largo alcance. Esa persona es la que debería avergonzarse, por cotilla y por vender fotografías privadas.

Y las únicas personas que saben que estoy embarazada son Damien y el personal de la clínica. Estoy segura de que el doctor Cray no es la «fuente anónima» que identifica el artículo, pero apuesto a que la recepcionista que no me miró a los ojos cuando me dio un bolígrafo para firmar el alta ayer se ganó unos pavos extras.

«¡Zorra!»

Trago saliva, tomo aire y miró a John a los ojos y después a Bijan.

—No sabía que esto había llegado a la prensa.

—Así que es cierto. —Los dos hombres intercambian una mirada—. Nos preocupa que tu embarazo pueda afectar a tu agenda. No a la calidad del trabajo —se apresura a añadir—. Pero seguro que entiendes que tenemos un plazo ajustado. Y con un embarazo existe cierta incertidumbre. Podrías terminar haciendo reposo en la cama.

—No voy a terminar haciendo reposo en la cama —insisto, pero miro el papel. Mi imagen en el suelo.

«Tampoco tenías previsto desmayarte —parece decir John—. Así que ¿cómo vas a saber qué va a pasar?»

Me levanto. Me siento insegura y eso me cabrea. Sobre todo porque cuando he entrado en este despacho creía que tenía el contrato en el bolsillo.

De repente desearía estar presentándome para un puesto de trabajo. Entonces ni siquiera les estaría permitido preguntar por mi embarazo. Pero la legislación no es aplicable a mí, y si estos hombres quieren contratar a otro candidato porque mi embarazo merma su confianza en mí, están en su derecho.

—Caballeros —digo levantando la cabeza—. Han visto mi trabajo. Han revisado mi propuesta. Confío plenamente en que Fairchild Development puede tener el proyecto a tiempo, por debajo del presupuesto y con una calidad excepcional. Espero sus noticias.

Saludo con la cabeza, cojo mi bolso y salgo del despacho. Al menos he sido yo quien ha dicho la última palabra.

Pero, sobre todo, quiero salir del edificio antes de echarme a llorar. Siento las lágrimas anegándome los ojos. Presiono el botón del ascensor y contengo el aliento, rezando para que ni Bijan ni John me sigan.

Solo cuando estoy a salvo en la cabina del ascensor dejo que mi cuerpo se encorve y que la frustración se imponga. Bajo llorando los trece pisos hasta el vestíbulo, y cuando salgo me seco las lágrimas, levanto la cabeza y voy en busca de mi chófer.

Si se ha dado cuenta de que he estado llorando, no lo demuestra. Se limita a abrirme la puerta y a preguntarme si quiero volver ya al hotel.

—Sí —respondo, pero acto seguido me contradigo—. En realidad, no. Antes quiero ir a otro sitio.

Me siento hundida mientras el chófer recorre las calles de Dallas, y no solo por la posibilidad de perder el contrato. No, eso es solo una minúscula mota en la enorme pantalla de un radar.

La verdad es que aunque he sido el centro de atención de la prensa desde que empecé a salir con Damien, todavía no tengo el don de saber qué va a suscitar el interés de los paparazzi. Y ni se me ha pasado por la cabeza que este embarazo pudiera ser noticia.

Noticia no; cotilleo. La clase de cotilleo que vende revistas, corre por las redes sociales y hace que los ansiosos reporteros se apelonnen delante de mi oficina, persigan mi coche o rondan cerca de la puerta de nuestra propiedad en Malibú.

Al casarme con Damien tomé la decisión de aguantarlo y he ganado experiencia a la hora de lidiar con la prensa. Por lo general ya ni siquiera nos

molestan. Como es natural, fuimos noticia cuando se filtró que Damien me había pagado la friolera de un millón de dólares para que posara desnuda para un retrato. Y una vez más cuando lo arrestaron por asesinato... y cuando retiraron los cargos.

Más tarde volvimos a tenerlos encima cuando Damien decidió revelar públicamente la historia de abusos a los que su entrenador lo sometió durante muchos años. Entonces Damien volvió las tornas y aprovechó el interés de la prensa sensacionalista para dirigir la ola de solidaridad hacia la Fundación Infantil Stark, una organización sin ánimo de lucro que fundó para ayudar a los niños víctimas de abusos y traumatizados a través de la terapia deportiva y recreativa.

Desde luego, ha habido más prensa desde que nos casamos. Nuestra boda fue un gran acontecimiento, claro, así como toda la publicidad y la crisis en torno al resort de Cortez, la isla vacacional que Jackson diseñó para Stark Real Estate Development, y el proyecto durante el que Damien y la prensa se enteraron de que Jackson Steele era su hermanastro.

También ha habido intentos de chantaje. Gilipollas que nos dicen que lo único que tenemos que hacer para evitar que cosas como fotografías subidas de tono salgan a la luz es pagar. Damien no lo ha hecho, al menos hasta ahora: en su lugar ha optado por aprovechar sus recursos para luchar. Siempre ha conseguido frustrar las amenazas. Pero puede que algún día no sea capaz de hacerlo.

Puede que un día nuestros hijos sean el objeto de un chantaje. Nuestros hijos, a los que los paparazzi seguirán a todas horas. Nuestros hijos, que serán vigilados constantemente. Juzgados en todo momento. Insultados por venir de una familia con dinero. Acusados de estar mimados y ser intocables.

Y en cuanto a Damien y a mí...

Bueno, analizarán cada una de nuestras decisiones, discutirán en público

todas nuestras elecciones. Y Dios no quiera que nuestros hijos cometan alguna estupidez, porque la prensa sensacionalista se los comerá vivos.

Tomo aire y exhalo un suspiro mientras me seco los ojos de nuevo.

La prensa ha puesto el foco sobre Damien desde antes de que ganara el Grand Prix junior a los quince años. Era muy joven, tenía mucho talento y era demasiado guapo. Quizá lo habrían dejado cuando se retiró, pero entonces saltó el escándalo. Y después de eso, vino el dinero y el imperio que construyó. Cada paso en la vida de Damien se ha sometido a escrutinio, y no creo que eso vaya a parar en un futuro cercano.

Su riqueza es una bendición en muchísimos aspectos. Una manifestación concreta de su increíble talento e intelecto. Y es muy injusto que algo que debería ser algo bueno —la capacidad para mantener a un hijo de todas las formas posibles— parezca una maldición,

Mi móvil anuncia la llegada de un mensaje de texto. Rebusco en mi bolso de piel para cogerlo, esperando que sea Damien, pero lo que leo en la pantalla me hace saber al instante que no es él:

¿Qué te hace pensar que puedes con ello?

Contemplo las frías y duras palabras y se me revuelven las entrañas al tiempo que la bilis me sube a la garganta. Vacilo. El instinto me dice que vuelva a meter el móvil en el bolso. Pero no lo hago. Abro la aplicación para poder ver quién lo ha enviado. Se trata de un número oculto y lo único que tengo es el espantoso mensaje de texto.

No tengo ni idea de quién lo ha enviado. Nunca me he preocupado demasiado por ocultar mi número de móvil. Por lo general, solo se lo doy a mis amigos, pero también suelo utilizarlo para asuntos de trabajo fuera de la jornada laboral o pasarlo a contactos importantes.

En otras palabras, podría ser de cualquiera. Quizá se trate de alguna zorra

molesta conmigo por haberme casado con Damien. Por estar embarazada de su hijo. O puede que sea uno de los posibles rivales para el trabajo de Greystone-Branch, cabreada después de oír los rumores de que soy una de las candidatas finales.

Quizá sea Sofía, que no está tan bien como parece pensar todo el mundo.

Ni lo sé ni me importa.

Pero es mentira. Sí que me importa. Y mucho. Mientras trato de reprimir las lágrimas, las palabras del mensaje dan tumbos en mi cabeza, chocando contra mis pesimistas pensamientos. «¿Madre tú? ¿Compaginar el trabajo y la familia tú? ¿Qué te hace pensar que puedes con ello, Nikki? ¿Qué te hace pensar que estás ni remotamente preparada para esto? ¿Para nada de esto?»

—¿Señora Stark?

Me sobresalto, tan sorprendida por la voz del chófer que grito.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

Él se da la vuelta en su asiento para mirarme, y aunque se esfuerza por mantener una actitud profesional, no puede disimular la preocupación que muestra su cara. Sin embargo, no hace ningún comentario sobre mi angustia y agradezco tal consideración.

—Hemos llegado. —Hace un gesto para señalar el cementerio que se extiende más allá del vehículo—. Si me necesita para alguna otra cosa, la estaré esperando aquí mismo.

Le doy las gracias con una sonrisa; entiendo la generosidad de su oferta tácita. Luego tomo aire, cojo el bolso y salgo del coche al calor de Dallas.

El cementerio se extiende a lo largo de varias hectáreas, pero sé adónde voy y recorro con paso rápido y una determinación casi desesperada el camino de piedra que serpentea entre el cuidado césped. Ignoro por qué siento esta enorme necesidad de estar aquí; lo único que sé es que ahora mismo necesito estar cerca de mi hermana.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que llego por fin a su tumba y descubro que no puedo leer su lápida porque las lágrimas me empañan la vista. Me las enjugo con brusquedad y me derrumbo sobre la hierba húmeda frente a su lápida. «Ashley Anne Fairchild, amada hija.»

Dibujo con la yema del dedo las palabras mientras una familiar frustración surge dentro de mí. Yo quería que en la piedra pusiera también «amada hermana», pero mi madre se negó en redondo, alegando que no era apropiado. De modo que incluso ahora, tras su muerte, mi madre se ha interpuesto entre mi hermana y yo.

—Te echo de menos, Ashley —susurro mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas—. Te echo muchísimo de menos. —Me echo hacia atrás e intento controlar la respiración—. Estoy embarazada —le cuento—. Damien y yo vamos a tener un bebé. Y tú deberías estar aquí, Ashley. Deberías estar conmigo cuando la niña nazca. Deberías ayudarme a decorar la habitación infantil y a elegir la ropa premamá, y los vestiditos para ella. —Reprimo otro sollozo—. Deberías estar aquí —repito con la garganta cerrada por las lágrimas.

Doy la espalda a la lápida para limpiarme las lágrimas, como si no quisiera que ella presenciara la magnitud de mi pena. Y al hacerlo veo a Damien que se aproxima hacia mí entre las tumbas, con paso decidido. No digo nada. Me quedo ahí, sentada, sorprendida y aliviada, hasta que solo lo separan unos centímetros de mí y se arrodilla en la hierba. Sé que el chófer lo habrá llamado, pero aun así, su presencia me parece un milagro.

—Estás aquí —digo.

—¿Dónde más iba a estar? —Me limpia las lágrimas con el pulgar—. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

—Sí. No. No quiero. —Me apoyo en él para que su pecho me sostenga. Sus brazos a mi alrededor me dan fuerza y mis ojos fijos en la tumba de mi

hermana me proporcionan un propósito. Luego, con un suspiro, le cuento lo que ha ocurrido en la entrevista—. Iba genial —concluyo—. O iba genial hasta que empezaron a preguntarme por el bebé.

—Lo siento, cariño.

Me besa en la coronilla. Me doy la vuelta y me aparto; quiero verle la cara mientras intento explicarle todos los pensamientos y emociones que chocan dentro de mí.

—El caso es que cuando me he marchado de su despacho me sentía destrozada. Como si estuviera justo donde mi madre quería. —Me acuerdo del mensaje de texto y la insinuación de que no soy capaz de poder hacer nada ahora que estoy embarazada. Aún no se lo he contado a Damien, en parte porque no quiero que se preocupe, pero sobre todo porque quiero expulsar ese recuerdo de mi cabeza. En cualquier caso, la frase del mensaje es algo que mi madre diría—. Preñada y en la cocina —murmuro—. Es todo lo que ella quería para mí. Lo que quería también para Ashley. Nada de carreras. Solo un marido al que consentir, dos críos y un perro. Si la imagen exterior es perfecta, el interior no importa demasiado. Lo único que a mi madre le preocupaba era el brillo.

—Empiezo a parecer un disco rayado, pero tú no eres como tu madre.

—No —convengo con firmeza—. Estoy segura de que no. Y, lo que es más, en realidad me da igual lo que ella piense.

—Pero a Ashley sí le importaba.

Mantengo la mirada fija en la lápida mientras asiento.

—La quería —susurro—. Y la admiraba. Pero dejó que la voz de su cabeza la venciera. No tenía fuerza para luchar contra ella. —Me vuelvo hacia él—. Yo voy a luchar, Damien —asevero posando la mano sobre mi vientre—. Voy a luchar por nosotros. Por ti, por mí y por nuestro pequeño cacahuete.

—¿Cacahuete? —repite divertido.

Me echo a reír, y me doy cuenta de que es la primera vez que he pensado en el bebé como en una personita de verdad que crece dentro de mí.

—Sí —digo—. Nuestro dulce y pequeño cacahuete.

La tierna sonrisa de Damien me llega al corazón y él me atrae contra su cuerpo.

—Te quiero, cielo.

Dejo escapar un suspiro, contenta de perderme en el consuelo de su abrazo.

—No tienes que preocuparte por mí —murmuro contra su pecho—. Sea lo que sea lo que me estés ocultando, has de saber que puedo con ello. —Siento que su cuerpo se pone en tensión; su reacción confirma mis sospechas de que no me lo ha contado todo sobre Sofia—. Damien, por favor.

Pero se limita a brindarme una sonrisa llena de ternura.

—No hay nada más, cielo. De verdad.

La decepción me encoge el estómago. Sé que no es verdad. Y tengo ganas de gritarle. De acusarlo de ser un maldito hipócrita porque ¿cómo puede decir que soy fuerte si sigue esforzándose para protegerme? ¿Si no deja que comparta mi fuerza con él?

Pero me contengo. «Tiempo», pienso. Solo tengo que darle más tiempo. Y necesito salir de este lugar.

—¿Podemos marcharnos hoy? —pregunto—. Quiero volver a casa. Hay demasiados fantasmas en esta ciudad.

—Por supuesto —responde sin mirarme a los ojos—. Pero en todas partes hay fantasmas. Y vamos a tener que acostumbrarnos a luchar contra ellos.

Me despierta el sonido de agua que corre y, adormilada, me doy la vuelta hacia el lado de la cama de Damien. Está frío. Me incorporo despacio mientras mi mente confusa empieza a funcionar.

Estamos en el ático de la torre Stark, una de nuestras dos residencias principales. Llegamos a casa anoche, a la hora de la cena, y aunque mi intención era ayudar en la cocina, acabé en el sillón mientras Damien preparaba unas tortillas y revisaba su agenda del fin de semana con su asistente, Rachel, sentada en un taburete.

Damien es un hombre de muchos talentos, pero creo que lo que más me sorprendió de él fue su destreza en la cocina, y anoche consiguió convertir una simple tortilla de setas y queso en una delicatessen.

—Estaría más animada si pudiera beber café —me quejo, pero él ríe entre dientes y me ofrece un zumo de naranja.

Después de que Rachel se fuera, nos repantigamos en el sillón, con mis pies en su regazo. Con viejos episodios de *Ley y orden* de fondo, Damien revisó las notas para sus reuniones de la mañana y yo trabajé en mi ordenador portátil. Tenía intención de echar un vistazo a los correos de trabajo que se habían acumulado durante los últimos días, pero las páginas web dedicadas al embarazo me distraían una y otra vez. Y ¿por qué no? Hasta que tenga mi

primera cita con el médico el próximo lunes, voy a aprender yo sola. Aun así conseguí librarme de al menos cincuenta mensajes... y pedir una copia de *Qué esperar cuando estás esperando*.

En resumidas cuentas, fue una maravillosa velada hogareña, tranquila y cómoda. La clase de noche plácida con Damien en la que suele hacerme sonreír y rodearme con los brazos porque me siento segura y amada.

La clase de noche que suele llevarnos a hacer el amor despacio antes de quedarnos dormidos abrazados.

Pero anoche no. Porque me quedé frita durante *Ley y orden*, vencida por el cansancio propio del embarazo.

Recuerdo los brazos de Damien sosteniéndome, mi cuerpo acurrucado contra su pecho mientras me llevaba a la cama. Me arrimé más mientras mis ganas de volver a dormirme batallaban con mi deseo por este hombre.

—Hazme el amor —le susurré; el agotamiento desdibujaba mis palabras.

—Duerme, cielo —murmuró—. Te buscaré en sueños.

Me acurruqué con mi almohada, satisfecha con su respuesta en ese momento. Entonces parecía lógica. Estaba perdida y contenta en este inframundo onírico; desde luego que querría tener a Damien allí conmigo.

Pero ahora tengo la sensación de que me han engañado. Estoy despierta y sola, y lo que anoche era un ligero deseo es ahora una acuciante y ardiente necesidad. Quiero sentir sus manos sobre mí. Su boca pegada a la mía. Quiero que me arranque el camisón y me tome con fuerza en el suelo.

Ansío sentir su peso encima mientras me penetra, llevándome más y más arriba, hasta que estalle entre sus brazos en un orgasmo tan salvaje y violento que me desgarre.

Lo necesito; le necesito. Y no tengo ni idea de si es porque no ha habido un momento en el que no haya deseado el tacto de Damien o porque mis

hormonas me están poniendo tan cachonda que voy a explotar si no me folla con fuerza ahora mismo.

Ni lo sé, ni me importa. Solo sé que no está a mi lado. Y lo único que quiero es a Damien.

Aparto la sábana a un lado y me levanto de la cama para ir descalza al cuarto de baño.

La ducha es probablemente mi lugar preferido de todo el ático. Para empezar, es enorme, pero se mantiene cálida gracias al cristal que va del techo al suelo y que guarda el vapor y el calor. Damien está dentro ahora mismo, pero la mampara está tan empañada que solo puedo vislumbrar su silueta.

Me quedo ahí durante un momento, disfrutando de la vista y dejando que mi imaginación rellene las lagunas. Pero quiero algo más, así que me despojo del camisón y lo dejo caer al suelo. No suelo vestirme para dormir a menos que tengamos invitados, pero anoche en el sillón lo llevaba puesto y Damien no me desvistió cuando me metió en la cama.

Ahora estoy desnuda y lo veo moverse entre el vapor. Antes incluso de entrar en el baño ya estaba excitada solo de pensar en él. Pero ahora, al verlo en medio del calor y la humedad, mi cuerpo va a mil por hora. Tengo los pezones duros, mi sexo se contrae de necesidad. Quiero su tacto... y tengo intención de tenerlo.

Está de espaldas a mí cuando abro la puerta, con la cara debajo del agua. Pero he dejado entrar una ráfaga de aire fresco y él se vuelve hacia mí. Cuando lo hace veo el deseo en sus ojos. Pero lo más interesante es cómo su polla se pone dura; la inmediatez de su reacción deja muy claro que Damien no pone objeciones a que me una a él aquí esta mañana.

Abre la boca para decir algo, pero poso un dedo sobre sus labios y doy un paso hacia él. Casi ha terminado de ducharse, así que su cuerpo ya no está

resbaladizo por el jabón. Me gusta, porque cuando lo beso en el pecho sabe a limpio.

Desciendo despacio, lamiéndole la piel, rozando el escaso vello de su torso. Paso la lengua sobre una tetilla y me recompensa agarrándome del pelo mientras su cuerpo se tensa bajo mis manos, que resbalan también por su cuerpo al mismo tiempo que avanzan mis besos.

Bajo más, y me pongo de rodillas al alcanzar su ombligo. Sus abdominales son duros como piedras y los músculos se estremecen bajo mis labios. Sé que lo estoy volviendo loco, y me agarra con más fuerza el pelo mientras con la otra mano se aferra al borde de la ducha para sujetarse.

Desciendo más y más, mis labios provocan su piel, siguen la mágica línea de vello que va justo desde debajo de su ombligo hasta su polla. Y cuando llego a ella, tan gruesa y húmeda, recorro con la lengua el aterciopelado acero mientras Damien gime por mis atenciones.

Deslizo la lengua alrededor del glande con deliberada lentitud, pasando a continuación por la punta, saboreando el líquido preseminal. Lo tomo después en mi boca y, al hacerlo, Damien desplaza la mano enredada en mi pelo a la parte posterior de mi cabeza. Al principio se limita a sujetarme, pero cuando succiono en profundidad gime de satisfacción y deseo, y me agarra con más fuerza.

Ahora mismo soy yo quien está al mando, pero puedo sentir que pierdo el control. No, no lo pierdo. Damien se hace con él al agarrarme, al aferrar con fuerza mi cabello para sujetarme ahí mientras me folla la boca, invirtiendo los papeles por completo.

Pero me da igual. Estoy demasiado cachonda para que me importe, y mientras su polla me llena la boca y el agua cae sobre nosotros, introduzco la mano entre mis piernas y me toco, gimiendo con suavidad. Estoy resbaladiza,

inflamada y tan excitada que resulta doloroso, y mientras le chupo la polla a mi marido, me estimulo yo misma en busca de la liberación.

Yo también estoy cerca, tan cerca que puedo sentir la electricidad llenando mi cuerpo como una tormenta que se aproxima. Percibo también cómo aumenta la tensión de Damien y sé que la explosión se acerca.

No importa. Él se retira, dejándome con la boca abierta por la sorpresa. Luego hace que me levante y me da la vuelta mientras me acaricia la piel mojada.

—Las manos en la pared —exige, y obedezco de buena gana mientras sus dedos resbalan sobre mi trasero para buscar mi sexo.

Y entonces, ahí está su polla y me penetra con fuerza, agarrándome los pechos.

—Termina lo que has empezado, cielo —me ordena—. Tócate. Quiero sentir que te corres conmigo.

No vacilo, y mientras el cuerpo húmedo de Damien golpetea contra el mío y se hunde en mí cada vez más hondo, me masajeo el clítoris, siento las ondas sísmicas concentrarse en mi interior, preparándose para una explosión.

El cuerpo de Damien se queda rígido, me embiste con fuerza una última vez y se libera por completo dentro de mí; entonces me dejo caer al vacío y mi grito de satisfacción resuena en armonía con el suyo mientras nuestros cuerpos se sacuden y estremecen a la vez por la fuerza del clímax simultáneo.

Cuando cesan las sacudidas, me da la vuelta entre sus brazos y me aclara el jabón antes cerrar el grifo del agua caliente. Abre la puerta y el vapor se expande al resto del cuarto de baño.

Me conduce a la mullida alfombrilla y emplea una gruesa toalla de algodón para secarme.

Solo entonces inclino la cabeza hacia atrás, sonrío y me dirijo a él por primera vez:

—Buenos días, señor Stark.

—Sí que lo son —responde con una sonrisa tan amplia como la mía.

—Ya que no me puedo espabilar con un café, he pensado que esta es la segunda cosa mejor —digo con un guiño.

Damien ríe entre dientes.

—Estoy a su disposición, señora Stark.

—Lo tendré presente.

—He leído que las hormonas del embarazo hacen que una mujer esté muy excitada —añade con tono cordial—. He pensado que debía mencionar que estaré encantado de ayudarte con cualquier cosa que necesites. Un helado. Un polvete rapidito sobre la mesa de tu despacho.

—¿Galletas de menta heladas? —sugiero.

—Me parece que es la primera vez que me han reemplazado por productos de repostería. Qué pena que no sea la época para comprar galletas de las *girl scout*. Además, creía que tu placer culpable preferido eran las barritas de chocolate.

Me encojo de hombros.

—¿Quién entiende los antojos? Pero no te preocupes. No dejaré de desearte a ti.

Me acerca para darme un beso largo y lento antes de soltarme y estudiar mi rostro.

—Me alegro muchísimo de saberlo, señora Stark.

—¿Cuándo deberíamos contárselo a todos? —pregunto una vez que nos hemos vestido y Damien me acompaña al vestíbulo—. Una parte de mí quiere esperar al lunes, después de que vea al médico. Pero también me gustaría que se enteraran por nosotros y no por las redes sociales.

—La mayoría no cree lo que lee por internet. Aunque Greystone-Branch te preguntara. Simplemente no lo dieron por sentado.

—Cierto. Y creo que los rumores se pueden frenar. La hoja que John te enseñó era de una web de cotilleos de Dallas. Y Jamie no te mencionó ni una sola palabra. Y eso que ella se mete los cotilleos en vena.

Damien tira de mí para darme un beso rápido.

—Entonces puede que no pase nada porque esperemos —concluye—. ¿Por qué no organizamos una comida el domingo? Mimosas para ellos, zumo para ti. A menos que surja antes, se lo contaremos a todos entonces.

—Estupendo. El domingo me parece bien. Si lo hacemos antes es probable que robemos el protagonismo a Jane. Quiero que se sienta como una princesa durante el estreno del viernes.

—Pues el domingo; está decidido.

Me surgen dudas.

—¿Deberíamos esperar para contárselo a Jackson y a Sylvia? Al fin y al cabo, él es tu hermano.

—Y entenderá que esperemos. Cielo, todos lo entenderán.

Damien tiene razón. Ninguno de nuestros amigos o familiares se sentirá desairado porque nosotros decidamos cómo queremos compartir la noticia. Solo espero que se enteren por nosotros primero.

—De acuerdo —acepto—. El domingo.

Pulso el botón de nuestro ascensor privado y las puertas se abren de inmediato. Me subo, sorprendida cuando Damien me sigue al interior de la cabina. Esperaba que él cruzara el pasillo hasta su despacho en el ático.

—¿Tienes reuniones fuera?

Damien aprieta el botón para bloquear las puertas e impedir que se cierren.

—Solo quería despedirme de mi esposa como es debido —me asegura,

pero me atrae hacia él para darme un beso tan rebosante de pasión y deseo que creo que voy a tardar en reponerme toda la bajada en ascensor.

—Mmm —murmuro cuando interrumpe el beso—. Tengo una conferencia telefónica a las diez. Podría mandar un mensaje a Marge para decirle que no llegaré hasta las nueve. Seguro que no le importará posponer el repaso de mi agenda de esta semana.

Marge es la recepcionista de la planta entera de oficinas, pero hace poco la he contratado también como asistente a media jornada.

—Es tentador —dice, y me roza la oreja con los labios—. Pero detestaría interferir en su trabajo. Te veré esta noche y terminaremos lo que hemos empezado en la ducha.

—Pensaba que habíamos terminado muy bien —bromeo.

—Créeme, cariño. —Sus dientes tiran con suavidad del lóbulo de mi oreja—. Solo ha sido un aperitivo.

—Oh.

Me agarro al pasamanos porque de repente me siento débil.

—Os veré a los dos más tarde —dice mientras pulsa el botón para desbloquear las puertas.

Me echo a reír y le lanzo un beso cuando se cierran. Y lo último que veo antes de que desaparezca por completo es una sonrisa arrogante, preñada de la promesa de lo que está por venir.

Con sinceridad, estoy impaciente.

Todavía sonrío cuando las puertas del ascensor se abren en el vestíbulo.

Por lo general iría hasta el garaje, pero he empezado a sentir náuseas en la bajada y he pensado que tal vez una magdalena las mantendría a raya. Así que me dirijo al Java B's, la pequeña cafetería que hay en el vestíbulo de la torre Stark.

Por desgracia, hay una cola de al menos un kilómetro, pero como es una

bonita mañana de verano opto por salir al quiosco exterior de la cafetería. Me dirijo en esa dirección después de dar los buenos días a Joe, del mostrador de seguridad, de camino a la puerta giratoria.

—Bienvenida de nuevo, señora Stark —responde él.

—Gracias, Joe.

Estoy a punto de preguntarle si quiere que le traiga un café, pero las palabras se me atragantan. Porque justo ahí, al otro lado del cristal, veo el familiar cabello oscuro, la figura delgada y los marcados pómulos de una mujer que se parece tanto a Audrey Hepburn que la gente suele volverse para mirarla por la calle.

«Giselle Reynard.»

Se me revuelve el estómago al instante y de pronto me alegro de no haberme comido la magdalena.

¿Qué demonios hace ella aquí? No solo en Los Ángeles, sino en la torre Stark.

Damien la despachó con mano firme antes incluso de que nos casáramos. La muy zorra no solo contó a la prensa que Damien había pagado un millón de dólares por un desnudo mío, sino que además divulgó estúpidas historias a los medios de comunicación, incluyendo el ridículo rumor de que Damien, Jamie y yo nos estábamos montando un trío. Ella estaba en pleno divorcio, desesperada y necesitada de dinero, pero por lo que a mí respecta, lo que hizo es imperdonable.

Damien compró sus galerías de arte y accedió a no demandarla por difamación si se largaba de Los Ángeles y no regresaba. Lo último que supe de ella era que estaba en Florida.

Por lo visto, ha decidido tentar al destino regresando aquí.

No soy consciente de que me he parado en seco hasta que la voz mecánica de la puerta giratoria me reprende: «Por favor, continúe».

Doy un paso al frente y luego otro. Valoro la posibilidad de dar media vuelta en dirección al vestíbulo, pero entonces Giselle levanta la mirada, me ve y me lanza una sonrisa dubitativa.

«¡Mierda!»

Salgo de la seguridad de la puerta al bullicio de una ciudad que cobra vida. Gente entrando en el edificio. Cláxones sonando. Un helicóptero de informativos sobrevolando la ciudad.

Y Giselle acercándose con rapidez para saludarme, con una sonrisa demasiado deslumbrante.

—Nikki —dice—. Enhorabuena.

—Perdona, ¿cómo dices? —Mi voz es fría. Dura.

Ella traga saliva y le tiembla la sonrisa.

—He oído que estás embarazada —se explica. Sus palabras aplastan mis esperanzas de que el rumor se hubiera limitado a Dallas—. ¿Son habladurías?

Enarco una ceja.

—¿Habladurías? ¿Quién sería tan vil como para lanzar rumores sobre mí? Sobre todo acerca de algo personal.

Se le encorvan los hombros.

—¿Quieres que vuelva a decir que lo siento? Pues lo siento. Por entonces era un desastre. Tenía muchas deudas y me daba mucho miedo que todo se derrumbara a mi alrededor. —Tuerce la boca en un gesto irónico—. Y entonces todo se derrumbó, pero sobreviví. Y me di cuenta de que ahora tengo que vivir con todas las cosas horribles que hice durante aquella época aciaga. Así que no pasa nada si me odias. Me lo merezco.

Exhalo despacio.

—No te odio, Giselle. Te odié —reconozco—. Pero ahora ya ni siquiera pienso en ti.

Mis palabras son hirientes y espero ver su impacto atravesándola. Sin

embargo, se limita a asentir, como si lo entendiera. Joder, puede que sea así. Tal vez esté arrepentida de verdad.

No lo sé.

Con franqueza, no me importa demasiado. Únicamente sé que se propuso hacerme daño no solo a mí, sino también perjudicar mi relación con Damien. Y ni siquiera por celos, sino para favorecer sus propios intereses.

Que ahora esté en una situación mejor no significa que yo esté dispuesta a perdonarla.

—¿Por qué has venido, Giselle? —exijo saber.

—Tengo una cita. Con Damien.

—¿Has concertado una cita con Damien?

No puedo creer que mi marido no me haya contado que iba a reunirse con Giselle.

—Con él no. A través de su asistente.

Asiento, aliviada. Rachel solo trabajaba los fines de semana cuando yo estaba saliendo con Damien. Es posible que ni siquiera se acuerde del drama que Giselle provocó por entonces.

Ella echa un vistazo a su reloj.

—Debería irme. Me ha hecho un hueco a las ocho y media. Le dije que solo iba a estar esta mañana en la ciudad y..., bueno, no quiero llegar tarde.

—Una comisura de su boca se eleva con nerviosismo—. Me da que a Damien verme le va a hacer tan poca gracia como a ti. —Su voz suena aguda y destila autodesprecio—. Y no necesito echar más leña al fuego llegando tarde. Pero, en serio, enhorabuena —añade con un tono que suena sincero—. Me alegro por los dos. De verdad.

Se apresura a entrar con una última sonrisa de arrepentimiento. Yo me quedo ahí durante un minuto, tratando de recordar por qué he salido a la plaza. «La magdalena», recuerdo, y doy un paso en dirección al quiosco.

—¿Un café con leche, señora Stark? —pregunta el camarero.

Sin embargo, niego con la cabeza. Ahora mismo, la sola idea de meter comida en el estómago me resulta más horrible que nunca.

—No —respondo—. No importa, estoy bien así.

Pero no estoy bien y eso me molesta. Porque no puedo negar que ver a Giselle ha empañado un día, por lo demás, precioso.

Qué has logrado por ti misma en tu vida?

Las infames palabras parpadean ante mí en el teléfono móvil cuando entro en el edificio de oficinas. Otro mensaje anónimo. Otra puñalada en el estómago.

Al final había decidido que el primer mensaje de Dallas era de otro competidor por el puesto en Greystone-Branch. Quizá de alguien que intenta ponerme nerviosa. Alguien que no sabía que ya había terminado la entrevista. Me lo había quitado de la cabeza, y dado que no se había repetido, se me olvidó mencionárselo a Damien. A lo mejor me habría acordado si no estuviera embarazada, en el punto de mira de todo el mundo y llorando en la tumba de mi hermana, pero todo ese drama expulsó de mi mente un único mensaje desagradable.

Ahora ha vuelto a ocupar un lugar destacado, y no viene solo.

Sé que tengo que contárselo a Damien.

Estoy a punto de llamarlo, pero entonces recuerdo que tenía que enfrentarse a Giselle esta mañana. Habida cuenta el impacto negativo que ha tenido sobre mi estado de ánimo, imagino que Damien estará igual de indignado. Y enterarse de que tengo un nuevo amigo por correspondencia tampoco le va a hacer ninguna gracia.

Guardo otra vez el móvil en el bolso y tomo nota de explicárselo esta noche.

Ya estoy reconsiderando la posibilidad de llamarlo ahora cuando el ascensor se detiene en mi planta y me bajo, lista para dedicar una sonrisa a Marge. Pero en vez de Marge, en el mostrador de recepción hay una niña pequeña de grandes ojos azules y cabello negro como el carbón. Se yergue más en su asiento cuando me ve, coge un lápiz y dice con mucha claridad:

—¿Puedo ayudarla?

—Bueno, sí —respondo—. Busco a Nikki Stark. Estoy citada con ella.

Con el rabillo del ojo veo a mi cuñada, Sylvia, tratando de reprimir una sonrisa desde su asiento en el sillón de recepción, con su bebé, Jeffery, en el regazo.

Ronnie suelta una risita y luego exhala un suspiro.

—No, no, tía Nikki. Está mal. No puedes buscarte a ti misma.

Pongo los ojos como platos.

—¡Tienes razón! Vaya, ¿cómo eres tan lista?

La pequeña se baja de la silla, rodea la mesa hacia mí dando saltitos y me abraza.

—Solo lo soy.

—¿Solo lo eres? —repito—. ¿Que solo lo eres?

Elevo la voz con tono de broma mientras me inclino hacia delante para cogerla y girar con ella en brazos.

Ronnie da grititos de placer.

—¡Más rápido, tía Nikki! ¡Más rápido!

Pero eso no forma parte de la agenda del día, porque mis constantes náuseas han decidido hacerme una visita y me tengo que dejar caer con ella en el sillón al lado de Sylvia. Ronnie se baja de mi regazo de inmediato y vuelve a la mesa de Marge.

—Se supone que estoy al mando hasta que ella regrese.

Miro a Sylvia a los ojos y veo que intenta no echarse a reír.

—Marge está en el despacho de Peter —explica, refiriéndose al artista gráfico autónomo que tiene la oficina más pequeña de esta planta—. Le ha pedido a Ronnie que vigile la mesa mientras reúne unos documentos para enviárselos a Maryland.

—Su madre le pidió que fuera y la ayudara a mudarse —comento—. La mía ni siquiera me ha enviado su nueva dirección.

Sylvia frunce el ceño.

—¿Qué?

Resto importancia a las palabras y subo un pie al sillón. Los tobillos me llevan matando toda la mañana.

—Da igual. No es importante. Me interesa mucho más coger a este chiquitín.

Estiro los brazos mientras Sylvia lo pone de pie y este se acerca tambaleándose sobre los cojines del sillón y se deja caer en mi regazo.

—¡Ni-Ni! —exclama con una gran sonrisa, así que lo aprieto contra mí y cubro de besos sus adorables mejillas infantiles.

—Bueno, ¿por qué has venido? —pregunto.

—Ah, bueno. Ronnie va a un campamento de verano en Burbank que dura dos semanas y Stella tenía cita con el médico —añade, refiriéndose a la niñera—. Me he tomado la mañana libre para llevar a Ronnie, y como nos pillaba cerca y... —Su voz se va apagando y se sonroja.

Me apoyo contra el respaldo cuando de repente entiendo, con Jeffery acurrucado en mi regazo. Esbozo una amplia sonrisa y luego me encojo de hombros.

—Íbamos a invitaros a comer el domingo para contároslo. No quería robar el protagonismo a Jane antes del estreno.

Sylvia parece estar a punto de decir algo, pero justo en ese momento regresa Marge a la habitación y Ronnie rodea la mesa para subirse a las piernas de su madre.

—Venga —digo levantándome y cargando a Jeffery en la cadera—. Vamos a mi despacho.

Tengo una cesta con ceras, libros para colorear y piezas de Lego que guardo para los niños, y Ronnie corre hacia ellas de inmediato. Dejo a Jeffery en el suelo a su lado, y cuando me doy la vuelta Sylvia me envuelve en un abrazo.

—¡Enhorabuena! —me felicita y me aprieta con fuerza antes de apartarse y esbozar una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Me alegro muchísimo por vosotros!

—Soy una cuñada espantosa —digo, y Sylvia se echa a reír—. Tendríamos que haberos llamado a Jackson y a ti nada más enterarnos.

—No pasa nada. Lo que ocurre es que soy una entrometida —alega, y yo río mientras se acomoda en una de las butacas para las visitas—. Una entrometida —repite—, y puede que esté un poco preocupada.

Arruga la nariz a modo de disculpa, pero entiendo a qué se refiere. La madre de Sylvia no es tan mala como la mía, pero es justo decir que ambas tuvimos nuestra buena dosis de problemas familiares. Ella no conoce todos los detalles de mi vida pasada, pero se vio inmersa en ellos cuando estaba planeando mi boda. Así que sabe lo suficiente para entender que tengo problemas con mi madre y adivinar que la idea de tener un hijo me pondría nerviosa.

—Gracias —digo con sinceridad—. Pero estoy bien. De verdad —añado al ver que se me queda mirando con una expresión que insinúa que está valorando mi franqueza—. Al principio flipé, ha sido muy inesperado, pero ahora estoy en las nubes.

La sonrisa de Sylvia ilumina la estancia.

—Sé a qué te refieres; los míos fueron inesperados, aunque de formas diferentes.

Me echo a reír. Ronnie es hija biológica de Jackson, y cuando Sylvia y él empezaron a salir juntos ella no tenía ni idea de la existencia de la niña. En cuanto a Jeffery, mi pequeño cacahuete y él tienen en común que fueron concebidos debido a un fallo de los métodos anticonceptivos.

—Te habría llamado ayer, pero no sabía que la noticia se había propagado fuera de Dallas. Jamie me llamó antes de la entrevista y no me dijo nada, así que supuse que el rumor estaba contenido.

Frunzo el ceño, porque Jamie es la persona más conectada que conozco. Es adicta a las redes sociales y a internet desde hace años, pero ahora está más obsesionada si cabe con controlar todas las webs de cotilleos. Ella lo llama «investigación profesional» y «hacer el trabajo de manera insuperable».

Así que sin duda habría visto el reportaje. A fin de cuentas, las probabilidades de que Sylvia se entere y Jamie siga en la inopia son nulas.

—La noticia no se ha extendido tanto —afirma Sylvia, interrumpiendo mis pensamientos—. Por eso mismo no estaba segura. He visto que en un par de sitios se mencionaba que te desmayaste en el jardín de la casa de tu familia... ¿Es verdad?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí y no. Era la casa de mi familia, pero parece ser que mi madre se ha mudado.

Sylvia abre la boca, sin duda para preguntarme por eso, pero agito la mano para restarle importancia porque no estoy de humor para pensar siquiera en esa mujer.

—¿Solo están informando del desmayo? —pregunto—. Tendría que haberme metido en internet, pero no tenía estómago para hacerlo.

—Sobre todo hablan de eso —continúa—. Pero he visto que en una o dos

páginas afirman que estás embarazada. Aunque nada que sea fiable. Jackson dijo que seguramente no eran más que tonterías, pero supongo que tuve un presentimiento. Te he visto pasar por cosas muy jodidas y no eres de las que se desmayan.

Me echo a reír con tantas ganas que Ronnie levanta la vista, sobresaltada. Pero no le falta razón a Sylvia. Dado que era la asistente de Damien antes de que él y yo nos casáramos, tuvo una butaca en primera fila para ver nuestra tumultuosa relación... y la obsesiva, espantosa e invasiva cobertura de la prensa sensacionalista a la que nos vimos sometidos.

—Ay, mierda —masculla mirando su reloj—. Tengo que llevar a la princesita a clase de arte.

Ronnie se pone en pie al otro lado de la habitación, con los brazos en jarra.

—Mamááá. ¡No soy una princesita! ¡Soy una sirena!

—Creía que eras una princesa sirena —dice Sylvia, y Ronnie pone los ojos en blanco.

Yo observo, empapándome de la situación e imaginándome el día en que pueda bromear así con mi propia hija. Y sí, me pregunto si alguna vez hubo la más mínima muestra de humor entre mi madre y yo.

—Devuelve los juguetes a la cesta —ordena Sylvia—. Date prisa.

—Puedo hacerlo yo —digo.

—Créeme —aduce—. Empieza temprano con ellos.

Alarga el brazo, recoge algunas ceras y coge a Jeffery con un solo movimiento experto. En cuanto se lo coloca en la cadera, extiende la mano hacia Ronnie, que levanta la suya al unísono para agarrar la de su madre. Me escuecen los ojos y parpadeo para contener las lágrimas. Y aunque echo toda la culpa a las hormonas, no puedo negar que esa sencilla conexión natural entre madre e hija hace que el corazón se me encoja de anhelo y pesar.

—¿Has dicho algo sobre la comida del domingo? —pregunta Sylvia

mientras dirige a su familia hacia la puerta.

—Por supuesto —respondo a la vez que me suena el móvil—. Un pequeño grupo. Te mandaré un mensaje con la hora. ¿Estáis libres?

—Claro que lo estamos —asevera, y señala mi móvil—. Ponte a trabajar y avísame de si debo llevar algo.

Me lanza un beso y desaparece. Cojo el teléfono, convencida de que se tratará de la llamada que concerté con un cliente de Seattle.

En cambio, es Damien.

—Hola, desconocido —lo saludo—. Iba a mandarte un mensaje ahora mismo. Sylvia acaba...

—Nikki —dice, con voz lo bastante firme para interrumpirme—. Lo siento mucho.

—¿Por qué? —pregunto—. ¡Ah, por Giselle! —exclamo a continuación. Ver a Sylvia y a los niños lo había borrado por completo de mi mente.

—No tenía ni idea de que estuviera de nuevo en la ciudad, y menos aún que hubiera concertado una cita para verme.

—Lo sé. Me dijo que lo había hecho a través de Rachel.

—He estado a punto de echar a esa bruja de mi despacho...

—¿Te ha dicho qué quería?

Estamos hablando a la vez. Yo, tratando de aparentar que no me importa. Él, con voz furiosa. Damien conocía a Giselle desde hacía años, incluso estuvieron saliendo durante unos cinco minutos antes de que nos casáramos. Y fue comprensivo cuando Bruce y ella se divorciaron. A fin de cuentas, ella lo perdió casi todo con la ruptura. Pero entonces se enteró de que me estaba jodiendo a mí, a nosotros, y empleó todos sus recursos para desterrar a la bruja de la ciudad con el rabo entre las piernas.

Lo oigo exhalar; parece derrotado.

—Quiere hacer un donativo para la subasta silenciosa —dice, refiriéndose

a la recaudación de fondos para la Fundación Infantil Stark, que forma parte integral del estreno cinematográfico del viernes.

—Ah.

Sus palabras me sorprenden. Me había esperado cualquier otra cosa. Que le pidiera un préstamo. Que quisiera comprar de nuevo una de sus galerías. El perdón, sin más.

En vez de eso, ha vuelto las tornas. En lugar de pedir ayuda, la ofrece.

—Ah —repito—. Bueno, supongo que deberíamos aceptar.

Damien se aclara la garganta.

—Ya lo he hecho.

Me dispongo a repetir ese «Ah» una vez más, pero cierro los labios con fuerza. Damien ha hecho justo lo que acabo de decirle que haga, así que es una tontería que me moleste que lo haya hecho antes de preguntarme siquiera.

Pero, sea o no una tontería, me irrita.

De hecho, creo que estoy cabreada.

—No sabía que había conseguido quedarse con alguna de sus piezas o con algo de valor.

Las palabras que me salen suenan falsas. Como si estuviera conversando con un desconocido en un bar.

—Se ha vuelto a casar —explica Damien—. Y su marido no solo es rico, sino que además conoce a los padres de uno de los niños del autobús.

La irritación se transforma de inmediato en algo más suave.

—Es espantoso. Esa pobre gente.

La película que se estrena es *El precio del rescate*, la adaptación al cine de un libro de no ficción que fue un éxito de ventas. Trata sobre cinco alumnos de tercero que fueron secuestrados y retenidos para conseguir que pagaran

por su liberación y a los que casi mataron cuando un intento de rescate salió mal.

La *première*, y todas las actividades que la rodean, es un acto para recaudar fondos para la Fundación Infantil Stark, y las entradas tienen un precio de salida de quinientos dólares y suben hasta multiplicarse por diez.

—Su marido y ella van a donar un Glencarrie —continúa. Se refiere a un artista emergente cuya obra ha alcanzado las seis cifras en varias subastas—. Le he dicho que agradecemos el donativo y que serán bienvenidos al estreno. Lo siento —repite antes de que pueda replicar—. Debería haberte preguntado primero.

—No. No pasa nada. —Esta vez lo digo de verdad. A fin de cuentas, Giselle se ha disculpado. Y va a donar una fortuna a la fundación—. Además, habrá una multitud. Quizá no tenga que volver a verla.

Damien ríe entre dientes.

—Te quiero.

—Bueno es saberlo, teniendo en cuenta que voy a tener un hijo tuyo.

—¿Cómo te encuentras?

Puedo percibir el cambio en su tono de voz. La sola mención del bebé nos ha levantado el ánimo a los dos.

—Bien, en realidad me siento muy bien. Pero Sylvia acaba de estar aquí. Se ha corrido la voz. Deberías llamar a Jackson y tendríamos que empezar a contárselo a nuestros amigos.

—Estoy de acuerdo. Es mejor que se enteren por nosotros. Podemos decírselo cuando los llamemos para invitarlos a comer.

—La comida va a ser una gran celebración. —Echo un vistazo al reloj—. Tengo que darme prisa. Mi cliente va a llamar en cualquier momento y después he quedado con Jamie para comer. Intentaré trabajar hasta tarde y ponerme al día, pero puedo volver pronto a casa.

—¿Agotamiento por el embarazo?

—Prueba con las hormonas —replico—. Y tal como habíamos planeado, cuenta con que me lance sobre ti esta noche.

—Como he dicho, estoy a tu completa disposición para cualquier cosa que necesites durante el embarazo.

—Muy altruista por tu parte.

—Más tarde, señora Stark. Estoy impaciente por disfrutar de una velada de actividades aeróbicas terapéuticas.

Cuelgo el teléfono y ojeo mi agenda en busca de mis notas. Todavía sonrío cuando en el móvil suena el tono que indica un mensaje entrante. Hago una mueca, esperando que sea mi cliente que me escribe para decirme lo obvio: que se le ha hecho muy tarde.

Pero cuando levanto el móvil, no se trata de mi cliente.

Tampoco es Damien.

Es mi nuevo acosador telefónico. Y el mensaje me provoca un escalofrío.

¿Qué te hace pensar que te lo mereces?

Miro fijamente la pantalla del teléfono mientras la bilis se revuelve en mi estómago. Odio esta sensación —sentirme débil, expuesta—, y por un único y descabellado momento me imagino arrojando el teléfono a través de la habitación para que se haga pedazos contra la pared del fondo.

Pienso en los duros trozos de plástico, en los dentados bordes, afilados como un cuchillo.

Y pienso en que puedo controlar esta desagradable sensación. En que puedo tranquilizarme. Centrarme.

Puedo utilizar esos afilados trozos de plástico como cuerda salvavidas que me lleve de vuelta a casa.

«No, no y mil veces no.»

No es así como lo quiero. Si me autolesiono, quien me está provocando gana.

Si lo hago destruiré todo lo que he conseguido con Damien a mi lado.

Pero sobre todo, si me hago daño a mí misma, ¿qué clase de modelo seré para mi hijo? Aprieto con fuerza la mano sobre mi vientre, decidida a proteger a este precioso bebé. Este hijo que no esperaba, pero que ahora haría cualquier cosa por proteger.

¿Qué te hace pensar que te lo mereces?

Una vez más, ese mensaje vil me llena la cabeza.

Arrojo el móvil sobre la mesa y apoyo ambas manos sobre mi bebé mientras me obligo a inspirar hondo.

«Sí lo merezco —pienso—. Lo merezco, lo merezco, lo merezco.»

Pero ¿qué es lo que merezco?

¿El trabajo? ¿Mi bebé? ¿Mi matrimonio?

—Oh, mierda —susurro mientras las sinapsis encajan de repente. «Giselle.» No puede ser una coincidencia que haya aparecido al mismo tiempo que recibí el primer mensaje. ¿O sí?

Me doy la vuelta para buscar mi teléfono. Quizá haya dudado hasta ahora en contárselo a Damien, pero ya no puedo esperar más. No si Giselle está detrás de todo esto. Giselle, abriéndose paso como una lombriz hasta la recaudación de fondos. A nuestras vidas.

Pero entonces lo pienso y Sofía me parece igual de sospechosa. Aunque está en Reino Unido, así que eso la elimina.

En cualquier caso, tengo que avisar a Damien.

Cojo el teléfono y grito cuando este suena en mi mano.

Durante un momento no sé si es ella quien llama para atormentarme y advertirme que guarde silencio. Para decirme que tiene planes para mí y que si no me ando con ojo contará todos mis secretos al mundo.

Pero entonces veo el identificador de llamada; es Ollie.

Aprieto el botón de responder con impaciencia. Marge llama por el intercomunicador.

—Ollie, espera. ¿Sí, Marge?

—Acaban de llamar para cancelar su conferencia de las diez. Al parecer tenía un viaje inesperado.

—Dale las gracias por avisarnos y pídele que me envíe un correo

electrónico informándome de cuándo estará disponible.

—Sin problemas.

Marge cuelga y rodeo mi mesa para dejarme caer en mi sillón. Este se reclina para que pueda poner los pies en alto, algo que mortificaría a mi madre, pero que a mí me encanta.

—Te he oído, jefaza. —Ollie ríe al otro lado de la línea—. Mangoneando a la asistente.

—Mira que eres gilipollas —respondo con afecto—. Por cierto, he visto a tu madre. Está estupenda.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Estuve en Dallas. ¿No te lo ha dicho?

—Me encargo de una demanda por un caso de fraude en Nueva York, y estoy desperdiciando mi valiosa hora de la comida para llamarte y darte la enhorabuena en lugar de para trabajar. Y para asegurarme de que no estás un pelín acojonada.

Me echo a reír y luego conecto el manos libres para que mi bebé, Ashley, pueda oír la voz de su tío Ollie. Hemos pasado por algunos momentos difíciles a lo largo de los años, pero en el fondo sigue siendo uno de mis mejores y más viejos amigos. Y aunque tardó un poco en pasarse al equipo Damien, sé que no solo me cubre las espaldas, sino que además entiende de verdad que mi marido también.

—Te agradezco que me des la enhorabuena. Al principio fue todo un shock, pero ahora estoy deseando recorrer cada paso del camino.

—Es muy poco tiempo, ¿no? Terminará antes de que te des cuenta.

—Sí, bueno. —Frunzo el ceño, pero decido que sus extrañas preguntas se deben a que pertenece al género del cromosoma Y—. Pero eso no significa que no quiera saborear la experiencia. Además, nueve meses son casi un año. A mí no me parece poco tiempo.

—¿Nueve? Yo creía que eran seis meses.

—¿Seis? ¿Qué...? —Bajo los pies de la mesa y me siento erguida—. Espera un segundo, ¿de qué estás hablando?

—¿Yo? —replica—. ¿De qué estás hablando tú?

—Del bebé —respondo con un tono que dice a las claras que es algo obvio.

—¿Qué bebé? —pregunta, y estoy segura de que puedo oír los engranajes girando en su cabeza—. ¿Vas a tener un bebé?

—Yo..., sí. Espera. ¿De verdad no lo sabías?

—No tenía ni idea. Ya te lo he dicho; he estado inmerso en este juicio. ¡Pero Nikki! Es alucinante. ¡Enhorabuena!

Tomo aire y en ese momento me doy cuenta de lo inquieta que estaba por su reacción. A fin de cuentas me crie con Ollie y nadie conoce la magnitud de mis problemas familiares mejor que él.

—Gracias. Estoy nerviosa —reconozco—. Pero sobre todo entusiasmada.

—Lo vas a hacer genial.

Esa voz amable pertenece al Ollie de mi infancia. El que siempre fue mi defensor. Mi mejor amigo antes de que llegara Damien. Siento que se me encoje un poco el corazón. Ahora todo va bien entre nosotros, pero nunca será igual que antes. No lo lamento, si bien a veces lo echo de menos.

—Y seguro que tú vas a ser un tío maravilloso —digo.

—Joder, claro que lo seré.

Me echo a reír.

—¿Y por qué otra cosa me has llamado para felicitarme? Ahora mismo no hay nada más.

—Por conseguir el contrato con Greystone-Branch —responde con un tono que sugiere que he perdido la cabeza.

El corazón empieza a latirme con fuerza y aparto la silla de la mesa.

—Repite eso.

—El trabajo para Greystone-Branch. Habías dicho que estabas nerviosa. Así que se me ocurrió llamarte para darte la enhorabuena.

—No tengo el trabajo —replico—. Quiero decir que no lo tengo aún. Y dudo mucho que vaya a conseguirlo. Parecían muy preocupados por mi capacidad para realizar el trabajo ahora que estoy embarazada.

—Sí que lo has conseguido —insiste Ollie—. El anuncio está en el boletín de noticias que han enviado hace veinte minutos.

—Espera, ¿qué?

Metó la mano en mi bolso en busca de mi iPad y me doy cuenta de que me lo he dejado en la encimera del apartamento. Todavía no he encendido mi ordenador, así que abro el correo en el móvil mientras mantengo conectado el altavoz. En efecto, hay un boletín de noticias de Greystone-Branch esperando en mi bandeja de entrada.

Y tres párrafos más abajo se encuentra el anuncio del inicio de una relación para desarrollar un nuevo software con el magnífico equipo de Fairchild Development.

—¡Hostia puta! —exclamo.

—¿No lo sabías?

—No tenía ni idea. ¿Por qué no han llamado primero? ¿Y por qué coño recibes tú el boletín de noticias de Greystone-Branch?

—No puedo ayudarte en cuanto a lo primero —responde Ollie—. Pero en lo que al boletín se refiere, represento a uno de sus competidores, así que me suscribí hace un año.

—Una suerte para mí —aduzco, pero frunzo el ceño—. De hecho, eso explica muchas cosas. —Le cuento lo de los mensajes, más molestos que amenazadores, que he estado recibiendo—. Lo primero que pensé fue que eran de un rival. Pero el último lo he recibido justo antes de que me llamaras

y empecé a pensar que se trataba de alguien celoso por lo de Damien. O por lo del bebé. Por cualquier cosa menos por el contrato, ya que ¿para qué molestarse si no había conseguido el trabajo?

—Pero ahora estás pensando que la persona en cuestión también ha visto el boletín de noticias.

—Es posible. Eso espero. —Hago una mueca—. Si voy a tener un acosador, estaría bien que fuera por mi trabajo y no por mi matrimonio, para variar.

Ollie estalla en carcajadas.

—Vosotros dos sois pasto de los titulares.

Por triste que resulte, tiene razón.

—¿Qué dice Damien sobre los mensajes?

—Aún no se lo he contado —reconozco.

—Vaya, eso no le va a hacer ninguna gracia.

Pongo los ojos en blanco. Puede que Ollie y Damien hayan firmado un tratado de paz, pero eso no significa que tengan una buena opinión el uno del otro

Aunque en este caso es probable que Ollie esté en lo cierto.

—Voy a decírselo ahora mismo —le aseguro—. Estaba a punto de llamarlo cuando ha sonado el teléfono.

—Entonces debería dejarte para que lo hagas. Y, además, tengo que irme. Necesito unos diez minutos con mi testigo antes de subirla al estrado.

—Buena suerte —le deseo—. Por cierto, ¿cuánto vas a estar en Nueva York?

—A menos que llegemos a un acuerdo, es probable que otra semana. Después dependerá de cuánto tiempo esté deliberando el jurado.

—Quedaremos para tomar una copa cuando vuelvas —propongo—. O te la tomarás tú y yo miraré con envidia tu whisky.

—Me parece un buen plan. Te quiero.

—Lo mismo digo —respondo.

Cuando cuelgo, veo que tengo un mensaje de voz de Bijan. Le devuelvo la llamada de inmediato y él se disculpa porque su departamento de relaciones públicas ha enviado el boletín de noticias antes de que él pudiera hablar conmigo. Le aseguro que no hay problema, concertamos una conferencia para el miércoles para repasar los detalles y fijar la primera ronda de reuniones en Dallas, y consigo controlar mis grititos de alegría y placer hasta que la llamada finaliza.

Entonces, como es natural, llamo a Damien... para darle la buena noticia y la mala.

—Acaba de salir del despacho para asistir a una reunión —me dice Rachel—. ¡Pero enhorabuena!

—¿Twitter?

—Instagram. Esa foto tuya en el jardín de tu vieja casa. Pero el pie de foto era una buena noticia, por eso le he preguntado a Damien y...

—No pasa nada —la interrumpo—. ¿Cuánto crees que estará fuera del despacho?

—No lo ha dicho. Ni siquiera estoy segura de con quién se reunirá. Estaba en el apartamento y cuando volvió dijo que acaba de surgirle. ¿Quieres que le deje un recado?

—No, está bien. Le enviaré un mensaje de texto. Ya me llamará él cuando pueda.

—De acuerdo. Por cierto, ¿qué te vas a poner para el estreno? Nunca he estado en una alfombra roja antes.

—Voy a llevar un vestido blanco con un ribete negro en el corpiño y una abertura escandalosa hasta el muslo. Antes me hacía mucha ilusión, pero ahora estoy entusiasmada. Imagino que debería aprovechar la ocasión, ya que

muy pronto llevaré ropa premamá. Pero, en lo que a ti se refiere, puedes ponerte un vestido de noche o de cóctel. Cualquiera de los dos es apropiado.

—Vestido de noche, claro. No es que tenga ocasión de lucir uno a menudo. Además, es posible que Graham Elliott esté allí. —Se refiere a la estrella emergente a la que vio una vez durante unos siete segundos—. ¿Sabes?, Kirstie Ellen Todd y él han roto, así que a lo mejor ahora tengo una oportunidad.

—Puede que sí —la aliento.

—Y si no, siempre queda Lyle Tarpin.

—Estará allí con toda seguridad. No solo actúa en la película, sino que es el nuevo padrino famoso de la Fundación Infantil Stark.

—Ese hombre está como un tren. Vamos, es como lava fluyendo bajo ese rollo de chaval inocente de Iowa que interpreta.

Reprimo una sonrisa.

—¿Tú crees?

—No me cabe duda. Aunque en mi opinión la actuación de chico bueno es auténtica. Es decir, nunca se sabe con quién está saliendo y hace muy poco que ha empezado a asistir a esto de las alfombras rojas.

—Puede que no le guste el estilo de vida de Hollywood.

—Oh, no. No es nada de eso. Le encanta Hollywood. Lo que pasa es que valora su intimidad. —Su tono es casi solemne, y puedo imaginarla meneando la cabeza con vehemencia e inclinándose y colocando la mano en torno al micrófono del teléfono mientras comparte un gran secreto.

Adoro a Rachel, pero le fascina Hollywood mucho más que a mí. Lo que no es decir mucho, aunque ahora que vivo en Los Ángeles intento al menos prestar la atención necesaria para poder seguir las conversaciones de Jamie mientras tomamos algo.

Eso me recuerda que he quedado con ella para comer y quiero trabajar un

poco antes. Termine de hablar con Rachel y le mando un mensaje de texto a Damien.

¡Tengo el trabajo! Llámame cuando puedas. Quiero compartir esa buena noticia y también contarte otra cosa. Besos y abrazos.

La respuesta me llega casi de inmediato.

No tenía ninguna duda. Pronto, señora Stark...

Aprieto el móvil contra mí porque yo sí tenía dudas. Pero creo de corazón que Damien estaba seguro. En lo que a mi carrera se refiere, es mi mayor fan.

Acto seguido le envío un mensaje a Jamie para decirle que estaré en el Art's Deli de Ventura a mediodía, lo que me deja solo media hora para revisar todos mis correos y solucionar cualquier crisis.

Pero no estoy de humor para trabajar. En absoluto. Y ya que mi despacho está a poco más de kilómetro y medio del restaurante, decido dar un paseo hasta allí y mirar unos cuantos escaparates de camino.

Desde un punto de vista global, no he vivido tanto tiempo en Los Ángeles, pero Ventura Boulevard ha cambiado mucho desde que estoy aquí. Más restaurantes, más tiendas. El apartamento de Jamie está a solo unas manzanas de Ventura, por lo que siempre venimos aquí para tomar algo, comer o rebuscar en la librería que hay en un viejo teatro rehabilitado.

Ahora contemplo la calle desde una nueva perspectiva. Veo juguetes en los escaparates. Una tienda con ropa infantil de diseño. Un establecimiento con lo que tiene que ser el Rolls Royce de los carritos de bebé y una cuna que es lo más bonito que he visto jamás.

Me fijo en una preciosidad de pijama con una jirafa y me desvío hacia ese escaparate, pero es demasiado pequeño para Jeffery. Justo en ese momento

me doy cuenta de que no tengo que centrar mis compras infantiles en Jeffery; tengo mi propio bebé en camino.

Puedo comprar cosas para Ashley.

Y eso hago.

En menos de veinte minutos consigo causar un daño considerable a mi tarjeta de crédito. O lo que yo habría estimado considerable en otra vida. La cantidad que acabo de gastar seguro que es menor de lo que Damien lleva en el bolsillo en cualquier momento. Es algo a lo que me ha costado acostumbrarme; el contacto permanente con el dinero. El hecho de que ya no tengo que pensar en cuánto cuestan las cosas. No como una cuestión de supervivencia, en cualquier caso. Todavía me estremezco ante la idea de pagar precios elevados solo porque la tienda o el diseñador están de moda.

Pero el caso es que puedo.

Razón por la que mi bolsa de la compra está ahora llena de una serie de prendas de bebé, sin duda sobrevaloradas, pero que son tan monas que no he podido decir que no. Además, todas son unisex, pues aunque he empezado a llamar Ashley al bebé, no se me ha ido la olla del todo. Solo tengo la esperanza de que sea una niña.

—Enhorabuena de nuevo, señora Stark —se despide el dependiente con alegría—. Vuelva pronto.

—Gracias, lo haré.

Salgo de la tienda, meneando la bonita bolsa amarilla mientras me apresuro hacia la acera porque, como era previsible, ahora llego tarde.

Saco mi teléfono móvil mientras espero a que cambie el semáforo por si acaso Jamie me ha enviado un mensaje. No lo ha hecho. Echo un vistazo para asegurarme de que sigue en rojo antes de empezar a mirar los correos.

Y entonces veo a la mujer al otro lado de la calle.

«¿Madre?»

Un hombre situado cerca se vuelve de golpe hacia mí.

—Perdone, ¿cómo dice?

No me he dado cuenta de que he hablado en voz alta, pero no me molesto en responder.

—¡Madre! —repito cuando bajo de la acera—. ¡Elizabeth!

Pero no responde nadie. Al otro lado de la calle solo hay un montón de gente que va y viene con paso ligero durante la hora de la comida.

Maldigo por lo bajo y doy otro paso, decidida a cruzar la calle. A encontrarla.

Pero ya no veo una sola cabeza rubia entre la multitud, lo cual es un milagro en una ciudad como Los Ángeles, y me quedo ahí durante un momento, derrotada.

Hasta que alguien grita mi nombre... Me vuelvo hacia la voz y veo un BMW que avanza a toda velocidad hacia mí.

Un violento chirrido asalta mis oídos mientras el olor a neumático quemado llega a mi nariz. Me arde la parte superior del brazo. Alguien me ha agarrado con demasiada fuerza. Me vuelvo y me encuentro con Jamie.

—¿Qué coño haces? —me grita, más agitada de lo que jamás la he visto—. ¡Nikki! ¿Qué coño hacías?

—Yo..., me ha parecido ver...

—Vamos.

Me tira del brazo para que retroceda hasta la acera.

—He visto a mi madre otra vez —farfullo como una boba—. Estaba ahí mismo.

Señalo al otro lado de la calle, hacia donde hemos de dirigirnos.

—¿A tu madre? —repite, y yo asiento.

Veo todo un abanico de emociones cruzar su rostro. Preocupación. Incredulidad. Sobresalto. Miedo.

Entorna los ojos cuando mira en esa dirección y a continuación menea la cabeza.

—No está ahí, Nikki.

—Pero...

—Y aunque estuviera, no es una buena razón para que te atropellen. Me

has dado un susto de muerte.

—Lo sé. Lo siento. —Yo también me he llevado un buen susto. Inspiro hondo y me doy cuenta de que tengo la mano apoyada de forma protectora sobre mi bebé—. Jamie, yo...

Ella levanta una mano.

—Un momento. Vamos.

Me agarra de nuevo del brazo, pero esta vez con más delicadeza. Cruzamos la calle en dirección al lugar donde he visto a mi madre y después recorreremos una manzana, hasta el restaurante en el que habíamos quedado.

Nos sentamos en silencio hasta que Jamie pide por las dos, y entonces se inclina hacia delante y me mira fijamente.

—¿Qué coño te pasa? —masculla.

Ni siquiera sé por dónde empezar, pero tomo aire para darme fuerzas y me lanzo.

—No ha sido mi imaginación. La he visto, James. Estoy segura. Ha vendido su casa y ahora está aquí.

Jamie apoya los codos sobre la mesa para acercarse, pero tiene que apartarse para permitir que la camarera nos sirva el café. Espero a que ella diga algo, pero en vez de eso añade un litro de leche al suyo, lo remueve y toma un trago. Deja de nuevo la taza y exhala despacio.

—Eso sería una gran mierda.

—No bromees.

—Pero si se ha mudado aquí, ¿por qué no te ha dicho nada? ¿Por qué aparece como una grotesca versión de *Dónde está Wally?*

—Para atormentarme, por supuesto.

—Puede —replica James, pero no suena convencida.

—¿Cuál es tu teoría? —pregunto echándome hacia atrás.

Quiero tomar un sorbo de algo caliente, pero no puedo beber café y estaba

demasiado distraída para cambiar el pedido por una infusión.

—Ninguna. No lo sé. Quizá tengas razón. Tu madre es lo bastante rarita para pensar que hacerte luz de gas es una buena técnica para forjar lazos entre madre e hija.

Jamie no me mira. Está concentrada en su dedo, que recorre el borde de su taza de café.

—¿Pero...?

Sus hombros suben y bajan.

—Lo que ocurre es que tú eres la única que la ha visto. —Levanta la cabeza para mirarme—. Con esta, he estado ya dos veces contigo y yo no he visto una mierda.

—Eso no significa que...

—No, así es. Pero nunca la alcanzas y ella desaparece como Papá Noel.

—Ha vendido su casa.

—Muchas mujeres mayores lo hacen. Puede que quiera vivir en una casita con jardín y destinar el dinero que se gastaba en jardineros a viajar por Europa.

—O a Los Ángeles —farfullo, pero Jamie no me oye—. Vale, está bien. Que haya vendido su casa y que yo la vea no es más que una coincidencia. Es solo mi descabellada imaginación.

—No actúes como si eso no tuviera sentido —me recrimina—. Sabes que lo tiene. —Empieza a enumerar las razones con los dedos—. Primero estabas elaborando esa propuesta de Dallas, así que la tenías presente. Ahora sabes que se ha mudado, de modo que es obvio. Vamos, Nicholas. Ambas sabemos que tienes problemas con mami. Y esto tiene que haberse desbocado ahora. —Mira la bolsita amarilla en el asiento junto al mío y se muerde el labio inferior—. ¿O no es así?

Una punzada de culpa me atraviesa y me vengo abajo.

—Te juro que iba a contártelo en la comida; no hemos empezado a hacerlo público hasta hoy. ¿Cuándo te has enterado?

Jamie esboza una sonrisa.

—Lo vi en las redes sociales cuando estabas en Dallas. En realidad te llamé por eso. Pero me contaste que tu madre se había mudado y pensé que debía esperar hasta que tú me hablaras del bebé.

—Ah. —Frunzo el ceño; me siento una mala amiga—. Oye, James —empiezo, pero en ese mismo instante ella me agarra la mano.

—¡Dios, qué bruja soy! —Alarga los brazos por encima de la mesa con torpeza y me coge las manos—. ¡Enhorabuena! —exclama, y después se deja caer en su asiento—. ¡Ay, Dios, voy a ser tía!

—Así que ¿no estás cabreada conmigo?

—¿Estás de broma? ¡Ni de coña!

Me echo a reír, feliz, aliviada y arrepentida al mismo tiempo.

—De verdad que lo siento —repito, pero Jamie agita la mano para restar importancia a mis disculpas.

—¡Oh, venga ya! Debería haberte dicho que lo sabía. Es que..., da igual. Estoy loca de contenta por ti. —Apoya los codos en la mesa y me mira con expresión penetrante—. Tú también estás como loca, ¿no?

—Al principio estaba muerta de miedo —reconozco—. Pero lo he superado. Ahora estoy entusiasmada. Aún nerviosa por... por todo, pero son nervios buenos.

Mientras hablo me doy cuenta de que me siento más segura de mí misma que ayer.

—Las náuseas matutinas me matan —prosigo—. Pero forman parte de la experiencia. Y hasta me parece bien no beber café —añado, y tomo un trago de agua.

—Ay, mierda. Ni se me ha pasado por la cabeza. —Arrastra mi café a su

lado de la mesa y le añade leche—. Apartaré esa tentación de ti.

—¿Qué me cuentas tú? —pregunto—. ¿Estás emocionada, nerviosa o las dos cosas?

Espero que bote en su asiento con la euforia típica de Jamie, pero lo único que hace es remover el café.

—¿Te refieres a eso de la alfombra roja? Es guay. Emocionante, ya sabes.

—Sí. Muy emocionante —reconozco. La camarera coloca un sándwich que vamos a compartir en el centro de la mesa y me hago con una patata frita, que utilizo para señalar a Jamie—. ¿Qué ocurre?

—Ay, joder. Es que creía que el trabajo era el comienzo de un ascenso, pero resulta que solo es una prueba. Y ya estoy fracasando, lo que significa que el estreno va a ser la primera y última vez que recorra la alfombra roja, que entreviste a famosos o que haga nada de eso. Y después, vuelta a la mesa del plató, que es un trabajo genial, no me malinterpretes, pero ahora que me han puesto delante la zanahoria de los reportajes de entretenimiento... —Su voz se va apagando hasta exhalar un suspiro de frustración mientras yo trato de filtrar todo lo que acaba de soltar para encontrarle el sentido—. Ya se lo he pedido a Jane y a Lyle.

—¿Qué les has pedido?

—Que me concedan una entrevista —explica.

—¿Han dicho que no? —No me parece algo propio de ellos.

—Han dicho que sí. El estudio ha dicho que no. Puedo pillarlos en la alfombra roja para charlar sobre lo que llevan puesto y si están emocionados por la película, pero no realizar una entrevista personal. Al parecer el estudio ha concertado entrevistas exclusivas con otra cadena.

—Así que ¿me estás diciendo que tienes que salir y buscarte la vida para conseguir tus propias entrevistas? Vaya mierda.

—A mí me lo vas a contar. —Parece más taciturna de lo que jamás la he

visto.

—Jackson conoce a Graham Elliott —digo, refiriéndome a otra estrella emergente.

—Ya pensé en eso —confiesa Jamie—. Pero está rodando en Vancouver. Pensé en pedírselo a Bryan —añade, en referencia a Bryan Raine, su exnovio—, pero la sola idea me produce urticaria.

—Además, no querrás darle publicidad gratis a ese gilipollas.

—Muy cierto. —Toma otro sorbo de café—. Me vendría bien un trago de whisky. Pero supongo que tú no estás para tragos. —Exhala un suspiro—. Estoy bien jodida.

—Todo esto no tiene sentido. ¿Piensan que te vas a sacar a los famosos de la manga? ¿No eres tú quien pone el talento? ¿No hay nadie tras las cámaras para programarte las entrevistas?

—Eso funciona así en cuanto tienes el trabajo. Ahora mismo pienso que se trata de demostrar cuánto lo deseo. Los huevos que tengo —añade con un gruñido nada valiente.

—De modo que solo tenemos que encontrar una historia jugosa que llame su atención.

—Creo que sí. —Se encoge de hombros—. Eso espero.

Asiento despacio; ahora entiendo por qué había llamado en realidad cuando estaba en Dallas. Y por qué parecía que tuviera mi currículum delante; porque había estado preparando preguntas para una entrevista.

Cojo otra patata frita mientras pienso en ello. Porque aunque detesto la idea de ponernos a Damien, al bebé y a mí en el punto de mira, no soy tan ingenia como para creer que podemos eludirlo para siempre. Así que puede que sea mejor coger el toro por los cuernos y asumir el control de la conversación desde el principio.

Tomo aire y me lanzo sin paracaídas.

—¿Qué te parezco yo? —pregunto mientras Jamie se lleva un trozo del sándwich a la boca—. O, más bien, ¿qué te parece Damien? Porque es obvio que yo no soy tan interesante, pero Damien lleva décadas siendo de interés público. —Jamie vuelve a dejar el sándwich en el plato, pero continúa con la boca abierta—. ¿James?

—¿Hablas en serio? ¿Una entrevista con Damien y contigo? Si lo dices en serio, sería alucinante.

—Lo digo en serio —respondo—. Y podrías habérmelo pedido cuando me llamaste a Dallas.

Encorva los hombros, con cara de arrepentimiento.

—Lo pensé, claro. Pero sé cuánto detestas las entrevistas, y además estabas asustada por lo de tu madre... Escucha, Nicholas, ¿estás segura?

—Por completo. Prefiero hacer una entrevista contigo a que sigan corriendo los rumores.

—¿Y Damien?

—Todo irá bien —le aseguro, y ella asiente. Ambas sabemos que concederá la entrevista si yo se lo pido.

—Lo haremos en la alfombra roja —dice.

—¿Y será corta?

—A mí me parece bien —accede—. Supongo que una entrevista corta es mucho más de lo que conseguirá cualquier otro periodista, ¿no?

Me echo a reír.

—Solo tú, James —prometo—. Solo tú.

Alarga el brazo por encima de la mesa.

—Juramento de meñique —dice—. Mejores amigas para siempre y siempre nos apoyaremos la una a la otra.

—Siempre —convengo—. Y conseguirás el trabajo, James. Eres increíble, así que ¿cómo no vas a conseguirlo?

—Y hablando de personas increíbles y de trabajo, ¿qué ha pasado con tu entrevista? ¿Sabes ya algo?

—Es mío. —Pronunciar esas palabras hace que me sienta mareada otra vez—. De hecho, me he enterado esta mañana.

—¡Toma ya! ¡Es estupendo! Y vaya si somos un par de tías cojonudas.

—Solo espero sobrevivir a las náuseas matutinas, estar despierta el tiempo suficiente para terminar de entrevistar a posibles nuevos empleados y conseguir terminarlo todo a tiempo y sin salirme del presupuesto. —Me muerdo el labio inferior—. Es un proyecto decisivo, James. ¿Se me permite decir que estoy nerviosa?

—Bienvenida al club —declara—. Lo vas a conseguir sin problemas. Yo te apoyo. Damien te apoya. En serio, navegas con el viento a favor.

—Rodeada por unos cuantos tiburones —matizo. Jamie frunce el ceño, pero antes de que tenga ocasión de preguntarme a qué me refiero, saco el móvil y le enseño los mensajes—. Suponía que eran de alguien a quien le cabreaba que yo consiguiera el trabajo y él no. O que le mosqueaba que incluso me invitasen a hacer una entrevista, porque el primer mensaje lo recibí antes de que me llegara la oferta. —Observo mientras Jamie revisa los tres mensajes—. A lo mejor Ryan puede rastrearlos —digo, pensando en el marido de Jamie, que es el jefe de seguridad de Stark International.

—No lo creo —responde—. Una vez hablamos de eso, cuando estábamos mirando una película de acción malísima. Dijo que es muy difícil rastrear mensajes de texto. Y además, es muy posible que procedan de un teléfono desechable.

—Detesto no saber quién es.

—Venga ya. Yo sí lo sé. Se trata de algún cerebritito capullo que piensa que es lo más y que una mujer guapa con un marido rico no puede ser también inteligente. ¡Que le den por el culo!

No puedo evitar sonreír. Por lo que a mí respecta, la declaración de Jamie ha dado en el clavo.

—«¿Qué te hace pensar que puedes con ello?» —dice, citando el primer mensaje—. «Con ello» —repite—. ¡Bah!

—¿Qué? —pregunto.

Jamie niega con la cabeza.

—Lo más seguro es que no sea nada, pero has dicho que el primero te llegó justo antes de que consiguieras el trabajo. ¿También te llegó antes de que te desmayaras?

Frunzo el ceño.

—No, en realidad fue después de la entrevista. ¿Por qué?

—Es que ya corría el rumor de que estabas embarazada. Así que tal vez no se refiera al trabajo. Tal vez se refiere al bebé.

—Lo pensé. —Poso la mano sobre mi vientre—. Y Giselle está aquí.

—¿Qué? —Jamie se vuelve en su asiento—. ¿Dónde?

—No, en Los Ángeles. La he visto en la torre esta mañana. Tenía una reunión con Damien.

—¡No jodas! Seguro que está resentida. ¿Qué ha dicho Damien? ¿Cree que ha enviado ella los mensajes?

Cojo de la mesa un sobre de azúcar y empiezo a jugar con él.

—Todavía no le he hablado de los mensajes —admito.

—¿Es que se te ha ido la olla?

—Lo sé, lo sé. Pero he recibido los dos últimos hoy mismo. Y en cuanto al primero, supuse que era un hecho aislado, así que ¿para qué hacer que Damien se vuelva loco? Pero con los mensajes de hoy... Bueno, estaba a punto de decírselo esta mañana, pero justo ha llamado Ollie y luego he venido a reunirme contigo y...

Mi voz se va apagando por la falta de convicción.

—Eso no es excusa —alega con sabiduría—. Créeme. En los últimos meses he aprendido algunas cosas sobre la mecánica del matrimonio. ¿Sabías que es cierto que hay reglas y expectativas? —susurra con complicidad.

Yo finjo sorpresa.

—¡No!

—Pues sí. Es como un campo de minas.

—Seguro que Ryan está encantado de llevarte en brazos entre todos los pequeños baches y artefactos explosivos.

—Mis pies casi ni tocan el suelo —dice con melancolía.

—Estás encantada. Me alegro muchísimo por ti.

—¿Sabes? En conjunto se parece mucho a cuando estábamos solteros. Salvo por las joyas —añade, y mueve la mano izquierda para presumir de su anillo de casada.

—Tonterías.

—Oye, ya estábamos prácticamente casados antes. Así que tampoco era tan importante hacerlo de manera oficial.

Me limito a sonreír, pues sé lo importante que era. El miedo de Jamie al matrimonio casi hace que arruine lo mejor que le ha pasado en la vida.

—Bueno, ¿dónde está el hombre de tu casa? —pregunto—. Estabais pegados como lapas cuando os casasteis en San Valentín. Pero hace meses de eso. —Pongo cara triste e intento dibujar una sonrisa—. ¿Es que ya se ha acabado la luna de miel?

—Ja, ja. Los dos estamos trabajando para preparar el estreno —explica—. Lo que significa que yo estoy aquí, negociando una entrevista de alto nivel con un genio de la tecnología famosilla... —añade, y hago una mueca—. Y él está con el negrero de su jefe, conocido también como tu marido, para hablar sobre cómo aumentar la seguridad. —Mira por encima de mi hombro

hacia la ventana y las vistas de Ventura Boulevard—. En realidad, puede que no.

Frunzo el ceño y al darme la vuelta veo qué es lo que está mirando.

Ahí mismo, aparcado justo delante de la ventana, hay un reluciente Bugatti Veyron rojo, uno de los coches más caros del mundo.

Y uno de los juguetes favoritos de mi marido.

Segundos después de que repare en la presencia del coche de Damien, en mi móvil suena el tono que indica un mensaje entrante.

Aquí. Ahora.

Hago una mueca y miro a Jamie.

—Parece que tengo que irme. ¿Pides tú la cuenta?

—Reglas —me recuerda—. Es un campo de minas.

—Estoy segura de que he activado un detonador —digo al recordar que mi iPad estaba en el apartamento. Y que mis mensajes de texto aparecen en la pantalla aunque esté bloqueada.

—Buena suerte —me desea, y se apodera de lo que queda de mi mitad de sándwich.

Me despido con la mano y salgo a la calle.

Inspiro hondo para armarme de valor antes de montarme en el coche y dejar las bolsas a mis pies.

Como era de esperar, mi iPad está en el asiento del pasajero. Ahora está en silencio y no hay nada en la pantalla. Pero lo fulmino con la mirada de todas formas.

—Traidor —digo.

—Todo lo contrario —se defiende Damien—. Estoy pensando en ofrecerle

a tu iPad un puesto en el campo de la seguridad. Está claro que hace mejor trabajo manteniéndome informado sobre las amenazas que mi esposa recibe que ella misma.

—Iba a... —empiezo, pero Damien levanta un dedo y lo mueve a un lado y a otro para que guarde silencio—. Pero...

—No.

Aprieto los labios y me apoyo en el respaldo. Sé muy bien que es mejor no discutir. Todavía no, claro.

—¿Adónde vamos? —pregunto cuando se incorpora al tráfico.

Aunque no dice ni una palabra, en unos momentos tengo mi respuesta. Se mete en el garaje del edificio en el que está mi oficina, apaga el motor y me indica con un gesto que lo siga.

Caminamos en silencio hasta mi despacho y en cuanto cierra la puerta a nuestra espalda, me agarra y me atrae hacia él, sujetándose entre sus brazos con tanta fuerza que creo que va a asfixiarme.

—Damien... ¡Damien!

Me suelta, pero antes de que pueda decir nada más, tengo su boca en la mía y sus manos recorren mi cuerpo, me sube la falda y me baja las bragas de un tirón.

Jadeo, y el remordimiento y la culpa por no haberle hablado de los mensajes de texto desaparecen bajo la oleada de pura excitación.

—Sobre la mesa —me ordena.

Sin embargo, antes de que llegue, me coge en brazos y posa mi trasero desnudo sobre la pulida madera. Me separa las piernas, se arrodilla y sepulta el rostro entre mis muslos.

Me estremezco con creciente excitación, y a continuación me inclino hacia atrás y apoyo mi peso en una mano. Separo más las piernas mientras enrosco los dedos de la otra mano en su cabello para sujetarle la cabeza mientras me

lame, su lengua me provoca y me excita tanto que solo puedo pensar en la creciente explosión.

Entonces se retira y gimoteo con una decepción que se esfuma casi al instante, porque ahora Damien está de pie entre mis piernas y se está bajando la cremallera para liberar su polla. Me agarra el trasero con una mano y me acerca al borde para pegarse a mi sexo. Y entonces, con un movimiento brusco y salvaje, se hunde en mí hasta dentro, follándome con fuerza, castigándome a la perfección.

—Tumbate —me ordena, y obedezco.

Apoyo la espalda y los hombros en la mesa, me alza las caderas y tira de mí hacia él mientras se sepulta cada vez más adentro. Sé que Damien necesita esto. Necesita sentir que estoy a salvo, que estoy aquí. Saber que, sin importar lo rápido que gire el mundo que nos rodea, sigue teniendo cierto control, aunque solo sea sobre mi cuerpo y mi placer. Aunque solo sea garantizar que él y yo estamos juntos para siempre.

Y por eso toma de mí con la misma fuerza con la que da. Es algo salvaje, brutal, y estoy tan húmeda y excitada que sé que voy a estallar en cualquier momento.

Introduzco la mano entre mis piernas y me masajeo el clítoris con los dedos mientras acaricio también su polla, que me penetra cada vez más fuerte y más rápido, hasta que su cuerpo se sacude, estalla en mi interior y cae encima de mí, inmovilizándome mientras los últimos vestigios de su orgasmo estremecen su cuerpo.

Me revuelvo contra él, buscando la liberación mientras él se recupera.

—No debería dejar que te corrieras —murmura—. Es más, debería azotarte el trasero.

No estoy en posición de discutir. En vez de eso, le suplico:

—Por favor —digo—. Damien, por favor.

Desliza la mano entre nosotros y me estimula el clítoris con movimientos firmes y seguros, que hacen que el deseo aumente de nuevo. Más y más arriba, hasta que estoy tan excitada que abro la boca para gritar cuando la explosión llega.

Pero solo un gruñido sale de ella, ya que Damien atrapa el sonido con un beso. Menos mal, pienso cuando recobro la cordura. No necesito escandalizar a Marge.

Nos tumbamos sobre la mesa, medio desnudos y saciados con este apasionado e inesperado encuentro. Pero Damien no tarda en levantarse y tirar de mí para llevarme al sillón.

—¿Por qué? —pregunta cuando se recoloca la ropa y se sienta a mi lado—. He visto el mensaje parpadear en la pantalla, así que he entrado en la aplicación y he visto otros dos más. ¿Por qué coño no me lo has contado?

—La primera vez fue en Dallas, antes de que fuera a ver a Ashley. Te juro que pensé que era algo aislado. Y después lo olvidé.

—¿Y los otros?

—Los dos han llegado hoy —respondo—. Te he enviado un mensaje, ¿recuerdas? Te decía que tenía que contarte una cosa. Era esto.

Damien se frota las sienes. No parece contento, pero tampoco cabreado.

—¿Quién es? —inquire—. ¿Alguna idea?

—Al principio pensé que era por el trabajo, lo que significa que podría ser cualquiera. Un rival. Un empleado de Greystone-Branch al que no le caigo bien. —Me encojo de hombros—. Luego pensé en Giselle. O en Sofia. O incluso en mi madre —añado bajando la vista al suelo.

Él se queda inmóvil y en silencio durante un momento. Después se levanta y empieza a pasearse de un lado a otro.

—No puedo creer que Sofia hiciera eso —replica, y aprieto los labios. Yo sí puedo creer cosas aún peores de ella, pero teniendo en cuenta que está en

Reino Unido, no voy a discutir—. Y tampoco Giselle. Acaba de casarse con un hombre al que no le gusta la polémica y que tiene una cuenta bancaria muy abultada. No me la imagino poniendo eso en peligro —argumenta. Así que asiento, pues me parece razonable. Todo lo que hizo en el pasado fue para salvar su liquidez económica—. Tu madre —continúa despacio—. ¿De verdad crees que se ha mudado aquí?

—Me ha parecido verla hoy —reconozco—. He estado viéndola por la ciudad, ¿te acuerdas? Quizá fuera un precalentamiento para los mensajes de texto.

—Quizá —conviene, aunque no parece convencido.

—Bueno, ¿qué hacemos? —pregunto.

Me coge la mano para ayudarme a ponerme en pie.

—Esperar, por ahora. Y en cuanto recibas otro mensaje, me lo dices.

—Lo haré —prometo—. ¿Qué más?

—Ahora vamos a intentar olvidarlo, al menos durante un rato.

—Oh. —Esbozo una amplia sonrisa. Me gusta la idea—. ¿Te vas de nuevo a trabajar?

—En realidad he pensado que podríamos ir de compras. —Me da un beso en la frente—. A menos que ya te hayas hartado...

—¿De comprar cosas para el bebé? Ni por asomo. —Correspondo a su sonrisa con otra—. De hecho, he encontrado la cuna más bonita del mundo.

Damien ya se ha levantado cuando el sonido del océano y la suave luz de la mañana me despiertan. Salgo de la cama y me desperezoz, aunque desearía poder quedarme aquí el día entero.

Pero es imposible. Ambos tenemos imperios que dirigir.

La idea me hace sonreír, porque es cierto. Mi imperio es considerablemente más pequeño que el suyo, pero está creciendo, y si quiero conseguir que siga así, tengo que sentarme a mi mesa y acabar algunas de las tareas iniciales para Greystone-Branch.

Pero antes tengo una importante reunión, y al mirar el reloj me doy cuenta de que debería darme prisa.

Me acosté desnuda, así que me pongo un mullido albornoz y me lo ciño a la cintura antes de ir en busca de mi marido. Espero encontrarlo en la cocina y me sorprendo al comprobar que la tercera planta está vacía.

La casa tiene casi mil metros cuadrados —es grande según los parámetros humanos normales, aunque pequeña en el mundo de los multimillonarios—, pero aun así es lo bastante amplia para que un hombre se pierda en ella. Tampoco lo encuentro detrás de su mesa de la entreplanta, así que doy por hecho que ha bajado al primer piso para nadar o ejercitarse en el gimnasio.

Por desgracia, me he equivocado.

Estoy a punto de darme por vencida y llamarlo por el intercomunicador cuando me doy cuenta de que sé dónde está. Vuelvo a subir a la segunda planta. Al principio de nuestro matrimonio, esta planta apenas se había usado. Sin embargo, una vez que Sylvia y Jackson se casaron y sus hijos llegaron a nuestra vida amueblamos una de las habitaciones para que fuera un cuarto de invitados apto para niños y otro como sala de juegos. Hay otras dos habitaciones más que siguen vacías, llenas de muebles, cajas con cosas mías y otras con archivos de Damien.

Lo veo apoyado contra el marco de la puerta de una de esas habitaciones sin usar, contemplando el desbarajuste de cajas y muebles desperdigados y desaparejados.

—Hola —saludo.

Me coloco a su lado y le cojo la mano.

—¿Qué ves tú? —pregunta señalando con la cabeza el interior de la habitación.

—Cajas que tengo que revisar. Creo que en algunas de esas hay ropa. Ya no me la voy a volver a poner. —Ladeo la cabeza para mirarlo y veo la expresión de anhelo en su rostro—. ¿Qué ves tú?

—La cuna que compramos ayer en la pared del fondo. —Señala el lugar que ha elegido—. Está lo bastante cerca de la ventaba para que tenga luz exterior, pero no tanto para que el sol le dé en los ojos al bebé. —Se vuelve hacia mí—. ¿Puedes verlo?

Asiento. Pienso en la resistente cuna blanca por la que nos decidimos después de examinar cada una de las que había en la exposición de la lujosa tienda de mobiliario para bebés. Ninguna era lo bastante buena, pero entonces vimos una con un cabecero con dos elefantes que forman un corazón con las trompas y una hilera de animales de zoológico por fuera. Es una auténtica

monada, y tanto Damien como yo nos enamoramos de ella enseguida. Es un encargo especial, pero no tardarán en entregárnosla.

—Tiene un móvil colgando encima —continúo—. También de animales. —Imagino un móvil musical colgado sobre la cuna, con pequeñas jirafas, leones y pingüinos girando sin cesar sobre nuestra pequeñina mientras ella hace ruiditos, da pataditas e intenta coger los bonitos animales—. Y mi mecedora junto a la ventana —añado.

Fue el otro mueble que compramos ayer. Al principio, Damien dijo que quería espaciar las compras, tomárselo con calma, saborear cada momento y adquirir tan solo una cosa cada vez.

El plan me pareció bien hasta que el cansancio de la tarde me venció y acabé sentada en la mecedora más alucinante de la historia del universo. Así que informé a Damien de que no pensaba marcharme de esa tienda sin estar completamente segura de que la mecedora sería mía muy pronto.

—Lo siguiente que tenemos que hacer es decidir los colores —digo—. Y necesitamos un cambiador y una cómoda de cajones, y puede que un caballito balancín.

Damien me sonrío.

—No creo que necesitemos el caballito balancín aún.

—Vale. Un osito de peluche gigante. De hecho, un surtido completo de animales de peluche que puedan velar por ella por las noches.

—Y un moisés —apostilla—. Porque al principio dormirá en nuestra habitación.

—Desde luego —accedo mientras él me guía hacia la escalera—. Y un monitor para bebés. Con audio. Y vídeo. Y un sistema de grabación de seguridad.

—Me has leído el pensamiento.

Continuamos describiendo la habitación mientras caminamos. Lo que

quiero dibujado en las paredes. Dónde instalar los altavoces para que pueda ponerle música relajante. Los colores para su ropa de cama.

—Solo siete meses más, si el doctor Cray no se equivoca —digo.

—Lo sabremos el lunes.

Asiento. No tengo que preguntar si va a acompañarme a la consulta. No se la perdería por nada del mundo. Y esa certeza hace que sonría de nuevo.

—¿Qué? —pregunta.

—Solo pienso en cuánto te quiero.

—Ten cuidado o es posible que no te deje salir de casa. Y creo recordar que hoy tenías la agenda completa.

—Así es —reconozco—. Hoy y mañana. Estoy intentando adelantar tareas para que podamos disfrutar el viernes.

—En tal caso, sugiero una sensual velada de trabajo juntos en la biblioteca —me propone—. Dos copas de burbujeante zumo de frutas. La mesa de centro hasta arriba de hojas de cálculo y código informático.

Me echo a reír.

—Parece que tiene todo lo necesario para convertirse en un romance épico.

—Sí, siempre que estés conmigo —declara, y me atrae hacia él y me besa con fuerza—. ¿Vas a ver a Frank hoy? —pregunta cuando pone fin al beso. Se refiere a mi padre pródigo—. ¿Quieres que te acompañe?

—Con toda mi alma —admito—. Pero creo que es una de esas cosas que debería hacer yo sola.

Puede que Frank Dunlop —que solía hacerse llamar Leonard Frank Fairchild— sea mi padre, pero no hace mucho que lo conozco. Se marchó cuando Ashley era pequeña y yo solo un bebé y hace poco que ha vuelto de forma tempestuosa a mi vida.

Aunque Damien tardó más en confiar en él —confianza que se ganó tras minuciosas comprobaciones de antecedentes—, mi desconfianza se

desvaneció muy rápido. Sin duda más de lo que es inteligente, pero necesitaba desesperadamente creer que Frank había vuelto solo porque quería conocerme. Y después de que me contara que se había marchado por culpa de mi madre, establecimos una tregua que desde entonces ha dado paso a una profunda amistad. Puede que incluso al amor. Aún no estoy segura.

Solo sé que ahora está en nuestra vida y que tanto Damien como yo creemos de corazón que es un buen hombre que cometió un error al abandonar a sus hijas cuando dejó a su esposa.

Cojo la mano de Damien y la poso sobre mi abdomen.

—Todavía me estoy acostumbrando a que sea mi padre, ¿sabes? Pero puede que decirle que va a ser abuelo haga que todo parezca real.

—¿Quieres hacerlo?

Su voz destila dudas y entiendo por qué. A pesar de las cosas espantosas que ha hecho mi madre, sigue habiendo momentos en los que pienso que tal vez, solo tal vez, doblaremos una esquina y todo encajará en su lugar. Ella parecerá una madre y no la bruja mala.

Lo imagino y abrigo esperanzas... y me llevo un chasco tras otro.

Y sé que Damien teme que no pueda soportar más decepciones por parte de mi otro progenitor.

En realidad, también a mí me da un poco de miedo. Pero Frank me cae bien y lo respeto. Y, a diferencia de mi madre, él no me haría daño a propósito.

Merece saber que va a tener un nieto. Además, creo que va a ser algo importante para él. Y yo quiero saber lo que se siente al compartir una noticia especial con un padre y que se alegre de verdad por mí.

Nunca antes he vivido esa experiencia, y espero con toda mi alma vivirla hoy.

Salgo de casa antes que Damien, que va a pasar la mañana trabajando en el despacho. Estoy sentada en mi Coop, mi Mini Cooper descapotable, en una congestionada intersección de la autopista de la costa del Pacífico, cuando me suena el móvil.

Cojo el teléfono con temor de que sea un nuevo mensaje, pero enseguida me inunda el alivio y mi estado de ánimo se dispara hacia el asombro cuando veo que es de Damien.

Ya te echo de menos. Te veo esta noche. Hasta entonces, imagínate tocándote.

Sonrió el resto del camino hasta Santa Mónica y sigo haciéndolo cuando entro en el estudio que mi padre comparte con Wyatt Royce. Mi padre es fotógrafo, y cuando lo conocí estaba buscando un estudio que subarrendar. Lo puse en contacto con Wyatt, un fotógrafo y amigo que necesitaba a alguien con quien compartir su enorme local.

—Me alegro mucho de ver que estás tan bien —me saluda Wyatt, que sale de su despacho con un teleobjetivo en la mano. Con su despeinado cabello dorado, su mandíbula cincelada y su aire autosuficiente parece más un modelo que un fotógrafo—. Vi que sufriste un desmayo en Dallas —añade.

—Fue solo por el calor —digo tratando de reprimir la sonrisa—. Y siempre es desagradable que la prensa sensacionalista intervenga e informe de cosas sin tu permiso.

Él ladea la cabeza, sin duda dándole vueltas a mis palabras.

—Entonces ¿de verdad...?

—He venido a ver a mi padre —concluyo—. Tengo una cosa importante que contarle.

Wyatt esboza una amplia sonrisa y yo aparto la mirada porque no quiero que vea la orgullosa confirmación en mi rostro. Al hacerlo me fijo en que, a

excepción de las pocas fotos que han colgado de las paredes desde que conozco a Wyatt, cada superficie de trabajo está cubierta.

Hace algunos meses nos dijo a Jamie y a mí que estaba trabajando en un proyecto que creía que causaría sensación, por lo que asumo que estas paredes tapadas son parte de eso. Lo curioso es que si él quisiera, Wyatt Royce podría causar una gran sensación con solo respirar. Es nieto de Anika Segel, una de las últimas superestrellas aún con vida de la época dorada de Hollywood, y su bisabuelo fundó uno de los estudios.

En otras palabras, proviene de la nobleza de Hollywood. Solo tiene que chasquear los dedos para que los publicistas babeen a su alrededor, y sin embargo jamás se ha aprovechado de la fama familiar. No reniega de ellos — y por lo que yo sé tiene una relación estupenda con todos—, pero nunca los menciona.

En lugar de eso, ha pasado desapercibido de manera sistemática. Empezó desde abajo como fotógrafo y ha ido ascendiendo solo a base de habilidad y talento. Lo admiro por ello, pero también es un poco desconcertante. Sobre todo en una ciudad como Los Ángeles.

Estará en el estreno del viernes, pero solo porque la Fundación Infantil Stark lo ha contratado para que sea el fotógrafo oficial del evento. Lo que significa que llevará traje para mezclarse con la gente, no porque vaya a ser uno de los objetivos de los paparazzi.

Señalo las fotografías cubiertas.

—Así que ¿este es el proyecto secreto? ¿Hay alguna posibilidad de que le des una pequeña pista a una buena amiga?

—Ninguna en absoluto. Confío en ti, pero no quiero arriesgarme a que se filtre antes de que esté listo. —Me mira de manera significativa—. Estoy seguro de que lo entiendes.

—Sí —respondo posando la mano en mi vientre—. Lo entiendo.

Sonrío mientras me dirijo al fondo del estudio, a la escalera que lleva a la zona, mucho más pequeña, que tiene subarrendada.

Mi padre está ante un panel iluminado utilizando una lupa para revisar tiras de negativos. Tiene sesenta y pocos años y el cabello encanecido en las sienes. Posee el rostro curtido de un atractivo tosco de alguien que pasa mucho tiempo al aire libre. Y cuando lo miro fijamente puedo ver mis mismos ojos azules en él.

—Creía que utilizabas cámara digital —digo mientras cruzo la estancia para mirar por encima de su hombro.

Soy aficionada a la fotografía desde que iba al instituto, y aunque me encanta trabajar con película, hoy en día no es nada práctico. Además, detesto los cuartos oscuros; demasiados recuerdos de cuando mi madre me encerraba en mi habitación por la noche e inutilizaba el interruptor de la luz. Y aunque sé que Damien me construiría el cuarto oscuro más grande y mejor de la historia de la fotografía, me pongo tras la cámara tan poco que no merece la pena ni mencionarlo.

Además, me he vuelto una experta en la edición por ordenador, y eso es también divertido.

—Casi siempre uso cámara digital —responde mientras me pasa la lupa para que pueda echar un vistazo—. Pero a veces uno necesita trabajar a la vieja usanza.

Me echo a reír mientras me inclino para mirar las magníficas fotos de Santa Mónica de noche, y aunque son solo los negativos puedo ver que ha capturado un matiz de la oscuridad y las sombras que no se puede captar en formato digital.

—Son maravillosas —afirmo cuando le devuelvo la lupa—. ¿Vas a revelarlas?

—Cuando vuelva. Tengo un viaje, ¿recuerdas? —Me mira—. Entonces

utilizaré cámara digital y mi aplicación me resultará muy útil. Iba a pasar hoy por tu despacho. Soy el cliente, ¿te acuerdas?

—Muy cierto. Pero quería verte aquí.

Frank es fotógrafo de viajes y pasa buena parte de su tiempo dando tumbos por el mundo. Hace poco me contrató para que diseñara una aplicación con la que pudiera exponer y vender su trabajo cuando está de viaje y hoy he venido, supuestamente, para revisar con él algunos de los cambios en la programación.

—¿Ocurre algo? —Me mira con el ceño fruncido—. Ya tengo un montón de suscriptores; no vamos a estar mucho tiempo inactivos mientras esté en Europa, ¿verdad?

—La aplicación va bien. En realidad, ni siquiera necesita modificaciones. Solo quería hablar contigo.

—Ah. —Baja la vista a la lupa que sujeta en la mano y luego la deja en la mesa antes de levantarla hacia mí—. ¿Te encuentras bien? Me he enterado de que te desmayaste. En Dallas.

Hago una mueca.

—En el jardín delantero de nuestra vieja casa.

—¿Estás enferma?

Su rostro muestra tanta preocupación que estoy convencida de que no ha oído los rumores.

—No estoy enferma —le aseguro mientras mantengo los ojos fijos en su cara—. Estoy embarazada. Vas a ser abuelo.

Al principio su expresión no muestra nada y temo haber cometido un gran error. Que conocerme le parecía bien; una hija que en realidad es poco más que una conocida. Alguien a quien puede señalar y decir que tiene una conexión con ella, pero nadie real. Alguien de quien puede alejarse de nuevo si siente la necesidad.

Pero un nieto será diferente. Tan pequeño y confiado. Tan fácil de herir.

Contengo la respiración. Yo era un bebé cuando él se marchó. Y con repentina y espantosa claridad me percaté del riesgo que he corrido al abrir, aunque sea un poco, mi corazón a este hombre. Una cosa es que se alejara de mí, pero no sé si podría superar el dolor si formara parte de la vida de mi hija y después le diera la espalda como si tal cosa.

—Yo... —Estoy a punto de decir que lo siento. Que no debería haber asumido que le importaría.

Que jamás tendría que haber ido.

Pero él me interrumpe, y cuando habla veo que le brillan los ojos.

—Nikki... Oh, Nikki, es maravilloso. No puedo... —Se le quiebra la voz y se aclara la garganta—. Me siento muy, muy feliz.

Un alivio inmenso me inunda y me doy cuenta de que una lágrima rueda por mi mejilla. Me la limpio y sorbo un poco por la nariz, pero con una sonrisa en los labios.

—¡Uau! ¡Vaya dos!

Frank ríe entre dientes y al instante me da un torpe abrazo. Durante un momento no reacciono, y con rápida sorpresa me percaté de que es la primera vez que me ha abrazado de verdad como a una hija. Tomo una bocanada colmada de esperanza y de amor y luego lo abrazo con fuerza.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros, sin estar segura.

—Por volver.

—No —me corrige—. Gracias a ti por dejarme volver.

Me siento en una de las sillas plegables grises y me limpio la nariz. Estoy un poco temblorosa y emotiva.

—Ayer me pareció ver a mi madre.

Quizá sea un auténtico sinsentido, pero me da la impresión de que Frank entiende cómo funciona mi mente mejor que yo misma, porque ladea la cabeza, arrima una silla a la mía y dice:

—¿Quieres dejar que ella vuelva también?

—No. —La respuesta es brusca, rápida y tajante, pero en cuanto la suelo me duele el corazón. Ahora que voy a ser madre, la ausencia de mi propia madre parece doblemente dolorosa—. No —repito, esta vez con menor certeza—. Pero quiero saber qué hace. Se ha marchado de Dallas. Creo que ha venido aquí. Creo que me está observando, y no sé por qué.

Frank se frota un lado de la boca con el pulgar, un gesto que he notado que hace cuando está a punto de decir algo que no está seguro de que vaya a gustarme. Me fijé en ello por primera vez cuando me pidió que cambiara la configuración del menú de la aplicación. No me importaba hacerlo, pero al parecer pensó que me molestaría que no le gustara cómo había dispuesto todos los elementos.

—¿Qué? —insisto al ver que guarda silencio.

—Bueno, no te lo tomes a mal, pero puede que te la hayas imaginado. Tu madre no es precisamente de las que se esconden, ¿verdad?

Me surgen dudas, porque las veces que la he visto parecía muy real. No obstante, tiene razón; Elizabeth Fairchild no es de las que se ocultan.

—No lo sé, pero puede que estés en lo cierto. No me entusiasma pensar que estoy teniendo alucinaciones, aunque eso es mejor que el hecho de que sea real. —Muevo la cabeza de un lado a otro, pensando—. Así que gracias. Me parece.

Él ríe entre dientes.

—Para eso están los padres.

En cuanto pronuncia esas palabras puedo ver que quiere retirarlas. Él es mi padre, a pesar de que nunca hemos abordado el tema en profundidad. Aunque

en esta conversación he tenido un abrazo y apoyo paternos. Es evidente que está pensando que a lo mejor se ha extralimitado.

Pero no lo ha hecho. Todo lo contrario, en realidad.

—Sí, para eso están los padres —respondo, con la esperanza de que lo entienda.

Se aclara la garganta.

—Esto..., ah..., ya sé que no me necesitas aquí mismo, porque te las has apañado muy bien sin mí durante estos años, pero me pregunto si ahora..., bueno, al estar embarazada y todo eso... —Hace una pausa para inspirar hondo—. En fin, solo me preguntaba si debería posponer mi viaje.

—¡Oh! —Ni siquiera había pensado en ello. Se marcha a Irlanda mañana por la mañana y de ahí se va a Cotswolds y después a París, Praga y a un montón de sitios más en Alemania e Italia. Es un itinerario de seis meses y no solo viaja para hacer fotografías de archivo, sino que tiene algunos trabajos programados—. No —respondo—. Debes ir. A ver, claro que quiero que estés aquí, pero no es que vaya a pasar mucho más durante una temporada. Y volverás antes de que salga de cuentas.

—No lo sé...

—Yo sí —insisto—. Este es tu medio de vida. Yo no voy a dejar de trabajar. Tú tampoco tienes por qué hacerlo.

Frank aprieta los labios y mueve la cabeza de arriba abajo.

—De acuerdo. Si estás segura.

Asiento, pero una parte de mí no está segura. Por un lado quiero que esté aquí, pienso que los padres están para eso.

Y por otro lado me pregunto cómo puedo ser madre sin entender los matices, ya que nunca los he experimentado en realidad.

—Estoy segura —repito, y asiento porque sé que es la decisión correcta—. Y te lo agradezco, abuelo.

Paso el resto de la tarde modificando la aplicación de Frank porque quiero que esté en pleno funcionamiento antes de que se marche del país. Por suerte lo termino en la oficina, porque cuando llego a casa y estoy lista para ponerme cómoda con Damien el agotamiento me vence de nuevo. Termino durmiendo en el sillón, con los pies en su regazo, mientras él intercala la lectura de revistas de ciencia e informes financieros.

—Esto ocupa el primer puesto de mi lista —murmuro cuando consigo abrir los ojos.

—¿Qué, cielo?

—Preguntas para el médico. Esta es la primera. ¿Cuándo se termina? Tengo la sensación de que solo estoy viviendo media vida.

—Ah, pero es una media vida con masajes de pies. —Deja la revista y me frota los pies y los tobillos hinchados de un modo que me hace pensar que he descubierto el paraíso—. Y lo he mirado. Esto mejora después de primer trimestre.

—No estoy segura de que este masaje pueda mejorar.

—Me refiero al cansancio —dice riendo.

—¿Qué hay de la hinchazón de los tobillos y los pies? —Me he pasado a

los zapatos planos, pero siguen siendo incómodos—. También mejorará después del primer trimestre, ¿verdad?

—En realidad eso suele empeorar. Al parecer la hinchazón es normal al principio del embarazo, solo que no es común.

—Genial. —Frunzo el ceño mientras me apoyo en los codos—. ¿De verdad has mirado todo eso?

Damien me mira como si acabara de hacerle la pregunta más estúpida del mundo.

—Pues claro que sí.

Exhalo un suspiro. Me siento satisfecha y amada. «Sí —pienso antes de quedarme dormida—, por supuesto que lo ha hecho.»

Despierto en la cama al oír un helicóptero aterrizando en nuestro patio trasero y recuerdo que Damien tenía una reunión a la hora del desayuno en San Diego. Pero me ha dicho que estaría de vuelta a mediodía en caso de que necesite algo.

No veo qué, ya que voy a pasarme el día entero en mi despacho, trabajando en el proyecto para Greystone-Branch, algo en lo que pienso sumergirme de cabeza después de comerme las tortitas que Damien ha dejado en el horno para que no se enfríen.

Hasta ahora no he tenido ningún antojo, pero si lo tengo, espero que sea de tortitas con trocitos de chocolate, porque las que Damien prepara son casi tan orgásmicas como él mismo.

Cuando salgo por la puerta y me monto en el Coop, estoy de tan buen humor que ni siquiera la aglomeración del tráfico en la autopista de la costa del Pacífico puede acabar con él. Me dirijo a mi oficina una hora antes de mi entrevista con Laura, una ingeniera recién graduada, que espero de corazón que sea tan brillante hoy como cuando le hice la primera entrevista. Porque de ser así, le ofreceré el puesto.

Tengo su currículum en mi mesa mientras me ocupo de mi lista de quehaceres. Voy por la número ocho cuando dan las once. Laura llega una hora tarde.

Me salto la comida, por si acaso está atrapada en el tráfico y el móvil se le ha quedado sin batería.

No aparece.

A las dos la llamo. Responde al primer tono.

—¿Sí?

—¿Laura? Soy Nikki Stark.

—Ah, hola. Espera. —Debe de estar poniendo la mano sobre el auricular porque oigo un espantoso ruido y luego su voz amortiguada—. No, no, eso va a Goodwill. Pero esa caja tiene que ir al maletero. Lo siento —dice con voz normal otra vez.

—Te mudas.

—Bueno, sí.

—¿Recuerdas que teníamos una entrevista hoy?

—Ay, Dios. Lo siento muchísimo. —No parece sentirlo—. Me mudo a Silicon Valley y tengo que... No, no, esa caja no.

—Te dejo que sigas —le digo—. Buena suerte.

—Oh, gracias... —empieza, pero ya he colgado y arrojado el teléfono sobre la mesa con indignación.

«¡Mierda!»

Me dispongo a coger el teléfono para llamar a mi segunda opción, cuando empieza a sonar. Es Frank y lo cojo deprisa.

—Hola. ¿Estás en el avión?

—Va con retraso. Estoy en la puerta de embarque. ¿Qué ocurre?

—Solo cosas de trabajo. —Me sorprende y me impresiona un poco que sepa que estoy irritada. Es agradable de un modo raro. Como si fuera de

verdad un padre—. ¿Para qué me has llamado? ¿Solo para que pueda desearte buen viaje otra vez?

—Me ha llamado tu madre.

Me estaba levantando de la silla, pero ahora me siento de golpe.

—Ah.

—Tenías razón. Está en la ciudad. —Se aclara la garganta—. Ella... ha alquilado un apartamento. Y quiere verte.

Me agarro al borde de la mesa con tanta fuerza que la madera se me marca en la mano.

—Yo no quiero verla.

—No te culpo, pequeña. Pero..., bueno, seguramente no debería, pero le he dicho que estás embarazada. Se enteró de la historia de Dallas y yo solo...

—No pasa nada —digo, aunque en realidad no es así.

No quiero que ella lo sepa. Es un secreto demasiado íntimo. Demasiado especial. Y me da mucho miedo que lo eche a perder. Además, me aterra esa minúscula parte dentro de mí que, a pesar de todo, quiere oírle darme la enhorabuena.

—Ya, bueno, no estoy tan seguro. Ahora me arrepiento. Me ha dicho que... Bueno, ha dicho que te destrozaría la figura.

Sus palabras transmiten pesar. Como si deseara soltarlas y dejar que se fueran por el fregadero.

—Eso es típico de mi madre. ¿Qué más te ha dicho?

—Que quiere llamarte.

—No la he llamado después de que se mudara. No sé por qué iba a llamarla ahora.

—No te lo discuto. Solo te transmito el mensaje. —Vacila y a continuación añade—: Voy a cancelar el viaje.

—Y una mierda. Ya estás en el aeropuerto. Has facturado las maletas.

—Debería estar ahí para apoyarte. ¿Y si se presenta en tu oficina? ¿En tu casa?

—Tengo a Damien —respondo—. Además, puedo cuidarme solita.

El silencio al otro lado del teléfono es denso.

—Jamás debería haberte dejado. Ni a Ashley.

—Para. Te digo que pares. —Consigo mantener la voz firme, aunque se me encogen las entrañas solo de pensar que mi madre está en la misma ciudad que yo—. Estás aquí ahora, conmigo, y eso es así aunque te encuentres en Europa. Si cancelas el viaje es como si le dieras a ella el poder. Créeme, papá. He dedicado mucho tiempo a dar un giro a mi vida por culpa de esa mujer.

—Papá —repite, en voz tan baja que apenas lo oigo.

Con cierta sorpresa me doy cuenta de que es la primera vez que lo llamo así.

—Sí —digo en voz igual de baja. Carraspeo y me obligo a hablar más animada—. Bueno, te veo dentro de unos meses, ¿vale? Seré la que camine hacia ti como un pato en el aeropuerto.

Mantengo un tono alegre, y mis palabras son sinceras, aunque al mismo tiempo tengo el estómago encogido.

Ella está aquí.

Está aquí de verdad, en Los Ángeles.

En cuanto colgamos, empiezo a marcar de nuevo, pero me detengo. Porque lo que deseo no es solo la voz de Damien. Es al hombre.

Miro el reloj; ya son las tres. Sé que habrá vuelto de comer y también que aunque esté en mitad de una conferencia o de otra reunión, si le pido que lo interrumpa, vendrá a mi lado.

Detesto pensar siquiera en que deje de lado su trabajo. Odio ser tan débil.

Pero en lo referente a mi madre, lo soy.

Y si quiero superar esto, si quiero que mis pensamientos y mis emociones vayan por el buen camino, lo necesito.

Santo Dios, cuánto lo necesito.

No estoy del todo segura de cómo he llegado al coche, pero lo siguiente que sé es que estoy en la 101 y me dirijo al centro de la ciudad. Con sinceridad, estoy hecha un lío y probablemente debería haber llamado a un taxi o pedido que Edward me recogiera. Pero llego al centro sin provocar un espantoso accidente y luego cojo el ascensor privado desde el garaje hasta el ático en el piso cincuenta y siete.

Salgo del ascensor en el lado del despacho y paso de largo la mesa de recepción hasta llegar a la puerta cerrada de su despacho.

—¿Está solo?

—No está aquí —dice Rachel—. Yo me estoy poniendo al día con el papeleo.

—¿No está aquí? —Intento recordar alguna cita que haya olvidado—. Creía que iba a volver después de comer.

—Ese era el plan, pero ha surgido algún tipo de problema y ha tenido que irse a Santa Bárbara. ¿Ocurre algo? ¿Quieres que lo llame?

—No, no. —Debo parecer más agitada de lo que pensaba si Rachel se está ofreciendo a llamar a Damien en mi lugar—. Es que he terminado de trabajar temprano y se me ha ocurrido tentarlo para que venga al apartamento.

Ella se echa a reír.

—Va a lamentar haberse perdido eso.

—Bueno, yo voy para allá. Cuando lo veas dile que lo estoy esperando.

Me obligo a guiñar un ojo con despreocupación y Rachel ríe de nuevo.

—Lo haré.

Me propongo no dar la impresión de estar preocupada mientras me dirijo otra vez al ascensor. Normalmente recorrería el pasillo que conecta la oficina

con la entrada trasera del apartamento, pero así estaría a la vista de Rachel más tiempo del que creo que puedo soportar. Y ahora mismo estoy segura de que se me van a doblar las piernas y no quiero que ella lo vea.

El ascensor tiene puertas a ambos lados y sé que está ahí mismo, esperándome. Quiero gritar, llorar y despotricar, pero reprimo las ganas de hacer todo eso y me obligo a aparentar normalidad. A actuar como una persona normal. A no revelar nada en absoluto a Rachel, cuyos ojos se me clavan en la espalda mientras aprieto el botón para llamar al ascensor. Las puertas se abren, entro e introduzco el código para abrir las de enfrente, que dan paso al apartamento.

Estas se abren en silencio y dejo de luchar tan pronto como penetro en el familiar recibidor y las puertas se cierran a mi espalda. Una oleada de tumultuosas emociones se apodera de mí y me dejo caer sobre las baldosas del suelo, sin otro propósito que tratar de controlar mi respiración.

El único adorno de la entrada es una mesa redonda de mármol coronada con un impresionante arreglo floral que el personal de la oficina reemplaza cada semana. El jarrón es de cerámica, y cuando vuelvo a ponerme en pie me imagino arrancando esas flores y tirándolas por el suelo mientras las espinas de las rosas me arañan la piel y me hacen sangrar. Imagino que mis brazos agarran el jarrón y lo estrellan contra el suelo. Me duelen las rodillas al entrar en contacto con el duro suelo de mármol. Cuando agarro los fragmentos. Cuando hundo más profundamente el dentado trozo de cerámica y sigo el rasguño que me ha hecho la rosa.

Cuando por fin —¡por fin!— me aferro al dolor y dejo que me aleje de los pensamientos sobre mi madre. De mis temores. De toda la ansiedad que se arremolina dentro de mí.

«Mi madre.»

No quiero pensar en ella. No quiero verla.

Pero sobre todo no quiero perderme solo porque ella esté cerca.

Lo que quiero es a Damien. Lo quiero aquí. A mi lado. Odio sentirme irritada de un modo tan irracional porque no esté aquí, junto a mí, cuando lo necesito.

Trago saliva, respiro con fuerza y cojo el teléfono de mi bolso.

Empiezo a marcar... y con un violento sollozo arrojo el móvil al otro lado de la estancia. Veo con placer cómo se estrella contra la pared del fondo y los pedazos de cristal y plástico se desperdigan por todas partes.

Ahogo un grito y un sollozo.

Debería ser más fuerte.

Soy más fuerte.

Pero mientras me arrastro hasta el salón y me acurruco en el sillón, con la mano apoyada en mi abdomen para proteger al bebé, sé que no lo soy.

Y cuando las lágrimas ruedan por mi cara no puedo negar que en realidad no soy fuerte, sin importar lo que Damien diga.

Joder, Charles. No me interesan tus conjeturas. ¡Quiero respuestas, coño! Necesito saber si de verdad está...

La voz de Damien calla y me quedo inmóvil en el sillón, todavía atontada por el sueño. Caigo en la cuenta de que debe de haber entrado por la parte de atrás y ahora está atravesando la arcada que lleva a la entrada, donde los pedazos de mi móvil siguen aún desperdigados por todo el suelo.

—Tú consígueme respuestas —ordena en voz baja y distraída al finalizar la llamada.

Espero sin moverme.

—Nikki —me llama entre dientes. Luego sus pasos continúan y me percato de que no me ha visto y se dirige al cuarto de baño.

Regresa al cabo de un momento. Sigo en el sillón, abrazada a una almohada y con la mirada gacha. Pero aun sin verlo sé que está de pie a mi lado.

—Oh, cielo —susurra, y acerca el brazo al sillón para rozarme el hombro.

El contacto dura solo un momento, pero me impregna como un bálsamo, y cuando rodea el sillón para sentarse a mi lado me he apoyado en la almohada y busco su mano a tientas.

—Te he llamado —dice—. Supongo que ya sé por qué solo me saltaba el

buzón de voz.

—¿Qué hora es?

—Tarde —responde—. He vuelto para coger unas cosas y después tenía que irme a Malibú. Contigo, pensaba yo. ¿Qué haces aquí, cielo?

Es una pregunta sencilla, hecha con voz firme. Da igual. Percibo la preocupación en su tono. Y también oigo la pregunta tácita: «¿Qué ha pasado, estás bien?».

Me incorporo, con la cabeza atontada.

—Vine a verte y Rachel me dijo que te habías ido. —Me froto los ojos, todavía pesados por el sueño. Me duele la cabeza y sé que son los efectos de las lágrimas, parecidos a los de la resaca—. ¿Qué había en Santa Bárbara?

Damien agita una mano para restarle importancia.

—Solo trabajo. Uno más de los cientos de problemas que se niegan a desaparecer.

—No me has mandado un mensaje.

Por lo general, Damien me avisa siempre que tiene que salir de forma inesperada.

—Lo siento. No esperaba ausentarme tanto tiempo y Charles ha estado al teléfono conmigo durante casi todo el vuelo de vuelta. Pero sí te he llamado. Puede que no hayas recibido el mensaje, ya que tu móvil está roto en un millón de pedazos. Nikki —dice, y su tono se vuelve más serio mientras me aprieta un poco la mano—. ¿Estás bien? ¿No te has...?

—No —lo interrumpo de forma tajante. Es la verdad—. Pero quería hacerlo —reconozco. A Damien no puedo mentirle, y necesita saberlo.

Su cuerpo se pone en tensión y la preocupación empaña sus ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Mi madre está aquí —digo, aunque tardo un segundo en hacerlo—. En Los Ángeles, quiero decir. Está aquí, de verdad.

Quería que las palabras surgieran con fuerza para al menos dar la impresión de que puedo con esto. Sin embargo, mi voz suena estrangulada. Parezco perdida. Y en cuanto veo la mezcla de ira, odio y remordimiento en el rostro de Damien, las lágrimas afloran a mi garganta y me yergo para poder aferrarme a él, dejando que su cuerpo me proteja de una realidad a la que no quiero hacer frente.

—Cielo. Ay, cielo, ¿estás segura?

Asiento contra su hombro, húmedo por las lágrimas.

—Ha llamado a Frank. Quiere verme.

—Y una mierda —espeta con voz tan brusca que sonrío.

—Sí. Supongo que sí.

Él frunce el ceño mientras estudia mi cara.

—¿Tú quieres verla?

—No. —Mi respuesta es firme, automática y cierta. Sin embargo, otra verdad me hace encorvar los hombros—. Pero quiero saber qué quiere.

—Nada bueno, eso seguro.

Tomo aire y me endezco; sé que Damien tiene razón. No hay ninguna reunión feliz en ciernes. Nada de correr por un campo para abrazar a mi madre. Nada de ir de compras. Ningún momento tierno en el que me ayuda a pintar la habitación infantil. Pero quiero eso. A pesar de todo, lo quiero.

Y el hecho de que no vaya a tenerlo jamás me pesa mucho.

—Cielo...

—No. —Levanto una mano—. Tienes razón. Y ya no quiero pensar en ella. Estoy harta. —Esbozo una sonrisa con la esperanza de que mi estado de ánimo siga el ejemplo.

—¿Por qué no nos vamos después del estreno de mañana? —pregunta.

—¿En serio? ¿Huir sin más?

Damien se echa a reír.

—¿Por qué no? De tu madre, de los espantosos mensajes de texto. De todo —añade con firmeza.

Debería poner objeciones, recordar que tengo que trabajar en el proyecto de Greystone-Branch porque nuestro pequeño cacahuete me chupa la energía y necesito todas las horas de trabajo coherente que pueda acumular. Y debería mencionar que debo seguir con las entrevistas y que necesito pasar parte del fin de semana seleccionando currículos.

Debería ser responsable y decir que no.

Pero la idea de escapar unos cuantos días me suena demasiado celestial. Así que, en vez de eso, asiento.

—De acuerdo. Me apunto. ¿Adónde nos vamos?

—Estaba pensando en el bungalow —sugiere, refiriéndose a nuestra preciosa casa de vacaciones en el resort de Cortez. Es una impresionante propiedad vacacional de Stark que diseñó Jackson. Pero solo es accesible por mar o en helicóptero, y la sola idea de llegar allí me produce náuseas.

—Lo veto —digo—. Puede que después de que las náuseas matutinas pasen. Hasta entonces, no.

—Me parece bien. ¿La casa del lago Arrowhead?

Me siento tentada, pero ahora que tengo Santa Bárbara en mente, resulta demasiado seductora para ignorarlo.

—¿Por qué no volvemos al Pearl?

Stark Real Estate es dueño del hotel Pearl de Santa Bárbara, donde nos alojamos hace poco, por el cumpleaños de Damien. Pero fue un viaje relámpago.

—Tengo la sensación de que solo disfrutamos de un aperitivo —prosigo—. Ya es hora de que gocemos del plato principal.

—Una buena idea —responde—. Pero vamos a posponerlo una temporada.

Me aparto para verlo mejor. No ha dicho nada concreto, pero conozco

demasiado bien a este hombre. Sus expresiones. Sus tonos de voz. Su actitud.

—¿Ha pasado algo hoy allí?

—¿Qué podría haber pasado? —pregunta, lo cual no es una respuesta en absoluto.

—¿Qué está pasando? —insisto, porque ahora me ha picado la curiosidad

—. ¿A qué se ha debido el viaje de hoy?

—Te lo he dicho. Solo unos asuntos con Charles.

—¿Y no quieres ir a Santa Bárbara porque...?

Damien se levanta.

—Joder, Nikki, ¿por qué no quieres ir al lago Arrowhead?

—¡No!

Yo también me levanto y lo miro con los brazos en jarra. No estoy segura de si mi certeza de que me está ocultando algo es real, racional y se basa en el hecho de que lo conozco muy bien o si es algún tipo de psicosis fruto del embarazo. Solo sé que en este momento estoy total y absolutamente convencida de que me está ocultando algo—. No intentes darle la vuelta —replico elevando la voz—. Cuéntame qué coño está pasando.

—Nada —dice con una irritante calma—. No pasa nada.

—Gilipollecés. —Lo empujo con las manos en el pecho—. ¿Te crees que estoy ciega? ¿Sorda? ¿Qué no te veo la cara ni oigo tu tono de voz? Te quiero, ¿recuerdas? Y sé que crees que me estás protegiendo. Pero no lo haces, joder. Lo único que consigues es cabrearme.

—Nikki... —La emoción tensa su voz.

—Dices que soy fuerte, pero eriges muros para protegerme.

—No...

—Y estás tan ocupado protegiéndome que ni siquiera estás a mi lado para apoyarme. —Las palabras salen de mi boca; la ira tras ellas me sorprende a mí tanto como a Damien—. He vuelto aquí porque te necesitaba. ¿Y tú te

habías marchado a perseguir alguna tontería secreta que ni siquiera me cuentas? No, lo siento, pero no. —Tomo aire—. Nos prometimos que no habría secretos, y me has repetido sin cesar que soy lo bastante fuerte para enfrentarme a toda la mierda que sigue amontonándose a nuestro alrededor. ¿Es que no eran más que pretextos y engaños?

—Sabes que no.

—¿Es por el bebé? ¿Ahora me ves diferente?

—Diferente no. —Se acerca a mí, y tengo que retroceder para mantener cierta distancia—. Más. —Lo tengo justo delante, tan cerca que puedo sentir la energía que emana—. Eres la madre de mi hijo, Nikki.

—¿Y eso me hace débil? ¿Te da derecho a ocultarme cosas?

—No... Dios mío, Nikki, no.

Se pasa los dedos por el pelo, pero luego se detiene y me agarra; parece más perdido de lo que jamás lo he visto. Me acerco a él, deseo con toda mi alma estar en sus brazos. Pero sé qué ocurrirá. Me perderé en su tacto. Me ahogaré en su abrazo. Y olvidaré mis miedos, mi ira y mis preocupaciones porque la conclusión es que sé que me ama.

Pero no quiero olvidar. No quiero que me mime.

Así que meneo la cabeza y levanto la barbilla. Lo miro con los ojos llenos de lágrimas.

—Una vez me hiciste una promesa, Damien. No más secretos. —Presiono las manos sobre mi vientre de forma protectora—. Y da igual lo que pienses, esto no debería cambiarlo.

Me seco las lágrimas mientras me marchó a toda prisa hacia el dormitorio. Espero que me siga, pero no lo hace y se me encogen las entrañas, esta vez por el miedo. Hay un abismo entre nosotros ahora mismo. Un enorme agujero lleno de incertidumbre y secretos que no sé cómo cruzar. Ni siquiera sé de dónde ha salido.

Pero sí lo sé. Y mientras aprieto la mano sobre mi bebé, empiezo a llorar con fuerza porque ¿cómo coño vamos a ser padres si ni siquiera podemos sobrellevar un embarazo?

Es una idea espantosa y aterradora cuyo peso me aplasta mientras me quedo ahí, tumbada, durante no sé cuánto tiempo, oyendo a Damien pasearse por la otra habitación y más tarde sus pasos acercarse cada vez más.

Se detiene delante de la puerta.

—¿Nikki? —me llama con voz suave—. ¿Cariño?

Mantengo los ojos cerrados y la respiración serena. Me dan ganas de levantar la cabeza y darme la vuelta para poder verlo, pero estoy perdida en ese espacio entre el sueño y la vigilia. Y lo cierto es que no quiero salir de ahí. Todavía no. Ni siquiera por Damien. Por eso mantengo los ojos cerrados y la respiración calmada.

Al cabo de un momento oigo sus pasos de nuevo, esta vez acercándose. Espero a que me bese o me acaricie el brazo, lo que sea para despertarme con cuidado. Pero en cambio se limita a coger la manta doblada a los pies de la cama y a cubrirme con ella. A continuación me acaricia el cabello con la mano antes de dar media vuelta en dirección a la puerta.

Durante un brevísimo instante estoy tentada de llamarlo para que vuelva. Pero las luces se apagan, la puerta se cierra con suavidad y me quedo sola en la oscuridad, con mis pensamientos y mis temores.

Cuando despierto por la mañana sigo encima de la colcha y debajo de la fina manta. Damien no está a mi lado y me sobreviene una horrible sensación de soledad. Siempre dormimos juntos, menos cuando uno de los dos está de viaje. Y detesto que lo que ahora nos separa sean los secretos y las mentiras. Sobre todo porque luchamos con todas nuestras fuerzas para iluminar las zonas grises entre nosotros antes de casarnos.

Aparto la manta y me incorporo; solo entonces reparo en la marca en la almohada junto a mí y en la manta de ganchillo doblada a los pies de la cama. Cierro los ojos, tratando de reprimir el llanto, que me digo que es fruto del subidón matutino de las hormonas, aunque sé bien que son lágrimas de alivio.

Mientras voy hasta la cocina, con ganas de un café, me acuerdo de que Damien mencionó una videoconferencia a primera hora esta mañana. Eso explica por qué se ha ido cuando ni siquiera son las siete.

Me ha dejado unos panecillos, pero eso no me parece nada apetecible. Abro la nevera y miro dentro, como si un alucinante desayuno de gourmet fuera a ir volando de los estantes al plato. Al ver que no sucede el milagro, abro el congelador con la esperanza de encontrar gofres congelados, y ahogo un grito de placer al ver las bolsas de barritas de chocolate y las cajas de galletas de menta que tengo delante.

Cojo una barrita y suspiro de placer. Amo de corazón a este hombre.

He retirado el envoltorio y estoy medio mordiendo, medio chupando la barrita de caramelo mientras salgo de la cocina para ver si Damien me ha dejado el periódico en la mesa de centro.

Pero lo que encuentro no es el periódico, sino al propio Damien. Está sentado en el sillón con unos pantalones de chándal y una andrajosa camiseta blanca. Y sentado en su regazo, comiendo ganchitos de queso de un cuenco morado, está nuestro sobrino Jeffery

En ese momento es como si el mundo entero se hubiera vuelto del revés. Antes no me costaba creer la teoría de que Damien podía ser padre. Pero ahora lo veo en la práctica. Me aprieto los labios con los dedos para reprimir otro aluvión de lágrimas.

Damien no ha reparado aún en mi presencia; tiene la cabeza gacha y hay papeles esparcidos por el sillón a su lado. En una mano tiene una hoja y está hablando en voz baja, como si repasara una lista de tareas para Jeffery.

En cuanto al niño, sin duda se lo está pasando en grande. Tiene la boca y los dedos de color naranja chillón. No deja de decir «le-le», que en el idioma de Jeffery significa «lee», y de agarrar el periódico con sus dedos manchados de ganchitos.

Damien se las arregla para mantener la hoja lejos de él, al menos hasta que levanta la vista, me ve y se queda inmóvil. Momento, desde luego, que Jeffery aprovecha para alcanzar el documento y empezar a mordisquearlo.

—Nikki —murmura Damien, rescatando con destreza el documento corporativo un tanto manchado—. Buenos días.

—Lo mismo digo.

Entro en la habitación y me siento en el otro extremo del sillón para no arrugar los documentos—. Parece que tenemos compañía esta mañana —

añado saludando con la mano a Jeffery, que me devuelve la sonrisa y grita: «¡Ni-Ni!».

—Stella tenía cita con el médico —explica Damien, refiriéndose a la niñera de Jeffery—. Sylvia se ha traído al bebé a trabajar con ella, pero le ha surgido un problema en el proyecto de Glendale del que tiene que ocuparse antes de que os marchéis las tres.

—Y no había nadie más en todo Stark International que pudiera cuidar de este hombrecito —bromeo.

—Puede que haya solicitado expresamente el trabajo —admite—. Para practicar un poco con el hijo de otro.

—Eso lo entiendo. —Pongo voz de bebé y me acerco para jugar al cucú y hacer reír a Jeffery. Un segundo después, miro de nuevo a Damien—. ¿Has dicho las tres? Al spa vamos cuatro.

Esta noche es el estreno de *El precio del rescate*, y Sylvia, Jane, Jamie y yo tenemos previsto ir al spa para peinarnos, maquillarnos y hacernos la manicura y la pedicura.

—Según Sylvia, a Jamie la prepara y emperifolla el estudio y después la llevan al teatro en una unidad móvil de la cadena.

—Por supuesto —digo, y aunque me decepciona no tener hoy a Jamie, estoy entusiasmada por ella—. Vamos a darle una exclusiva —le comunico a Damien—. Se me olvidó contártelo.

—¿Vamos a cortejar a la prensa? —bromea, y pongo los ojos en blanco.

—Sí, así soy yo. Cualquier cosa para salir en los tabloides.

Sobre la mesa de centro hay abierto uno de los folletos promocionales del estreno y la recaudación de fondos de esta noche. La Fundación Infantil Stark patrocina el pase de la película y la fiesta previa de la alfombra roja, que incluye un cóctel y mesas de comida, fotomatonos y una subasta silenciosa. Todo lo que se recaude irá destinado a financiar las becas de la fundación.

—Va a ser un evento magnífico —digo echando un vistazo al folleto y a los dulces rostros de algunos de los chicos más jóvenes a los que han ayudado. Sé cuánto significa la fundación para Damien, a cuánto renunció y cuánto ganó cuando hizo pública su propia historia de abusos. Deslizo el dedo por el rostro de una niña pequeña con unos preciosos ojos verdes y la sola idea de que alguien haga daño a esta pobre muchacha me revuelve el estómago.

Protejo mi vientre con las manos y al volverme hacia Damien encuentro sus ojos clavados en mí.

—Siento mucho lo de anoche —decimos ambos al mismo tiempo.

Nos echamos a reír, y aunque espero a que me diga qué me está ocultando, no lo hace. La decepción debe de reflejarse en mi rostro, porque se levanta, con Jeffery a la cadera, se acerca para sentarse frente a mí en la mesa y luego se inclina y me levanta la cabeza para darme un beso.

—No dejes de confiar en mí, Nikki. Todo lo que soy, todo lo que hago, es pensando en ti. En nosotros. —Pone su mano sobre la mía—. No hay un solo momento en que no piense en ti, y antes me destruiría que arriesgarme a hacerte daño.

—Lo sé, lo sé. Pero la confianza no es la panacea, como tampoco es una cortina tras la que esconderse.

—Tienes razón; no lo es. Pero no pretendo ocultarte cosas, te lo juro. Lo que pasa es que necesito tiempo.

Intento coger a Jeffery, que empieza a protestar, así que muevo la rodilla para que rebote sobre ella.

—¿Tiempo para qué? —exijo—. ¿De qué va esto? Es decir, ¿estás...? Ah. —Acerco a Jeffery más a mí—. Se trata de los mensajes de texto. —Me apoyo en el respaldo del sillón y dejo escapar un suspiro. Debería haberme dado cuenta anoche. Pues claro que estaba buscando respuestas—. Tendrías

que habérmelo dicho —alego—. ¿Qué has averiguado? ¿Quién es? ¿Es mi madre?

—No lo sé. Creía que... —Se interrumpe meneando la cabeza—. Aún no lo sé. —Se inclina hacia delante, pone una mano en mi rodilla y la otra en mi mejilla—. Pero voy a descubrirlo. Te lo prometo.

Inspiro hondo y asiento.

—Anoche fue horrible —confieso—. No me gusta cuando se abre un abismo entre nosotros.

—A mí tampoco, cielo. Pero siempre hay un puente.

—Estás muy tranquila para ser alguien con una película que se estrena dentro de solo unas horas —le digo a Jane, que está sentada entre Sylvia y yo. Tenemos los pies sumergidos en el agua caliente, las cabezas envueltas en toallas para cubrir el pringoso acondicionador y estamos preparadas para que nos hagan la pedicura.

—Solo es fachada —reconoce con una sonrisa que hace destacar sus increíbles pómulos—. De hecho, me parece que aún no lo he asimilado. Llevo tanto tiempo trabajando en el libro y en el guion que no puedo creer que la película esté por fin acabada. —Sus ojos castaños brillan mientras sonrío y se aparta de la cara un mechón de su oscuro cabello—. Pero es alucinante, ¿verdad?

—¿Estás de coña? —pregunta Sylvia—. Es increíble. —Alarga el brazo y le aprieta la mano—. Estoy contentísima por ti.

Me he hecho muy buena amiga de Jane, pero Sylvia la conoce mucho mejor porque su marido, Dallas, es uno de los inversores del resort de Cortez. Tanto Jane como Dallas proceden de antiguas familias adineradas y creo que es justo decir que han tenido la relación menos convencional y más polémica

que conozco. No cabe duda de que han recibido más atención por parte de la prensa que Damien, Jackson, Sylvia y yo juntos.

Pero por lo que sé, Jane y Dallas son muy felices, así que supongo que mereció la pena todo el calvario que han pasado.

—Siento que Jamie no esté aquí —continúa Jane—. Y sobre todo siento que ni Lyle ni yo podamos concederle una entrevista. El estudio nos ha pagado bien, pero el sueldo conlleva una serie de restricciones muy variopintas.

—Te prometo que ella lo entiende.

—Pero nos lo puedes compensar dándonos a Nikki y a mí una minientrevista ahora mismo —interviene Sylvia.

—¿Qué? ¿Sobre mí?

Sylvia hace un gesto de desdén.

—Oh, por favor. ¿Qué más queda por hablar con vosotras?

Jane ríe porque, como es natural, queda mucho. Y todo muy jugoso.

—No —prosigue Sylvia—. Háblanos de Lyle. Se lo guarda todo. Ni siquiera Nikki ha llegado a conocerlo de verdad. —Me mira—. Y eso que Damien y tú habéis cenado o tomado copas con él docenas de veces por temas relacionados con la fundación, ¿no es así?

Asiento. Lyle es el actual padrino famoso de la Fundación Infantil Stark y Sylvia tiene razón; me cae muy bien. Pero en realidad no lo conozco.

—Francamente, dudo que sepa mucho más de él que vosotras —se defiende Jane—. Es decir, no he estado tanto en el plató. Pero las veces que hemos coincidido, parecía hacer honor a su fama.

—¿Te refieres a la creencia popular de que es el chico bueno de Hollywood? —pregunta Sylvia.

—Pues sí —responde Jane, pero en sus palabras se percibe cierta reticencia.

—¿Pero? —insisto, y pienso que llevo demasiado tiempo juntándome con Jamie, porque aunque los cotilleos sobre famosos nunca han sido lo mío, aquí me tienes, convertida en el estereotipo viviente de una mimada mujer de Los Ángeles que chismorrea en el spa.

—Pero hay algo debajo de tanta amabilidad —reconoce Jane—. No sé qué es. Es que... Vosotras sabéis lo de mi infancia, ¿verdad?

Miro a Sylvia y ambas asentimos. Poco antes de que Jane y Dallas se casaran salió a la luz que los dos fueron secuestrados de niños. Lo que significa que el drama de mi infancia con mi madre no tiene ni punto de comparación.

—Sí, bueno, el resultado final es que no se me da bien confiar en los demás —confiesa—. Nunca se sabe cómo es la gente por dentro. Qué clase de monstruo podría esconderse debajo de la piel.

—¿No confías en Lyle? —pregunto, sorprendida de verdad.

—No, no. Lyle es genial. En serio. Pero soy bastante buena mirando en el interior de la gente.

—¿Y?

—Y encierra mucho más de lo que se ve a simple vista.

—Así que tiene secretos —murmura Sylvia.

Jane asiente.

—Creo que algo lo atormenta.

—Algo que quiere mantener en secreto —añade Sylvia, que suspira cuando la esteticista empieza a masajearle las pantorrillas—. No puedo culparlo por ello.

Yo pienso en mis propios secretos.

—Amén —digo.

Y luego las tres hacemos un brindis imaginario en honor a Lyle y a sus misterios. Por profundos y oscuros que sean, son suyos. Y espero que cuando

su cotización como estrella aumente después de esta película —que todo el mundo dice que será un taquillazo—, sus secretos sigan siendo suyos.

Una hora más tarde estamos todas acicaladas y listas. El coche de Jane se la ha llevado ya y Sylvia y yo estamos esperando a que lleguen nuestros chóferes.

—¿Y bien? —exige.

Yo parpadeo.

—¿Cómo?

—Secretos —susurra en el mismo tono que estoy segura de que utiliza con Ronnie—. He visto la expresión de tu cara cuando estábamos hablando con Jane. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondo.

—Mentir se te da fatal —replica.

Lo cierto es que en realidad se me da muy bien mentir. Me he pasado la vida poniéndome y quitándome un montón de máscaras. La Nikki sociable. La Nikki estudiante. La Nikki concursante de certámenes de belleza. Y como resultado soy experta ocultando mis sentimientos.

Lo que significa que Sylvia está a ver qué pesca... o que de verdad anhele alguien con quien hablar. En este caso, no cabe duda de que se trata de esto último, así que le explico mi temor a que Damien me esté ocultando cosas porque cree que me está protegiendo.

A Sylvia le salen unas arruguitas alrededor de los ojos al sonreír.

—Bueno, pues mi consejo es sencillo. Acéptalo.

Me echo a reír.

—¿En serio? ¿No se te ocurre nada mejor?

Ella se encoje de hombros.

—Sin duda es lo más simple. Vamos, Nikki. Siempre va a intentar protegerte. Y ahora estás embarazada. Eso significa que todo su ADN

masculino protector está en plena efervescencia. Y ambas sabemos que los hombres Stark recibieron una dosis doble al nacer.

Me rio, porque tiene toda la razón.

—Es muy irritante.

—No te lo discuto. Pero también muy tierno.

Le doy la razón de mala gana, aunque «tierno» e «irritante» suelen entremezclarse.

—Limítate a asumirlo —prosigue, leyendo sin duda mi expresión—. Y, por cierto, deberías pasarte por mi casa este fin de semana. Tengo todo el armario lleno de cosas que se le han quedado pequeñas a Jeffery o con las que ya no juega. Podemos echarles un vistazo y ver qué quieres.

—Perfecto —respondo cuando llega mi coche—. A lo mejor te acompaño a tu casa después de la comida del domingo.

Quedamos en eso y me acomodo en el asiento trasero para el trayecto de Beverly Hills a Malibú. Me siento relajada, mimada y culpable por haberme pasado un día entero sin pensar siquiera en el trabajo.

Como mínimo puedo revisar mis emails. Saco mi nuevo teléfono móvil, que he encontrado en la encimera del baño esta mañana, esperándome como si tal cosa, gracias a mi maravilloso e increíblemente protector marido, tal como Sylvia ha dicho.

Abro el correo y sonrío de nuevo porque no solo ha reemplazado mi móvil a la velocidad de la luz, sino que además me ha instalado mis cuentas de correo.

Abro la aplicación de mensajería y le mando un mensaje rápido para darle las gracias.

Su respuesta es veloz y concisa:

Haría lo que fuera por ti.

Lo sé. Te he echado de menos hoy.

Me entretengo contando los segundos que pasan hasta que responde. Solo siete.

Yo más. Estoy en casa. La limusina viene a las cinco. ¿Cuánto tiempo necesitas para vestirme?

Miro la hora Aún no son las tres.

Menos de dos horas —escribo—. Si tienes alguna idea de cómo matar el tiempo...

Su respuesta me hace sonreír.

Tengo muchas ideas. Di a tu chófer que se dé prisa. Y, entretanto, imagínate a mí, tocándote.

Río mientras envío un último mensaje.

Siempre lo hago.

Vuelvo a abrir el correo y entonces me fijo en un nuevo mensaje de «tuqueridomarido» procedente de un servidor que no conozco. Frunzo los labios con regocijo preguntándome qué trama ahora Damien.

Pero cuando lo abro y veo lo que ha enviado esta vez se me congela la sonrisa en la cara y el mensaje me provoca náuseas.

¿De verdad piensas que puedes tener ambas cosas?

Debajo de las palabras hay una foto de Sofia, con la cabeza sobre el

hombro de Damien.

Y no solo una foto, sino varias. Y en cada una de ellas están justo delante del hotel Pearl de Santa Bárbara.

Cuando llego a casa las lágrimas me han arruinado por completo el recién aplicado maquillaje y estoy furiosa, dolida, y tengo las hormonas revolucionadas. Pido al chófer que espere y luego me apresuro hasta la puerta principal e introduzco el código de entrada.

La cerradura se abre y empujo la puerta, impaciente por entrar y coger mis cosas para el estreno de esta noche. Estoy tan herida, trastornada y alterada que lo único que deseo es salir de aquí. Porque veo acercarse una fuerte pelea y no puedo lidiar con eso ahora mismo.

No creo la insinuación del correo electrónico de que Damien me está engañando —francamente, no me imagino un mundo en el que pueda creer que me ha engañado—, pero me ha ocultado un secreto enorme e hiriente. Y no solo me lo ha ocultado, sino que me mintió cuando le pregunté por qué había ido a Santa Bárbara. Me ha mentido acerca de Sofia.

«Sofia.»

La mujer que intentó llevarse a Damien. Que quiso destruirme. Y, si soy sincera, que casi lo consiguió.

Así que necesito tiempo. Para ordenar mis pensamientos. Para tranquilizar mis alteradas hormonas. Para descubrir qué voy a decirle.

Sobre todo, para detener esta explosión que se está formando dentro de mí

antes de descargarla sobre él y destruir por completo una velada que tanto significa para muchos de mis amigos.

En todo caso, ese es mi plan, pero en cuanto entro en la casa me detengo al ver lo que tengo ante mí; cientos de pétalos de rosas rojas y rosas esparcidos por el suelo de la entrada y que suben por la enorme escalera.

Se me forma un nudo en la garganta, y aunque cuesta creer que me queden más lágrimas por derramar, el tibio líquido corre por mis mejillas cuando parpadeo. Saboreo la sal de mis lágrimas al tomar una entrecortada bocanada de aire. Esto es lo que quiero. Ternura, amor y pasión. No secretos, engaños y mentiras.

Trago con fuerza mientras miro a mi alrededor, contemplando el romántico entorno que ha creado con los pétalos y la suave luz de las velas. Mi determinación flaquea por un momento y pienso que tengo que apresurarme y buscarlo.

Pero entonces me acuerdo de las fotos de mi móvil. ¿Un «problema» laboral? Me carcajeo mentalmente de la explicación de Damien sobre por qué había ido a Santa Bárbara. Sofía es muchas cosas, pero desde luego no es un problema laboral.

El empalagoso olor a rosas me rodea mientras aplasto los pétalos bajo mis manoleínas con las prisas por subir los escalones. Arrugo la nariz, luchando contra las náuseas, y me obligo a centrarme en coger mis cosas y salir de allí a toda prisa.

Espero ver a Damien en el tercer piso, que es donde pasamos casi todo el tiempo, pero no está ahí y me doy cuenta de que es probable que se encuentre en la caseta junto a la piscina, esperando con zumo de fruta helado a que yo lo encuentre.

Normalmente me sentiría tentada.

Hoy doy gracias a que puedo entrar y salir. No estoy lista para una pelea;

mis heridas están demasiado tiernas. Lo único que quiero en realidad es buscar un lugar en el que esconderme y hacerme un ovillo hasta que pueda reunir fuerzas para ajustar cuentas con mi marido.

De no ser por el estreno de esta noche, ahora mismo estaría encerrada en algún motel de carretera. Pero no pienso perderme la película de Jane ni la recaudación de fondos. La fundación es demasiado importante para mí, y vital para todos esos niños.

Así que ahí estaré. Y con un poco de suerte me habré recompuesto antes de salir de la limusina a esa alfombra roja.

Tengo un armario enorme, más o menos del tamaño de mi antiguo dormitorio en el apartamento de Jamie, y una pared está dedicada por entero a los vestidos de fiesta. Es irónico, teniendo en cuenta que una vez que me aparté de la vida de los concursos juré que no quería volver a ver una sola lentejuela más. Pero de alguna forma no resulta doloroso arreglarte cuando vas del brazo de alguien a quien amas, y mientras echo un vistazo a mis vestidos, siento una pequeña punzada en el corazón.

Quiero a Damien aquí, de veras.

Lo que ocurre es que aún no estoy preparada para enfrentarme a él.

El vestido que he elegido para esta noche está colgado dentro de su funda protectora de plástico para evitar cualquier pequeño daño. Utilizo una escalera de tipo biblioteca para coger mi portatrajes de un estante superior y luego pongo dentro el vestido. Cierro la cremallera y doblo la funda para llevarla como una maleta. Hay un bolsillo exterior donde colocar el calzado, y busco las sandalias negras de tacón de aguja que elegí para la velada. Las guardo y cojo mi maletín de viaje con los cosméticos, porque voy a tener que hacer algunos arreglos antes de estar lista para las fotos.

Por último, abro la caja fuerte de las joyas y saco la tobillera de platino y esmeraldas que Damien me regaló cuando empezamos a salir. Quedará oculta

por el vestido, pero eso no importa. Me la he puesto en cada evento al que hemos asistido juntos y no voy a dejar de hacerlo esta noche.

La coloco en su estuche sobre la isla de granito del centro del vestidor y luego pienso en cómo transportarla mejor. Sé que estoy dándole demasiadas vueltas; no es que vaya a perderla de aquí al coche y de ahí al hotel, pero no puedo evitar cierta paranoia. Casi seguro que cuesta más que el Air Force One, por no hablar de su valor sentimental.

Dado que me he olvidado el bolso en el coche, decido guardarla en el bolsillo exterior con cremallera del portatrajes. Estoy a punto de hacerlo cuando me doy cuenta de que no estoy sola. Me doy la vuelta... y ahí está él.

—¿Qué coño pasa, Nikki?

Está de pie en la entrada de mi vestidor, con unas bermudas y una camiseta blanca con botones que acentúa su bronceado. Hace un par de años que ha empezado a jugar de nuevo al tenis y es todo músculos y tendones, de modo que la tela de la camiseta se ciñe a sus anchos hombros y sus poderosos brazos.

—Te veré en el estreno —mascullo. Desearía no tener ganas de tocarlo—. He pedido mi propia limusina.

Es cierto; de camino desde el spa he pedido a mi chófer que contactara con la empresa para que se ocupara de todo.

Damien ladea la cabeza solo un poco, como si yo fuera un rompecabezas que no puede resolver.

—De acuerdo —dice despacio—. ¿Adónde vas mientras tanto?

—No lo sé. —Me cuelgo el asa del portatrajes al hombro y agarro el maletín de cosméticos con ambas manos, sujetándolo con tanta fuerza que no me cabe duda de que los nudillos se me han puesto blancos—. A un hotel. A casa de Sylvia. Ya veré.

En sus ojos solo veo una pregunta. Aparte de eso, su expresión es pétrea;

no revela nada. Tengo que combatir las repentinas ganas de abofetearlo. Poseo muchas máscaras que mostrar al mundo y Damien siempre ha sido capaz de ver más allá de ellas. Y sin embargo ahí está, sin desvelar nada cuando me encuentro delante de él, sangrando y rota por dentro.

—¡Hijo de puta! —grito, superada de pronto por todo—. ¡Maldito hijo de puta!

—¡Nikki...!

—No. —Levanto una mano para detenerlo—. ¿Qué confíe en ti? —digo—. Esta mañana, mientras me pedías que confiara en ti, tenías los dedos sobre un detonador nuclear.

—¿De qué estás halando?

—Sofía. Tú. Santa Bárbara. ¿Te suena de algo?

En su rostro puedo ver que le suena mucho.

—¡Joder! —exclamo. Durante un momento he albergado la estúpida esperanza de estar equivocada. Así que agarró el maletín con más fuerza—. Llámame cuando aprendas que confiar no significa guardar secretos cuando te conviene, ¿vale? Creía que habíamos superado esto, Damien. Creía...

Pero no puedo terminar. Ni siquiera sé qué pensaba. ¿Que todo era perfecto? ¿Que todos los baches que plagaron nuestra relación al principio habían desaparecido? ¿Que traeríamos un hijo a una familia sin dramas, secretos ni esqueletos escondidos en los armarios?

No lo sé. No me importa. Solo sé que necesito marcharme, así que doy media vuelta y huyo de Damien sin tener ni idea de adónde voy o qué haré cuando llegue allí.

Hablaba en serio cuando le he dicho a Damien que no sabía adónde iba. Pero ahora que estoy en la parte trasera del coche, recorriendo las sinuosas

carreteras de Malibú de camino a la autopista de la costa, imagino que necesito un plan. Y dado que Jamie ha sido siempre la primera y la mejor persona a la que acudir en caso de emergencias vinculadas a mi relación, marco su número en el acto.

—¡Hola! —me saluda al primer tono—. Adivina dónde estoy... En una silla en maquillaje. ¿A que es guay?

—Muy guay —reconozco. Luego contengo la vergüenza; he estado tan enfrascada en mi propio drama que he olvidado que hoy es el gran día de Jamie. Es evidente que soy la peor amiga del mundo.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Nada —respondo con tono animado—. Solo llamaba para desearte buena suerte.

—Ah, venga ya —replica—. ¿Quién necesita suerte cuanto se tiene mi talento?

Contengo una carcajada.

—No te lo puedo discutir. Te quiero, James.

—Lo mismo digo, Nicholas. Te veo en la alfombra roja.

—Desde luego —digo, y termino la llamada con un suspiro.

Entonces ¿adónde coño voy ahora?

Estoy a punto de inclinarme hacia delante para decir al chófer que se dirija hacia la casa de Sylvia en Pacific Palisades cuando me doy cuenta de que hay otro lugar en el que preferiría estar. Porque lo cierto es que ahora mismo quiero un buen abrazo maternal. Y dado que, por mucho que desee otra cosa, estoy segura de que no lo voy a conseguir de mi propia madre, le digo al conductor que ponga rumbo a la casa de Evelyn en la playa de Malibú.

Cinco minutos después estoy de pie en su pequeño porche, con mi portatrajes en la mano, esperando con toda mi alma que esté en casa. Estoy a

punto de lamentar no haber llamado antes cuando oigo pasos y después la veo mirar por la mirilla.

La puerta se abre de inmediato y ahí está ella, en toda su gloria, apremiándome para entrar en la casa.

—Pero bueno, Texas, eres una caja de sorpresas. —Me coge las bolsas y despide el coche antes de cerrar la puerta—. Déjame adivinar. ¿Problemas en el paraíso?

Me dispongo a responder, pero en vez de eso empiezo a llorar. Evelyn me envuelve en un abrazo maternal y me aferro a ella. Me siento perdida, encontrada y mortificada a un mismo tiempo.

Me aparto cuando soy capaz de respirar con normalidad otra vez y esbozo una sonrisa irónica.

—No debería haberme molestado en ir al spa esta mañana. Voy a tener que maquillarme de nuevo.

—No me queda más remedio que darte la razón, a menos que quieras asistir al estreno con pinta de mapache.

Me echo a reír y la última de mis lágrimas se seca. Por eso la quiero. Evelyn Dodge es descarada, atrevida y dice lo que piensa. Es un soplo de aire fresco en esta ciudad y una de las primeras amigas que hice cuando me mudé aquí.

Lleva toda la vida en el negocio y era la agente de Damien cuando estaba en el circuito de tenis. Ha desempeñado cada trabajo de la industria, se retiró durante unos cinco minutos y ahora vuelve a ser representante. De hecho, representa a Jamie. Y, a menos que me equivoque, también representa a Lyle Tarpin.

—Sí —reconoce cuando se lo pregunto—. De hecho, voy a ser su pareja para la velada.

—¿De veras? —La pareja habitual de Evelyn es su joven novio y

compañero Blaine, si bien últimamente ha pasado mucho tiempo de gira con sus cuadros. Pero lo que no entiendo es por qué Lyle va con su agente y no con una prometedor actriz. Sin embargo, ya he tenido suficientes cotilleos por hoy, así que no me molesto en preguntar—. Entonces supongo que no quieres compartir mi limusina —digo en cambio—. Pero ¿te parece bien que me quede aquí hasta que llegue la hora?

—Estaré encantada de disfrutar de tu compañía. Además, dentro de media hora viene una chica a peinarme y maquillarme. Estoy segura de que puede hacerte un hueco también a ti. A estas alturas solo hay que hacer un control de daños —dice. Resoplo con fuerza. Calculo que Evelyn tiene cincuenta y tantos años, pero está realmente impresionante y así se lo hago saber—. Y esa es otra razón por la que me caes bien, Texas. —Mira mi equipaje—. Deja eso ahí y sígueme. Prepararé un zumo para ti y algo más sustancioso para mí. Y luego nos sentaremos en la terraza e intercambiaremos historias lacrimógenas hasta que llegue la hora de peinarnos y maquillarnos. Bueno, ¿cómo estás?

—¿Físicamente? Ahora me siento bien. Las náuseas van y vienen. —El otro día, cuando la llamé para invitarla a comer el domingo, le conté por teléfono que estoy embarazada, pero todavía no nos habíamos visto en persona—. A nivel emocional, estoy un poco indispuesta.

—Le pondremos remedio —dice, y la sigo a la cocina, agradecida como un cachorrillo.

Menos de cinco minutos después estamos en su terraza con vistas al Pacífico. Me ha servido un vaso de sidra burbujeante y unas galletas de mantequilla mientras ella se toma un whisky y se lleva a los labios un cigarrillo apagado.

—Podría buscar el encendedor, pero como estás embarazada al menos voy a fingir que tengo modales.

—Gracias. —Me esfuerzo en no sonreír—. Me alegro de haber venido.

Muchísimas gracias por no darme una patada.

—Oh, venga ya. Las penas compartidas son menos duras.

Frunzo el ceño y recuerdo su anterior comentario sobre las «historias lacrimógenas».

—¿Blaine y tú estáis bien?

Evelyn bebe un buen trago de whisky y se llena el vaso de nuevo, esta vez sin hielo.

—Bueno, las cosas no están muertas. Digamos que tienen respiración asistida.

—Siento mucho oír eso.

Conocí a Evelyn en esta misma casa cuando organizó una exposición para Blaine, un artista con gran talento y cuya obra tiene sin duda una vertiente erótica. De hecho, Blaine fue el artista que Damien contrató para que pintara mi desnudo. Así que es justo decir que siento una especie de conexión personal con Blaine y Evelyn.

—Es un buen hombre. Y tiene talento. Pero llevamos una temporada viviendo en mundos diferentes. No es la edad... Bueno, puede que en parte sea la edad. Él apenas tiene treinta años y yo ya he pasado el medio siglo. Quiere salir al mundo y labrarse una reputación. Yo ya tengo mi vida hecha. Ahora quiero sentarme en mi castillo y jugar en el mundo que he construido. No estoy aflojando el ritmo..., bueno, puede que un poco, pero estoy jugando más cerca de casa.

—Lo siento —digo.

Ella meneaba la cabeza.

—No, no hay ninguna malicia. Solo tristeza. Suele haberla en los cambios. Así que... —prosigue apagando el cigarro sin encender en la mesa— muchos cambios para ti, ¿eh, Texas?

—Damien y yo estamos bien —respondo de forma automática y forzada.

Evelyn se echa a reír.

—No lo estáis, o no estarías conmigo antes de un estreno. Pero se puede no estar bien sin necesidad de que el mundo se derrumbe.

Frunzo el ceño.

—Parece que el mundo se esté derrumbando —reconozco mientras las lágrimas fluyen de nuevo.

—Ay, por Dios, Texas, no pasa nada. Lloro todo lo que quieras ahora, antes de que volvamos a dejarte como una estrella de cine.

—Estoy bien. Solo son las hormonas —alego. Y luego digo—: No. No son las hormonas. Es Sofia.

—Vaya. —Evelyn abre los ojos desmesuradamente y se apoya en el respaldo de su silla—. Vaya —repite.

Dos cosas me quedan claras. La primera es que no lo sabía. Y la segunda es que esto es muy inesperado. Porque sorprender a Evelyn Dodge no es nada fácil.

—Así que no sabías que había vuelto.

—¿Vuelto? —repite—. Espera un momento, Texas. Tienes que empezar por el principio.

Evelyn ya conoce el pasado de Damien y lo que ocurrió entre Sofia y él. Estuvo presente durante los años malos en que Damien jugaba al tenis y el abusador de su entrenador los obligaba a Sofia y a él a hacer cosas repugnantes los dos juntos, a menudo con una cámara cerca. Y Evelyn estuvo ahí después, cuando Sofia volvió con las fotografías, amenazando con divulgarlas si no me alejaba de Damien.

A juzgar por los informes, Sofia ni siquiera recuerda mucho de aquella época porque se encontraba en un estado disociativo. Pero por lo que a mí respecta, nada de eso hace que sea más fácil. Y cuando le cuento a Evelyn

que Damien fue a verla sin decírmelo, y que después me mintió a la cara, asiente y me asegura que me comprende.

—¿Sabías que había vuelto? —pregunto.

—Sabía que le estaba yendo bien —responde Evelyn—. No que había vuelto a Estados Unidos.

—Damien debería habérmelo dicho. Sobre todo porque he estado recibiendo mensajes de un acosador o acosadora. —Le paso mi teléfono para enseñarle el correo que he recibido hoy y luego le recito los otros tres— Y, por Dios, ¿quién me ha acosado en el pasado? —le recuerdo.

—Estoy segura de que Damien pensaba lo mismo. Es probable que tenga la esperanza de que no sea ella. De hecho, puede que crea que no ha sido ella. Por lo que me contó Charles, Sofía está muy bien. No se aferra al pasado. Ni tampoco se aferra a Damien.

—No me lo creo —respondo de forma automática.

—Damien también sabría eso —aduce con sabiduría—. Y puede que él tampoco lo crea. Puede que por eso haya esperado para contártelo, y que por eso haya ido primero a verla. Porque quería tantear el terreno.

Trago saliva. Quizá tenga razón, pero no quiero reconocerlo.

—No lo sé. —Me vuelvo para contemplar el océano y las olas que rompen en la costa. Hay una niña de unos tres años chapoteando en la orilla mientras su madre la persigue, riendo. Suspiro y poso la mano con suavidad sobre mi vientre—. No lo sé —repito—. Es posible.

Evelyn alarga la mano y coge la mía.

—¿Te gustaría venir con Lyle y conmigo en nuestra limusina?

Niego con la cabeza.

—No pienso fastidiarte tu cita.

—Oh, venga ya. Ese chico es mi segunda opción, y con eso no quiero decir que Blaine sea la primera —añade, obviamente leyendo mi expresión.

—De acuerdo. Morderé el anzuelo. ¿Quién era la primera, Evelyn?

—Digamos tan solo que no podía acompañarme. Está fuera del país, de viaje. —Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa—. Creo que ahora mismo está en Irlanda.

Estoy a punto de preguntar, con los ojos como platos, cuando Evelyn levanta la mano para interrumpirme. No sé si me está pidiendo que me calle o si su mente ha cambiado de tema; sea como sea, da igual. Prefiero saborear la idea de que Evelyn y mi padre estén juntos.

La posibilidad sigue haciéndome gracia, pero se me borra la sonrisa cuando me pregunta:

—¿Quieres llamar a Damien para decirle que estás aquí?

—No. —He oído todo lo que ella me ha dicho y sé que tiene lógica. Pero eso es algo que compete a la razón. El corazón todavía me duele—. Además, estamos hablando de Damien —añado, y pienso en mi teléfono nuevo—. Si quiere venir a por mí, no me cabe duda de que sabe bien dónde estoy.

—Bueno, seguro que tienes razón en eso —reconoce con una carcajada.

Charlamos un rato más, hasta que llega la chica para peinarnos y maquillarnos. Dejo que me retoque el maquillaje y luego me visto mientras se ocupa de Evelyn. Estoy a punto de ponerme las sandalias cuando me doy cuenta de que no tengo la tobillera; me distraje cuando Damien entró en el vestidor.

Cierro los ojos y maldigo por lo bajo, porque detesto la idea de no sentirla sobre mi piel.

Cuando la asistente de Evelyn acude al vestidor para anunciar que ha llegado mi limusina, giro sobre mí misma para mostrar el resultado y consigo su entusiasta aprobación antes de que le prometa que la veré en el evento. Después voy corriendo a la puerta principal, donde me espera el chófer. Me paro en seco al verlo.

—¿Edward? Pensaba que tú llevarías a Damien.

Parece un poco avergonzado.

—Vi el mensaje con el aviso, señora Stark.

—Ah. En fin, gracias.

De todos los conductores que trabajan para la flota de Stark International, Edward es mi preferido, pero suele ser el chófer personal de Damien. Por lo general, le aconsejaría que no dejase a su jefe con otro chófer sin su previa aprobación, pero estoy segura de que él sabe tan bien como yo que, siendo yo la alternativa, Damien no va a poner ninguna objeción.

La idea hace que me sienta un poco engreída, como si hubiera ganado puntos en algún tipo de competición marital.

Esa sensación me dura tan solo hasta que me subo a la limusina... y pierdo todos mis puntos. Porque ahí, en el asiento, tendiéndome la mano, está Damien.

Me quedo paralizada, sin saber si estoy furiosa o aliviada de verlo.

—Joder, Damien. Quería... Yo solo...

Se acerca a mí y se agacha en la limusina mientras me conduce al asiento junto al suyo.

—Estás sufriendo —susurra con ternura—. ¿Cuándo me he apartado si sé que estás sufriendo?

Esbozo una débil sonrisa.

—Pero eres tú quien me ha hecho sufrir.

Él se encorva, pero no aparta la mirada de mí.

—Oh, cielo, ya lo sé.

—Deberías habérmelo contado.

—Iba a hacerlo. El día que vi el mensaje de texto en tu tableta. Pero en cuanto lo vi, en cuanto me hablaste de los otros, sabía que tenía que... —
Cierra los ojos, como si se protegiera de un pensamiento espantoso.

—Pensaste que podía ser ella —termino por él—. Fuiste a Santa Bárbara a verla. A averiguar si los había enviado ella.

—A asegurarme de que no lo había hecho —aclara.

—¿Y bien? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta. Si Damien creyera por un segundo que ella había enviado esos horribles mensajes, la habría mandado de vuelta a Reino Unido antes de que tuviera tiempo de respirar otra vez—. ¿Por qué está aquí? En California, quiero decir.

—Por ti —responde, y me coge de las manos, como si quisiera evitar que salga corriendo.

—¿Por mí?

—Quiere verte. De hecho, quiere disculparse contigo.

—Yo no...

—Es eso de los doce pasos.

Asiento despacio, mientras lo asimilo.

—¿Sabías lo que quería antes de ir a verla?

Damien asiente.

—A grandes rasgos. Charles me dijo que ella quería verme. Ha estado trabajando con el juzgado y la institución, ocupándose de los detalles de su viaje y manteniéndome informado —explica. Recuerdo cuando la internaron. Damien pidió a Charles que continuara representándola. Siguió pagando las facturas, pero necesitaba ese parachoques—. Charles la vio primero —prosigue—. Me dijo que coincidía con los médicos en que estaba mejor y que seguir ese programa de los doce pasos la ayudaría a cimentar todo el trabajo que había hecho. Para mí tenía lógica y quiero ayudarla a que se recupere, así que fui a verla en persona.

—Deberías habérmelo contado.

Damien se aparta, pero no me suelta la mano.

—¿Debería? No lo sé. Lo pensé y, con sinceridad, si no hubiera sido por el

bebé, te lo habría contado en el acto.

—¿Lo habrías hecho? Yo no estoy tan segura.

Damien suspira y se pasa los dedos por el pelo.

—Joder, Nikki, es fácil decirlo a posteriori. Pero puedo decirte con total sinceridad que intentaba protegerte. No de Sofia, no creo que quiera hacerte daño, sino de algo que sabía que te destrozaría a nivel emocional. Así que decidí que primero debía hablar con ella. Fue entonces cuando me dijo que también quería hablar contigo.

—Deberías haberlo hecho —insisto, convencida—. Deberías haberme contado que estaba en California. Que ibas a ir a verla.

—Es complicado, cielo. Ella es de mi familia. Sabes que eso lo hace más difícil.

—Gilipolleces. —Me zafo de su mano y me aparto—. No es de la familia. Y no es nada complicado, joder.

—Cada uno decide lo que es la familia, deberías saberlo.

—Sí, lo sé. Y ella nos trató como a la mierda. —Presiono con la mano la cicatriz de mi muslo, bien escondida bajo la capa de seda y lentejuelas—. Intentó provocarme para que me autolesionara.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que eso no me atormenta? Pero yo sobreviví a mi infancia en gran parte gracias a ella. Sofia no es tan fuerte como tú, cielo, y estaba enferma. Has leído los documentos judiciales originales. Los informes médicos.

—Y ahora dices que está mejor. —Un pesado miedo se aferra a mí. Quiero que esté mejor, porque ella es importante para Damien. Pero me da mucho miedo que se equivoque. Además, no quiero que Damien sufra de nuevo—. ¿Cómo coño puedes estar seguro?

—Lo estoy —asevera—. Y también sus médicos.

Levanto la cabeza y parpadeo, porque no quiero llorar de nuevo. No

después de haberme arreglado el maquillaje por segunda vez.

—La quieres.

Veo el dolor en sus ojos.

—Sabes que sí. Es como una hermana.

Asiento despacio mientras organizo mis pensamientos.

—Te alejaste de ella por mí. No en el aspecto económico, en ese sentido te sigues ocupando de ella. Pero sí a nivel emocional. Te distanciaste.

—Por supuesto. Después de lo que hizo, por supuesto que sí. —Y ahora quieres traerla otra vez a nuestra vida.

—Ha pasado el tiempo y las cosas han cambiado. Ella ha cambiado.

—Pero ¿y si no lo ha hecho? Damien, vamos a tener un hijo.

Él me mira como si lo hubiera abofeteado.

—Sofía jamás haría daño...

—Eso no lo sabes.

Mi voz se torna aguda.

Damien toma aire; parece destrozado.

—Nunca os pondría en peligro ni al bebé ni a ti. Jamás. Y si me pides que me despida de ella para siempre, lo haré. Pero no busca formar parte de nuestra vida ni de la del bebé. Solo quiere verte. Para disculparse y pasar página. —Su voz destila una franqueza que raras veces percibo. Una vulnerabilidad que estoy segura de que solo yo he visto—. Sé que la he cagado —prosigue—. Sé que te he hecho daño. Y que es demasiado pedirte que confíes en mí, pero...

Me abalanzo sobre él y me apodero de sus labios para darle un beso. Necesito la conexión. Y, sí, también necesito que deje de hablar.

Sus dedos se enroscan en mi cabello y el beso se hace más profundo. Es salvaje. Brusco. Nuestros dientes chocan, nuestras lenguas luchan y me cuesta respirar cuando me aparto.

—Nikki —empieza, pero presiono sus labios con un dedo y meneo la cabeza.

—Confío en ti —susurro—. Pero me has hecho daño.

—Lo sé. Cielo, lo sé. Y lo siento. Lo siento muchísimo.

Asiento con furia, parpadeando de nuevo porque esas puñeteras lágrimas están empeñadas en hacer acto de presencia una vez más.

—Confío en ti —repito, obligando a las palabras a salir a pesar del nudo que me atenaza la garganta—. Pero estoy asustada.

—No tienes por qué estarlo. —Me acaricia el pelo sin dejar de mirarme a los ojos—. No hay nada que temer.

No discuto, aunque no estoy segura. Y no sé si estoy siendo obstinada o si él está ciego. Quizá un poco de ambas cosas. Pero es Damien y, al final, confío en él de verdad.

—De acuerdo —acepto, y le cojo una mano—. Si quieres que lo haga, iré a verla.

Damien no dice nada, tan solo inclina despacio la cabeza. Pero basta con eso. Sé que entiende cuánto me va a costar hacerlo. Y también comprende que acepto solo por él. Porque lo quiero.

Supongo que en última instancia esa es razón suficiente.

—Estás preciosa —me dice—. Muy elegante. También me gusta tu lápiz de labios. —Es un tono rojo intenso, distinto de mi color habitual. Sonrío despacio—. Labios rojos y ojos azules. Eres como una llama viviente.

—Pero no ardo. —Me río—. Bueno, puede que un poco —reconozco. Me acaricia el hombro desnudo con las yemas de los dedos y desciende a lo largo del escote para dibujar la curva de mi pecho, lo que provoca que se me acelere el pulso y que todo mi cuerpo se estremezca de deseo—. Damien —susurro, y veo la respuesta en la sonrisa de sus labios.

—Chist. —Su mano continúa bajando, se desliza por la suave tela y hace

que me muerda el labio para reprimir un gemido. Luego desciende todavía más, hasta que sus dedos llegan a la parte superior de la abertura que deja al descubierto mi muslo—. Qué interesante.

—Damien —murmuro.

Estoy muy húmeda y anhelo con todas mis fuerzas un contacto más íntimo. Ansío que sus dedos suban y se hundan en mí.

—Me encanta el tacto de tu piel —susurra mientras me acaricia el muslo desde la abertura hasta la rodilla y sube de nuevo, tocándome solo lo que el vestido deja a la vista.

Dejo escapar un gemido.

Damien esboza una sonrisa torcida.

—Casi hemos llegado al teatro.

Cambio de posición sobre el asiento y separo las piernas, con el cuerpo vibrando de deseo.

—Me da igual.

Clava en mí la mirada de sus ojos de dos colores. El deseo arde en su ojo ámbar, pero es la pasión que reflejan las profundidades del ojo negro lo que hace que mi sexo se contraiga.

Se acerca muy despacio, se aproxima a mí en el asiento y se inclina para poder ahuecar una mano sobre mi nuca y regalarme delicados besos en el cuello mientras su otra mano asciende por debajo de mi vestido.

La abertura es exagerada, así que no puede ir muy lejos, y cierro los ojos, perdida en las sensaciones de su boca sobre mi cuello, sobre mi oreja. Sus dedos se deslizan con suma delicadeza por la piel entre mis muslos, acercándose a donde quiero sentirlos pero sin llegar, de forma que en vez de aliviar el desenfrenado deseo que arde dentro de mí, lo avivan.

—Dime lo que deseas, Wikki —ordena apartándose de mi cuello.

—Quiero que me toques.

—No —dice con voz imperiosa—. Dime qué quieres.

Jadeo cuando sus dedos recorren la parte superior de mi tanga y pasan por encima de mi pubis, provocándome sin piedad. Noto el cambio en la limusina cuando abandonamos la autopista y me muerdo el labio inferior. Estamos cerca. Debería decirle que quiero que pare. Que no hay tiempo y que podemos terminar más tarde.

—Quiero tus dedos dentro de mí —le pido en cambio—. Quiero que hagas que me corra.

—Me gusta esa respuesta —aduce, y desliza el dedo por el minúsculo triángulo de mi tanga en busca de la tira que en realidad no cubre nada.

Inspiro cuando la aparta y toca mi piel resbaladiza mientras me retuerzo contra él, separando aún más las piernas.

—Eso es, cielo —murmura cuando su pulgar encuentra mi clítoris y una intensa descarga eléctrica me hace jadear, anunciando lo que está por venir.

Luego me penetra con los dedos; dos, tres, no sabría decirlo, pero la sensación de estar colmada es abrumadora. Ansío más; deseo su polla, la presión de su cuerpo encima del mío mientras se hunde en mí hasta el fondo, pero no hay tiempo para eso y me limito a restregarme con total descaro contra su mano mientras con el pulgar sigue acariciándome el clítoris.

—Veo la cola —dice, refiriéndose a la hilera de limusinas que forma parte indiscutible de este tipo de eventos—. Córrete para mí —exige—. Eso es, cielo —susurra mientras aumenta la presión sobre mi clítoris.

La sorpresa hace que las descargas eléctricas se concentren entre mis piernas y crezcan más y más, hasta que estallo por fin con toda la fuerza de una supernova.

Me estremezco, resuello y me aferro a los hombros de Damien mientras intento retornar a la realidad. Su boca se apodera de la mía, y apenas soy consciente de que me está colocando el tanga y alisándome el vestido.

—Te quiero —murmura mientras se aparta.

Sonrío.

—Lo sé.

Con una sonrisa pícaro, vuelve a recorrer mi muslo, solo que esta vez en dirección contraria. Se detiene en mi tobillo, hoy hinchado por el embarazo.

—Falta algo.

Empiezo a explicarle que me lo he dejado sin querer en casa cuando introduce la mano en la chaqueta del traje y saca el delgado estuche del bolsillo interior. Lo abre y la tobillera brilla bajo la tenue luz del vehículo.

Sonrío, aliviada de tenerlo aquí.

—¿Me lo pones?

Damien se inclina para hacerlo, pero no consigue que cierre. Tengo el tobillo tan hinchado que falta medio centímetro para que abroche.

—No me vale —me lamento, señalando lo evidente como una boba.

—No pasa nada. —Lo devuelve a su estuche y después al bolsillo interior —. Yo lo guardaré.

Asiento, pero solo por guardar las formas, y me vuelvo para fingir que contemplo la multitud que se alinea a lo largo de Hollywood Boulevard, delante del teatro Chino.

Pero en realidad trato de reprimir las lágrimas otra vez. Porque aunque sé que es una tontería, no puedo evitar pensar que no poder ponerme la tobillera es un augurio nefasto.

Dos hombres jóvenes nos ayudan a bajar de la limusina. Van ataviados con el pantalón negro y el chaleco rojo de los antiguos acomodadores de cine, lo que crea la ilusión de que hemos retrocedido al viejo Hollywood.

Las preguntas comienzan de inmediato. Gritos sobre mi embarazo, el desmayo en Dallas, sobre la fundación infantil, la película y todo lo que uno se pueda imaginar.

Las cámaras disparan sin cesar, pero contengo el estremecimiento y me limito a sonreír y a agitar la mano mientras me agarro a la de Damien con la otra. Mientras avanzamos por la alfombra roja, me arrimo y le susurro al oído:

—Me alegro de que hayas compartido mi limusina.

—¿En serio? —replica—. Qué curioso. Creía que tú habías compartido la mía.

A continuación tira de mí y me besa mientras la multitud aplaude.

Cuando se aparta, yo estoy riendo y el nudo que se me había formado en el estómago cuando volvió a guardarse la tobillera en el bolsillo empieza a deshacerse.

La alfombra roja está dispuesta de forma serpenteante en la calle hacia la pagoda del original teatro Chino, donde tiene lugar la sesión fotográfica para

la prensa y el recibimiento ante las cámaras, y luego gira hacia el salón de baile, donde se celebra la fiesta previa.

Seguimos el camino y nos detenemos al ver a Wyatt, que está situado frente al póster publicitario y posa con el logotipo de la Fundación Infantil Stark. No hay tiempo para charlar, pero le doy un abrazo rápido después de hacernos la foto y le prometo que lo veré dentro. Seguimos adelante. Todo es tan deslumbrante y festivo que me siento un poco como Dorothy recorriendo el país de los munchkins en la tierra de Oz.

Veo a Jamie más adelante, y aunque trata de reprimir una sonrisa, sé que se siente en el paraíso.

—Y aquí tenemos a Damien y a Nikki Stark, tan arrebatadores como siempre —empieza, como buena reportera. Se sitúa a mi lado mientras habla a la cámara—. El evento de esta noche está patrocinado por la Fundación Infantil Stark. ¿Podría hablarnos un poco sobre las actividades de esta excepcional organización, señor Stark?

—Por supuesto —responde Damien con soltura, y a continuación hace un sucinto resumen de la fundación y su misión de ayudar a los niños que han sufrido abusos y están en peligro.

Jamie se da por satisfecha con la respuesta y consigue pasar de manera fluida de la misión de la fundación al diseñador de mi vestido para por fin darnos las gracias por nuestro tiempo.

—Y manténgase atentos —añade antes de dejarnos escapar—. Hay grandes noticias en la familia Stark y tendrán la primicia en una entrevista en exclusiva esta misma noche.

Esboza una amplia sonrisa y consigo guiñarle el ojo fuera de cámara mientras nosotros proseguimos hacia el salón de baile y ella se vuelve hacia la oscarizada Francesca Muratti, que se acerca por la alfombra roja detrás de nosotros.

—Todo es alucinante —digo a Damien.

—Sí que lo es.

—¿Estamos en plan modesto?

Se echa a reír.

—No tengo por qué ser modesto. Esto no es solo obra mía. Para eso contrato a gente excepcional.

Me limito a sonreír. Sé lo activo que es en todos los aspectos de Stark International. Pero la fundación infantil es un proyecto que lo apasiona y ha estado muy implicado en este evento desde el principio.

Lyle Tarpin nos saluda desde la puerta, donde está recibiendo a los invitados uno a uno cuando entran en el salón para la fiesta previa. Casi todos son también celebridades, pero algunos son personas corrientes que han comprado o les han regalado las caras entradas para el evento, y en el poco tiempo que tardamos en llegar hasta él veo a dos chicas jóvenes babear mientras contemplan su belleza del Medio Oeste y sus penetrantes ojos azules.

—No pienso volver a lavarme esta mano —asegura la más alta a su amigo mientras acceden al anexo, riendo como una boba.

Contengo una sonrisa cuando llegamos hasta él.

—¡Fíjate! —exclamo—. Reducido a la categoría de portero.

—Ha sido idea de Lyle —aclara Damien. Por su tono veo que está impresionado.

Con sinceridad, también yo lo estoy. La mayoría de los padrinos famosos se limitan a relacionarse en esta especie de fiesta. Creen en la causa, desde luego, pero no suelen ocuparse de recibir en la puerta.

—Quiero que la gente vea lo comprometido que estoy —explica Lyle—. Has hecho algo bueno aquí, Damien. Es un orgullo ayudar.

—Y nosotros estamos orgullosos de tenerte —responde Damien mientras

Evelyn se acerca para unirse a nosotros con una copa en cada mano.

Entrega una a Lyle, quien la deja sobre una mesita situada a su lado. Necesita las manos libres para saludar a la gente que llega.

—Es el lado servil de mi trabajo como agente —bromea—. Va a ser una gran estrella después del estreno de esta noche. No quiero que se le ocurra la idea de cambiarme por una modelo nueva.

—Jamás —interviene Lyle mientras estrecha la mano a un actor emergente cuyo nombre no recuerdo.

Damien y yo entramos en el salón de baile, en el que hay barras de bar y mesas con aperitivos, cada uno de una temática distinta. La ubicación de las zonas de comida y bebida conducen de forma fluida a los asistentes hacia el grupo de jazz y la subasta silenciosa.

La sala principal está decorada con carteles con imágenes tomadas en los campamentos de verano y en las actividades extraescolares, así como fotografías de los niños cuando entraron en el sistema, por lo general después de que los sacaran de su casa y los llevaran a un hogar de acogida. Los niños sonrientes de las fotos de los campamentos contrastan con los rostros sombríos y de ojos tristes de las primeras imágenes. Aprieto la mano de Damien, como un reconocimiento silencioso de lo que esperaba construir... y de lo que en verdad ha logrado.

—¡Señor Stark! —Una entusiasmada joven atraviesa la estancia dando saltitos y le da un fuerte abrazo, después de lo cual da unos saltitos más—. ¡Me han aceptado! ¡Voy a ir al MIT!

—Eso es maravilloso, Karen. No tenía ninguna duda.

Mientras habla me fijo en una foto de la chica situada en la pared de enfrente. En ella se la ve más joven que ahora, pero más mayor que el resto de los niños que aparecen, de entre catorce y quince años. Está casi igual — desde luego, no hay signos evidentes de abuso—, pero sus ojos parecen

muertos en la foto. No son los de la chica vibrante que ahora rebosa energía y promesas.

Da otro abrazo a Damien y se marcha sin dejar de dar saltitos.

—Le escribí una carta de recomendación —explica Damien.

Lo miro con aire inocente.

—¿Tu personal lo hace todo?

Él sonríe con satisfacción y luego me cierra la boca con un beso.

—Pero qué juntitos os veo.

Miro por encima del hombro de Damien y descubro la sonrisa de Sylvia, con Jackson a su lado y con Cass y Siobhan unos pasos más atrás. El rojizo cabello de Siobhan refulge bajo las luces.

—Pues sí —le asegura Damien, que me acerca más a él.

—Has hecho un buen trabajo —dice Jackson a su hermanastro—. Menuda fiesta.

Cuando conocí a Damien, ninguno sabía de la existencia de Jackson, aunque viéndolos juntos ahora el parecido es llamativo. No tanto en los rasgos concretos, sino en su porte. Rebosan poder, control y una insolente confianza en sí mismos.

El padre de ambos, un hombre al que detesto, mantuvo a Jackson en secreto. Este conocía la existencia de Damien, pero su padre le ordenó que no dijera nada.

Jeremiah Stark no solo había mantenido a Damien alejado de su hermano, sino que además era conocedor de los terribles abusos de su entrenador, pero permitió que continuaran porque el éxito deportivo de Damien alimentaba los sueños económicos de Jeremiah. Y ahora que Damien se ha convertido en alguien mucho más importante de lo que nadie imaginaba, Jeremiah sigue en nuestra vida, apareciendo aquí y allá mientras busca una nueva forma de sacarle los cuartos a su hijo. Aunque hace meses que no tenemos noticias

suyas y he de dar por hecho que el rumor de que se ha ido a visitar a unos amigos a Australia es cierto.

—Vamos a ver en qué lío podemos meternos pujando en la subasta. Espero que haya un crucero disponible —musita Sylvia—. Nunca he estado en uno.

—Ella está buscando problemas —corrige Cass desde atrás—. Yo quiero ver cuántos postores tengo hasta ahora.

Cass es la mejor amiga de Sylvia. Posee un estudio de tatuajes y ha donado sus servicios a la causa. Y, según Sylvia, es casi la persona más austera del planeta.

—No te preocupes, cielo —dice su novia, Siobhan, con una chispa pícaro—. Yo pujaré si nadie más lo hace.

Cass se echa a reír.

—Gracias. Aunque espero no ser el patito feo de la subasta.

No me imagino a Cass siento el patito feo en ninguna parte. Es alta, morena y exótica. Hoy lleva el largo cabello teñido de negro con un único mechón azul, que hace juego con las plumas de la cola de la magnífica ave tatuada en su hombro.

—Bueno, yo voy a pujar —dice Sylvia.

—¿Otro tatuaje? —pregunta Cass.

Sylvia menea la cabeza de forma traviesa.

—Estoy pensando regalárselo a alguien —responde con una mirada significativa a Jackson al tiempo que se da un golpecito en la nuca.

—Ya veremos —replica él en un tono que parece más un «ni de coña».

Me echo a reír.

—Gracias a ambos por donar —digo a Cass y a Jackson, porque este ha donado el diseño de unas viviendas, que, teniendo en cuenta su prestigio en el gremio de arquitectos, es muy generoso.

Las chicas se dirigen a la subasta, pero Damien se lleva a Jackson aparte

con la excusa de que tienen que hablar sobre la construcción de un centro de ocio en una propiedad del condado de Ventura que la fundación quiere adquirir.

Me quedo atrás y me alegro de hacerlo cuando Dallas, Jane y Noah se acercan a saludar. Estoy felicitando a Jane de nuevo por la película y por su increíble vestido rojo cuando Damien regresa. Da un beso en la mejilla a Jane y estrecha la mano a Dallas y a Noah.

—Agradezco la invitación —dice Noah.

Noah Carter es el genio de la tecnología que Damien quiere reclutar a toda costa para Stark Applied Technology.

—Lo que sea para atraerte al lado oscuro —responde Damien.

Dallas menea la cabeza; un gesto que es claramente de fingido pesar.

—Creía que era mi amigo, pero me abandona por el incentivo de un trabajo centrado en la tecnología.

—¿Qué hacías exactamente para Dallas? —le pregunto a Noah.

Dallas Sykes es el consejero delegado de una cadena de grandes almacenes de toda la vida, y antes de casarse con Jane se había ganado el apodo de rey del sexo debido a su reputación de heredero playboy que enamoraba a las mujeres, gastaba dinero y desperdiciaba su vida.

No es ese el Dallas que yo conozco y me pica la curiosidad por saber qué se oculta debajo de esa supuesta fachada.

—Tecnología al por menor —responde Noah sin comprometerse.

—Y seguirá trabajando para mí como autónomo cuando lo necesite —añade Dallas con cierto tonillo irónico.

—Siempre —replica Noah—. Sabes que soy un hombre comprometido.

Dallas asiente y procuro no mostrar por completo lo desconcertada que estoy.

—Sé que no debería hablar de trabajo, pero ¿puedo charlar contigo un

momento? —pide Damien a Noah.

—Y ya lo he perdido —se lamenta Dallas con una carcajada cuando Noah se va aparte con mi marido.

—¿Ha venido solo? —pregunto a Jane—. Estoy segura de que le envié dos invitaciones.

—Le dio la segunda a la recepcionista de su hotel. Al parecer es una gran fan de Lyle Tarpin.

—Qué mono. Pero ¿por qué no...?

—Hace solo tres meses que han declarado muerta a su mujer —explica Dallas en voz baja.

—Ah. No tenía ni idea.

—Bueno, desapareció en México hace siete años. Ha estado aferrándose a la esperanza, pero ha sido duro.

—Lo imagino. —Lo siento por él. No creo que yo sobreviviera si perdiera a Damien.

—Es una de las razones de que haya estado hablando con tu marido —sigue Dallas—. Sentiré perderlo, pero me alegro de que haya venido aquí. —Mientras habla, rodea con el brazo la cintura de Jane y la acerca a él—. Noah... En fin, está destrozado ahora mismo. Y es un buen amigo. Si este cambio es lo que necesita para recuperarse, por mí perfecto.

Noah y Damien vuelven y esta vez, al mirarlo, puedo captar la tristeza en sus ojos. Es un hombre guapísimo, con abundante cabello caoba y la clase de constitución atlética que llama la atención. Así que es fácil pasar por alto la sensación de pérdida que se aferra a él. Pero ahí está, y me rompe un poco el corazón.

Los hombres se van alejando mientras Jane y yo continuamos charlando, hablando de su película, de la fiesta y de los increíbles vestidos que estamos viendo aquí esta noche.

—¿Tienes calor? —pregunto cogiendo un programa y abanicándome—. Yo estoy asada. ¿Quieres que vayamos al bar a por algo de beber?

Jane me mira y después baja la vista a mis tobillos.

—Imagino que con algo de beber te refieres a agua. Me apunto. Además, creo que deberíamos buscarte una silla. Estás un poco pálida.

Nos encaminamos a la zona del bar y nos sentamos a una de las mesas de cóctel. Jane va a por vino para ella y agua para mí; en su ausencia, Steve y Anderson se sientan en dos de las sillas situadas frente a mí.

—Chicos —saludo con una risita—. Hace siglos que no os veo. Os daría un abrazo, pero por nada del mundo pienso levantarme otra vez ahora mismo.

—He oído que hay que darte la enhorabuena —empieza Steve.

Es un guionista al que nunca le habían producido una película hasta que lo contrataron para reescribir algunas partes de *El precio del rescate*. Ahora, Jane y él comparten el mérito por la adaptación cinematográfica de su libro.

—Pues sí. Dentro de solo unos meses también seré madre. ¿Cómo está Lily?

—Impresionante —responde Anderson toda vez que saca la cartera y la abre para enseñar la foto de la risueña niña de rizados oscuros que adoptaron hace casi dos años.

—Estamos pensando que necesita una hermana —añade Steve.

—No es así —aclara Anderson—. Pero mi hermana y mi cuñado acaban de volver de China con su hijo, Mathew. Es una preciosidad. Te enseñaría una foto, pero me he quedado sin batería en el móvil. Bueno, Mathew es la razón por la que es posible que Lily no sea hija única.

—La de Lily fue una adopción privada —prosigue Steve—, pero lo haríamos en China sin pensárnoslo dos veces si nos dejaran hacerlo. Qué sistema tan absurdo.

Anderson le da una palmadita en la mano.

—Déjalo ya, cielo. Hay un montón de niños que necesitan un hogar. — Desvía de nuevo su atención hacia mí—. No podemos adoptar en China — explica. Se acerca como si fuera a contarme un secreto—. Compartimos ese amor que no se puede nombrar.

Steve pone los ojos en blanco.

—En otras palabras, a China no le gusta que Lily tenga dos papás.

—Lo siento mucho —digo—. Pero Anderson tiene razón. Hay muchos otros niños que os necesitan.

Steve agita la mano para restarle importancia.

—No pretendíamos ponernos en plan triste ni hablar de política contigo, y mucho menos en tu estado. ¿Para cuándo será?

—No lo sé con seguridad. Mi primera cita médica oficial es el lunes. Pero el doctor que me atendió en Texas cree que estoy de unas diez semanas.

—¿Y quieres que sea niño o niña?

—Me da igual. Aunque creo que es una niña.

—Bueno, personalmente me decanto por las niñas —dice Anderson—. Pero tampoco te decepciones si te equivocas.

Me echo a reír.

—¿Un mini Damien Stark? ¿Cómo podría?

—¿Un mini yo? —pregunta Damien acercándose a nosotros—. Hola, Steve. Anderson. ¿Os importa si os robo a vuestra chica? Jamie quiere hacer la entrevista antes de que Lyle y yo nos dirijamos al público.

—Claro. Mantenedme informada —pido a los chicos. Estoy a punto de contar nuestra conversación a Damien mientras nos alejamos, pero él me arrastra hacia una zona sin iluminar. Espero que me dé un beso rápido antes de que vayamos a ver a Jamie, pero en su lugar dice:

—He hablado con Bruce.

—¿Mi exjefe? ¿El exmarido de Giselle?

—El mismo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué le parece que Giselle esté aquí? —No la he visto esta noche, pero como ha donado el Glencarrie, estoy segura de que anda por aquí—. ¿Le has hablado de los mensajes de texto y los correos electrónicos? ¿Qué piensa de su actual estado mental? ¿Es posible que los esté enviando ella? ¿Aunque ahora tenga pasta? Es lógico que siga cabreada contigo y teniendo celos de mí.

Mis palabras salen a borbotones; no me entristecería enterarme de que es Giselle quien me acosa, y me alegraría de tener respuestas.

—Se lo he contado —me explica Damien—. Teniendo en cuenta que vivió gran parte de todos esos problemas contigo, pensé que no te importaría.

Damien tiene razón. Cuando trabajaba para Bruce, los paparazzi prácticamente irrumpieron en su oficina para llegar hasta mí, y todo porque el gilipollas de su empleado, Tanner Gates, quería ganar un poco de dinero fácil filtrando mi ubicación, y de paso castigarme por hacer mi trabajo mejor que él. Más tarde, Bruce se enteró de que Giselle, la esposa de la que vivía separado, había hecho lo mismo al vendernos a Damien y a mí a la prensa para ganar pasta.

Así que no, no me importa que Bruce sepa lo del acoso.

—¿Y bien? —lo urjo.

—No cree que sea Giselle. De hecho, ha confirmado mis pensamientos. Ahora está felizmente casada y tiene una jugosa cuenta bancaria para demostrarlo, así que sus celos porque pegaras el braguetazo al casarte conmigo han desaparecido.

Veo la diversión danzando en sus ojos.

—¿De qué te ríes? En realidad fue todo un braguetazo. —Me acerco y lo

beso con suavidad posando la palma de mi mano sobre su pecho—. Solo que yo no hablo de tu dinero.

Damien me da un beso en la punta de la nariz.

—Pero Bruce tiene una interesante teoría.

Me aparto, intrigada por su tono serio.

—¿Qué? ¿Te refieres a los mensajes?

—Al parecer, Tanner optaba al proyecto Greystone-Branch. O por lo menos la empresa para la que ahora trabaja presentó una propuesta. —La magnitud de su revelación hace que me tambalee. Cada mensaje sonaba como si hubiera sido enviado por un rival contrariado—. Pienso tener una pequeña charla con el muy cabrón.

Lo agarro del brazo y meneo la cabeza.

—No hagas nada de lo que tengas que arrepentirte —le pido—. No es el único sospechoso posible. Por favor —añado al ver que me lanza una mirada que dice claramente que no está convencido—, prométeme que no perderás los estribos.

Damien asiente de forma concisa, pero firme, y estoy a punto de darle otro abrazo cuando Jamie se acerca a toda prisa.

—¡Hola! ¿Qué? ¿Os habéis perdido? Venga. Vamos afuera a hacer esto para que tengamos el teatro de fondo. Y así podemos sacar algunas imágenes de la multitud. ¿Estás bien? —añade mirándome—. Se te está a punto de derretir el maquillaje.

—Tengo calor —replico—. Échale la culpa a las hormonas.

—Mi productor tiene polvos. Te pondremos presentable para las cámaras.

Damien me lanza una mirada de preocupación, pero no dice nada mientras salimos con rapidez. Alguien grita el nombre de Damien y luego me llaman a mí. Las voces se alzan en un coro de sonidos indistinguibles y mi cabeza se

llena de un agudo gañido cuando el productor se acerca para aplicarme polvos en la cara.

Entonces distingo una voz. Una voz familiar que me llama:

—¡Nichole Louise!

«¿Madre?»

Me doy media vuelta mientras se me hiela la sangre, pero los flashes de las cámaras me impiden distinguir las caras.

Me giro de nuevo y agarro a Damien de la muñeca.

—¿Lo has oído? —pregunto.

—¿Qué?

—Yo... —Hago una pausa; el mundo empieza a moverse bajo mis pies—. Lo siento. Estoy mareada.

—Deberíamos buscarte algo de comer —comenta Jamie—. No pasa nada. Simplemente... ¡Nikki!

La miro y siento un violento calambre en el estómago.

—Ay, Dios mío, Nikki. Tu vestido.

Miro hacia abajo... y veo que mi vestido blanco está manchado de rojo.

—¡Graba! —grita el productor.

—¡Ni se te ocurra, joder! —chilla Jamie.

Y mientras ella aparta los focos Damien me coge en brazos y echa a correr hacia la puerta del teatro, sin dejar de gritar al portero que llame una ambulancia.

Yo, por mi parte, parece que lo único que soy capaz de hacer es llorar.

Un aborto.»

Las palabras del doctor Tyler resuenan en mi cabeza y, por mucho que lo intente, parece que no puedo acallarlas: «Lo siento mucho, señora Stark. Ha tenido un aborto».

Un aborto.

Me han administrado algo y siento la cabeza atontada, el cuerpo pesado. Noto el brazo frío donde me han puesto la vía y la mano que Damien me coge está laxa.

—¿Es verdad? —le susurro—. ¿De veras hemos perdido el bebé?

Damien cierra los ojos; su expresión parece tan destrozada como un cristal hecho añicos.

—Es verdad —responde mientras las lágrimas ruedan por su cara—. Cariño, lo siento muchísimo.

Trata de abrazarme, pero la barandilla de la cama, los tubos y los monitores con ruedas se interponen entre nosotros. Al cabo de un momento se sienta de nuevo en la silla y el suspiro que exhala se une al zumbido de las máquinas.

—¿Por qué no me acuerdo de cuando me acostaron en la cama? Recuerdo ir en la ambulancia, pero de nada después de que llegáramos al hospital.

Mi última visión nítida es de Jamie señalando la sangre de mi vestido y Damien pidiendo una ambulancia. Sé que me desmayé; me acuerdo de los paramédicos, la sirena, la voz de Damien pidiendo el número de urgencia del obstetra. Se suponía que tenía que ir a verlo el lunes. Pero todo lo que recuerdo está envuelto en una niebla gris. Y aunque sé que llegamos al hospital, lo tengo todo borroso después de que me conectaran el gotero.

—¿Damien? —insisto—. ¿Qué me han hecho?

Se frota la sien con los dedos de la mano libre, y cuando habla lo hace despacio y sé que está tratando de mantener el control.

—El doctor Tyler llegó aquí después que nosotros. Cuidó de ti, cariño, pero tuvo que... tuvo que asegurarse de que estabas bien y te anestesiaron para someterte al procedimiento.

—Oh. —Trago saliva—. No hay nada más, ¿verdad?

—No, cariño.

Se levanta y me suelta el tiempo suficiente para tratar de bajar la barandilla de la cama. Esta se niega a colaborar, y Damien maldice y se sienta más abajo, junto a mis piernas, con la mano sobre mi muslo.

—Los abortos son frecuentes, sobre todo en el primer trimestre, Damien. —No tengo conocimiento personal de esto, pero he leído lo suficiente para estar bastante segura—. No te ingresan por un aborto.

—Lo hacen cuando has donado tanto como yo a este hospital. —Me aprieta el muslo con la mano—. No hay nada más. —Pero lo dice con el tono que emplea en su sala de juntas, como si esperara conseguir que así sea con solo ordenarlo.

Y aunque no cabe duda de que Damien es poderoso, ni siquiera yo pienso que su control llegue tan lejos.

La puerta se abre y entra el doctor Tyler. Es el obstetra con el que nos puso en contacto el doctor Cray de Texas. No lo conocía hasta hoy y mi recuerdo

anterior de él es un poco confuso. Pero tiene manos delicadas, modales amables y una sonrisa que rebosa consuelo.

—¿Qué más me pasa? —exijo saber mientras me palpa el abdomen.

—Nikki... —Percibo la desaprobación en el tono de Damien, pero sé que tengo razón y mis temores se confirman cuando el doctor Tyler asiente despacio.

—Lo siento —dice. Se vuelve hacia Damien—. Su esposa está en lo cierto. Tiene útero bicorne —explica mirándome—. Es un tipo de defecto de los conductos de Müller —prosigue, aunque llegado a este punto lo único que oigo es que estoy estropeada. Vuelvo a sintonizar cuando lo oigo decir—:... por supuesto, el pronóstico no es del todo negativo.

—Lo siento, ¿qué?

—Sé que es demasiado para asimilarlo —añade con delicadeza—. Pero aunque la mayoría de las mujeres con su afección abortan con una frecuencia estadísticamente elevada, sigue siendo posible llevar a término un embarazo. Y si consigue superar el primer trimestre, el riesgo de aborto disminuye de forma significativa.

—Está diciendo que si me vuelvo a quedar embarazada, hay probabilidades de que pierda al bebé antes del tercer mes. Una vez y otra y otra. —Se me quiebra la voz y veo el sufrimiento impreso en el rostro de Damien—. Ese no parece un pronóstico nada bueno —susurro.

El médico agacha la cabeza y me da la razón.

—Lo sé, señora Stark. Lo lamento de verdad por usted. Puede...

Pero ya no quiero seguir escuchando. Así que me doy la vuelta, cierro los ojos y dejo que el peso de mi propio dolor me arrastre de nuevo al sueño.

Duermo en el hospital hasta el sábado por la mañana y luego me amodorro en

brazos de Damien en casa, con nuestro gato, Sunshine, acurrucado a mi lado. Su ronroneo llena mi cabeza, de forma que no tengo que soñar.

Me paso el día atontada y me levanto de la cama solo para ir al cuarto de baño. Estoy frente al lavabo, estudiando mis ojos, que parecen hundidos. Mi piel es como de papel. La maquinilla de afeitar de Damien está dentro de una taza sobre la encimera y pienso en lo fácil que sería girar el mango y abrir el compartimento donde se aloja la cuchilla. Coger esa cuchilla y pasar el afilado borde por mi piel con suavidad. Solo un corte superficial. Lo suficiente para que broten unas gotas de sangre.

Lo suficiente para saber que estoy viva.

Pero no lo hago.

Porque ahora mismo hasta eso parece un esfuerzo demasiado grande y me muevo como una sonámbula por la habitación a oscuras de regreso a la cama.

No solemos correr las cortinas, pues preferimos tener abierta la puerta de la terraza que da al océano. Pero hoy están corridas, sumiendo la estancia en una oscuridad tan profunda que apenas puedo verme la mano.

¿Hoy?

Puede que sea de noche. Qué sé yo. Lo único que sé es que quiero volver a dormirme. Quiero los brazos de Damien a mi alrededor y dormir, sumirme en un lugar donde el dolor y la pérdida no puedan alcanzarme.

Y por eso me meto de nuevo en la cama y amoldo mi cuerpo al suyo. Su brazo me rodea la cintura y lo oigo murmurar mi nombre. No respondo, y en cuanto cierro los ojos el sueño me vence una vez más.

No sé cuánto tiempo estoy durmiendo, pero me despierta el débil sonido de movimiento en la casa. Un momento después llaman a la puerta con suavidad y Damien se despereza a mi lado y levanta la cabeza.

—Entra.

La puerta se abre despacio, proyectando un triángulo de luz en la

habitación. Gregory, el asistente de toda la vida de Damien y administrador general de la casa, entra en la habitación.

—Siento muchísimo molestar, pero la madre de la señora Stark está aquí —dice en voz baja.

Me incorporo y me tapo con la sábana hasta el cuello a modo de escudo protector mientras Damien me sujeta con firmeza.

—No —digo—. Yo... lo siento. ¿Puedes decirle que no estoy disponible?

Gregory asiente con aire serio.

—Por supuesto.

Se marcha y la habitación se sume en la oscuridad.

—No tenemos por qué verla. —Damien me acaricia el hombro—. Aun así, deberíamos levantarnos, cariño.

—Lo sé. Pero no puedo. —Cierro los ojos para protegerme de la oscuridad de la habitación y me deslizo en la oscuridad dentro de mí—. Todavía no.

Damien no dice nada. Sin embargo, al cabo de un momento noto sus labios rozándome la sien mientras desliza el brazo por debajo de mi cintura para arrimarme más a él. Me pierdo en la seguridad de su abrazo y me escondo de la realidad solo un poco más.

Pasa un día. Luego otro y otro. Duermo, duermo y duermo un poco más. Y Damien está a mi lado cada vez que despierto. Abrazándome. Cuidando de mí.

Me adentro y me alejo del mundo de los sueños, hallando consuelo en su presencia. En la frescura de las sábanas contra mi piel caliente. En la oscuridad que sume la habitación, sin revelar nada del mundo exterior y ocultando hasta el propio tiempo bajo una falsa y eterna noche.

Pero mi refugio seguro desaparece y al abrir los ojos descubro la habitación bañada por la luz. La fresca brisa oceánica sopla por la puerta abierta de la terraza, Sunshine se está aseando a los pies de la cama y no hay ni rastro de Damien.

No tengo ni idea de qué hora es... ni tampoco de qué día. La luz me daña los ojos y me palpita la cabeza en protesta por haber recuperado el conocimiento, lo cual no es nada agradable.

Pese a todo, por mucho que quisiera seguir escondida, sé que es hora de volver a la realidad. De incorporarme. De poner los pies en el suelo. Y, por último, de salir de esta habitación.

«Puedo hacerlo», pienso, y después me incorporo. Me siento en el borde de la cama y poso la mano sobre mi vientre, ahogando un débil sollozo porque

ya no crece un niño en él. Es algo muy triste y terrible, pero lo que hace que sea peor es saber que es probable que jamás vuelva a suceder. Que jamás tendré a los hijos de Damien. Que la vida que había empezado a ver florecer ante mí se ha extinguido de una forma tan brutal.

A pesar de todo, es hora de salir de este cuarto. No tengo que desechar la tristeza, pero he de empezar a moverme por el mundo.

Me pongo en pie. Me siento frágil después de pasar tantas horas durmiendo, y entro en el cuarto de baño ataviada con los holgados pantalones de chándal y la camiseta de tirantes que ha debido de ponerme Damien. Me lavo la cara con agua y trato de animarme. Cuando salgo, me fijo en que mi teléfono móvil está en la mesa cerca de la puerta del dormitorio.

Me detengo en la entrada mientras ojeo mis mensajes de texto; condolencias de casi todas las personas a las que he conocido en mi vida, bien en un mensaje o enviadas a mi buzón de voz. Sé que debería responder, y lo haré. Pronto.

Pero todavía no.

Me ruge el estómago y trato de recordar la última vez que comí. Tengo el vago recuerdo de que Damien me trajo sopa, pero no sé cuánto hace de eso.

Vuelto a dejar el móvil en la mesa y voy del dormitorio a la cocina; creo que el que tenga apetito es señal de que me estoy recuperando.

Espero ver a Damien en la sala de estar del tercer piso, pero está vacía. Bueno, vacía no. De hecho, está cubierta de flores, plantas y cajas sin abrir. Parpadeo para mantener a raya las lágrimas mientras la razón de la presencia de estos regalos se me clava en el corazón. Echo un vistazo a las tarjetas al pasar. Una maceta de margaritas de Jamie y de Ryan. Un ramo de flores silvestres de Evelyn. Y un pequeño bonsái en la ventana de la barra de desayuno que se abre entre el comedor y la cocina de la tercera planta.

Hay una tarjeta sin abrir e introduzco el dedo debajo de la solapa y saco el

grueso papel. Es del padre de Damien, Jeremiah, y solo hay dos palabras: «Lo siento». Pero ignoro si se refiere al aborto o a todos los problemas que le ha causado a Damien y a nuestro matrimonio. En cualquier caso, se lo agradezco.

Me encamino a la cocina y oigo la voz de Damien que llega del entresuelo. Está al teléfono, como si fuera otro día cualquiera. No lo es, pero soy yo quien está estancada. Quien desea echar las cortinas y volver a dormir y huir de todo.

«Café», pienso. Recuerdo con una punzada que ya puedo volver a beberlo. Litros y litros si me apetece.

Ya hay una cafetera hecha, me sirvo una taza y me tomo un buen y amargo trago.

Dejo la taza y abro el cajón de debajo de la cafetera. Está lleno de cuchillos de cocina cuyos mangos no hacen juego y no son lo bastante bonitos para el bloque que hay en la pequeña isla. Me quedó ahí, mirando esas hojas, y aunque sé que no debería pensar en ello, aunque no debería desearlo ni por asomo, sé que eso me ayudará.

—Estás levantada.

Oigo la suave voz de Damien detrás de mí y vuelvo a cerrar el cajón. Me doy la vuelta hacia él, segura de que puede ver la culpa en mi cara. Se acerca a mí, estudiando mi rostro con los ojos. Pero no pregunta, sino que me abraza y me aferro a él. Nos quedamos así, en silencio, durante lo que parece una eternidad.

—¿Qué día es hoy? —pregunto al final.

—Miércoles —responde—. Última hora de la tarde.

Necesito un momento para asimilar sus palabras. Eso significa que hace más de cuatro días que sufrí el aborto. Cuatro días durante los cuales he estado fuera del mundo.

—No pasa nada. —Sus labios me rozan la parte superior de mi cabeza—. Necesitabas tiempo.

—Has estado trabajando —digo, y aunque no es mi intención, mis palabras parecen un reproche.

Él asiente.

—Hoy sí. Y un poco ayer. Había cosas de las que tenía que ocuparme. — Me coge la mano—. Ahora voy a ocuparme de ti.

Me lleva a la mesa y me invita a sentarme. Yo obedezco, y después lo observo mientras trajina por la cocina. No me pregunta qué quiero, de lo cual me alegro, pues ahora mismo no creo que tenga capacidad para tomar una decisión. Y cuando al cabo de unos minutos me pone delante un plato con una tostada untada con mantequilla y una sencilla tortilla de queso, me parece la comida más perfecta del mundo entero.

Se sienta conmigo en silencio mientras como.

—¿Mejor? —pregunta cuando he dejado el plato limpio y me sorprende un poco al darme cuenta de que sí, me siento mejor. Más fuerte, al menos, y ese es un paso en la buena dirección—. Bien —dice cuando le respondo. Se levanta y me tiende la mano—. Vamos a dar un paseo juntos.

Caminamos en silencio por la playa durante un buen rato y regresamos a la casa cuando el sol está a punto de ponerse y el océano empieza a teñirse de naranja y dorado.

—Es precioso —comenta Damien cuando nos sentamos en una enorme tumbona junto a la piscina y vemos el mundo sumirse en la noche.

Las palabras forman un fuerte nudo en mi estómago.

—Parece que ya no vaya a haber nada hermoso nunca más —susurro.

—No. —Me da un beso en la frente—. Me gusta. Significa que hay esperanza.

Parpadeo y las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—¿La hay? Porque no lo parece.

—Cariño.

Me acerca a él; su voz se me antoja tan perdida como me siento yo.

—Es como si estuviera rota —reconozco—. El bebé se ha ido. Y también cualquier posibilidad real de que vuelva a tener otro.

—No, cariño. No.

Pero meneo la cabeza, pues no estoy dispuesta a escucharlo.

—Debería estar aliviada —digo con brusquedad y la mirada fija en el suelo de la terraza—. No estoy hecha para ser madre.

—Gilipollecés. Es tu madre la que habla.

—No. Soy yo. —Lo miro a la cara, perdida en la penumbra del anochecer—. ¿Sabes cuántas veces he pensado hoy en cortarme? Todos esos cuchillos en la cocina... Tu maquinilla de afeitar en el cuarto de baño... Los cúteres del garaje... La navaja de bolsillo que guardas en el cajón superior de tu cómoda... Me están llamando. Una persona así no es alguien que deba tener hijos —concluyo.

—No. Joder, Nikki...

—Quiero cortarme, Damien. Quiero cortarme para expulsar el dolor. No lo hago porque sé que no debo y sé que tú estás aquí. Pero quiero hacerlo. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Me aprieta contra él y me aferro a su cuerpo mientras lloro. Las lágrimas ruedan por mis mejillas y parece que un millón de cuchillas me estuvieran cortando por dentro.

Me abraza con fuerza mientras los sollozos sacuden mi cuerpo, meciéndome con suavidad. Y yo no dejo de preguntarme si alguna vez dejará de dolerme.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero debo de haberme quedado dormida

porque lo siguiente que sé es que Damien me lleva en brazos al dormitorio y me acuesta en la cama.

—Duerme —murmura, y cuando se acerca para besarme oigo la señal que indica la llegada de un mensaje a mi móvil.

Trato de cogerlo de forma automática, aunque en realidad me da igual, pero Damien menea la cabeza.

—No te preocupes por eso. Ya me encargo yo. Tú duerme.

Y aunque no sé cómo voy a poder dormir, lo hago, al menos hasta que alguien me despierta sacudiendo mi cuerpo de manera violenta.

—¡Nikki! —Es la voz de Jamie y la miro, parpadeando—. Lo siento mucho, Nikki, pero tienes que despertar. Tenemos que irnos.

—¿Qué? —Mi voz suena ronca, confusa.

—Tenemos que irnos —repite—. Han detenido a Damien.

Estoy en el vestidor, poniéndome unos pantalones vaqueros y una camiseta a toda prisa, cuando Jamie entra corriendo.

—No pasa nada —dice—. Charles acaba de llamar. Vienen hacia aquí.

Me derrumbo sobre la alfombra.

—Gracias a Dios. ¿Qué ha pasado?

Ella menea la cabeza.

—No lo sé. Charles llamó aquí para preguntar por ti, pero nadie respondió al teléfono. Así que me llamó a mí. En realidad llamó primero a Jackson, pero Stella le dijo que estaban fuera, de modo que imagino que el turno pasó a mí. Me pidió que te llevara a Beverly Hills porque habían detenido a Damien. —Se encoge de hombros—. Y supongo que ahora ya no lo está. O que Charles ha pagado una fianza o lo que sea.

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme y la agarro, dejando que tire de mí. Después la rodeo y la abrazo con fuerza.

—Gracias —susurro—. Siento no haberte devuelto la llamada. No he llamado a nadie.

Me aparta de ella.

—No seas tonta —responde con la típica franqueza de Jamie—. Te

queremos. Lo único que deseamos es que estés bien. —Hace una mueca—. Eso y que Damien no acabe en una cárcel de máxima seguridad.

Me estremezco, aunque sonrío. Y me doy cuenta de que, a pesar de las extrañas circunstancias, es mi primera sonrisa sincera desde el aborto.

Salgo con ella del vestidor y nos dirigimos a la parte principal de la casa.

—Anoche estaba aquí conmigo. ¿Cómo ha podido acabar arrestado?

Mientras hablo me percato de una diferencia en cómo me siento. Menos atontada. Más centrada. Y durante un breve y absurdo instante me pregunto si Damien se fue anoche para que yo me viera obligada a salir de mi depresión.

—¿Quieres que husmee por internet? ¿Que vea si corre algún rumor?

Meneo la cabeza.

—No. Quizá. Qué sé yo. —La idea de ver alguna horrible historia en las redes sociales me deprime. Y, de todas formas, casi siempre las informaciones son erróneas—. ¿Y si preguntamos directamente a la policía? Tu cadena tiene reporteros siguiendo a la poli, ¿no? ¿Pueden hacer una llamada por ti? —sugiero, y ella aprieta los labios con tanta fuerza que desaparecen—. ¿Jamie?

—Es que ya no trabajo ahí.

La miro boquiabierta.

—¿Qué? ¿Desde cuándo? —Pero mientras hago la pregunta soy consciente de la respuesta; desde que apartó la cámara de mí y negó mi historia a la cadena—. Oh, James. Lo siento mucho.

—Tú no tienes la culpa —replica con firmeza—. Gilipollas. ¿Quién comercia con semejante mierda?

—Pero... Bueno, ¿qué vas a hacer ahora?

—Soy una mujer con tiempo libre —aduce—. Por suerte, tu marido paga muy bien al mío. —Mantiene las manos en alto delante de su cara mientras se

examina las uñas—. Estoy pensando en hacer carrera como mujer florero —añade con ligereza, aunque la conozco demasiado bien.

—Encontrarás otro curro —digo con suavidad. Como es natural, lo que quiero decir es: «Gracias».

—Sí, bueno, nadie se mete con mis amigos.

Estoy a punto de darle un abrazo de oso cuando oigo el pitido del teclado de la puerta principal. Intercambio una mirada con Jamie y ambas corremos hacia allí.

Momentos después estoy en la escalera y veo entrar a Damien, seguido de Ryan, Charles y Evelyn. Bajo volando el resto de los escalones y me lanzo a sus brazos.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Dónde estabas?

—Tanner Gates —interviene Evelyn, entrando en la sala—. Es un capullo. Me vuelvo para mirar a Damien.

—¿Qué has hecho? Me prometiste que no perderías los estribos.

Pero Damien se limita a sacar mi móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros y a pasármelo.

Me acuerdo vagamente de que anoche recibí un mensaje y me estremezco de inquietud mientras abro la aplicación.

¿Se te han bajado los humos ahora que lo has perdido todo?

Intento tomar aire y me doy cuenta de que me he tapado la boca y la nariz con la mano libre.

—Así que de verdad era Tanner —digo. Frunzo el ceño, confusa—. Pero si era él quien enviaba los mensajes, ¿por qué han detenido a Damien?

En la boca de mi marido acaba de dibujarse una sonrisa socarrona.

—Puede que haya tenido algo que ver con que le haya roto la nariz.

Jamie me quita el teléfono de la mano con suavidad, lee el mensaje y

maldice.

—Vale, chicos. —Se acerca a Ryan—. ¿Qué ha pasado exactamente?

—Anoche leí eso —empieza Damien—. Estaba seguro de que era Tanner quien enviaba esos puñeteros mensajes. Conoce tu número de móvil. Los mensajes empezaron cuando hiciste la entrevista con Greystone-Branch y fueron a más cuando tú conseguiste el contrato y él no. Sabe perfectamente que el trabajo es urgente y con lo del... —Se le quiebra la voz—. Y no me cabe duda de que, con lo que ha pasado, está convencido de que abandonarás.

Meneo la cabeza.

—Pero el email con las fotos de Sofía y de ti. ¿Cómo las habría conseguido?

—Por las redes sociales —responde Jamie—. Francamente, me sorprende que no vieras algunas antes de que llegaran a tu bandeja de entrada.

Hago una mueca.

—Como me paso tanto tiempo metida en internet...

—Creo que por eso mismo te las envió —prosigue Damien—. Para asegurarse de que las vieras. Para clavarte aún más el puñal. —Se masajea las sienes—. Por lo que a mí respecta, todas las piezas encajaban.

—Continúa.

—Fui a su apartamento. Y tuvimos una pequeña charla.

—¿Le diste un puñetazo en la cara?

—En realidad lo estrellé contra el marco de la puerta —me corrige Damien—. Pero el resultado fue el mismo. Y entonces el muy cabrón llamó a la policía.

—Por Dios, Damien, ¿le...? —Pero no sé qué decir. ¿Que no puede perder los estribos de esa forma? ¿Que no puedo sobrevivir si lo meten en la cárcel porque un juez quiere dar ejemplo con él? Aunque...—. Espera —digo, aún

confusa—. Te arrestaron por golpearlo, pero serán indulgentes porque me estaba acosando, ¿verdad?

—¿Dónde están las pruebas? —pregunta Charles—. Damien llegó a esa conclusión basándose en una suposición. Y yo he estado a punto de tener que sacarlo bajo fianza cuando Tanner se ha presentado y se ha negado a denunciar. —Mira a Ryan—. Dale las gracias a él si quieres saber por qué.

—¿Por qué? —exigimos Jamie y yo al mismo tiempo.

—Por suerte, nuestro Tanner no es demasiado listo. Mientras Damien estaba con la policía le dije al muy capullo que había rastreado los mensajes hasta un teléfono desechable que él había comprado usando una combinación de triangulaciones vía satélite y cruzando esas coordenadas con el número de registro del teléfono, como se muestra en el registro de sus operaciones con tarjeta de crédito.

Jamie lo mira boquiabierto.

—¿Puedes hacer eso?

—Joder, no. Pero tú no eres la única de la familia que sabe actuar. —Esboza una amplia sonrisa—. Después le dije que si no se piraba haríamos público su acoso y utilizaríamos hasta el último céntimo de Damien para asegurarnos de que jamás consiguiera un trabajo mejor que dar la vuelta a las hamburguesas en la cocina de una gasolinera.

Jamie aplaude.

—Me encanta.

—Lo puse tan nervioso que sacó el móvil de donde lo tenía escondido y me lo entregó. Luego retiró la denuncia.

—Tanner no nos causará más problemas —interviene Damien—. Y estoy pensando seriamente en darle un aumento a Ryan.

—Joder, sí —dice Jamie.

—El problema es que jura que él no mandó el mensaje con las fotos de

Sofía —añade Ryan—. Y lo que he visto en su teléfono desechable lo confirma. Me dio acceso también a su ordenador y a su teléfono habitual, y no hay rastro del correo ni de las fotos.

—Dadas las circunstancias, dudo que mintiera sobre eso —asevera Charles.

—Así que eso significa que... —Mi voz se va apagando mientras miro a Damien.

Él deja escapar un suspiro.

—Significa que seguimos sin saber quién te envió esas fotos.

Evelyn agita la mano para restarle importancia.

—Esas las enviaron a tu dirección de correo electrónico. Podría ser cualquiera y por la única razón de que os sigue en las noticias y tiene un lado malvado.

—O podría ser una chica loca que no conoce a Damien pero piensa que debería haberse casado con ella —apostilla Jamie.

—O Giselle —propongo porque, por mucho que insistan Bruce y Damien, sigo sin confiar en esa mujer.

—Es posible —acepta Jamie—. Pero no te preocupes por eso. Fue solo un correo. Olvídalo, al menos por ahora.

No me queda más remedio que reconocer que me acaba de dar un buen consejo, pero Damien frunce el ceño.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. —Me rodea con un brazo y me besa en la mejilla—. Tenéis café o cualquier cosa que os apetezca desayunar a vuestra disposición; yo necesito dormir un poco.

—Claro —convengo.

Sin embargo, la preocupación forma un nudo dentro de mí mientras lo veo subir la escalera. Y me sumo en mis pensamientos hasta tal punto que pego

un brinco cuando Evelyn se me acerca por detrás y me pone la mano en el hombro.

—Todo irá bien, Texas —dice cuando me doy la vuelta—. Al final todo saldrá bien.

Me sigo aferrando a esas palabras diez minutos más tarde, después de que todos se han ido. Gracias a Dios rechazaron el café, sin duda al percatarse de que lo único que quería hacer era meterme de nuevo en la cama junto a Damien. Pero cuando llego al dormitorio, no hay ni rastro de él allí. Me rodeo con los brazos, segura de que se ha ido a la habitación infantil del segundo piso; un lugar que no he pisado desde que sufrí el aborto.

Me armo de valor y bajo la escalera que da detrás de la cocina y descubro que tampoco está allí.

Me quedo desconcertada durante un momento... y entonces caigo en la cuenta de que sé adónde ha ido exactamente. Subo la escalera hasta el primer piso y luego atravieso la enorme cocina profesional hasta el gigantesco gimnasio que ocupa casi la mitad de la primera planta.

Como era de esperar, Damien está ahí, machacando el saco de boxeo. Se ha quitado la camisa, así que ahora está descalzo y vestido solo con los vaqueros. Los músculos de su espalda se tensan con cada puñetazo y es completamente ajeno a todo, salvo al asalto a ese saco de piel.

No lleva guantes ni se ha vendado las manos, y a pesar de la rapidez con la que golpea, puedo ver lo rojos y magullados que tiene los nudillos. Dejo escapar un débil sonido la siguiente vez que su puño hace contacto con el saco, y Damien se vuelve hacia mí. La expresión de sus ojos es salvaje y ni siquiera estoy segura de que sea consciente de que estoy aquí. Pero entonces se hinca de rodillas en la colchoneta, pronunciando mi nombre en voz queda.

Corro a arrodillarme junto de él.

—Lo siento —digo—. Lo siento mucho.

Él frunce el ceño.

—¿Qué?

—Haber sido tan egoísta. —Una lágrima rueda por mi mejilla—. He estado tan inmersa en mi propio dolor que no he pensado en el tuyo. Lo siento —repito, porque sé que no habría perdido los estribos hasta ese extremo si no estuviera tan destrozado como yo—. Lo siento muchísimo.

Damien me mira durante un minuto; en sus ojos veo comprensión y deseo. Creo que necesitamos esto. Nos necesitamos el uno al otro. Ambos estamos demasiado heridos. Quebrados. Necesitamos con desesperación liberarnos.

Siento que mi cuerpo se pone en tensión ante la expectativa. Damien va a apretarme contra él. Va a tomarme. Va a usarme para conseguir sentirse mejor, para hacerse con el control controlándome a mí. Lo necesita, y bien sabe Dios que yo también lo necesito.

Pero ese contacto apasionado no llega.

En vez de eso me atrae hacia él y me abraza.

Y ahí, entre sus fuertes brazos, donde siempre he encontrado consuelo antes, me siento tan vacía como en el hospital.

Después de permanecer en vela toda la noche, el agotamiento venció a Damien por fin y lleva horas frito en nuestra cama. Es la hora de comer y me paseo por la casa como un tigre enjaulado, incapaz de tranquilizarme y, desde luego, de dormir un solo minuto más.

Me siento rara. Joder, todo parece raro y no sé qué hacer para conseguir que vuelva a ser igual.

Casi nunca utilizo el gimnasio, y sin embargo me siento tan perdida que incluso se me pasa por la cabeza bajar y golpear ese ridículo saco, pero entonces suena mi teléfono. Lo cojo, agradecida por la distracción, y veo que quien llama es Frank.

—Lo siento mucho —dice en cuanto respondo—. ¿Cómo estás?

—Estoy mejor. Ha sido duro, pero va mejorando. O eso, o me estoy acostumbrando al dolor.

Durante un momento solo lo oigo respirar. A continuación, en voz muy baja, dice:

—Debería haber llamado antes, pero yo... Me da la sensación de que debería tener algún consejo sabio que darte. Algún consejo paterno. Pero no lo tengo. No sé qué decir, salvo que lo siento.

—Eso es suficiente. Ayuda. —No es así, claro, pero es lo que la gente

hace. Uno dice que lo siente. El otro dice que ayuda. Y ambos tienen la sensación de que han hecho lo que les correspondía. Pero frunzo el ceño, indignada conmigo misma. Incluso cuando estoy mal llevo una máscara puesta. Nikki la sufridora. Y no quiero ser esa chica con este hombre. Ahora que forma parte de mi vida, quiero que sea real—. ¿Qué harías tú?

La pregunta me sorprende a mí misma.

—¿Qué?

—Es una tragedia. ¿Qué harías tú? Para sentirte mejor. Para superarlo.

—Ah.

Me doy cuenta de que lo he puesto en un aprieto y me arrepiento de inmediato. Estoy a punto de decirle que da igual cuando responde en voz muy queda y pensativa:

—Creo que haría algo solo para mí. Quizá no conseguiría con ello sentirme bien al instante, pero me permitiría creer que, fuera lo que fuese, pasaría.

—¿Como qué?

Frank exhala un suspiro.

—Ay, cariño, no lo sé. Lo siento. No tengo derecho a ofrecerte un consejo a medias.

—No —me apresuro a decir—. No, te lo agradezco. Y sí que ayuda. —Por extraño que parezca, es así. Me gusta que no me haya soltado un topicazo. Su respuesta me dice que he de encontrar mi propio camino—. De verdad —insisto.

—Por eso no he llamado antes —reconoce—. Quería darte tiempo, claro. Pero tampoco sabía qué decir.

—No —insisto—. Es bueno. En serio.

—¿Quieres que vuelva? ¿Eso te ayudaría?

Me conmueve la ternura que destila su voz y esbozo una sonrisa. Sienta bien. Es raro, pero sienta bien.

—No —respondo—. No tienes por qué hacer eso. Pero con solo saber que lo harías me siento animada. Te veré cuando vuelvas.

—Entonces de acuerdo. Eso está hecho. Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré.

—Vale —repite con voz ronca—. Y ¿Nikki?

—¿Sí?

Frank vacila.

—Yo... me alegro de haber llamado.

Mi sonrisa se hace más amplia.

—Yo también.

Cuelgo el teléfono y me siento mejor. No perfecta, no recuperada, pero sí mejor.

Pero aún hay un vacío en mi interior. Un espacio que necesito llenar. Pienso en lo que ha dicho sobre encontrar algo que me encante, algo solo para mí y, tras unos momentos de frustración, por fin sé lo que necesito hacer. Cojo la cámara Leica que Damien me regaló cuando empezamos a salir y bajo a la playa.

Camino durante un rato y hago fotos al azar; el agua, unas conchas, algunos adolescentes jugando al voleibol, dos universitarios que salen del agua con sus tablas de surf.

Pero nada de eso es lo que quiero ver a través del objetivo.

A pesar de que quizá no sea más que una fotógrafa aficionada, sé lo que me gusta y para lo que tengo talento, y siempre me han atraído las caras. Como si la cámara pudiera ayudarme a ver lo que hay debajo de la máscara que la gente se pone a diario.

Con todo, no es esa la revelación que hoy anhelo. Quiero capturar rostros

jóvenes. Mejillas regordetas y ojos grandes. Rostros rebosantes de esperanza, que miran al futuro.

Camino de vuelta entre las olas y luego subo por el sendero que lleva a nuestra casa. No me molesto en entrar, sino que me dirijo directamente al garaje y me monto en el Coop. Mi plan es ir a Palisades y disfrutar de una dosis de tiempo de calidad con mis sobrinos.

Aunque no acabo ahí.

No sé muy bien por qué, pero al llegar al desvío sigo conduciendo hasta que me sorprende en Pasadena, frente a la verja de los quince acres de tierra, en su mayoría sin urbanizar, que posee la Fundación Infantil Stark. Ahora mismo está llena de niños en acogida de todo el país, que han venido aquí para un campamento de verano de una semana.

Saludo al vigilante, que me deja entrar sin vacilar, y después me dirijo al edificio principal que alberga las oficinas, una cafetería y las aulas. Me detengo el tiempo suficiente para avisar al personal de que voy a hacer unas cuantas fotografías de la propiedad y luego empiezo a pasear por los jardines.

Todos los niños tienen en sus expedientes un permiso firmado por sus tutores que nos permite utilizar las fotos para fines promocionales, así que no es la primera vez que los he fotografiado en el campamento o durante otras actividades de la fundación. No es mi trabajo habitual, desde luego, pero vengo aquí con la suficiente frecuencia para que a nadie le parezca extraño.

Hoy no me interesa hacer fotos publicitarias. Lo que busco es esperanza donde había miedo. Felicidad donde solía haber pérdida.

Anhelo encontrar eso en mi visor y después capturarlo, como si pudiera embotellar esa clase de vibrante esperanza contra probabilidades extraordinarias.

Mi lugar favorito donde sentarme a observar son las gradas al aire libre cerca del campo de fútbol. Hoy los chicos están corriendo relevos y utilizo el

zoom para enfocar a los que esperan su turno. Me centro en el niño que, obviamente aburrido, está intentando tocarse la nariz con la punta de la lengua. Luego hago una panorámica sobre el grupo muy despacio, y me empapo de las expresiones y los rostros hasta que encuentro uno que me resulta muy familiar.

Me quedo paralizada y el corazón me late con fuerza mientras bajo la cámara despacio.

Lleva puesta una camisa azul del centro y una gorra de béisbol de la Fundación Infantil Stark. Pero conozco ese rostro aun sin el zoom.

«Sofia.»

Me quedo ahí sentada durante un momento, segura de que he sido de algún modo transportada a un espantoso universo paralelo.

Luego me cuelgo la cámara del brazo, me levanto y bajo corriendo las gradas.

Casi he llegado al coche, cuando oigo que alguien me llama.

—¡Nikki! ¡Nikki, espera, por favor!

Me digo que he de seguir, pero da lo mismo. Mis pies se detienen y al volverme descubro ante mí su familiar rostro de duendecillo y sus rebeldes rizos rojizos.

—Tú —murmuro como una tonta—. Creía que estabas en Santa Bárbara. Francamente, esto me parece demasiado cerca.

—Lo siento —responde; sus palabras suenan sinceras—. Vine aquí después de hablar con Damien. Le dije que esto era parte de mi recuperación. Ayudar aquí durante una semana de campamento. Luego me enteré de lo que te ha pasado y... supongo que no estaba segura de si debía quedarme o irme. —Baja la mirada al polvoriento suelo—. Vine para pedirte perdón. Quiero disculparme contigo. Y no podía llamar y preguntar a Dallas qué hacer. No cuando todo es tan..., ya sabes. Así que me quedé.

Las palabras han estado saliendo de su boca, y cuando se calla de repente el silencio es casi brutal.

—Me hiciste daño. —Mi voz destila incredulidad—. Intentaste que me autolesionara. Y que Damien y yo rompiéramos; joder, casi lo conseguiste. —Veo que su garganta se mueve al tragar saliva—. Y por si no bastara con eso, fingiste que eras mi amiga. ¿Y ahora quieres que me quede aquí y que deje que me pidas perdón para que puedas sentirte mejor contigo misma? ¿Para que puedas volver a congraciarte con Damien?

Ella menea la cabeza de forma casi imperceptible.

—Yo... yo no... Es decir, tienes razón. Tienes toda la razón.

Pero ni por asomo me siento satisfecha. Me llevo la mano al bolsillo de atrás, saco el teléfono móvil y se lo acerco.

—¿Has sido tú? ¿Me has enviado estas fotos tuyas y de Damien? Porque no me cuesta ningún trabajo imaginarte tratando de joderme así.

—¿Qué?

Observo su rostro mientras responde. Su ceño fruncido. La inclinación de su cabeza. O está confusa o es una actriz cojonuda.

Como es natural, yo ya sé que es una actriz cojonuda.

—Esto —continúo, y selecciono el correo electrónico para que pueda ver el mensaje y las fotos.

Abre mucho los ojos y luego empuja el teléfono hacia mí como si fuera una serpiente.

—¡No! No, te lo juro, Nikki. Yo no haría eso..., ya no.

—Puede que Damien te crea, pero yo no.

Los ojos se le llenan de lágrimas.

—No te culpo —dice—. Pero te juro por la vida de Damien que yo no te he enviado esas fotos. Y volveré a Inglaterra; lo haré. Es solo que... he trabajado muy duro. Muchos médicos. Muchos tratamientos. Estaba tan

hecha polvo... Quiero decir, hecha polvo de verdad. Pero me he recuperado con uñas y dientes, y todo ese trabajo ha sido para poder decirte en serio y de corazón que lo siento. Porque lo siento, Nikki. Te aprecio, de verdad. Y la cagué a base de bien.

No digo nada, pero aprieto los puños. No porque quiera golpearla, sino para defenderme del hecho de que su súplica está atravesando mi armadura.

—Me alegro de que Damien te tenga —prosigue—. Le haces feliz y eso es cuanto quiero. Créeme.

La miro. Ambas sabemos que eso no es lo único que quiere.

Ella meneaba la cabeza, como si yo hubiera hablado en voz alta.

—Antes yo no estaba bien. Y puede que jamás vuelva a estarlo del todo. Me refiero a mi cabeza. Pero estoy luchando y estoy ganando, y no voy a darme por vencida. —Inspira hondo y abre los brazos un poco, como si hubiera estado muy tensa hasta ahora y por fin pudiera relajarse—. Así que, en fin, es mi forma de decirte que lo siento. Y, bueno, ya está. Sé que no es suficiente, pero espero que aceptes mi disculpa. Aunque si no lo haces, lo entenderé.

Sus palabras caen sobre mí, sinceras y peligrosas.

—Yo...

Trago saliva, sin saber muy bien qué quiero decir. Yo... ¿qué? ¿Que entiendo su lucha? ¿Que me interno en ese mismo campo de batalla cada vez que una cuchilla me tienta?

¿Que me he pasado la vida entera tratando de demostrar mi valía profesional? ¿Intentando demostrar que merezco la pena aunque mi madre siempre insinúe que lo único que tenía valor de mí era mi físico? ¿Que también empecé estando dañada, pero que he luchado contra ello cada día?

¿Debería decirle que pienso que nos parecemos más de lo que imaginaba... o me gustaría?

Y que, para bien o para mal, creo que su disculpa es sincera. Y que creo que no fue ella quien me envió ese email.

Al final no digo nada de eso.

—Disculpas aceptadas —me limito a murmurar.

De alguna manera, tengo la sensación de que lo entiende.

Sofia y yo subimos la una al lado de la otra por el camino que lleva al edificio de administración. No vamos juntas, en realidad no, pero nos movemos en la misma dirección y más o menos al mismo paso.

Me abre la pesada puerta de madera de la recepción principal cuando llegamos allí. Le doy las gracias en voz queda al entrar y me detengo justo en el umbral.

Damien está ahí, de pie en el mostrador principal. En su rostro aparece un alivio enorme cuando me ve, que de inmediato se transforma en sorpresa y cautela cuando Sofia entra después de mí.

—Damien —saluda con voz alegre. Cuando me vuelvo para mirarla, ella da un paso hacia él, pero se detiene y se muerde el labio inferior. Me mira e inspira hondo—. Lo decía en serio —afirma—. Todo cuanto he dicho. Espero que lo sepas.

Un asomo de sonrisa aflora a mis labios.

—Me alegro de haberme encontrado contigo.

Ella asiente y después mira de nuevo a Damien. Pensaba que se acercaría a él, pero se queda donde está.

—Siento mucho lo del bebé, De. Pero tengo que irme. Yo... tengo que volver con los chicos.

Me mira una última vez y acto seguido se marcha por donde hemos venido.

Damien y yo nos quedamos donde estamos. La recepcionista permanece detrás del mostrador. Lo mira a él, luego a mí, y a continuación murmura un «discúlpeme» y también se marcha.

Estamos solo él y yo en esta pequeña estancia de piedra.

—¿«De»? —pregunto, porque siento curiosidad por el nombre y porque el ambiente está demasiado cargado.

—Un viejo apodo. Su padre solo utilizaba los apellidos, pero como el mío viajaba con nosotros en el circuito, resultaba confuso. Así que yo pasé a ser De y él Jota.

Doy un paso hacia él.

—¿De modo que no vas a montar un grupo musical?

Damien también da un paso hacia mí.

—No.

—Qué pena.

Me acerco.

—¿Quieres que te de una serenata?

Otro paso y lo tengo justo delante.

—No.

Enrosca los dedos en mi cabello y me atrae hacia él.

—¿Quieres que te bese?

—Sí —digo... o lo intento.

Su boca captura la mía antes de que termine de responder y me sumerjo en el beso, en su tacto. En la pasión que siempre hemos compartido y que siempre me ha salvado. Y que incluso ahora, cuando ambos estamos heridos y sensibles, puede mantenerme centrada.

Respiro con dificultad cuando nos separamos de mala gana y apoyo la mejilla sobre su pecho mientras me acaricia el pelo con una mano y me abraza con la otra.

—No sabía que estaba aquí —susurra—. Lo siento.

Inclino la cabeza hacia atrás.

—¿No lo sabías?

—Le dije que podía trabajar en el campamento, como parte de aquello de los doce pasos que te conté. Pero cuando todo pasó... Bueno, no me di cuenta de que se había encargado de hacer todos los trámites. No habría... En fin, siento que te haya pillado por sorpresa.

—Así que ¿no has venido aquí buscándola a ella?

Hasta que no lo digo en voz alta no soy consciente de que esa había sido mi conclusión. A fin de cuentas, no le he dejado una nota para decirle adónde iba y él no me ha mandado ningún mensaje preguntando dónde estaba. Así que imagino que ha venido aquí por alguna otra razón. Quizá para decirle que por fin me ha contado que ella quería pedirme disculpas cara a cara pero que con lo del aborto no era un buen momento.

No obstante, Damien menea la cabeza y disipa todas mis conclusiones erróneas.

—He venido por ti. Sabes que siempre vendré por ti.

—Pero ¿cómo...?

Dejo la pregunta a medias.

Pues claro que sabía dónde estaba. De alguna forma, siempre lo sabe.

Saca su teléfono móvil y me enseña la pantalla con su lista principal de contactos. Presiona un icono junto a mi nombre y aparece un mapa. Y justo ahí, en la cuadrícula del mapa, hay una diminuta foto de mí en medio de la Fundación Infantil Stark.

—Muy listo —digo. Mi teléfono tiene la misma aplicación, claro. Solo que a mí nunca se me ha ocurrido utilizarla.

—Y te reitero mis disculpas —prosigue—. Siento que Sofia te haya pillado por sorpresa.

—No. No, no pasa nada. Ella... —Mi voz se apaga mientras busco las palabras—. Me ha dado la impresión de que está mejor. Y parece sincera.

Observo su rostro y veo aletear la esperanza. Sé que ha sido duro para él. La quiere; no como a mí, pero es importante para él del mismo modo que Jamie y Ollie lo son para mí. Y los querría a los dos aunque se les fuera la cabeza.

—Jamás volverá a ser mi mejor amiga —añado, porque estoy convencida de eso—. Pero creo que podemos empezar desde aquí.

Veo el alivio en sus ojos y exhalo un suspiro cuando me acerca a él para darme un beso largo y apasionado. Me derrito entre sus brazos, y cuando noto su erección presionar contra mi vientre, cada célula de mi ser arde en llamas. Lo deseo; nos hemos abrazado con ternura cada noche desde que sufrí el aborto, pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hicimos el amor.

Ahora lo deseo, y una febril desesperación se apodera de mí, enciende mis sentidos y me hace desear estar en otra parte que no sea la recepción de la fundación.

A los dos nos cuesta respirar cuando interrumpimos el beso y nos miramos a los ojos durante lo que parece una eternidad. Mi corazón retumba dentro de mi pecho y puedo sentir la sangre corriendo por mi cuerpo.

Quiero salir de aquí.

Quiero tumbarme desnuda en el suelo y no preocuparme por quién nos vea.

—Ven conmigo —dice Damien con brusquedad, y tira de mí mientras pasa de largo el mostrador y se adentra en el pasillo principal de la fundación. Llegamos al final y entramos en su despacho privado. No suele estar ocupado, ya que solo trabaja desde aquí cuando celebra una reunión referente a la fundación o intenta recaudar donativos, pero tiene una mesa y un sillón.

Lo mejor de todo es que la puerta tiene pestillo.

La cierra y acto seguido me empuja contra la pared, con una mano sobre mi nuca.

—Nikki —murmura antes de que su boca se apodere de la mía.

Desliza la otra mano por mi cuerpo, me acaricia el pecho y la amolda a mi cintura. Sus dedos se mueven mientras me levanta la falda poco a poco y después su mano asciende por mi muslo mientras jadeo contra su boca y grito cuando llega a mi sexo.

Dejo escapar un quejido para exigir un contacto más íntimo, y Damien no me defrauda. Sus dedos se introducen en mis empapadas bragas y me penetra con ellos, follándome al mismo tiempo que su lengua juguetea con mi boca.

Le clavo los dedos en los hombros mientras gimo de deseo. Quiero más, muchísimo más. Más apasionado, más intenso. Y cuando me coge en brazos y me lleva al sillón, me imagino un acto salvaje, violento.

Soy consciente del enorme peso que ha supuesto para Damien el problema de Sofia. Además del aborto, el arresto, mi madre; con todo eso, tiene que estar a punto de estallar. Pero en vez de recurrir a mí, ha estado golpeando el saco de boxeo en el gimnasio, desahogando todas sus frustraciones.

Soy consciente de que ha procurado dejar que me recupere. Pero estoy bien a nivel físico y necesito esa intensidad. Esa pasión desesperada y primitiva que siempre ha sido nuestra fuerza.

Lo necesito, y como él también lo necesita, espero que me tome de forma brutal, que me use como un antídoto contra sus temores y su frustración.

Pero no lo hace.

En su lugar, me quita las bragas y me deja sobre el sillón. Me besa, me acaricia, me provoca. Cada contacto es un tesoro. Cada caricia aviva mis sentidos, me vuelve loca de necesidad. Y con cada contacto espero que vaya a más.

Estoy tan mojada que mis muslos están resbaladizos de deseo. Y cuando

separo las piernas, me penetra sin dejar de besarme, toqueteándome con los dedos para llevarme más al límite, elevándome más y más alto, hasta que un súbito orgasmo me atraviesa y me rompo en un millón de pedazos. Suspiro debajo de él, satisfecha y saciada, mientras Damien murmura que me ama.

Me ha hecho el amor de un modo hermoso, con una delicadeza y una dulzura que me colman de ternura, amor y de una radiante felicidad... y cierta insatisfacción.

Me acurruco contra él, frustrada conmigo misma porque sé que debería sentir solo felicidad porque nos estemos recuperando. Pero no consigo hacerlo, pues debajo de esa felicidad no puedo librarme del temor de que Damien esté ignorando sus necesidades porque me ve como algo frágil, que se rompe con facilidad.

Por encima de todo, temo que jamás superemos de verdad esta tragedia si no podemos tomar del otro lo que necesitamos.

Me paso los siguientes tres días utilizando la cocina del tercer piso como despacho. La mesa es mi escritorio, con mi portátil en el centro y toda la documentación para el proyecto de Greystone-Branch desperdigada sobre la pulida madera.

Me paso tanto tiempo sentada que se me duerme el trasero y bebo lo que deben de ser varias veces mi peso en café. Duermo solo cuando tengo que hacerlo y únicamente tomo comida a domicilio.

Damien se ha ofrecido a cocinar para mí —lo que resulta tentador, ya que se le da muy bien—, pero le he respondido que si yo empiezo de nuevo a trabajar, él también debe hacerlo. Y que no pienso aceptar comida por caridad si eso lo mantiene alejado de su imperio.

No estoy muy segura de que esté trabajando demasiado, pero sí pasa unas cuantas horas cada día detrás de su escritorio del entresuelo y todavía más atendiendo llamadas.

Pero al cuarto día se coloca detrás de mí, con las manos en mis hombros.

—Tienes que aminorar el ritmo —dice—. Te vas a poner enferma.

Pienso en lo que dijo Sofía. Sobre que había trabajado duro y había conseguido recuperarse con uñas y dientes. Si ella podía salvar su cordura, yo puedo salvar mi negocio.

—Ya he perdido mucho —respondo—. No voy a perder también este contrato.

Damien retira la silla que hay junto a la mía, se sienta y me coge la mano para que me vea obligada a dejar de teclear. Levanto la vista, irritada. Porque, con sinceridad, estoy jodida de verdad, y si no cumplo con mi próximo plazo tendré que retirarme del proyecto. Sería poco profesional esperar más; dejaría a Greystone-Branch en una situación muy comprometida, porque no habría forma humana de que terminara a tiempo.

—No puedes presionarte de esta forma durante los próximos tres meses.

—Me he comprometido. Es más, me he dejado la piel para conseguir este trabajo. No voy a permitir que se me escape.

Sé que rozo lo irracional, pero no soporto la idea de quedarme sin el trabajo después de haber perdido al bebé. Es demasiado, simplemente es demasiado.

Damien asiente con cierta tristeza y me da un beso en la frente.

—Lo sé. Pero estás llegando al límite.

—Joder, no tengo elección. —Me echo hacia atrás y levanto las manos—. Lo siento. No pretendo gritarte, pero es que estoy con el agua al cuello y necesito concentrarme. Estoy con una sección delicada y la codificación es complicada.

Damien estudia mi cara durante un minuto y después asiente.

—De acuerdo. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

Ladeo la cabeza.

—Por si lo has olvidado, tienes un universo que dirigir.

—Nikki...

—Si de verdad quieres ayudar, déjame hacer esto. Solo necesito tiempo. Por favor, Damien. Es lo único que necesito de verdad.

Por un momento creo que va a discutir un poco más, pero se levanta y se

marcha con mi taza de café. Regresa al cabo de unos instantes con la taza llena y una barrita de chocolate helada.

Me obligo a no reír.

—Gracias, señor Stark.

—No hay de qué, señora Fairchild.

Se dirige al ascensor, que es la ruta más rápida hasta el entresuelo, y yo vuelvo a centrarme en el código. Al cabo de un rato oigo el murmullo de su voz cuando empieza a hacer llamadas. Desconecto y me sumerjo de nuevo, porque hay más código por escribir que horas tiene el día.

Estoy enfrascada en la tarea cuando oigo que llaman a la puerta, algo extraño, porque las visitas no pueden llegar hasta ahí sin pasar por el control de seguridad. Doy por hecho que estaba tan concentrada que no he oído el intercomunicador y que Damien se ha ocupado de ello.

Estoy a punto de retomar el trabajo, pero entonces oigo voces de hombre abajo y luego dos tipos de pasos que se acercan. Me miro los andrajosos pantalones de yoga y la vieja camiseta de Sea World y gruño para mis adentros. Puede que Damien piense que siempre estoy despampanante, pero, por regla general, me gusta peinarme al menos.

Decido hacer un descanso para ir al dormitorio a arreglarme un poco cuando aparecen. Me quedo paralizada en medio de la cocina, confusa. Porque Damien está ahí con Noah Carter.

—Hola —saludo, y paseo la mirada entre los dos hombres preguntándome por qué Damien no me ha dicho que íbamos a tener compañía—. ¿Teníais una reunión?

—Has dicho que necesitabas más tiempo —explica Damien y señala a Noah—. Te he traído lo siguiente mejor.

Lo miro, luego miro a Noah y después otra vez a Damien.

—De acuerdo, voy a picar. ¿De qué estás hablando?

—Tengo un mes libre antes de que empiece mi contrato con Stark Applied Technology —empieza Noah, como si eso lo aclarara todo.

Pues no es así.

Miro a Damien y extendiendo las manos en un gesto que dice: «No lo pillo».

—Contrátalo —concluye Damien—. Te prometo que no te arrepentirás. ¿Tienes que terminar de escribir código a toda prisa? Este tío es un genio.

—Que lo contrate —repito mientras asimilo la sugerencia de Damien.

Acto seguido sonrío, primero a Noah; después a mi marido.

—Eres realmente increíble.

Damien esboza una amplia sonrisa.

—Eso dicen.

—De acuerdo —digo a Noah—. Estás contratado.

—Genial. —Ladea la cabeza—. Con un buen seguro médico y un finiquito decente, ¿no?

Pongo los ojos en blanco y señalo la mesa de la cocina.

—Tu despacho. Vamos, te enseñaré lo que estoy haciendo e iniciaremos un protocolo para compartir archivos.

Él asiente y me sigue. Damien se queda un momento apoyado contra la nevera.

—Que no se te suba a la cabeza —exclamo antes de darle las gracias gesticulando con la boca.

Parece muy satisfecho de sí mismo cuando se marcha, pero me percató de que estoy sonriendo, y dado que siento tan bien, decido pasarlo por alto.

Noah es tan ingenioso como me habían contado y contar con él me proporciona un pequeño respiro. Durante los siguientes días cumplimos con las metas, perfilamos la siguiente fase y hasta dispongo de tiempo para husmear por internet, explorando nuevas ideas que bullen en mi cabeza.

Y por primera vez en mucho tiempo me siento bien de verdad.

Hago una pausa momentánea para dejar que tan agradable emoción perdure. Durante los últimos días he sido muy esquiva, y aunque es maravilloso sentir que me he quitado un peso del corazón, también me siento un poco culpable. Como si aún no debiera estar preparada para volver a reír.

Pero aparte los remordimientos. No los necesito. Ya no. No cuando la pena me sigue superando.

Suena el intercomunicador y me levanto de mi asiento frente a Noah para ir a hablar con el guardia de seguridad.

—Hola, Jimmy. ¿Tenemos una entrega?

—Una visita, señora Stark. ¿Dice que es su madre?

Lo plantea como una pregunta, una que no me apetece responder.

—Ah. Bien, de acuerdo. Puedes mandarla abajo.

Damien está en el gimnasio, pero lo llamo por el teléfono interno. Le transfiero un par de archivos a Noah y bajo; mi marido me está esperando en la entrada, vestido con unos pantalones de chándal grises y una camiseta de la UCLA.

—Podemos decirle que se marche —propone—. Ni siquiera tienes que verla.

Niego con la cabeza. Ya la tenía presente antes, pero desde el aborto he estado pensando cada vez más en la familia, en la maternidad y en las madres y las hijas.

—No —respondo—. No importa qué más sea, es mi madre. Es de la familia.

—Te hizo daño.

Asiento porque no se puede negar la verdad.

—Lo sé. Pero a ti te hizo daño Sofia. Nos hizo daño a ambos. —Levanto la cabeza para mirar a Damien—. Ella también es de la familia, ¿verdad? ¿Acaso no es eso lo que dijiste?

Puedo ver en su rostro que tiene ganas de discutir y sé qué razones dará, porque yo también puedo darlas. Que Elizabeth Fairchild nunca ha sido una auténtica madre para mí. Que yo solo era una muñequita bien vestida para ella, jamás una niña. Y que en cuanto me convertí en un inconveniente dejé de serle útil. Al menos hasta que me casé con Damien. Solo entonces me volví interesante, y aun así, únicamente hasta que se dio cuenta de que no iba a conseguir ni un céntimo de mi marido.

Ya sé todo eso, de veras que lo sé. Y sin embargo sigo teniendo un agujero en el corazón que debería estar ocupado por el amor de una madre. Y aunque soy consciente de que mi hermana cayó por ese agujero y jamás consiguió salir de él, yo no puedo escapar de su persistente tentación.

—Cariño —susurra Damien con una voz que deja muy claro que sabe que ya lo he decidido—. Vas a salir herida.

—Es posible —reconozco—. Pero tú estarás aquí si eso pasa.

Me sobresalto cuando suena el timbre y me apresuro a abrir la puerta, aunque me detengo un instante para inspirar hondo antes de dejarla entrar.

—Madre. —Vacilo, pero me hago a un lado—. Pasa.

—Elizabeth —saluda Damien—. ¿Qué te trae aquí tan de repente?

Ella le brinda su sonrisa más encantadora.

—Estás tan apuesto como siempre, incluso con un atuendo tan poco atractivo. Y, como es natural, he venido por la tragedia. —Se vuelve hacia mí—. Te vi en el estreno. —Entra y se detiene mientras vuelve la cabeza de un lado a otro, contemplando la enorme estancia—. Era una más entre la multitud. Te llamé. ¿Me oíste?

—Te oí, madre. Estaba un poco preocupada con lo de perder a mi bebé y todo eso.

Ella chasca la lengua. Aunque no dice nada más, tengo la clara impresión de que me está criticando por dar semejante espectáculo.

Agarro con fuerza la mano de Damien, agradecida porque no haya dicho nada y se limite a devolverme el apretón.

Mi madre deja escapar un sonoro suspiro mientras se dirige hacia el sillón y toma asiento.

—Quise ir a verte al hospital, pero no sabía cuánto tiempo estarías allí.

—No pasa nada —replico—. No estaba de humor para visitas.

—Quieres decir que no querías verme. No, no discutas —prosigue, aunque no he hecho nada para contradecirla—. Es probable que sigas sin querer verme, pero hay ocasiones en que una chica necesita a su madre.

Aprieto los labios y asiento; todos los progresos que he hecho durante los últimos días para recuperarme parecen esfumarse cuando las lágrimas me anegan los ojos. Porque tiene razón. No cambiaría a Damien, a mis amigos y todo su apoyo por nada del mundo, pero no puedo negar que me habría gustado sentir los brazos de una madre rodeándome durante todo este trance.

Con todo, no soy tan tonta para pensar que la madre de mi imaginación es Elizabeth Fairchild. Y aun así crece dentro de mí un pequeño rayo de esperanza al que no sé si darle alas o aplastarlo bajo el tacón del zapato antes de que vuelvan a salirle espinas.

—Has vendido tu casa —interviene Damien, sin duda para llenar el silencio que empieza a crecer—. ¿Te has mudado a Los Ángeles?

—Sí —responde, y me ofrece una sonrisa perfecta—. Llevo un tiempo aquí.

—¿Dónde vives? —insiste Damien.

Mi madre parece molesta, pero sonrío de forma encantadora.

—Todavía no me he establecido. Ahora mismo estoy en un pequeño apartamento de alquiler en una bonita zona del valle.

Damien asiente, como si ella hubiera dicho algo fascinante.

Doy por sentado que está intentando ser educado. Yo soy mucho más

descarada.

—Me has estado observando —la acuso.

Ella se retuerce los dedos en su regazo.

—Sí, bueno, debes reconocer que la última vez que estuvimos juntas la cosa no terminó bien. Temía que no quisieras verme. Pero yo tenía muchas ganas de ver a mi niñita. No sabía si habías reparado en mí. No te habré molestado, espero...

—No —miento, evitando fruncir el ceño, porque puede que esté diciendo la verdad. La mandé de regreso a Texas antes de nuestra boda, dejándole muy claro que no tenía derecho a entrometerse en mi vida—. Ni mucho menos.

Mi madre junta las manos sobre su regazo.

—Sí, bueno, tenía que venir a pesar de todo. Ya tengo cierta edad y uno piensa en ese tipo de cosas. —Mira a Damien y le tiembla la voz al hablar—: Deseo de corazón arreglar la relación con mi hija.

Baja la mirada, y en el breve momento en que puedo ver sus ojos, creo ver lágrimas en ellos.

Se me encoge el estómago y pienso en Sofía, a la que sí creo, y en mi madre, a la que deseo creer, pero soy incapaz de hacerlo.

—No quiero molestarte —continúa—. Sé cuánto significa el trabajo para vosotros y estamos en pleno día. Mi intención era deciros que estoy aquí. Y daros esto.

Mete la mano en el bolso y saca una caja pequeña, que me entrega a mí.

La abro y encuentro una familiar cadena de oro con un colgante grabado. Un corazón con las iniciales NLF.

—Sigues siendo mi niñita —dice.

—Me acuerdo de esto. Creía que se había perdido.

—Lleva años en mi joyero —responde de forma frívola, como si se me tuviera que haber ocurrido mirar ahí cuando tenía nueve años y creía que

había perdido el regalo de mi hermana—. Te negabas a quitártelo ni para ir al colegio. No podíamos permitir que se perdiera, ¿verdad?

Siento una pequeña bola de fuego dentro de mí, así que aprieto el puño con fuerza y dejo que las uñas se me claven en la piel. He buscado como una loca este colgante, que creía haber extraviado. Me siento mal y sé que sin Damien a mi lado, cogiéndome la mano y manteniéndome centrada, lo primero que haría después de que mi madre se fuera sería buscar un cuchillo y cortarme hasta que esta horrible sensación me abandonara.

Me levanto con rapidez, asustada por el curso de mis pensamientos.

—Yo... debería volver al trabajo. —Mi madre enarca las cejas, lo que equivale a una orden silenciosa—. Gracias por el colgante —le digo sin ganas.

—Acompáñame a la puerta, cielito —pide y después mira a Damien—. No te importa, ¿a que no?

Está claro que sí, pero yo asiento, indicando que no pasa nada, y luego camino junto a mi madre.

—Debes saber que las cosas pasan por una razón —empieza cuando nos detenemos junto a la puerta abierta—. Los bebés requieren mucho tiempo y ambas sabemos lo egoísta que puedes ser en lo que se refiere a las cosas que quieres hacer —sentencia. Me quedo mirándola—. Nichole, sabes que tengo razón. Mutilaste tu propio cuerpo solo porque querías molestarme.

Me quedo paralizada, estupefacta por sus palabras. ¿Para molestarla? Me estaba ahogando en la vida de los concursos de belleza. Obligada a ser su muñeca de cuerda, su monito de feria. Supliqué que parara, que lo dejáramos en un solo concurso al año. Supliqué cualquier tipo de desahogo que ella me concediera, pero me lo negó todo.

Ya había empezado a autolesionarme por entonces; era la única forma de aferrarme a mi cordura, de mantenerme anclada al mundo y no salir volando

hacia una espantosa y deprimente pesadilla. Pero tenía cuidado de no cortarme nunca donde se me viera cuando me ponía un vestido de noche o un traje de baño, porque sabía cuáles serían las consecuencias si mi madre se enteraba de mi flaqueza.

Sin embargo, al final me harté. Y cuando comprendí que ya no podía seguir soportándolo me corté en una zona bien visible. En las caderas. En los muslos. La peor fue en la cara interna del muslo; todavía tengo una marcada cicatriz donde me hice un corte demasiado profundo y, con los nervios, me lo curé yo misma con pegamento adhesivo instantáneo, cinta aislante y un vendaje elástico compresivo.

Ese fue el fin de mi carrera en los concursos de belleza. Y, por lo que respecta a mi madre, fue una enorme ofensa a su reputación y su posición social.

—Pero, como es natural, tienes mucho éxito —continúa con calma, como si no estuviera arrojando palabras tal que fueran granadas—. Tu empresa. Un marido rico. —Se acerca para besarme en la mejilla, y aunque me retiro, el marco de la puerta me lo impide—. Recuerda solo qué le pasó a Ícaro cuando voló demasiado cerca del sol. Puede que perder a este bebé fuera tu forma de precipitarte de nuevo hacia la tierra.

Quiero replicarle, decirle que está loca, que se equivoca y que es una mala madre.

Pero soy incapaz de encontrar las palabras. Solo puedo pensar en lo mucho que en los últimos días he anhelado sentir una cuchilla. En lo mucho que he deseado la liberación que eso me proporcionaría. En cuánto lo he necesitado para volver a centrarme.

Y por eso guardo silencio. Porque si ella me dice que no tengo derecho a ser madre, puede que tenga razón.

Damien me apoya las manos en los hombros cuando la puerta se cierra y mi madre se marcha. Empieza a masajearme los músculos con lentitud hasta hacerme suspirar; ojalá pudiera librarme del malestar que me ha dejado por dentro.

—¿Quieres contármelo? —pregunta.

Cierro los ojos por el inmenso placer de su tacto y por la agonía de las palabras de despedida de mi madre.

—Sí. No. Más tarde. —Tomo aire—. Es solo mi madre. La de siempre.

Damien interrumpe el masaje.

—¿Estás segura?

Me mantengo de espaldas a él, porque sé que si me doy la vuelta verá el dolor renovado en mis ojos, y ambos hemos sufrido ya demasiado.

—Solo quiero ponerme a trabajar de nuevo —respondo con sinceridad—. No deseo pensar en ella ni un minuto más.

Damien hace que me dé la vuelta entre sus brazos y examina mi cara. No creo que esté convencido, pero me conoce lo bastante para no presionarme. Al menos por el momento.

Dado que el trabajo es el mejor remedio contra mi madre, vuelvo arriba, donde Noah sigue enfrascado en su labor. Hablo con él y luego me sumerjo

de nuevo en la creación del proyecto, lo que hace que el resto del mundo desaparezca.

Hay tanto por hacer que cojo el ritmo con facilidad y dejo que mis obligaciones laborales sean lo más importante, que actúen como un bálsamo contra el persistente dolor.

Trabajamos sin descanso durante el resto de la semana, y cuando llega el viernes estoy segura de que lo tendré a tiempo. De hecho, todo parece mejor. La vida ha vuelto a su ser. Damien ha empezado a ir de nuevo a la oficina en lugar de trabajar desde casa, yo he realizado cuatro magníficas entrevistas telefónicas a cuatro posibles nuevos empleados, y Noah y yo progresamos en el borrador del proyecto de Greystone-Branch a un ritmo que supera mis expectativas.

Hemos terminado otra tarea cuando Noah se levanta para estirar los músculos. Yo también me pongo en pie.

—¿Sabes qué? —digo—. Vamos a dejarlo por hoy.

Noah se inclina hacia un lado, con la cabeza ladeada y el ceño fruncido mientras me mira de arriba abajo.

—Te pareces a Nikki Stark...

—Ja, ja. —Cojo mi jarra de café y me acerco a la cafetera para llenármela de nuevo—. Vamos por el buen camino y lo estamos haciendo bien. Así que nos hemos ganado poder relajarnos y disfrutar. Tómate la tarde libre. Damien y yo podemos trasladar todo este desorden a mi despacho durante el fin de semana —añado refiriéndome al desbarajuste de papeles y montones de carpetas—. Podemos terminar el mes allí, y antes de que te mande a trabajar a la torre Stark me ayudarás a prepararme para mi primera presentación de los avances en Dallas. ¿Te parece bien?

—Me parece genial. Y me alegro de tener una tarde y un fin de semana libres.

—Deberías hacer algo divertido. Ve a la playa. Aprende a hacer surf. O podría buscarte a alguien que te enseñe. A saber adónde podría llevar.

Espero que acepte mi ofrecimiento. Cuanto más conozco a Noah, mejor me cae. Es ingenioso, divertido y centrado. Pero también es callado y está atormentado.

—Gracias por el ofrecimiento —responde—. Pero te prometo que sé cómo ocupar un fin de semana.

Evito fruncir el ceño, porque en realidad no me lo creo. En cualquier caso, recuerdo que Jane me habló de su esposa desaparecida, a la que han declarado fallecida hace poco. Aunque Noah haya estado a punto de pasar página, puedo ver que ese cambio en la situación lo frena.

Pero me cae tan bien que desearía poder ayudarlo.

—¿Estás segura de que quieres dejarlo por hoy? —pregunta mientras recoge sus cosas y se detiene un momento para rascar a Sunshine en la cabeza—. Puedo quedarme. Podemos terminar otra buena porción.

—No —mantengo con firmeza—. Es hora de descansar.

Resulta que sé que Damien tiene una agenda poco apretada hoy. Y ahora que empieza a salir de nuevo el sol en el mundo, pienso tomarme un descanso del trabajo muy diferente.

—Muy bien.

Noah se quita las gafas y las deja sobre la mesa, recordándome a un superhéroe que se despoja de su personaje mortal. Y cuando me brinda una sonrisa encantadora solo reafirma mi opinión de que es una lástima que no le interese salir con nadie. Porque se me ocurre una docena de chicas de Stark International que se enamorarían de él en un abrir y cerrar de ojos.

Coge el maletín del ordenador y se dirige a la escalera al mismo tiempo que revisa una lista de cosas que tenemos que asegurarnos de abordar el lunes.

—Vete —le digo riendo—. Y procura pasar al menos cinco minutos del fin de semana haciendo algo que no sea pensar en código informático, ingeniería o cualquier chisme nuevo que estés inventando en esa cabecita.

—Sí, jefa —responde.

Pongo los ojos en blanco y reprimo una sonrisa.

En cuanto se marcha, me siento de nuevo a la mesa y cojo el teléfono. Sunshine se acerca y se me sube de un salto al regazo, así que le rasco detrás de las orejas. Llamo a Damien entre los ronroneos de la gata.

Él responde al primer tono.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Fairchild?

—He mandado a Noah a casa —le informo con un tono en el que va impresa una invitación.

—¿De veras? —Noto el deseo alzándose en su voz y siento que mi cuerpo se tensa de necesidad—. Qué información tan interesante.

—Por lo que he oído, eres experto en coger información y utilizarla en tu provecho.

Dejo a Sunshine en el suelo para poder levantarme. Estoy impaciente por moverme, este simple coqueteo subido de tono con mi marido me levanta el ánimo.

—Es una reputación muy merecida. Puede que tenga que demostrárselo.

—¿Cómo de rápido puedes venir?

—Cronométrame —replica.

No puedo evitar reír.

—El tiempo corre, señor Stark.

—Pronto, señora Fairchild.

Y cuelga. Yo me quedo sonriendo como una boba en mi cocina; parece que nos estamos recuperando de verdad. Que estamos volviendo a la normalidad.

Tarareo mientras abro una botella de vino y me sirvo una copa. He tomado un solo sorbo cuando suena el timbre de la puerta. Frunzo el ceño, porque no tiene sentido. Gregory ha ido a comprar, así que empiezo a bajar la escalera. Estoy a punto de llamar a recepción para preguntar cómo es que alguien ha conseguido llegar a la puerta del piso cuando recibo un mensaje de Jimmy en el que me dice que hay una entrega y que les ha dado permiso para dejarla en el porche.

Presa de la curiosidad, acelero el paso. Me pregunto si Damien me ha preparado una sorpresa. Abro... y me quedo paralizada al ver la caja gruesa y plana y las palabras impresas en un lateral: «Cuna de bebé, blanca, dibujos de animales».

La pena me golpea con la fuerza de un puñetazo. Mi cuerpo se torna laxo, la copa de vino se me cae de los dedos y me tambaleo hacia atrás mientras me llevo la mano a la boca y las lágrimas ruedan por mi cara.

«No.»

La palabra me atraviesa con tanta fuerza que me siento magullada por dentro. Y es lo único en lo que puedo pensar. Simplemente... «No.» No hay nada más. Solo negrura. Solo la sensación de pérdida.

Mis pies subiendo la escalera de forma pesada y mi cuerpo moviéndose por la casa; me duelen las rodillas al caer sobre el suelo de mi vestidor porque quiero alejarme. Quiero esconderme.

Todo estaba yendo mejor. Creía que estaba mejorando. Pero no es así.

Santo Dios, no es así.

Un solo símbolo, un único recuerdo y todo se desmorona. Y el mundo se me viene encima, demostrando que los progresos que habíamos hecho eran solo un camuflaje. Creía que mi vuelta al trabajo era la prueba de que estaba mejorando. Pero era otra máscara más. Un bálsamo para el dolor. Y ahora

que me han arrancado el vendaje de manera brutal, no sé si puedo sobrellevarlo.

Quiero a Damien; lo necesito. Pero no está aquí y me siento muy perdida.

Me duele el pecho, resuello e intento coger aire entre los sollozos que sacuden mi cuerpo. Necesito algo... No, algo no. Necesito dolor. Liberación.

«Necesito cortarme.»

Un solo corte con una cuchilla para aplacar la tormenta que ruge dentro de mí. Sentir el acero contra mi piel y nada más. Una pasada rápida y estaría hecho. Un solo corte. Una sola y nítida raya de sangre.

Sería suficiente.

Y sería muy fácil. Muy, muy fácil.

Ya respiro con más tranquilidad, así que me pongo en pie y voy hacia la escalera con ruedas, como la de una biblioteca. La desplazo hacia el rincón y subo hasta el final. Hay una caja de sombreros decorativa al fondo, la acerco a mí y luego bajo con cuidado y la dejo en el suelo.

Me arrodillo junto a la caja y quito la tapa. Está llena de recuerdos. Escudriño entre ellos, en busca del pequeño estuche de piel con escalpelos antiguos que guardo aquí. No porque pensara que iba a necesitarlos, sino como recordatorio de que tenía la fuerza suficiente para no volver a tocarlos.

Pero no tengo esa fuerza. No soy fuerte.

Ahí está el estuche de piel marrón, suave por el uso. Lo saco, lo sostengo en la palma de mi mano e imagino las brillantes hojas. La forma en que los afilados instrumentos relucirán como hadas bajo la tenue luz de este vestidor. Y la sensación del frío acero sobre mi piel, tan caliente. La liberación. Ese dolor agudo y exquisito que puede vencer la rabia que mora dentro de mí.

Abro el estuche despacio y contemplo esas perfectas y hermosas hojas.

Puedo hacerlo.

Necesito hacerlo.

Quiero hacerlo. Joder, lo quiero. Lo quiero, lo quiero, lo quiero.

Pero no lo hago.

Lo que quiero es a Damien, y con un grito de frustración tan desgarrador que me duele la garganta arrojé el juego de escalpelos por el vestidor. La funda, aún sin cerrar, se estrella contra la pared junto a la puerta abierta, y los instrumentos salen despedidos de sus compartimentos por el golpe y se desperdigan por el suelo.

Me dispongo a lanzarme a por ellos y me obligo a retroceder profiriendo un feroz grito:

—¡No!

Y entonces me hago un ovillo junto a la isla de granito, aprieto la frente contra las rodillas y lloro.

Continúo en el suelo cuando noto las manos de Damien en mi espalda primero y luego agarrándome de la cintura.

—¿Te has cortado? —Me da la vuelta y sus manos recorren mis piernas con movimientos bruscos y una expresión resuelta en los ojos—. Joder, Nikki, hay escalpelos tirados por todo el suelo. ¿Te has cortado?

—No —respondo con voz entrecortada—. Quería hacerlo... Creo que tenía la intención de hacerlo, pero no. No, te juro que no.

Damien me aplasta contra él y me besa en los labios, la cara, el cabello. Me mece contra su pecho, abrazándome con tanta fuerza que a duras penas puedo respirar.

—Nikki, ay, Dios mío, Nikki. He llegado a casa. La puerta estaba abierta y la caja de esa puñetera cuna estaba ahí. Entonces he visto la copa de vino rota, añicos por todas partes. No te encontraba, cielo. Joder, he tardado una eternidad en dar contigo. —Se le quiebra la voz y agacha la cabeza para

apoyar la frente en la mía—. Lo siento mucho. No estaba aquí, cielo. Lo siento mucho, muchísimo.

No soy consciente de que he empezado a llorar de nuevo hasta que intento hablar y me atraganto con mi propio llanto. Me doy por vencida y me aferro a Damien, dejando que las lágrimas fluyan mientras él me mece.

—Creía que estaba mejor —digo cuando por fin soy capaz de hablar—. Creía que me estaba recuperando. Yo no... No... —Meneo la cabeza y lo intento de nuevo—. No sé qué ha pasado. He visto el estuche y yo solo...

Un sollozo me desgarrar y me estremezco, después bajo la mirada, avergonzada.

—No. —Me levanta la cabeza—. Cuéntamelo.

Lo miro a los ojos y veo mi mismo dolor reflejado en ellos.

—No es solo haber perdido el bebé —susurro—. Es que probablemente jamás pueda tener uno.

—Cariño —murmura, y la palabra encierra tanto dolor que temo que voy a empezar a llorar otra vez.

—Hemos perdido más que un hijo, Damien. Hemos perdido la posibilidad de tener un hijo. Es como si hubiera perdido el futuro para ambos. Nuestro futuro.

—No —asevera de forma tajante—. No, cariño.

—Creía que me estaba reponiendo —repito una vez más—. Pero no sé cómo seguir adelante. No puedo —digo mientras nuevas lagrimas caen por mis mejillas—. No puedo hacer esto sin ti.

—Cielo, estoy justo aquí.

—No. No —insisto, y esta vez mi voz surge con fuerza, alimentada por la misma tristeza y frustración que me hace ponerme en pie—. Tú no estás aquí. Pero tienes que estar, maldita sea. Estás tan destrozado como yo, ¿es que no lo ves? —Me paseo por todo el vestidor, con el corazón retumbándome en el

pecho—. Fuiste a por Tanner. Estás apaleando ese saco de boxeo. Estás sufriendo y buscas desahogarte donde puedes, pero no conmigo, Damien. — Se me quiebra la voz—. No conmigo.

Él me mira y mientras se pone en pie veo un nuevo tipo de dolor en sus ojos. El dolor del reconocimiento. Del arrepentimiento.

—Nikki...

Pero no he terminado.

—Me tratas con guantes de seda —continúo—. Pero, joder, sabes qué es lo que necesito. Y tú también lo necesitas. Sin embargo, nos lo niegas a los dos porque me tratas como si fuera algo frágil. Pero no soy frágil; soy fuerte. Tú mismo me lo dices siempre. Sin embargo, soy fuerte contigo, Damien. Sin ti me quiebro. Sin ti soy eso —declaro señalando los escalpelos en el suelo—. Por favor —suplico—. No te contengas. No te alejes de nosotros. Tú me ves con total claridad. Siempre lo has hecho. Así que no finjas que no me entiendes. Ayúdame —le ruego; mis palabras surgen como una cascada salvaje y accidentada—. Ayúdame a ser fuerte y...

Pero no termino porque me empuja hacia atrás aplastándome contra el perchero de ropa mientras sus manos me sujetan la parte superior de los brazos con firmeza y su boca acomete contra la mía con tanto fervor que nuestros dientes chocan y noto el sabor de la sangre.

—¿Es esto lo que necesitas? —pregunta toda vez que se separa lo suficiente para tirar del cinturón de mi bata de seda, que cuelga a pocos centímetros a su derecha—. ¿Quieres que te tome con fuerza? ¿Que te folle? ¿Que te use? ¿Quieres sentir el ardor de mi palma en tu trasero? ¿Quieres que te ate para que no puedas escapar? ¿Para que tengas que sentirlo todo? ¿Placer, dolor, imparable e implacable?

—Sí —susurro cerrando los ojos.

Damien sabe bien lo que necesito, y que por fin haya vuelto restalla en

todo mi ser como una tormenta. Estoy muy excitada y profundamente aliviada. Mi cuerpo está en llamas. Noto mis pechos pesados, los pezones erectos. Y estoy muy húmeda.

Damien desliza las manos por mis brazos hasta las muñecas y me obliga a levantarlos. Jadeo, abro los ojos de golpe y me derrito un poco más al ver la descarnada pasión y el deseo en su rostro. Utiliza un extremo del cinturón para atarme las muñecas y el otro lo anuda a la barra para colgar la ropa, de forma que me veo obligada a mantenerme erguida con los brazos por encima de la cabeza.

Llevo puesta ropa informal para trabajar, una sencilla blusa de tirantes de seda y una falda de tubo. Su dedo baja desde mi muñeca hasta el tirante de la blusa, trazando a continuación el escote en forma de pico contra mi piel.

—¿Te gusta esta blusa? —pregunta, pero antes de que pueda responder agarra cada lado del escote y tira como si fuera una chaqueta. La delicada tela se desgarrá, dejando al descubierto mi sujetador. El sonido que hace es brusco y peligroso... y maravillosamente seductor—. Te compraré otra —susurra mientras me baja el sujetador y libera mis pechos. Después me pellizca un pezón con tanta fuerza que grito—. Dime por qué —exige pellizcándome aún el pezón. Se acerca para susurrarme al oído—: Dime por qué has pensado en autolesionarte. Dime por qué necesitas el dolor.

—Porque...

Las sensaciones que me inundan hacen que no consiga pronunciar las palabras. Dolor. Placer. Excitación. Deseo.

Parece que un cable conecte mi pecho con mi coño, mis muñecas, mis labios y con cada célula de mi cuerpo. Estoy tan excitada que hasta el más mínimo roce del aire en mi clítoris me haría estallar, pero no quiero eso. Todavía no. Quiero quedarme aquí, al filo de la navaja, tambaleándome en ese espacio entre el dolor y el placer, el deseo y la satisfacción.

Damien lo sabe; maldito sea, siempre lo sabe. Y doy gracias a Dios de que haya vuelto y que por fin..., por fin..., me esté llevando allí.

—Dime —insiste—. ¿Por qué necesitas el dolor?

—Para cambiarlo —respondo, obligándome a pronunciar las palabras—. Para absorberlo, cambiarlo y vencerlo. Para saber que puedo ganar. —Lo miro a los ojos—. Para controlarlo y convertir algo duro en algo excepcional.

—Convertir el dolor en placer —murmura pellizcándome el pezón con más fuerza—. ¿Es eso lo que yo te doy? ¿Es lo que quieres?

—Sí —digo—. Dios mío, sí.

—Buena chica.

Me suelta el pezón y grito cuando la sangre retorna con fría y punzante rapidez; la sensación es como una descarga que se propaga desde mi pecho hasta mi sexo.

—¿Y qué necesito yo, cielo? —pregunta mientras me da la vuelta para que mire hacia la ropa colgada—. ¿Por qué tenerte aquí me la pone dura? ¿Por qué verte atada y con el trasero rojo por la palma de mi mano hace que desee follarte hasta que grites mi nombre?

—Control —susurro, y oigo que Damien exhala de golpe, de acuerdo conmigo—. Porque aunque el mundo se derrumbe a nuestro alrededor y parezca que no puedes controlar nada, sigues pudiendo controlarme a mí. Por favor —suplico, pues sus palabras me han llevado aún más lejos—. Por favor.

Damien me levanta la falda y me baja las bragas de un tirón hasta los tobillos. Me despojo de ellas e imagino la fuerza de su palma. Lo ansío. Mucho más dulce que la cuchilla, y sin embargo me da algo a lo que aferrarme para poder salir del lodazal.

—Yo siempre te daré lo que necesitas. —Recalca la última palabra con un azote en mi trasero. Grito e imagino la zona enrojecida, pero cierro los ojos

mientras él me pasa la mano por la tierna piel—. Lo que necesites y como lo necesites —continúa. Me azota de nuevo, deslizando esta vez los dedos entre mis piernas después del impacto y gimiendo al encontrarme mojada, abierta y lista—. Eso te gusta.

No se trata de una pregunta, y me alegra que él sepa la respuesta, porque estoy demasiado excitada para dársela. Oigo su cremallera y a continuación el débil susurro de la tela cuando se quita la ropa. Y cuando doy por hecho que va a presionar su polla contra mí, en su lugar siento sus dedos recorriendo mi perineo y haciéndome temblar de impaciencia.

Me azota una y otra vez. Cuatro veces, cinco, hasta que ya no puedo soportarlo. No el dolor, pues se ha transformado en algo cálido e irresistible, sino el desesperado palpitar. La necesidad de sentirlo dentro de mí. Y le ruego que por favor me folle.

—Lo que necesites —dice, esta vez con la voz tirante.

Me obliga a darme la vuelta y, con las muñecas todavía atadas, me coge en vilo para que lo rodee con las piernas mientras me penetra, sosteniéndome el trasero con una mano y poniéndome la otra en la espalda para evitar que me caiga.

Estoy completamente abierta, vulnerable, y él tiene todo el control. Me toma con fuerza y rapidez, hundiéndose tan adentro en mí que tengo la sensación de que voy a partirme en dos. Y cuando me sobreviene un violento orgasmo me estremezco en sus brazos mientras mi sexo se contrae a su alrededor, acogiéndolo más, hasta que estalla y me abraza con fuerza, suspendida en el aire al tiempo que mis sentidos vuelven a descender a la tierra.

Cuando podemos movernos de nuevo, hace que baje las piernas y luego desata el cinturón. Nos dejamos caer al suelo y nos acurrucamos uno junto al otro.

—Lo siento mucho —murmura—. No era mi intención apartarte. Nunca quise que existiera ninguna distancia. Solo quería que tuvieras ocasión de curarte.

—¿Cómo puedo hacerlo sin ti?

—¿Cómo podemos hacerlo si no es juntos? —dice, y esa es disculpa suficiente para mí.

Cuando por fin salimos del vestidor Damien me coge de la mano.

—Ve a vestirte —dice—. Tenemos que hacer una cosa.

No sé qué tiene en mente, pero me pongo unos vaqueros y una camiseta y lo sigo hasta la sala de estar de la tercera planta. Echa un vistazo a la habitación y al final coge la maceta de margaritas que me enviaron Jamie y Ryan.

—Vamos —dice guiándome hacia la escalera.

Lo sigo afuera y vamos hasta el extremo de la casa, donde hay un pequeño jardín con flores. Alguien ha dejado una pala pequeña en el banco, y dado que conozco al personal lo suficiente para saber que ninguno abandonaría de cualquier modo una herramienta, estoy segura de que ha sido Damien quien la ha puesto ahí antes.

Lo miro con curiosidad.

—¿Qué vamos...?

—Vamos a plantar las flores —responde—. En su memoria.

Me escuecen los ojos, pero no lloro. En su lugar asiento, un poco abrumada y muy triste. Después me arrodillo y cojo la pala que él me ofrece. Excavo un hoyo, Damien coloca las flores dentro y vuelvo a echar la tierra alrededor.

Nos quedamos ahí sentados durante un momento y me percató de que no sé qué decir. Pero Damien habla primero:

—Descansa en paz, dulce bebé —murmura, y yo asiento.

«Eso es suficiente», pienso.

Nos sentamos en el banco y compartimos el agridulce instante en silencio, hasta que por fin puedo hablar.

—Mi madre me dijo que era lo mejor. —No se lo conté en su momento, pero ahora quiero que lo sepa. No solo lo que ella me dijo, sino que ya puedo superar sus palabras—. Me dijo que jamás podría ser una buena madre.

Damien estudia mi rostro con la mirada.

—¿La crees?

—No. La creí... o quise hacerlo. Fue como una patada en el estómago. —Esbozo una sonrisa sarcástica—. Ya me siento más fuerte.

—Tu madre es imbécil, porque habrías sido una madre extraordinaria para ese niño. Lo sabes tan bien como yo, pero dejaste que esa mujer te convenciera. No se merece pisar el mismo suelo que tú, y menos aún meterte ideas en la cabeza.

—Lo sé —digo.

Sin embargo, no debo parecer convincente, porque Damien continúa:

—¿Piensas que porque te autolesionas serás mala madre? Yo pienso que el hecho de que luches contra la tentación, que demuestres tu fortaleza de manera constante, es la prueba de que serás una madre extraordinaria. —Me aprieta la mano mientras dejo que sus palabras me envuelvan y me infundan otro tipo de fuerza—. ¿Dice que eres débil? No lo eres. Pero aunque lo fueras, ¿y qué? La fortaleza sin la debilidad no es nada. Pero tú, cielo, tú puedes señalar lo lejos que has llegado.

—Contigo a mi lado —le recuerdo.

—Y tú al mío. Eres mi fuerza, Nikki. Ambos lo sabemos. Y no hay por qué sentirse avergonzando por necesitar a la persona a la que amas. —Su sonrisa se refleja en sus ojos—. En realidad, pienso que esa es la finalidad.

Me echo a reír y noto el sabor salado de mis lágrimas al hacerlo.

—Te quiero —digo.

Luego le cojo la mano mientras contemplamos las margaritas recién plantadas.

«Es hora de seguir adelante», pienso. Y con Damien a mi lado sé que puedo hacerlo.

Las semanas siguientes pasan deprisa y plácidamente, lo que reafirma mi certeza de que, si bien no nos hemos repuesto del todo todavía, no cabe duda de que vamos por el buen camino.

Noah ya no trabaja para mí, aunque me ayudó a investigar a los dos nuevos empleados que ocuparon su lugar y que se están adaptando con rapidez. Eric y Abby, que no solo son competentes, sino además simpáticos.

He hecho un par de viajes a Dallas y Damien ha venido conmigo las dos veces. Las reuniones fueron bien, y todo lo relacionado con el proyecto va como la seda. De hecho, incluso llevamos una semana de adelanto.

Lo mejor de todo es que no hay fantasmas en Dallas.

En estos momentos estoy sentada a mi mesa en silencio antes de que lleguen Eric y Abby y repaso mis notas de la conferencia de la noche pasada con Bijan. Quiero ordenarlas cuanto antes para poder pasárselas a Abby y que ella se ocupe, ya que yo tengo que encargarme de otra cosa.

Durante la última semana solo he pensado en el trabajo. Me he pasado horas metida en internet, leyendo e investigando. Sé con exactitud qué quiero hacer.

Y espero con toda mi alma que Damien esté de acuerdo conmigo.

Abby asoma la cabeza por mi despacho a las nueve menos cuarto, agitando

sus rizos rubios.

—Hola, solo quería avisarte de que ya estoy aquí. Me voy a poner de lleno a solucionar los problemas de...

—Espera —digo—. Acabo de mandarte un correo electrónico con las notas de la conferencia de anoche. ¿Puedes revisarlas, priorizar las tareas y repartir el trabajo entre Eric y tú?

—Claro. —Frunce el ceño—. ¿No quieres hacerlo tú?

Me echo a reír por lo bien que me conoce en tan poco tiempo.

—Estoy trabajando en mis dotes para delegar —replico—. Además, tengo que ir a un sitio. ¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto —responde irguiéndose. Es joven pero ambiciosa, y eso se ve ahora que le he encomendado este proyecto—. Tómame tu tiempo —dice—. Tómame el día si lo necesitas.

—Puede que lo haga —replico, y cojo el bolso—. Te avisaré.

Sonrío mientras bajo por la escalera hasta el vestíbulo y de ahí al garaje. Y esa misma sonrisa continúa en mis labios cuando llego al campamento de la Fundación Infantil Stark.

Damien ya está ahí, apoyado contra un poste de madera tallado y respondiendo emails desde el móvil. Levanta la vista al verme, con el ceño fruncido.

—¿Debería preocuparme?

—¿Preocuparte? ¿Por qué?

Ladea la cabeza y empieza a llevar la cuenta de los motivos con los dedos.

—Porque estás enfrascada en el proyecto, anoche hablaste con Bijan y no dejarías a Abby o a Eric al mando tan pronto sin una buena razón.

—Muy cierto todo. Tengo una buena razón. Pero no hay nada de qué preocuparse. —Me encamino hacia el sendero que rodea el edificio principal—. Quiero enseñarte una cosa.

Caminamos juntos hasta la parte de atrás del edificio y después subimos la escalera que conduce a una terraza de la segunda planta. Desde allí tenemos una buena vista del campamento y todos los chicos están fuera. Unos juegan a la pelota, otros nadan. Unos pocos montan a caballo a lo lejos. Algunos están sentados en grupos, charlando entre ellos.

Todos parecen felices.

—Tú has hecho esto, lo sabes —empiezo. Veo la expresión inquisitiva en su cara cuando se vuelve para mirarme—. Este lugar —explico—. Lo construiste y es alucinante. Gracias a ti hay vida en la cara de estos niños. Saben que alguien se preocupa por ellos.

—Sí —acepta, aunque parece un poco confuso—. Ese es el principal objetivo de la fundación.

—Tu fundación. —Le cojo la mano—. Serás un padre increíble, ¿sabes?

Oigo que contiene la respiración. No hemos hablado de tener hijos desde hace semanas, aunque sé que ambos nos sentamos en el banco junto a las margaritas con frecuencia.

—No te hagas esto, cielo —dice en voz queda—. No me lo hagas a mí.

No respondo. Me limito a tirar de él.

—Sígueme —ordeno, y lo llevo por la puerta que va de la terraza a la segunda planta del edificio.

Subimos la escalera y recorremos el pasillo hasta su despacho. Dentro, me meto en su ordenador y abro una página web que he dedicado mucho tiempo a explorar.

—Mira —digo señalando la pantalla.

Damien se centra en ella tanto tiempo que empieza a preocuparme que deseche la idea. Entonces se vuelve hacia mí y veo la misma esperanza en su rostro que yo albergo en mi corazón.

—Adopción. ¿Quieres adoptar un bebé chino?

—Uno que esté en edad de caminar, de hecho. —Tomo su mano—. Quiero hacer esto. Quiero una familia, Damien. Y quiero que nosotros tengamos una familia.

No puedo negar la ironía mientras pronuncio las palabras. Durante mucho tiempo he deseado montar mi empresa primero y después preocuparme de los niños. Ahora solo pienso en formar una familia. Es una triste realidad que son muchas las probabilidades de que jamás pueda volver a sentir un bebé creciendo dentro de mí. Pero eso no significa que no pueda ser madre.

Damien se da la vuelta para volver a mirar la pantalla.

—Todos tienen algún tipo de necesidad especial —aduce leyendo la información.

—Sí —convengo—. En casi todos los casos son relativamente leves. Pero todos los bebés en adopción se consideran con necesidades especiales. Los llaman «niños en espera». Necesitan nuestra ayuda igual que los niños de aquí. —Me coloco detrás de él para poder ver también la pantalla, con las manos apoyadas en sus hombros—. En realidad, primero pensé en adoptar uno de los niños de la fundación. Es decir, muchos de ellos necesitan un hogar permanente. Pero pensé que sería como dar un trato especial a uno de ellos, y no quería herir los sentimientos de los demás.

—Sí, eso tiene sentido —admite.

Lo rodeo para colocarme a su lado y poso la mano en la mesa.

—Así que ¿de verdad te gusta la idea?

Pensé que tal vez tuviera que ir convenciéndolo poco a poco. Darle tiempo para asimilarlo. Pero parece preparado. Joder, parece ansioso.

—Me gusta. Para serte sincero, últimamente he estado pensando un poco en la adopción.

—¿De veras? —Que los dos pensemos lo mismo hace que me anime por dentro—. ¿Y no te molesta que el niño no sea nuestro hijo biológico?

—¿Estás de coña? —se mofa—. La sangre es biología. No es familia.

Mi sonrisa se ensancha tanto que casi resulta dolorosa.

—Deja que te enseñe otra cosa. —Me coloco a toda prisa delante de Damien para poder sentarme al teclado—. Sé que es muy precipitado —alego mientras muevo el ratón y clico en los enlaces hasta que encuentro la imagen que busco; una niña pequeña de casi un año, con cara y ojos tristes, que me enamoraron nada más verla—. Vi su foto y me conquistó. Necesita una familia, Damien —declaro—. Creo que nos necesita.

Levanto la mirada hacia él. Le tiembla un poco la barbilla mientras posa la yema de los dedos en la pantalla del ordenador.

—Sí —responde en voz queda—. Creo que nos necesita.

Durante los días siguientes asistimos a una serie de cenas y cócteles con amigos para poder compartir la noticia. Todos se muestran entusiasmados, pero creo que el grito de Sylvia fue el más alto. Imagino que es lógico, ya que, a fin de cuentas, ella adoptó a Ronnie justo después de casarse con Jackson.

Jamie casi me aplastó las costillas con la fuerza de su abrazo y luego prometió ser la mejor tía del mundo.

—En serio —dijo—. La mejor tía. Hasta me apuntaré a clases para lograrlo si es necesario. Por si acaso hay reglas y eso.

Por su parte, Ryan le dio una masculina palmada a Damien en la espalda y luego le dijo que tenían que irse a fumar un puro al patio para celebrarlo.

Evelyn se quedó muda de la emoción, pero consiguió mantener la compostura. Sofía aplaudió como una niña y se dispuso a abrazar a Damien. Se frenó, me miró y solo lo abrazó cuando yo asentí con la cabeza.

Frank fue quien de verdad me sorprendió. Vi lágrimas sinceras en sus ojos,

y cuando me abrazó y me dijo que estaba orgulloso de mí me puse a llorar.

Pero esas son las personas que sabía que nos apoyarían. He quedado con mi madre dentro de una hora y no espero la misma cálida acogida.

—No tienes por qué contarle nada —dice Damien.

Estamos en el apartamento de la torre y me paseo por delante del ventanal con vistas a la ciudad.

—Sí que tengo que hacerlo —respondo, aunque no puedo explicar el porqué de mi empeño.

Quizá espero darle una última oportunidad. O quizá me esté tirando piedras a mi propio tejado al insistir con el tema para tener por fin la fuerza necesaria para cortar toda relación.

Sea como sea, estoy a punto de bajar al centro comercial. Le he dicho que quería quedar para tomar café en el Java B's.

—¿Te acompaño? —pregunta Damien.

—Me gustaría. Pero creo que preciso hacer esto yo sola. Si te necesito, estás a solo cincuenta y siete pisos.

Damien se acerca para darme un beso.

—Nunca estoy tan lejos.

Asiento y me aferro a él durante un momento.

—Deséame suerte.

—Suerte —dice, y me acompaña al ascensor. La cabina ya está ahí, pero Damien me coge del brazo antes de que me monte—. He figoneado un poco —declara—. La casa de tu madre en Dallas iba a ser embargada.

—¿Qué?

—Está sin blanca —explica—. No sé por qué ha venido a Los Ángeles en realidad, pero tengo la sensación de que piensa que hay un día de cobro al final del camino.

Asiento, para nada sorprendida y aun así un poco asombrada.

—Quería que lo supieras antes de que hablaras con ella.

—Vale. Gracias. —Me pongo de puntillas para besarlo—. Supongo que lo averiguaremos —digo, y entro en el ascensor.

No tardo en salir y cruzar el vestíbulo hasta el centro comercial. Mi madre ya ha llegado y aguarda, con una postura perfecta junto a la fuente.

—Hay mesas ahí —le digo—. Coge sitio mientras voy a por un par de cafés con leche.

Ella así lo hace, y aprovecho los breves momentos mientras pido y espero las bebidas para recomponerme. A continuación voy a la mesa y decido ir directa al grano.

—Quería verte para poder comunicarte la noticia. Damien y yo hemos decidido adoptar.

—¿De veras? —Enarca las cejas de forma casi imperceptible.

—En China —prosigo—. Hemos presentado el papeleo inicial para una niña. Vamos a reunirnos con la agencia mañana y luego empezaremos con el proceso de adopción. Y la espera.

—¿Proceso de adopción? —pregunta—. ¿En el que un desconocido va a casa a evaluarte?

Esbozo una sonrisa alegre.

—Sí. Eso mismo.

—Hum —dice, y toma un sorbo de café—. Y ¿vais a adoptar en China? La hija de mi amiga Angelica acaba de adoptar en China. Ella también era estéril. —Su voz es como uñas rascando una pizarra—. Tengo entendido que a todos los niños les pasa algo.

La ira se enrosca como un puño en mi estómago y me digo que debo ignorarlo.

—Yo no lo expresaría así, pero todos los niños del programa tienen necesidades especiales.

—¿Y el que te interesa? ¿Qué le pasa?

Me aporreo la cabeza contra la mesa mentalmente.

—Tiene un dedo de más en cada pie. No es nada en realidad. Ya hemos hablado con un cirujano para informarnos de lo que entrañaría corregirlo.

—Entiendo —aduce, aunque en realidad dudo mucho que lo haga.

—En fin —prosigo—. Eso es todo lo que quería decirte en realidad. Seguro que has tenido un día ajetreado...

Ella no parece tener intención de marcharse.

—No puedo decir que alguna vez considerara la adopción, pero creo que una mujer debería querer hijos siempre y cuando pueda conservar la figura y tener contento a su marido. —Me mira con aire calculador—. Al menos así no tienes que preocuparte por el peso que se gana durante el embarazo. Pero ¿crees que Damien se conformará con un niño que no es de su propia sangre?

—Sé que sí.

Ella aprieta los labios e inspira por la nariz de forma estruendosa.

—Estás ciega, Nichole. Siempre lo has estado en lo que se refiere a ese hombre. ¿De verdad piensas que alguien como Damien Stark quiere un hijo que no es de su sangre? No lo querrá. Ya lo he visto antes, ¿sabes? No puedes retener a un hombre así sin los lazos de la sangre.

—¿De qué estás hablando?

—Mi padre, tu abuelo, era el segundo marido de mi madre y mi padrastro. ¿Crees que yo le importaba lo más mínimo? Nunca fui suficiente. Jamás fui lo bastante refinada ni lo bastante guapa. Fui una molestia hasta que crecí, y entonces simplemente fui su heredera porque no había nadie más.

Jamás he oído a mi madre hablar de ese modo de mi abuelo.

—No lo sabía —digo—. Pero Damien no es así.

—Eso dices ahora. Los hombres no se quedan. Tu hermana lo aprendió por

las malas. No quiero que tú sufras lo mismo. Pero lo harás. Te abandonará. Vas a dar a ese hombre un hijo que no es de su sangre y él se marchará.

—No, no lo haré. —Me echo hacia atrás—. El caso es que he estado pensando mucho en las familias. La familia no es la sangre. La sangre es un accidente. La sangre es biología. La familia es amor, respeto, preocupación y compromiso.

—¡Compromiso! ¿Por eso ha estado divirtiéndose con esa zorra chiflada de Londres?

—¿Sofía? —Ladeo la cabeza examinando su cara—. ¿Qué sabes tú de Sofía?

Ella aparta la mirada y tengo la impresión de que se está arrepintiendo de haber dicho algo.

—Lo vi en internet —aduce de manera poco precisa.

—¿Desde cuándo te dedicas a mirar en las redes sociales? Por Dios, madre —espeto retirando la silla y poniéndome de pie—. ¿Fuiste tú quien me envió ese email?

—No sé de qué me estás hablando. Pero si insinúas que alguien te ha contado lo de tu marido y esa zorra, creo que deberías darle las gracias.

—Vete —digo.

—¿Qué?

—Ya me has oído, madre. Quiero que te vayas. Hemos terminado.

—Pero ¿qué...? Yo no...

—Me entiendes perfectamente —aduzco—. Y es hora de que te marches.

—Vale. —Empuja su silla y se levanta—. Siempre fuiste una niña insufrible. —Se cuelga el bolso del hombro—. ¿De verdad piensas que te permitirán adoptar? ¿Con tus... problemas?

Su voz destila cierta frialdad. Algo que hace que me agarre al respaldo de la silla para sujetarme.

—¿Te refieres a que solía autolesionarme?

—Me parece que a una agencia le preocuparía mucho eso. Si lo descubrieran. Si vieran fotos. Oyeran historias. Y, por supuesto, sería muy embarazoso que tu pasado se hiciera público.

—¿Me estás amenazando?

Ella vuelve a sentarse.

—Me preocupa tu bienestar. No quiero que abarques más de lo que puedes. Y, como es natural, busco lo mejor para el niño.

La furia resuena en mis oídos y aferro el respaldo de la silla con tanta fuerza que temo que voy a romperlo. Pero entonces tomo aire, porque me viene a la mente la imagen general. Porque no se trata de mí, de Damien ni del niño. En lo que respecta a mi madre, nunca es así.

Se trata de ella. Y sé qué hacer.

—¿Sabes qué, madre? Tú ganas.

—¿Cómo dices?

—Tú ganas. Vas a volver a Texas, a tu nueva casa libre de hipoteca, con tu nuevo y precioso Mercedes y tu cuenta bancaria de seis cifras.

—¿Qué demonios...?

—No te hagas la sorprendida. Es lo que quieres. Y es tuyo. Si te marchas por la mañana. Y si te mantienes bien lejos de mis asuntos.

—¿Te crees muy especial porque ahora tienes dinero? Porque vas a compadecerte de tu pobre madre, que ha perdido su fortuna. No fue culpa mía, ¿sabes? Y ese dinero no es tuyo.

—O lo tomas o lo dejas. Pero decídete ya.

Este ha sido siempre su fin. Dinero. Y estoy más que contenta de haberlo descubierto ya. Porque quiero que se termine. Quiero que se vaya.

—Ve al aeropuerto por la mañana —le ordeno—. ¿Recuerdas dónde está el jet privado? Si no estás allí, adiós al trato.

—Allí estaré —me asegura mi madre—. Pero solo porque tu percepción está muy distorsionada. Sé que esto no es para siempre, por mucho que lo digas. Eres igualita a tu hermana y acabarás volviendo arrastras a mí. Nunca te has valido por ti misma. Y cuando él se marche, ambas sabemos que te quedarás destrozada.

—No va a irse —replico—. Lo sé. Y ¿sabes qué, madre? Tú también lo sabes. Puede que Ashley no fuese fuerte. Pero yo sí lo soy. —Rodeo la mesa para colocarme más cerca de ella—. En cualquier caso no es necesario que lo discutamos. Tú ganas, ¿recuerdas? —Empiezo a alejarme y me detengo para mirarla de nuevo—. En realidad, creo que ambas ganamos. Porque por fin desaparecerás. Adiós, madre. Hemos terminado.

Y acto seguido le doy la espalda y, con el corazón latiéndome desbocado, regreso a la torre Stark y me monto en el ascensor para ir en busca de Damien.

Seguro que no te importa? —Estamos en la cama y yo estoy apoyada en un codo, a su lado, trazando dibujitos con el dedo sobre su pecho mientras le cuento con desdén el drama con mi madre.

—¿Pagarle para librarte de ella? Creo que es dinero bien gastado.

Suspiro aliviada.

—Dios mío. Sé que debería haberte consultado antes, pero...

—También es tu dinero —me recuerda, algo que siempre olvido.

—¿Crees que se lo contará a la agencia de todas formas? Me refiero a los cortes. En cuanto tenga la escritura de transferencia de la casa, no podremos hacer mucho. Al menos no con facilidad. E igual se le ocurre contarle de forma anónima para que nos sea imposible demostrar que ha sido ella.

—Podría hacerlo —admite Damien—. La veo muy capaz.

Cierro los ojos y exhalo.

—Me da igual que lo haga. Voy a contárselo yo misma.

Damien cambia de posición y me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Es mejor ser sincera. Además, quiero hacerlo bien. Realizan una

evaluación. Hablan antes con la familia. No deseo tener que eludir preguntas. Quiero ser yo. La verdadera yo, sin máscaras.

—Ningún niño podría pedir una madre mejor.

Enarco una ceja mientras lo miro.

—Con suerte, la agencia y China estarán de acuerdo contigo.

Me incorporo, dándole aún vueltas en la cabeza a la conversación con mi madre.

—¿Qué pasa? —pregunta Damien.

—Es solo que... Bueno, me ha dicho que no podía valerme por mí misma. Que si tú te marcharas, eso me destrozaría. —Trago saliva y lo miro—. Tiene razón, ¿sabes? Te amo tanto...

Damien menea la cabeza.

—El amor no es dependencia, cielo. —Me acaricia el cabello mirándome a los ojos—. La verdad es que puedes valerte por ti misma. Pero eliges estar conmigo.

—Sí —respondo con voz entrecortada, y me aferro a él cuando el alivio y la certeza me inundan—. Sí —repito—. Te elijo a ti.

—Y eso me convierte en un hombre muy afortunado.

—¿Damien?

—¿Sí?

—¿Me haces el amor ahora?

Siento su risa reverberar en su pecho.

—Cielo, será un placer para mí.

Rueda conmigo y me atrapa debajo.

Me despoja muy despacio de la camiseta, me desnuda, y hace lo mismo con sus pantalones de chándal, que arroja al suelo. Me besa con dulzura; sus manos me acarician con ternura. Con movimientos sensuales.

No hay nada salvaje en su forma de hacerme el amor esta noche y no por

ello es menos apasionado que cuando me toma con fuerza y rapidez, reclamándome con tanto ardor que me deja sin aliento.

Esta noche son besos tiernos que me dejan sin respiración. Y cuando me separa las piernas y se introduce en mí, nos miramos a los ojos y me penetra mientras elevo las caderas en un ritmo que lo lleva más adentro, hasta que parecemos un solo ser y los límites entre donde acabo yo y donde empieza él se funden.

—Sí —murmuro cuando estoy tan cerca que puedo sentir el clímax golpeándome—. Oh, Damien, sí.

Me embiste con más fuerza y se apodera de mi boca. Me aferro a su espalda y deslizo las manos hasta llegar a su trasero, pues deseo sentirlo más y más adentro. Y entonces, de repente, la cadencia con la que me penetra aumenta y su peso me aplasta contra el colchón; siento la tensión crecer dentro de mí, hasta que por fin Damien me gruñe al oído que me corra con él, que estalle con él.

Y como si su voz fuera una orden, me rompo en mil pedazos bajo la fuerza de su voluntad; un millón de puntos de luz emanan de mí mientras el placer me desgarrar por entero.

Solo soy capaz de estremecerme, respirar y aferrarme a Damien hasta que el orgasmo se desvanece. Después me acerca a él y amolda mi cuerpo al suyo.

—Te quiero, cielo —susurra.

—Yo también te quiero. —Mi voz es débil; me pesan los párpados. Y lo último que cruza mi mente cuando el sueño me reclama es que mañana todo cambiará.

Y lo estoy deseando.

Brindo una sonrisa nerviosa a Damien mientras nos aproximamos a la puerta de la agencia de adopciones. Su mano izquierda está entrelazada con mi mano derecha, y en la otra llevo la foto de la niña que he impreso de internet y a la que hemos empezado a llamar Lara. La niña que espero que pronto sea nuestra hija.

—¿Estás segura? —pregunta Damien—. Si se lo cuentas todo puede que digan que no. Que no nos permitan adoptar. Y es posible que todo salga a la luz; ambos sabemos que ningún secreto está a salvo.

Asiento, consciente de que tiene razón. Si no se lo cuento y ellos lo averiguan, nos rechazarán sin la menor duda. Si se lo cuento, terminaré en una habitación con un psicólogo que decidirá si soy apta para adoptar. Tendré que desahogarme, contar mi historia. Tendré que abrirme como no me he abierto con nadie excepto Damien. Y será doloroso, horrible y embarazoso.

También merecerá la pena.

—No nos rechazarán —afirmo—. Puede que me autolesione. Puede que siempre lo haga. Pero lo tengo bajo control. Ya no lo necesito. Gracias a ti —añado, y Damien me aprieta la mano.

Tomo aire.

—Lo más importante es que seré una madre cojonuda.

—Lo serás —asevera—. Desde luego que lo serás.

—Y si nos rechazan, probaremos en otro país, en otra agencia o la adopción privada. O tendremos un hijo propio. Las probabilidades no están todas en nuestra contra —apostillo, aunque la idea de múltiples abortos antes de que al final pasemos a engrosar las estadísticas mágicas hace que me entren ganas de ponerme a gritar.

—No quiero que vuelvas a pasar por eso —dice siguiendo el curso de mis pensamientos.

—Pero lo haría. Porque quiero esto. Estoy segura de ello. Más segura de lo

que jamás lo he estado de cualquier otra cosa—añado mirándolo—. Salvo de ti.

—Te quiero —susurra.

Y entonces abre la puerta y nos dirigimos hacia nuestro futuro.

Epílogo

Me río cuando llego a la puerta del avión privado y veo el cartel de bienvenida que sujetan en alto Jamie y Ryan sobre el asfalto. Bajo por la rampa, con nuestra hija de veinte meses aferrada a mí como un monito. Damien me sigue a pocos pasos.

—Creo que todas las personas a las que conocemos están aquí.

Recorro con la mirada la multitud de amigos y familiares reunidos delante de uno de los hangares de Stark en el aeropuerto de Santa Mónica. Jamie y Ryan, Sylvia, Jackson y sus hijos, Evelyn y mi padre. Ollie también ha venido, lo mismo que Sofia, junto con Dallas y Jane, Cass y Siobhan, Lyle, Noah y Wyatt. Rachel y Edward y al menos otras dos docenas de personas de Stark International.

—Hay más dentro —nos anuncia Jamie—. Solo te aviso. Teníamos que dar a nuestra chica un recibimiento como es debido, ¿no? —pregunta mientras saluda al bebé con la mano—. Di hola a la tía Jamie —pide, y mi inteligente hija responde levantando la cabeza y riendo.

—Hola —dice Damien, con voz firme y llena de felicidad—. Gracias a todos por venir. Significa mucho para los tres. Y hablando de eso, me gustaría presentaros formalmente a Lara Ashley Stark. Ven aquí, pequeña —exclama, abriendo los brazos para que le pase a la niña.

—*Baba* —dice con voz aguda, usando la palabra en mandarín para papá—.

¡Beso!

Todos aplauden y Lara esconde la cabeza con timidez contra el pecho de Damien.

—Es la primera palabra que le hemos enseñado —explico con orgullo—. Y se ha convertido en su favorita. —Le acaricio el cabello—. ¿Verdad que sí, cariñito? ¡Beso?

—¡Beso! —repite, y ríe sin parar—. ¡Baba! ¡Beso!

—Lo que quiera mi niña —dice Damien y después frota la nariz contra la de ella, agita las pestañas contra sus mejillas y le da un beso.

—Beso —digo riendo, y Damien me arrima y me da un beso mientras nuestros amigos aplauden y un cálido y agradable resplandor me inunda.

Han pasado más de ocho meses desde que iniciamos el proceso y no puedo creer que haya llegado a su fin... o, en realidad, al comienzo. Es un nuevo capítulo en nuestra vida en común. Cojo a Damien de la mano mientras nuestra pequeña familia sigue a la gente al interior del hangar.

—No te preocupes —susurra Sylvia colocándose a mi lado—. Sabemos que estáis agotados. Va a ser una fiesta corta. Es que no podíamos esperar.

—No pasa nada —la tranquilizo, contenta de presumir de Lara, sobre todo porque está encantada con la gente y está riendo, a salvo en los brazos de Damien—. De todas formas, no estoy tan cansada —reconozco.

Esa es una de las ventajas de viajar en tu propio jet privado. Cuenta con una cama de verdad en un dormitorio de verdad y, en este viaje, hasta con una cuna para el bebé.

Damien la lleva en brazos entre los reunidos en el hangar, y aunque Lara se aferra a él casi todo el tiempo, algunos de nuestros amigos reciben el afecto de la niña, incluida Evelyn, que la coge con ganas, la levanta y le hace unas muecas que jamás pensé que le vería hacer a mi amiga. Y cuando Frank se

agacha y empieza a hacer ruidos de animales, tengo que darme la vuelta para no perder los papeles por completo.

Ronnie quiere cogerla en brazos, pero optamos por depositarla sobre una manta y dejar que Ronnie y Jeffery cuiden de su primita hasta que se cansan de dedicarle su atención.

En cuanto a la fiesta, dura más de lo que ninguno pretendía, pero no me puedo quejar, sobre todo porque nuestra princesita se lo está pasando muy bien.

—¡Arriba! —exige a Cass en un momento dado, y cuando esta le da el gusto, señala el pendiente de diamante de su nariz y balbucea algo que imagino que quiere decir «brilla».

—Es maravillosa —exclama Ollie, que se sienta a mi lado mientras Cass trae a la niña y la deja sobre una manta extendida delante del sillón que he reclamado—. Igual que su madre —añade.

—Es lista y valiente —replico—. Igual que su papá.

Ollie ríe entre dientes.

—Eso también. —Me rodea con un brazo mientras ambos miramos a mi hija—. Me alegro de estar en la ciudad esta noche. Lo habéis hecho bien, Damien y tú.

Sonrío y contemplo la habitación, y mi sonrisa se ensancha todavía más cuando Damien se sienta frente a nosotros y estrecha la mano a Ollie antes de dejarse caer en la butaca, exhausto.

Sofía se acerca con una sonrisa para Damien, pero me mira a mí cuando pregunta:

—¿Puedo cogerla?

Vacilo.

—La devolveré —dice de manera afable.

—Mierda —espeto—. Lo siento. Por supuesto que puedes. Yo...

Sofía se echa a reír.

—No pasa nada. De verdad. Y mañana regreso a Londres. Pero tenía que estar aquí, así que he llegado esta mañana. —Se agacha y coge en brazos a Lara, que no protesta, aunque se le empiezan a cerrar los ojos—. Quería conocerla y ver a Damien en el papel de padre. Imagino que lo hará mejor que todos los modelos que ha tenido —asegura lanzándole una mirada socarrona.

—Joder, soy muchísimo mejor —replica, y levanta una botella de agua en un brindis fingido.

—¿Quieres quedarte más tiempo? —le pregunto—. No pasa nada —añado.

Miro a Damien a los ojos. Sigo sin estar segura por completo sobre Sofía, pero también sé que no llegaré a estarlo si no pasamos más tiempo juntas. Y sé que es importante para Damien que Sofía forme parte de la vida de Lara.

Ella vacila; le brillan los ojos mientras esboza una sonrisa lacrimógena.

—No. Aun así, gracias. Tengo sesiones concertadas con mi loquero; no quiero faltar. —Da un beso a Lara en la cabecita—. Pero volveré. Iremos poco a poco, ¿vale?

—Sí —respondo de corazón—. Por supuesto que sí.

Sofía deja al bebé de nuevo en la manta, y luego Ollie y ella se van para mezclarse con los demás.

En cuanto mi amigo se marcha, Damien ocupa su lugar a mi lado.

—Bueno, estoy agotado —comenta mientras coge a Lara—. Ven aquí, pequeñaja. Has dejado a tu papi sin energía.

A continuación apoya la espalda en el respaldo, con Lara contra su pecho y chupándose el pulgar.

—Es imposible que estés cansado, señor Stark —bromeo.

—Créeme, sí que es posible.

—Mmm. Bueno, eso supone un problema.

—Oh, ¿de veras? —Veo el deseo prender en sus ojos—. ¿Vas a sugerir algo movidito cuando llegemos a casa?

—Siempre —respondo con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero más bien tenía a los niños en mente. Es decir, si uno te deja agotado, ¿cómo te las vas a apañar con dos?

Damien se vuelve hacia mí muy despacio.

—Repíte eso.

Le cojo la mano y la poso con suavidad sobre el secreto que he estado guardando.

—El doctor Tyler dice que estoy fuera de peligro. Yo... No quería decir nada hasta que..., bueno, hasta que estuviéramos seguros de que todo iba bien.

—¿Y ya estáis seguros? —La esperanza que tiñe su voz es palpable.

Asiento.

—Lo vi justo antes de que nos fuéramos a China. Según las estadísticas, mis probabilidades de que algo salga mal son ahora las mismas que las de cualquier otra mujer.

—Pero no lo estábamos buscando.

—Tampoco lo estábamos buscando la primera vez —le recuerdo—. Soy un anuncio con patas del fallo de los anticonceptivos.

—Estás embarazada —dice despacio, con el rostro iluminado por la ternura y el asombro—. Estás embarazada de verdad.

Me echo a reír, encantada con su reacción.

—Lara va a ser la hermana mayor —digo, incapaz de dejar de sonreír.

Damien me atrae hacia él con los ojos llenos de felicidad.

—¡Beso! —ordena Lara—. ¡Beso!

—¿Sabes qué? —dice Damien—. Creo que sí.

Y con nuestra hijita entre nosotros, me besa larga y apasionadamente.

—¿Es niño o niña? —pregunta cuando se aparta con suavidad.

—O lo uno o lo otro —respondo, y me acurruco contra él mientras intento reprimir una sonrisa—. Sea como sea, es maravilloso.

Nota de la autora

Este es un libro muy querido para mí. No solo porque estoy contenta de dar a los lectores lo que me han estado pidiendo —una familia para Nikki y Damien—, sino también porque la historia en sí es personal. No real, pero sí personal.

A finales de octubre de 2006, mi marido y mi hija mayor —que cumplió cinco años durante el viaje—, viajaron a China para adoptar a nuestra hija menor, una dulce niña nacida con labio leporino y paladar hendido. Cumplió tres años durante el proceso de adopción, y ahora, mientras escribo esto, ya tiene trece. Su hermana y ella son la luz que ilumina nuestra vida (¡y también unas adolescentes típicas!).

Al igual que Nikki y Damien, mi marido y yo vimos su foto en la página web de una agencia de adopciones y supimos de inmediato que era nuestra hija. Aquello fue el inicio de un viaje para toda la vida, repleto de risas y de amor.

Aunque el programa de adopciones de China ha cambiado con los años, lo que no ha cambiado es que muchos niños con necesidades especiales siguen requiriendo ayuda y un hogar. Si hay alguien interesado en adoptar, lo animo a que contacte con una de las numerosas agencias especializadas en adopciones internacionales. Y quien solo quiera colaborar puede hacer un donativo a una de las muchas organizaciones que ayudan a huérfanos en

China. Dos que conozco personalmente son Love Without Boundaries y Half the Sky.

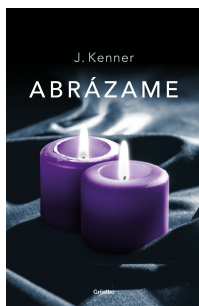
¡Gracias y feliz lectura!

Besos y abrazos.

J. K.

Regresa la pareja más sexy y apasionada creada por J. Kenner, continúa la fascinante trilogía «Stark».

J. Kenner, una de las grandes referentes del romance erótico, nos demuestra que, si bien los cuentos de hadas acaban en boda, las historias de amor auténticas nunca terminan. ¡Nikki y Damien Stark son buena prueba de ello!



Nikki y Damien llevan tiempo disfrutando de una intensa felicidad conyugal y la convivencia no solo no ha mermado su deseo, sino que incluso ha reforzado su amor.

Pero ni la fuerza de sus sentimientos ni la enorme riqueza de Damien pueden disipar las nubes de tormenta que enturbian su paraíso particular cuando la pareja se enfrenta a la idea de la paternidad. Él desea tener hijos a toda costa, pero ella, asediada por el recuerdo de su infancia difícil, todavía no se siente preparada.

Dudas, inseguridad, mentiras piadosas y secretos del pasado se combinan para ofrecernos una novela de una de las autoras más reconocidas del género de romance erótico, cargada de erotismo, pasión y amor verdadero, que supone el retorno de la pareja más ardiente y atractiva de los últimos tiempos.

«Las fans de J. Kenner hemos estado pidiendo a gritos una nueva novela

sobre la relación de Damien y Nikki. Pero la autora no se ha limitado a eso: nos ha dado una novela apasionante en la que la deliciosa pareja descubre que el "felices para siempre" no es siempre sencillo.»

Harlequin Junkie

«Un romance refrescante.»

Fresh Fiction for Today's Readers

«La trama cautivará tu imaginación, los personajes te partirán el corazón, el romance no decae en ningún momento.»

The Reading Café

«Una gran novela para ponerse al día con esos personajes que tanto nos han fascinado.»

Pretty Little Book Reviews

«Un *must read* absoluto para las seguidoras de la saga.»

The Book Avenue

J. Kenner es una exitosa autora de romance erótico.

Nacida en California y abogada de profesión, es autora de la serie «Stark» (compuesta por *Desátame*, *Poséeme* y *Ámame* y las *e-nouvelles* *Tómame*, *Compláceme* y *Sigue mi juego*), las trilogías «Deseo» (formada por *Deseado*, *Seducido* y *Al rojo vivo*), «El affaire Stark» (que cuenta con *Di mi nombre*, *En mis brazos* y *Bajo mi piel*) y «Pecado» (que integra *Secreto inconfesable*, *Ardiente deseo* y *Delicioso tabú*).

Su obra ha obtenido un éxito destacado con más de dos millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, posicionándose durante semanas en las listas de best sellers de *The New York Times*, *USA Today*, *Publishers Weekly* y *The Wall Street Journal*. Además, la autora recibió en 2014 el premio RITA, el más prestigioso del género de romance erótico.

Título original: *Anchor Me*

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2017, Julie Kenner

Publicado por acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

Todos los derechos reservados

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Nieves Calvino Gutiérrez, por la traducción

Diseño de portada: Pedro Viejo

Fotografía de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5721-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Abrázame

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre J. Kenner](#)

[Créditos](#)